# Ronda de noche

Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo Perales



Sam Vimes suspiró al oír el grito, pero terminó de afeitarse antes de hacer nada al respecto.

Luego se puso la chaqueta y salió paseando a la maravillosa mañana de finales de primavera. Los pájaros cantaban en los árboles, las abejas zumbaban en las flores. Había una neblina en el cielo, sin embargo, y las nubes de tormenta que asomaban por el horizonte amenazaban lluvia para más tarde. Pero por ahora el aire era caluroso y pesado. Y en la vieja fosa séptica tras el cobertizo del jardinero, un joven chapoteaba en el agua.

Bueno... chapoteaba, por lo menos.

Vimes se apartó un poco y encendió un puro. Lo más probable es que no fuera buena idea acercarse más a la fosa con una llama desnuda. La caída desde el tejado del cobertizo había roto la corteza superior.

—¡Buenos días! —dijo en tono jovial.

—Buenos días, excelencia —dijo el diligente chapoteador.

La voz sonó más aguda de lo que Vimes había esperado y le informó de que, cosa rara, el joven que estaba en la fosa era de hecho una joven. No era inaudito del todo: el Gremio de Asesinos era consciente de que las mujeres eran por lo menos tan buenas como los varones cuando se trataba de matar con inventiva; y sin embargo, aquello cambiaba de algún modo la situación.

—Creo que no nos conocemos —dijo Vimes—. Aunque veo que usted sí sabe quién soy. ¿Se llama...?

—Wiggs, señor —dijo la nadadora—. Jocasta Wiggs. Es un honor conocerlo, excelencia.

—Wiggs, ¿eh? —dijo Vimes—. Una familia famosa en el Gremio. Con «señor» ya basta, por cierto. Creo que una vez le rompí la pierna a su padre, ¿no?

—Sí, señor. Me pidió que le mandara recuerdos —comentó Jocasta.

—Es usted un poco joven para que le asignen este contrato ¿no? —dijo Vimes.

—No es un contrato, señor —respondió Jocasta, sin dejar de mover las piernas.

—Venga ya, señorita Wiggs. El precio por mi cabeza es al menos...

—El Gremio lo ha suspendido, señor —informó la obstinada nadadora—. Lo han sacado del registro. Ahora mismo no aceptan contratos por usted.

—Cielos, ¿por qué no?

—No lo sé, señor —dijo la señorita Wiggs. Sus pacientes esfuerzos la habían llevado hasta el borde de la fosa y ahora se estaba dando cuenta de que el enladrillado se encontraba en muy buen estado, resbalaba bastante y no ofrecía ningún asidero. Vimes lo sabía, porque una tarde se había pasado varias horas asegurándose meticulosamente de que así fuera.

—Y entonces, ¿por qué la han enviado?

—La señorita Pandilla me ha mandado como ejercicio —dijo Jocasta—. Caramba, estos ladrillos son complicadillos, ¿eh?

—Sí —dijo Vimes—, lo son. ¿Se ha portado usted mal con la señorita Pandilla últimamente? ¿La ha hecho enfadar por algo?

—Oh, no, excelencia. Pero dijo que me estoy confiando demasiado y que me iría bien un poco de trabajo de campo avanzado.

—Ah, ya veo. —Vimes intentó acordarse de la señorita Alice Pandilla, una de las profesoras más estrictas del Gremio de Asesinos. Por lo que tenía entendido, la chiflaban las lecciones prácticas—. Así pues, ¿la ha enviado a matarme?

—¡No, señor! ¡Es un ejercicio! ¡Ni siquiera llevo flechas para la ballesta! ¡Solamente tenía que encontrar un sitio desde donde lo tuviera a usted en el punto de mira y luego hacer un informe!

—¿Y ella se lo iba a creer sin más?

—Claro, señor —dijo Jocasta, con expresión ofendida—. Honor del Gremio, señor.

Vimes respiró hondo.

—Verá, señorita Wiggs, en los últimos años bastantes de sus colegas han intentado matarme en mi casa. Como podrá entender, no es algo que apruebe.

—Es fácil ver por qué, señor —dijo Jocasta, con la voz de quien sabe que su única esperanza de escapar de la situación presente se basa en la buena voluntad de otra persona que no tiene razones de peso para mostrar ninguna.

—Y se quedaría usted asombrada de las trampas que hay desplegadas por la propiedad —continuó Vimes—. Algunas son bastante astutas, por mal que me esté decirlo.

—La verdad es que no esperaba que las tejas del cobertizo se movieran así, señor.

—Están instaladas sobre rieles engrasados —dijo Vimes.

—¡Buen trabajo, señor!

—Y hay bastantes de las trampas que te hacen caer sobre algo letal —dijo Vimes.

—Qué suerte que me haya caído en esta, ¿verdad, señor?

—Bueno, esa también es letal —apuntó Vimes—. Letal a largo plazo.

Vimes suspiró. Lo último que quería era darles ánimos, pero... ¿cómo que lo habían quitado del registro? No es que le gustara que unas figuras encapuchadas contratadas temporalmente por sus muchos y variados enemigos se dedicasen a dispararle, pero al mismo tiempo siempre lo había considerado una especie de voto de confianza. Demostraba que Vimes estaba molestando a la gente rica y arrogante a la que había que molestar.

Además, era fácil superar en astucia al Gremio de Asesinos. Tenían reglas estrictas que seguían de forma muy honorable, y eso le parecía bien a Vimes, que en ciertas áreas prácticas carecía por completo de reglas.

Conque fuera del registro, ¿eh? La única otra persona que ya no estaba en el mismo, según los rumores, era lord Vetinari, el patricio. Los Asesinos entendían el juego político de la ciudad mejor que nadie, y si eliminaban a alguien del registro era porque pensaban que su defunción no solamente estropearía el juego sino que también rompería el tablero...

—Le estaría muy agradecida si pudiera usted ayudarme a salir, señor —dijo Jocasta.

—¿Cómo? Ah, sí. Lo siento, es que llevo ropa limpia —se excusó Vimes—. Pero cuando vuelva a la casa le diré al mayordomo que baje aquí con una escalera de mano. ¿Qué le parece?

—Muchas gracias, señor. Encantada de haberlo conocido, señor.

Vimes volvió paseando a la casa. ¿Fuera del registro? ¿Se le permitía recurrir la decisión? Tal vez pensaran...

El olor se le echó encima.

Levantó la vista.

En lo alto, un lilo estaba en flor.

Se quedó mirándolo.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Todos los años se olvidaba. Bueno, no. No se olvidaba nunca. Simplemente apartaba los recuerdos, como si fueran una vieja cubertería de plata que no quisiera que perdiese el brillo. Y ellos regresaban todos los años, afilados y centelleantes, y lo apuñalaban en el corazón. Y tenía que ser precisamente hoy...

Levantó el brazo y la mano le tembló mientras agarraba una flor y rompía suavemente el tallo. La olió. Se quedó un momento plantado, mirando a la nada. Y luego subió la ramita de lilas hasta su vestidor con gran cuidado.

Willikins le había preparado el uniforme oficial para hoy. Sam Vimes lo miró fijamente, sin entender, y de pronto se acordó. Comité de la Guardia. Eso era. La vieja coraza abollada no bastaría, ¿verdad? No para su excelencia el duque de Ankh, comandante de la Guardia de la Ciudad, sir Samuel Vimes. Lord Vetinari se había mostrado muy firme en aquel asunto, demonios.

Y más demonios todavía, porque por desgracia Sam Vimes le veía el sentido. Odiaba el uniforme oficial, pero hoy en día representaba algo más que a sí mismo. Sam Vimes había podido presentarse a reuniones con la armadura hecha un asco, y hasta sir Samuel Vimes podía por lo general encontrar la manera de no cambiarse nunca el uniforme de calle, pero un duque... bueno, un duque necesitaba un poco de lustre. A un duque no se le podía ver el culo por encima de las calzas cuando se reunía con diplomáticos extranjeros. La verdad es que tampoco al Sam Vimes de los viejos tiempos se le había salido nunca el culo de las calzas, pero nadie habría declarado una guerra de haber sido así.

El Sam Vimes de los viejos tiempos había plantado cara. Se había librado de la mayor parte de las plumas y de los estúpidos leotardos, y así había conseguido un uniforme de gala que por lo menos daba la impresión de que su propietario era varón. Pero el casco llevaba decoración de oro, y los armeros que le hacían las piezas a medida le habían forjado una coraza nueva y resplandeciente llena de inútiles adornos dorados. Sam Vimes se sentía un traidor a su clase cada vez que la llevaba. Odiaba que le metieran en el mismo saco que a la gente que llevaba una estúpida armadura ornamental. Le daba refulgencia ajena.

Le dio vueltas a la ramita de lilas que tenía en los dedos y volvió a oler su aroma mareante. Sí... las cosas no siempre habían sido así...

Alguien acababa de hablarle. Levantó la vista.

—¿Cómo? —gruñó.

—Le he preguntado cómo está la señora, excelencia... —dijo el mayordomo, sobresaltado—. ¿Se encuentra usted bien, excelencia?

—¿Qué? Oh, sí. No. Estoy bien. Y la señora también, gracias. He entrado a verla antes de salir. La señora Contento está con ella. Dice que todavía falta bastante.

—He avisado a la cocina de que pese a todo tengan lista mucha agua caliente, excelencia —dijo Willikins, ayudando a Vimes a ponerse la coraza dorada.

—Sí. ¿Para qué crees que necesitan tanta agua?

—No sabría decirle, excelencia —dijo Willikins—. Probablemente sea mejor no preguntar.

Vimes asintió con la cabeza. Sybil ya le había dejado muy claro, con tacto y amabilidad, que en aquel asunto concreto a él no se lo necesitaba. Y él tenía que admitir que aquello le había supuesto cierto alivio.

Le dio el tallo de lilas a Willikins. El mayordomo lo cogió sin decir nada, lo introdujo en un tubito plateado con agua que lo mantendría fresco durante unas horas y se lo sujetó con una de las correas de la coraza.

—Los tiempos cambian, ¿verdad, excelencia? —dijo, sacándole lustre con un cepillito.

Vimes sacó su reloj.

—Ya lo creo que sí. Escucha, voy a pasar por el Yard de camino a palacio, para firmar lo que haga falta, y volveré lo más deprisa que pueda, ¿de acuerdo?

Willikins le dedicó una mirada de preocupación casi impropia de un mayordomo.

—Estoy seguro de que la señora estará bien, excelencia —dijo—. Claro que ya no es, no es...

—... joven —terminó la frase Vimes.

—Yo diría que es más rica en años que muchas otras primíparas —dijo Willikins rápidamente—. Pero tiene buena constitución, si no le importa que lo diga, y tradicionalmente su familia ha tenido muy pocos problemas para dar a luz...

—¿Primiqué?

—Madres novatas, excelencia. Estoy seguro de que la señora preferiría saber que está usted persiguiendo a algún bellaco que desgastando la alfombra de la biblioteca.

—Espero que tengas razón, Willikins. Ejem... ah, sí, hay una señorita chapoteando en la vieja fosa séptica, Willikins.

—Muy bien, excelencia. Voy a mandar ahora mismo al mozo de cocina con una escalera de mano. ¿Y un mensaje para el Gremio de Asesinos?

—Buena idea. Le va a hacer falta ropa limpia y un baño.

—Creo que tal vez la manguera del viejo fregadero sea más adecuada, excelencia... Por lo menos para empezar.

—Bien pensado. Encárgate de ello. Y ahora me tengo que marchar.

\* \* \*

En las oficinas atestadas de la Casa de la Guardia de Pseudópolis Yard, el sargento Colon se ajustó con gesto distraído el ramito de lilas que llevaba sujeto al casco como si fuera una pluma.

—Se vuelven muy raros, Nobby —dijo, hojeando sin ganas el papeleo matutino—. Es una cosa de polis. A mí me pasó cuando tuve críos. Te vuelves duro.

—¿Cómo que «duro»? —preguntó el cabo Nobbs, posiblemente la mejor demostración viviente de que existía una evolución continua entre los humanos y los animales.

—Bueeeno —dijo Colon, reclinándose en su silla—. Es como... bueno, cuando uno tiene nuestra edad... —Miró a Nobby y vaciló. Nobby llevaba años haciendo constar su edad como «probablemente treinta y cuatro». A la familia Nobbs no se le daban bien las cuentas—. O sea, cuando un hombre llega a... cierta edad —probó de nuevo—, sabe que el mundo no va a ser perfecto nunca. Se acostumbra a que sea un poco, un poco...

—¿Roñoso? —sugirió Nobby.

Metida detrás de su oreja, en el lugar habitualmente reservado a su cigarrillo, había otra lila marchita.

—Exacto —dijo Colon—. O sea, el mundo nunca va a ser perfecto, así que tú haces lo que puedes y ya está, ¿verdad? Pero cuando hay una criatura en camino, bueno, de pronto ves las cosas de otra forma. Piensas: mi hijo va a tener que crecer en medio de este desastre. Es hora de limpiarlo. Es hora de hacer un Mundo Mejor. Te entra un poco de... entusiasmo. Te hierve la sangre. Cuando se entere de lo de Fuerteenelbrazo, esto va a echar humo durante... ¡Buenos días, señor Vimes!

—Conque hablando de mí, ¿eh? —dijo Vimes, pasando con zancadas largas a su lado mientras ellos se ponían firmes de golpe. En realidad no había oído ni una palabra de la conversación, pero la cara del sargento Colon se podía leer igual que un libro abierto, y ya hacía años que Vimes se lo sabía de memoria.

—Me estaba preguntando si el feliz acontecimiento... —empezó a decir Colon, siguiendo a Vimes mientras este subía los escalones de dos en dos.

—Aún no —dijo Vimes en tono seco. Abrió de un empujón la puerta de su despacho—. ¡Buenos días, Zanahoria!

El capitán Zanahoria se puso de pie de un salto, se cuadró e hizo el saludo llevándose la mano a la sien.

—¡Buenos días, señor! ¿Lady Sybil ya...?

—No, Zanahoria. Todavía no. ¿Qué ha estado pasando esta noche?

La mirada de Zanahoria fue al ramito de lilas y luego de vuelta a la cara de Vimes.

—Nada bueno, señor —dijo—. Han matado a otro agente.

Vimes se paró en seco.

—¿A quién? —exigió saber.

—Al sargento Fuerteenelbrazo, señor. Muerto en la calle de la Mina de Melaza. Otra vez Carcer.

Vimes echó un vistazo al reloj. Tenían diez minutos para llegar a palacio. Pero de pronto, el tiempo ya no era importante.

Se sentó a su mesa.

—¿Testigos?

—Esta vez tres, señor.

—¿Tantos?

—Todos enanos. Fuerteenelbrazo ni siquiera estaba de servicio, señor. Había terminado su turno y estaba comprando un pastel de rata con patatas fritas en una tienda cuando, al salir, se topó de narices con Carcer. El mal bicho le ha dado una puñalada en el cuello y ha salido por piernas. Ha debido de pensar que lo habíamos encontrado.

—¡Llevamos semanas buscándolo! ¿Y se ha topado con el pobre Fuerteenelbrazo cuando lo único que el enano tenía en mente era su desayuno? ¿Está siguiéndole el rastro Angua?

—Hasta cierto punto, señor —dijo Zanahoria, incómodo.

—¿Por qué solamente hasta cierto punto?

—Él... bueno, suponemos que ha sido Carcer... ha dejado caer una bomba de anís en la plaza Sator. Aceite casi puro.

Vimes suspiró. Era asombroso cómo se adaptaba la gente. La Guardia tenía un hombre lobo. La noticia se había propagado, de forma más o menos subterránea. Y, por tanto, los criminales habían evolucionado para sobrevivir en una sociedad donde la ley tenía una nariz muy sensible. Las bombas olfativas eran la solución. No hacía falta que fueran tan dramáticas como eso. Bastaba con tirar un frasquito de menta pura o de anís en algún lugar de la calle donde la gente lo fuera a pisar y de repente la sargento Angua se enfrentaba a un centenar, un millar de rastros entrecruzados, y se iba a la cama con un dolor de cabeza terrible.

Escuchó con expresión lúgubre mientras Zanahoria le informaba de a qué hombres había vuelto a poner de servicio o a quiénes había puesto en turno doble, a qué confidentes había sonsacado, a qué soplones había exprimido, qué dedos había levantado al viento, qué oídos había puesto en las calles. Y supo cuán poco se iba a conseguir con todo aquello. Todavía no tenía ni cien hombres en la guardia, y eso incluyendo a la encargada de la cantina. La ciudad tenía un millón de habitantes y mil millones de sitios donde esconderse. Ankh-Morpork estaba construida sobre una red de escondrijos. Además, Carcer era una pesadilla.

Vimes estaba acostumbrado a las demás clases de chiflados, a los que actuaban con bastante normalidad hasta el mismo momento en que se les giraba la cabeza y se cargaban a alguien con un atizador por hacer demasiado ruido al sonarse la nariz. Pero Carcer era distinto. Se pensaba las cosas dos veces, pero en lugar de tener ideas conflictivas, las tenía competitivas. Tenía un diablillo en los dos hombros, y cada uno azuzaba al otro.

Y sin embargo... sonreía todo el tiempo, con alegría y buen ánimo, y actuaba como esos granujillas que se ganan la vida vendiendo relojes de oro que al cabo de una semana se ponen todos de color verde. Y parecía estar convencido, totalmente convencido, de que él nunca hacía nada que fuera malo de verdad. Se quedaba plantado en plena carnicería, con sangre en las manos y joyas robadas en el bolsillo, y con cara de inocencia ofendida declaraba: «¿Yo? ¿Qué he hecho yo?».

Y resultaba creíble hasta que uno le miraba fijamente a aquellos ojos sonrientes y descarados y veía, al fondo de todo, cómo los demonios le devolvían la mirada.

Pero no convenía pasarse demasiado tiempo mirando aquellos ojos, porque eso quería decir que entretanto los tuyos se habían apartado de sus manos, y para entonces una de ellas ya tenía un cuchillo.

Al policía medio le resultaba difícil tratar con aquella clase de gente. Los guardias suponían que cuando alguien se veía ampliamente superado en número, se rendiría o trataría de negociar o por lo menos dejaría de moverse. No se esperaban que hubiera alguien capaz de matar por un reloj de cinco dólares. (Un reloj de cien dólares ya era otra cosa. Al fin y al cabo, esto era Ankh-Morpork.)

—¿Estaba casado Fuerteenelbrazo? —preguntó.

—No, señor. Vivía en Nuevos Remendones con sus padres.

Padres, pensó Vimes. Peor todavía.

—¿Ha ido alguien a decírselo? —preguntó—. Y no me digas que ha ido Nobby. No queremos que se repita aquella estupidez de «te apuesto un dólar a que eres la viuda de Jackson».

—He ido yo, señor. En cuanto hemos recibido la noticia.

—Gracias. ¿Se lo han tomado mal?

—Se lo han tomado... con solemnidad, señor.

Vimes gimió. Se imaginaba sus expresiones.

—Yo les escribiré la carta oficial —dijo, abriendo el cajón de su escritorio—. Busca a alguien que se la lleve, ¿quieres? Y que les diga que pasaré en persona más tarde. Tal vez no sea el momento de... —No, un momento, eran enanos, y a los enanos no les avergonzaba hablar de dinero—. Olvídalo... diles que tendremos preparados todos los detalles de su pensión y esas cosas. Y además, ha muerto estando de servicio. Bueno, casi. Eso es más dinero. Todo cuenta. —Hurgó en sus armarios—. ¿Dónde está su expediente?

—Aquí, señor —dijo Zanahoria, dándoselo con presteza—. Tenemos que estar en palacio a las diez, señor. Comité de la Guardia. Pero estoy seguro de que lo entenderán —añadió, al ver la cara de Vimes—. Voy a vaciar la taquilla de Fuerteenelbrazo, señor, y me imagino que los muchachos harán una colecta para comprar las flores y todo...

Después de que el capitán se fuera, Vimes se quedó pensativo delante de una página con membrete. Un expediente, tenía que consultar un maldito expediente. Pero últimamente había tantos guardias...

Una colecta para las flores. Y un ataúd. Hay que cuidar de los tuyos. Lo dijo el sargento Dickins, ya hace mucho tiempo...

No se le daban bien las palabras, y mucho menos las escritas, pero después de echar unos cuantos vistazos al expediente para refrescarse la memoria escribió lo mejor que se le ocurrió.

Y eran todo buenas palabras, y más o menos las correctas. Pero la verdad era que Fuerteenelbrazo no era más que un enano honrado que había cobrado por hacer de policía. Se había alistado porque en los tiempos que corrían apuntarse a la Guardia era una buena opción profesional. No pagaban mal, había una pensión decente, había un plan médico maravilloso si uno tenía agallas para someterse a los cuidados de Igor en el sótano y, después de un año más o menos, un agente formado en Ankh-Morpork podía marcharse de la ciudad y encontrar trabajo en las Guardias de las demás ciudades de la llanura con ascenso automático. Era el pan de cada día. Los llamaban los Sammies hasta en las ciudades donde nadie había oído hablar de Sam Vimes. Aquello lo enorgullecía un poquito. «Sammies» quería decir agentes de la Guardia que eran capaces de pensar sin mover los labios, que no aceptaban sobornos, o por lo menos no muchos, y solo si se trataba de cerveza y rosquillas, que hasta Vimes reconocía que eran la grasa que ayuda a que las ruedas giren suavemente; y eran, en general, hombres de confianza. Por lo menos para cierto valor de «confianza».

El ruido de unos pies que corrían le indicó que el sargento Detritus estaba trayendo a algunos de los nuevos reclutas de vuelta de su carrera matinal. Oyó la cancioncilla que Detritus les había enseñado. Por alguna razón, se notaba que se la había inventado un troll:

¡Vaya memez de canción!

¡La cantamos de carrerón!

¡Yo no sé a qué viene cantar!

¡Si no sabemos ni hacer rimas!

¡Maaarchen!

¡Uno! ¡Dos!

¡Maaarchen!

¡Muchos! ¡Montones!

¡Maaarchen!

Esto... ¿cómo?

A Vimes todavía le irritaba un poco que el pequeño centro de instrucción que había en la vieja fábrica de limonada estuviera produciendo muchísimos guardias que se marchaban de la ciudad tan pronto como terminaban su período de prueba. Pero tenía sus ventajas. Ahora los Sammies llegaban casi hasta Uberwald, y todos subían como la espuma en sus escalafones locales. Conocer sus nombres iba bien, y también saber que aquellos nombres habían aprendido a cuadrarse ante él. A menudo el flujo y el reflujo de la política comportaba que los dirigentes locales no hablaran entre sí, pero a través de las torres de señales, los Sammies hablaban a todas horas.

Se dio cuenta de que estaba tarareando por lo bajo una canción distinta. Era una melodía que llevaba años sin recordar. Había llegado con las lilas: el aroma y la canción iban juntos. Se detuvo, sintiéndose culpable.

Estaba terminando la carta cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Ya casi he terminado! —gritó.

—Zoy yo, zeñor —dijo el agente Igor, asomando la cabeza por la puerta, y a continuación añadió—: Igor, señor.

—¿Sí, Igor? —dijo Vimes, preguntándose, y no por primera vez, por qué alguien con puntos que le rodeaban toda la cabeza necesitaba decir quién era[[1]](#footnote-1).

—Solamente me guztaría decirle, señor, que yo podría haber puezto otra vez en forma al joven Fuerteenelbrazo, zeñor —dijo Igor, con un matiz de reproche.

Vimes suspiró. Igor tenía una expresión compungida y teñida de decepción. Se le había impedido que desempeñara su... oficio. Era natural que estuviera decepcionado.

—Ya hemos hablado de esto, Igor. No es lo mismo que volver a coserle a alguien una pierna. Y los enanos se oponen a muerte a esas cosas.

—No tiene nada de zobrenatural, zeñor. ¡Zoy un hombre de filozofía natural! Y cuando lo trajeron todavía estaba caliente...

—Son las normas, Igor. Pero gracias igualmente. Sabemos que tienes buen corazón...

—Tengo todoz los corazones buenos, señor —le corrigió Igor.

—Eso quería decir —dijo Vimes sin dejar pasar ni un latido, igual que a Igor tampoco se le escapaba uno nunca.

—Oh, muy bien, señor —dijo Igor, rindiéndose. Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Cómo está lady Sybil, señor?

Vimes ya se lo había estado esperando. Era terrible que una mente hiciera aquello, pero la suya ya le había presentado la idea de Igor y Sybil en la misma frase. No es que Igor le disgustara. Al contrario. Había agentes de la Guardia caminando por las calles ahora mismo que no tendrían piernas si no fuera por la genialidad de Igor con la aguja. Y sin embargo...

—Bien. Está bien —dijo en tono seco.

—Ez que he oído que la señora Contento eztá un poco preoc...

—Igor, hay ciertos asuntos en los que... A ver, ¿tú sabes algo de... mujeres y bebés?

—No directamente, zeñor, pero soy de la opinión de que una vez tienez a alguien zobre la mesa y le has, ya zabe, hurgado bien por dentro, la mayoría de cozaz ze pueden...

Llegado este punto a Vimes se le bloqueó del todo la imaginación.

—Gracias, Igor —consiguió decir sin que le temblara la voz—, pero la señora Contento es una comadrona con mucha experiencia.

—Lo que uzted diga, zeñor —dijo Igor, pero las palabras iban cargadas de duda.

—Y ahora me tengo que marchar —zanjó Vimes—. Va a ser un día complicado.

Bajó corriendo las escaleras, le tiró la carta al sargento Colon, le hizo una señal con la cabeza a Zanahoria y los dos echaron a andar con paso ligero rumbo a palacio.

Después de que se cerrara la puerta, uno de los agentes de la Guardia levantó la vista del escritorio donde había estado midiéndose con un informe y con el esfuerzo de escribir, como suelen hacer los policías, lo que tendría que haber pasado.

—¿Sargento?

—¿Sí, cabo Ping?

—¿Por qué llevan algunos de ustedes flores púrpura, sargento?

Se produjo un cambio sutil en la atmósfera, una succión de sonido causada por muchos pares de orejas al escuchar con atención. Todos los agentes de la sala acababan de dejar de escribir.

—Lo digo porque el año pasado por estas fechas vi que usted, Reg y Nobby las llevaban, y me pregunté si tal vez todos tendríamos que...

Ping titubeó. Los ojos normalmente amistosos del sargento Colon se habían fruncido y el mensaje que estaban mandando era: estás pisando una capa fina de hielo, chaval, y ya está empezando a crujir...

—O sea, mi casera tiene un jardín, y no me costaría nada ir a cortar... —continuó Ping, en un intento poco característico de suicidio.

—Te pondrías hoy las lilas, ¿verdad? —dijo Colon en voz baja.

—Solamente quería decir que si usted quisiera yo podría ir a...

—¿Acaso estuviste tú allí? —dijo Colon, poniéndose de pie tan deprisa que se le cayó la silla al suelo.

—Tranquilo, Fred —murmuró Nobby.

—Yo no quería... —empezó a decir Ping—. Esto, ¿si estuve yo dónde, sargento?

Colon se apoyó en el escritorio, poniendo su cara roja y redonda a dos centímetros de la nariz de Ping.

—Si no sabes dónde es allí, es que no estuviste allí —dijo con la misma voz baja. Volvió a erguirse—. Ahora Nobby y yo tenemos trabajo que hacer —continuó—. Descanse, Ping. Nosotros nos vamos.

—Ejem...

Aquel no estaba siendo un buen día para el cabo Ping.

—¿Sí? —dijo Colon.

—Ejem... el reglamento, sargento... Es usted el oficial de rango más alto, ¿sabe?, y yo soy el ordenanza del día, de otra manera no se lo pediría, pero... si va a salir, sargento, tiene que decirme adónde va. Por si alguien se tuviera que poner en contacto con usted, ¿entiende? Lo tengo que apuntar en el libro. Con tinta y todo —añadió.

—¿Sabes qué día es hoy, Ping? —preguntó Colon.

—Ejem... veinticinco de mayo, sargento.

—¿Y sabes qué significa eso, Ping?

—Ejem...

—Significa —dijo Nobby—, que cualquiera que sea lo bastante importante como para preguntar adónde vamos...

—... ya sabe adónde hemos ido —terminó Fred Colon.

Y dieron un portazo al salir.

\* \* \*

El cementerio de los Dioses Menores era para la gente que no sabía qué venía a continuación. Para los que no sabían en qué creían, ni si había vida después de la muerte, y a menudo ni siquiera sabían qué les había dado el porrazo. Habían pasado por la vida en un amigable estado de incertidumbre, hasta que por fin la certidumbre suprema los había reclamado. Entre todos los osarios de la ciudad, aquel cementerio era el equivalente del cajón etiquetado como «Varios», y en él se enterraba a la gente con la gloriosa expectativa de más bien poca cosa.

La mayoría de los agentes de la Guardia acababan enterrados allí. A los policías, al cabo de unos cuantos años, ya les costaba bastante creer en la gente; no digamos creer en alguien a quien no podían ver.

Por una vez, no estaba lloviendo. La brisa agitaba los álamos cubiertos de hollín que rodeaban la tapia y los hacía susurrar.

—Tendríamos que haber traído flores —dijo Colon, mientras caminaban por entre la hierba larga.

—Yo podría mangar unas cuantas de las tumbas más nuevas, sargento —se ofreció Nobby.

—No es la clase de cosa que te quiero oír decir en momentos como este, Nobby —le reprendió Colon.

—Lo siento, sargento.

—En un momento así un hombre debería pensar en su alma inmortal cara a cara con el poderoso río interminable que es la historia. Eso haría yo si fuera tú, Nobby.

—Vale, sargento. Eso haré. Veo que ya hay alguien que lo está haciendo, sargento.

Contra una de las tapias crecían los lilos. Es decir, en algún momento del pasado alguien había plantado allí un lilo, y este había hecho brotar, como hacen los lilos, un centenar de endebles brotes chupones, de manera que lo que antaño había sido un simple tallo ahora era un arbusto. Todas las ramas estaban cubiertas de flores de color malva pálido.

Las tumbas apenas se veían en medio de la vegetación enmarañada. Delante de ellas estaba Y-Voy-A—La-Ruina Escurridizo, el hombre de negocios con menos éxito de todo Ankh-Morpork, luciendo un ramito de lilas en el sombrero.

Vio a los agentes de la Guardia y los saludó con la cabeza. Ellos le devolvieron el saludo. Los tres se quedaron de pie mirando las siete tumbas. Solamente una de ellas había recibido cuidados. La lápida de mármol estaba reluciente y limpia de musgo, el césped cortado y el borde de la piedra centelleante.

Sobre las lápidas de madera de las otras seis había crecido el musgo, pero a la del medio se lo habían raspado, dejando al descubierto el nombre:

JOHN KEEL

Y más abajo, alguien se había esforzado considerablemente en grabar lo siguiente:

Cómo se levantan

Había una corona enorme de lilas, atada con cinta de color púrpura, sobre la tumba. Encima de ella, atado con otro pedazo de cinta púrpura, había un huevo.

—La señora Palma, la señora Chaladio y algunas de las chicas han venido más temprano —dijo Escurridizo—. Y por supuesto, Madam siempre se encarga de que esté el huevo.

—Qué amables son de acordarse siempre —comentó el sargento Colon.

Los tres permanecieron en silencio. En conjunto, no eran hombres provistos del vocabulario que se requería en aquellas ocasiones. Al cabo de un rato, sin embargo, Nobby se sintió impelido a hablar.

—Una vez me dio una cuchara —dijo, dirigiéndose al aire en general.

—Sí, ya lo sé —dijo Colon.

—Mi padre me la mangó cuando salió de la cárcel, pero era mi cuchara —insistió Nobby—. Para un niño es muy importante tener su propia cuchara.

—Ya que hablamos de eso, fue la primera persona que me hizo sargento —dijo Colon—. Luego me degradaron otra vez, claro, pero entonces yo ya sabía que podría volver a lograrlo. Era un buen poli.

—A mí me compró un pastel la misma semana que empecé con el negocio —dijo Escurridizo—. Se lo comió todo. No escupió nada.

Hubo más silencio.

Al cabo de un rato el sargento Colon carraspeó, dando la indicación general de que alguna clase de momento apropiado acababa de terminar. Hubo una relajación colectiva de músculos.

—¿Sabéis? Tendríamos que venir aquí un día con una podadera y despejar un poco todo esto —comentó el sargento.

—Siempre dices lo mismo, sargento, todos los años —dijo Nobby mientras se alejaban—. Y no lo hacemos nunca.

—Si me dieran un dólar por cada funeral de un guardia al que he asistido aquí —dijo Colon— tendría... diecinueve dólares y cincuenta peniques.

—¿Cincuenta peniques? —se sorprendió Nobby.

—De la vez que el cabo Hildebiddle se despertó justo a tiempo y se puso a dar porrazos en la tapa —dijo Colon—. Antes de tu época, claro. Todo el mundo dijo que se había recuperado asombrosamente bien.

—¿Señor sargento?

Los tres hombres se volvieron. La figura flaca y vestida de negro que venía hacia ellos con pasos furtivos y veloces no era otro que Legítimo Primero, el enterrador residente del cementerio.

Colon suspiró.

—¿Sí, Legi? —peguntó.

—Bueeenos días, mis amables... —empezó a decir el enterrador, pero el sargento Colon le enseñó un dedo a modo de aviso.

—Deja eso ahora mismo —dijo—. Ya estás avisado y lo sabes de sobra. Nada de hacerte el «enterrador cómico». No tiene gracia y no es ingenioso. Tú di lo que tengas que decir y punto. Sin cuchufletas.

Legi pareció alicaído.

—Caramba, buenos señores...

—Legi, hace años que te conozco —dijo Colon en tono fatigado—. Inténtalo, ¿quieres?

—El diácono quiere que se los desentierre ya, Fred —dijo Legi con voz huraña—. Ya hace más de treinta años. Hace mucho que ya tendrían que estar en las criptas...

—No —replicó Fred Colon.

—Pero tengo un nicho precioso para ellos ahí abajo, Fred —le suplicó Legi—. En la parte de delante. ¡Necesitamos el espacio, Fred! ¡Aquí no hay ni un sitio para sentarse, no te engaño! ¡Hasta los gusanos tienen que ir en fila india! En la parte de delante, Fred, donde yo podré charlar con ellos mientras me tomo el té. ¿Qué me dices?

Los agentes de la Guardia y Escurridizo se miraron. La mayoría de la gente de la ciudad había entrado alguna vez en las criptas de Legi, aunque únicamente fuera para hacerse el valiente. Y a la mayoría les había impactado que el entierro solemne no fuera para toda la eternidad sino tan solo para un puñado de años, los suficientes para que, en palabras de Legi, «mis pequeños ayudantes alargados» pudieran hacer su trabajo. Más tarde, el lugar de reposo posterior al último eran las criptas, y una anotación en los enormes registros.

Legi vivía allí abajo en las criptas. Tal como él decía, era el único que hacía tal cosa, y la compañía le gustaba.

A Legi se lo solía considerar un tipo extraño, aunque extraño de una manera concienzuda.

—Esto no ha sido idea tuya, ¿verdad? —dijo Fred Colon.

Legi se miró los pies.

—El nuevo diácono es un poco, bueno, nuevo —dijo—. Ya sabéis... entusiasta. Le ha dado por los cambios.

—¿Le has contado por qué no se desentierran? —preguntó Nobby.

—Dice que eso ya es historia antigua —dijo Legi—. Dice que todos tenemos que dejar atrás el pasado.

—¿Y tú le has dicho que eso se lo vaya a explicar a Vetinari? —preguntó Nobby.

—Sí, y él dice que está seguro de que su señoría es un hombre progresista que no se aferrará a las reliquias del pasado —dijo Legi.

—Da la impresión de ser nuevo, sí —dijo Escurridizo.

—Sí —dijo Nobby—. Y me da a mí que no llegará a viejo. No pasa nada, Legi, le puedes decir que ya nos lo has pedido.

El enterrador pareció aliviado.

—Gracias, Nobby —dijo—. Y me gustaría decirles, caballeros, que cuando les llegue la hora tendrán un buen nicho con vistas. He anotado vuestros nombres en el registro para los que vengan después de mí.

—Vaya, pero qué, ejem, amable de tu parte, Legi —dijo Colon, preguntándose si realmente lo era.

Debido a imposiciones del espacio, los huesos de la cripta se almacenaban por tamaño, no por propietario. Había salas enteras de costillas. Había avenidas de fémures. Y nicho tras nicho de cráneos cerca de la entrada, claro, porque una cripta sin un buen montón de cráneos no era una cripta como es debido. Si algunas religiones acertaban y realmente un día tenía lugar la resurrección de los cuerpos, caviló Fred, allí abajo iba a haber un jaleo de mil demonios y un trasiego constante.

—Tengo el sitio perfecto... —empezó a decir Legi, pero se detuvo. Señaló con furia en dirección a la entrada—. ¡Eh, ya sabéis lo que os dije de que ese viniera aquí!

Se giraron. El cabo Reg Shoe, con un ramo entero de lilas atado al casco, venía caminando con solemnidad por el camino de grava. Llevaba echada al hombro una pala con el asa muy larga.

—Pero si solo es Reg —dijo Fred—. Tiene derecho a estar aquí, Legi. Lo sabes.

—¡Está muerto! ¡No quiero a ningún muerto en mi cementerio!

—Lo tienes lleno de muertos, Legi —dijo Escurridizo, intentando tranquilizar al hombre.

—¡Sí, pero el resto no se dedican a entrar y a salir!

—Vamos, Legi, haces lo mismo todos los años —dijo Fred Colon—. No es culpa suya que lo mataran de esa manera. Solamente porque uno es zombi no quiere decir que sea mala persona. Hace un buen trabajo, Reg. Además, este sitio estaría mucho más limpio si todo el mundo cuidara de su tumba como hace él. Buenos días, Reg.

Reg Shoe, con la cara gris pero sonriente, saludó con la cabeza a los cuatro y siguió su camino.

—Y encima se trae su propia pala —murmuró Legi—. ¡Es asqueroso!

—Siempre he pensado que era bastante, ya sabes, amable por su parte de hacer lo que hace —dijo Fred—. Déjalo en paz, Legi. Si te pones a tirarle piedras como hiciste hace dos años, el comandante Vimes se va a enterar y habrá problemas. Estas avisado. Es verdad que tienes buena mano con...

—... los cadáveres —dijo Nobby.

—... pero... bueno, Legi, tú no estuviste allí —prosiguió Colon—. Y con eso está todo dicho. Reg sí que estuvo. Y no hay más que hablar, Legi. Si no estuviste allí, no lo puedes entender. Ahora lárgate y ponte a contar otra vez tus cráneos, sé que eso te gusta. Hasta luego, Legi.

Legítimo Primero se quedó mirándolos mientras ellos se alejaban. El sargento Colon tuvo la sensación de que le estaba tomando las medidas.

—Siempre me he preguntado por qué se llama así —dijo Nobby, dándose la vuelta y despidiéndose con la mano—. O sea, ¿Legítimo?

—No se puede culpar a una madre por sentirse orgullosa, Nobby —dijo Colon.

\* \* \*

—¿Qué más me hace falta saber hoy? —preguntó Vimes, mientras él y Zanahoria se abrían paso a empujones por las calles.

—Hemos recibido una carta de los Crespones Negros, [[2]](#footnote-2)señor, sugiriendo que sería un gran paso hacia la armonía entre las especies de la ciudad si diera usted el visto bueno a...

—¿Quieren a un vampiro en la Guardia?

—Sí, señor. Estoy convencido de que muchos miembros del Comité de la Guardia creen que a pesar de las reservas que usted ha manifestado sería una buena...

—¿Te doy la impresión de ser un cadáver?

—No, señor.

—Entonces la respuesta es no. ¿Qué más?

Zanahoria hojeó el contenido de un portapapeles atiborrado mientras iba medio corriendo para no quedarse atrás.

—El Times dice que Borogrovia ha invadido Moldeavia —anunció.

—¿Eso es bueno? No me acuerdo de dónde están.

—Los dos países antes formaban parte del Imperio Oscuro, señor. Al lado mismo de Uberwald.

—¿De lado de quién estamos?

—El Times dice que tendríamos que estar apoyando a la pequeña Moldeavia contra el agresor, señor.

—Ya me va cayendo bien Borogrovia —dijo Vimes secamente. La semana anterior el Times había publicado lo que, en su opinión, era una caricatura muy poco favorecedora de él, y para empeorar las cosas Sybil había solicitado el original y lo había hecho enmarcar—. ¿Y qué significa todo eso para nosotros?

—Probablemente más refugiados, señor.

—¡Por los dioses, si no tenemos más sitio! ¿Por qué siguen viniendo aquí?

—En busca de una vida mejor, señor, creo.

—¿De una vida mejor? —exclamó Vimes—. ¿Aquí?

—Creo que las cosas están peor en el sitio de donde vienen, señor —dijo Zanahoria.

—¿De qué clase de refugiados estamos hablando aquí?

—Mayormente humanos, señor.

—¿Quieres decir que la mayoría serán humanos, o que cada individuo será mayormente humano? —quiso saber Vimes. Al cabo de una temporada en Ankh-Morpork, uno aprendía a formular preguntas como aquella.

—Ejem, aparte de los humanos la única especie que he oído que hay allí en cierta cantidad son los kvetch, señor. Viven en los bosques profundos y están cubiertos de pelo.

—¿Ah, sí? Bueno, probablemente averiguaremos más sobre ellos cuando se nos pida que le demos trabajo a uno en la Guardia —dijo Vimes en tono agrio—. ¿Qué más?

—Una noticia bastante esperanzadora, señor —dijo Zanahoria, sonriente—. ¿Conoce a los Jumes? ¿La banda callejera?

—¿Qué pasa con ellos?

—Han iniciado a su primer miembro troll.

—¿Cómo? ¡Yo pensaba que se dedicaban a dar palizas a los trolls! ¡Creía que era su objetivo!

—Bueno, parece ser que al joven Calcita también le gusta dar palizas a los trolls.

—¿Y eso es bueno?

—En cierta manera, señor, yo supongo que es un paso adelante.

—¿Unidos en el odio, quieres decir?

—Supongo, señor —dijo Zanahoria. Pasó las páginas del portapapeles hacia delante y hacia atrás—. A ver, ¿qué más tengo? Ah, sí, la patrullera del río se ha vuelto a hundir...

¿En qué me equivoqué?, pensó Vimes mientras la letanía continuaba. Hubo un tiempo en que yo era un guardia. Un guardia de verdad. Perseguía a gente. Era un cazador. Era lo que mejor se me daba. En cualquier lugar de la ciudad me orientaba por el tacto de la calle bajo mis botas. ¡Y mírame ahora! ¡Duque! ¡Comandante de la Guardia! ¡Un animal político! ¡Tengo que saber quién lucha contra quién a dos mil kilómetros de distancia, por si acaso eso se traduce en disturbios aquí!

¿Cuándo fue la última vez que salí de patrulla? ¿La semana pasada? ¿El mes pasado? Y nunca es una patrulla de reconocimiento como es debido, porque los sargentos se aseguran de que todo el maldito mundo sepa que he salido del edificio y para cuando llego, hasta el último puñetero agente apesta a abrillantador de armadura y se ha afeitado, aunque yo baje corriendo por las callejuelas (y esa idea, por lo menos, iba cargada de cierto orgullo, porque mostraba que Vimes no estaba dando trabajo a sargentos tontos). Nunca me paso una noche entera bajo la lluvia, ni peleo a vida 0 muerte rodando por la calle con un matón, ni tampoco aprieto nunca el paso. Todo eso me han quitado. ¿Y para qué?

Comodidad, poder, dinero y una esposa maravillosa...

... ejem...

... lo cual estaba bien, por supuesto, pero... aun así...

Maldita sea. Pero ya no soy un poli, ahora soy un gestor. Tengo que ir a hablar con el maldito comité como si fueran niños. Voy a recepciones y llevo una condenada armadura estúpida de juguete. Todo es política y papeleo. Todo se ha hecho demasiado grande.

¿Qué le pasó a aquella época en que todo era tan simple?

Se marchitó como las lilas, pensó.

Entraron en palacio y subieron la escalera principal que daba al Despacho Oblongo.

El patricio de Ankh-Morpork estaba de pie mirando por la ventana cuando ellos entraron. Por lo demás la sala estaba desierta.

—Ah, Vimes —dijo, sin darse la vuelta—. Ya me imaginaba que llegaría usted tarde. Dadas las circunstancias, he disuelto el comité. Les ha entristecido, igual que a mí, por supuesto, enterarse de lo de Fuerteenelbrazo. Sin duda habrá estado usted escribiendo la carta oficial.

Vimes dirigió una rápida mirada interrogativa a Zanahoria, que puso los ojos en blanco y se encogió de hombros. Vetinari se enteraba de las cosas muy deprisa.

—Pues sí —dijo Vimes.

—Y con el día tan bonito que hace —dijo Vetinari—. Aunque por lo que veo, se nos viene encima una tormenta.

Se dio la vuelta, tenía un ramito de lilas prendido con un alfiler a la túnica.

—¿A lady Sybil le va todo bien? —preguntó, sentándose.

—Dígamelo usted —dijo Vimes.

—A algunas cosas no puede metérseles prisa, está claro —dijo Vetinari sin inmutarse, removiendo sus papeles—. Vamos a ver, a ver, hay solo unos cuantos puntos que me gustaría discutir con... ah, la carta habitual de nuestros amigos los religiosos del Templo de los Dioses Menores. —La sacó con cuidado de la pila y la apartó a un lado—. Creo que voy a invitar al nuevo diácono a tomar té y así le explico cómo funciona todo. A ver, ¿dónde estaba yo...? Ah, la situación política en... ¿Sí?

Se abrió la puerta. Entró Drumknott, el secretario en jefe.

—Mensaje para su excelencia —dijo, aunque se lo dio a lord Vetinari. El patricio lo pasó, con gran cortesía, por encima de la mesa. Vimes lo desdobló.

—¡Acaba de llegar por clacs! —gritó—. ¡Tenemos a Carcer acorralado en el Nuevo Colegio Mayor! ¡Tengo que ir allí ahora mismo!

—Qué emocionante —dijo lord Vetinari, poniéndose de pie de golpe—. La llamada de la persecución. ¿Pero acaso es necesario que asista usted en persona, excelencia?

Vimes lo miró con cara lúgubre.

—Sí —dijo—. Porque si no voy, algún pobre desgraciado al que yo he instruido para que haga lo correcto va a intentar arrestar a ese cabrón. —Se giró hacia Zanahoria—. ¡Capitán, a ello ahora mismo! Clacs, palomas, mensajeros a pie, lo que sea. Quiero que esta llamada la atienda todo el mundo, ¿de acuerdo? ¡Pero que nadie, repito, nadie, intente enfrentarse a él sin un montón de refuerzos! ¿Entendido? ¡Y quiero a Swires en el aire! Oh, maldita sea...

—¿Qué pasa, señor? —dijo Zanahoria.

—Este mensaje es de Culopequeño. Lo ha mandado aquí directamente. ¿Qué está haciendo ella allí? Es forense. ¡No es de calle! ¡Lo hará con el reglamento en la mano!

—¿Y no debería? —preguntó Vetinari.

—No. A Carcer le hace falta una flecha en la pierna solamente para llamarle la atención. Hay que disparar primero...

—¿... y preguntar después? —terminó Vetinari.

Vimes se detuvo en la puerta y dijo:

—No tengo nada que preguntarle.

\* \* \*

Vimes tuvo que aminorar la marcha para recobrar el aliento en la plaza Sator, y eso lo horrorizó. ¡Hacía solamente unos años, ahora estaría empezando a coger el ritmo! Pero la tormenta que se acercaba por los llanos venía empujando el calor por delante, y no estaría bien que el comandante se presentara resollando. Al final, aun después de pararse detrás de un tenderete del mercadillo para dar unas bocanadas de aire, dudó que le quedara bastante fuelle para decir una frase larga.

Para su tremendo alivio, una ilesa cabo Jovial Culopequeño estaba esperándolo junto a los muros de la universidad. Le hizo el saludo reglamentario.

—Doy parte, señor —dijo.

—Mmm —murmuró Vimes.

—He visto a un par de trolls que estaban en turno de tráfico, señor —dijo Jovial—. Así que los he mandado al Puente del Agua. Entonces ha aparecido el sargento Detritus y le he dicho... le he aconsejado que entrara en la universidad por la puerta principal y subiera bien arriba. Después han llegado el sargento Colon y Nobby y los he mandado al Puente del Tamaño...

—¿Por qué? —interrumpió Vimes.

—Porque dudo que él vaya a intentar esa ruta de escape —respondió Jovial, con la cara convertida en la viva imagen de la inocencia. Vimes tuvo que refrenarse para no asentir—. Y luego, a medida que va llegando más gente, los estoy desplegando por el perímetro. Pero creo que él ha subido y se va a quedar bien arriba.

—¿Por qué?

—Porque ¿cómo va a salir si tiene que enfrentarse con un montón de magos, señor? Lo mejor que puede hacer es escabullirse por los tejados y descolgarse por algún lugar tranquilo. Escondrijos no le faltan, y puede llegar hasta la calle de la Tarta de Melocotón sin tocar el suelo.

Forense, pensó Vimes. Ja. Y con un poco de suerte él no sabe nada de Buggy.

—Bien pensado —dijo.

—Gracias, señor. ¿Le importaría acercarse un poco más a esta pared, señor?

—¿Para qué?

Algo se hizo trizas sobre los adoquines. Vimes se pegó de golpe a la pared.

—Tiene una ballesta, señor —le explicó Jovial—. Creemos que se la robó a Fuerteenelbrazo. Pero no se le da muy bien disparar con ella.

—Buen trabajo, cabo —dijo Vimes con un hilo de voz—. Bien hecho. —Echó un vistazo a la plaza que tenía detrás. El viento azotaba los toldos de los tenderetes del mercado, y los mercaderes, echando vistazos de vez en cuando al cielo, estaban cubriendo sus mercancías—. Pero no podemos dejarlo que se pasee por ahí arriba sin más. Se va a poner a tirar flechas al azar y acabará dándole a alguien.

—¿Y por qué iba a hacer eso, señor?

—A Carcer no le hacen falta razones —dijo Vimes—. Lo único que le hace falta es una excusa. —Le llamó la atención un movimiento muy por encima de ellos y sonrió.

Un ave de gran tamaño estaba ganando altura sobre la ciudad.

\* \* \*

La garza, protestando por lo bajo, luchó para ganar altura mientras trazaba círculos amplios. La ciudad daba vueltas alrededor del cabo Buggy Swires mientras él se agarraba con más fuerza usando las rodillas, y a continuación hizo girar al ave en la dirección del viento y por fin la obligó a aterrizar a trompicones sobre la Torre del Arte, el edificio más alto de la ciudad.

Con un movimiento experto, el gnomo cortó la cuerda que sujetaba el aparato de señales portátil y desmontó tras él sobre la alfombra putrefacta de hojas de hiedra y viejos nidos de cuervos que cubría la cima de la torre.

La garza lo observó con ojos redondos y estúpidos. Buggy la había domesticado tal como solían hacer los gnomos: te pintabas de verde para parecer una rana, te metías croando por las ciénagas y, cuando por fin una garza se te intentaba comer, subías corriendo por su pico y le arreabas un cabezazo. Para cuando el ave recobraba el conocimiento, tú ya le habías metido en las narices el aceite especial —que había costado un día de trabajo y cuyo hedor había vaciado la Casa de la Guardia—, y a ella le bastaba con echarte un vistazo para creer que eras su madre.

Las garzas eran útiles. Podían transportar equipo. Pero para vigilar el tráfico, Buggy prefería los gavilanes. Planeaban mejor.

Encajó los brazos del aparato portátil de señales en el poste que había instalado en secreto hacía unas semanas. A continuación descargó un telescopio diminuto de las alforjas de la garza y lo amarró al borde de la piedra, orientado casi recto hacia abajo. A Buggy le gustaban aquellos momentos. Eran las únicas ocasiones en que todos los demás eran más pequeños que él.

—Muy bien... a ver qué se puede ver —murmuró.

Estaban los edificios de la universidad. Estaban la torre de Viejo Tom, el reloj, y la mole inconfundible del sargento Detritus trepando por entre las chimeneas cercanas. La luz amarillenta de la tormenta en ciernes arrancaba destellos a los cascos de los guardias que ahora corrían por las calles. Y más allá, avanzando con sigilo por detrás de la baranda...

—Te pillé —dijo en voz baja, y cogió las asas del aparato de señales.

\* \* \*

—D... T... R... T... S espacio C... R... C... A... espacio V... J espacio T... M —dijo Jovial.

Vimes asintió. Detritus estaba en el tejado junto a la torre del Viejo Tom. Llevaba una ballesta de asedio que no podían levantar ni entre tres hombres, modificada para que disparara un grueso haz de flechas todas a la vez. La mayoría se hacían añicos en el aire debido a las fuerzas que entraban en acción, de manera que lo que llegaba al objetivo era una nube en expansión de astillas en llamas. Vimes le había prohibido que la usara contra personas, pero resultaba condenadamente útil para entrar en edificios. Con aquella arma se podía abrir la puerta principal y la de atrás al mismo tiempo.

—Dile que haga un disparo de advertencia —dijo—. Si le da a Carcer con ese trasto, ni siquiera vamos a encontrar el cadáver.

Aunque me encantaría encontrar un cadáver, añadió para sí mismo.

—Sí, señor. —Jovial se sacó unas palas blancas del cinturón, avistó la cima de la torre y envió una señal corta. Le llegó la respuesta rápida del lejano Buggy—. D... T... R... T... S espacio D... S... P... R espacio D... V... R... T... N... C —murmuró para sí mientras transmitía con gestos el resto del mensaje.

Cayó otra respuesta en picado desde lo alto. Al cabo de un momento, una llamarada roja se elevó desde lo alto de la torre y explotó. Era una forma eficaz de conseguir que todo el mundo prestara atención. Entonces Vimes vio el mensaje transmitido.

Por todos los edificios de la universidad, los agentes de la Guardia que también habían visto la orden se metieron en los portales. Ya conocían aquella ballesta.

El troll tardó unos segundos en deletrear, luego hubo un ruido sordo, seguido del sonido que haría un enjambre de abejas del infierno y por fin un estallido de tejas y mampostería. Sobre la plaza cayó una lluvia de tejas rotas. Una chimenea entera, de la que todavía salían volutas de humo, se estrelló a pocos metros de donde estaba Vimes.

A continuación hubo un golpeteo de tierra y pedacitos de madera y una suave lluvia de plumas de paloma.

Vimes se sacudió unos restos de argamasa del casco.

—Sí, bueno, creo que ya está avisado —dijo.

Media veleta aterrizó junto a la chimenea.

Jovial sopló para limpiar de plumas su telescopio y volvió a mirar con él la cima de la torre.

—Buggy dice que ha dejado de moverse, señor —informó.

—¿En serio? Me sorprende. —Vimes se ajustó el cinturón—. Y ahora ya puedes darme tu ballesta. Voy a subir.

—Señor, dijo usted que nadie debía intentar arrestarlo. ¡Es por eso que le mandé el mensaje!

—Exactamente. Lo voy a arrestar yo. Ahora mismo. Mientras todavía está contándose los trozos para asegurarse de que los tiene todos. Dile a Detritus lo que voy a hacer, porque no quiero terminar convertido en setenta y cinco kilos de canapés variados. Y deja de abrir la boca así. Para cuando terminemos de organizar refuerzos y armamento y tengamos a todo el mundo desplegado, él ya se habrá atrincherado en otra parte.

Las últimas palabras las pronunció mientras corría.

Vimes llegó a una puerta y entró como una flecha. El Nuevo Colegio Mayor era una residencia de estudiantes, pero solamente eran las diez y media, así que casi todos estarían en la cama. Unas cuantas caras se asomaron por sus puertas mientras Vimes trotaba por el pasillo y llegaba a la escalera que había en la otra punta. Eso lo llevó —ahora caminando, y mucho menos seguro de su futuro— al piso superior. Veamos, él había estado allí antes... sí, había una puerta entreabierta, y un fugaz vistazo de fregonas y cubos le sugirió que aquello era un cuarto de la limpieza.

Al otro lado del cual había una escalera de mano que llevaba al tejado.

Vimes amartilló con cautela la ballesta.

De manera que Carcer también tenía una ballesta de la Guardia... Eran modelos clásicos y de calidad, con un solo disparo, pero lentos de recargar. Si el tipo le disparaba a Vimes y fallaba, no tendría ocasión de hacer más disparos. Después de eso... ya no se podía hacer planes.

Vimes subió por la escalera de mano y la canción regresó a él.

—Se levantan pies hacia arriba, pies hacia arriba, pies hacia arriba... —murmuró por lo bajo.

Se detuvo justo debajo del borde de la trampilla abierta que daba al emplomado. Carcer no iba a picar con el viejo truco del casco en un palo, no cuando solo podía hacer un disparo. Vimes iba a tener que arriesgarse.

Asomó la cabeza, la giró a toda prisa, se volvió a poner a resguardo un momento y por fin salió disparado por la trampilla. Cuando alcanzó el emplomado echó a rodar torpemente por el suelo y se levantó hasta ponerse en cuclillas. Allí no había nadie más. Seguía vivo. Dejó de contener la respiración.

A su lado se elevaba la pendiente de un tejado a dos aguas. Vimes avanzó pegado al borde, se apretujó contra el cañón de una chimenea salpicada de astillas de madera y levantó la vista hacia la torre.

El cielo de encima era de un apagado color azul negruzco. Las tormentas siempre cogían mucha personalidad al cruzar los llanos, y aquella tenía pinta de que iba a batir récords. Pero entonces la luz resplandeciente del sol iluminó la Torre del Arte, en lo alto de la cual se veían los puntitos de las señales frenéticas de Buggy...

A... A... A...

Agente en apuros. Un hermano herido.

Vimes giró en redondo. No había nadie acercándosele con sigilo. Se metió entre las chimeneas y allí, escondido entre otro par de cañones donde no lo podían ver más que Vimes y el celestial Buggy, estaba Carcer.

Apuntando con su arma.

Vimes giró la cabeza para divisar al objetivo.

A cincuenta metros de allí, Zanahoria avanzaba con cautela por el tejado del edificio de Magia de Altas Energías de la universidad.

Al maldito desgraciado nunca se le había dado nada bien esconderse. Cierto, se agachaba y gateaba, pero en contra de toda lógica eso lo hacía más detectable. No entendía el arte de creerse uno mismo invisible. Y allí estaba ahora, trotando furtivamente por entre los escombros del tejado e igual de llamativo que un pato grande en una bañera pequeña. Y había subido sin refuerzos.

Sería tonto...

Carcer estaba apuntando con cuidado. El tejado del MAE era un laberinto de equipo abandonado y Zanahoria se estaba desplazando por detrás de la plataforma elevada que sostenía las enormes esferas de bronce conocidas por toda la ciudad como las Pelotas de los Magos, destinadas a descargar la magia sobrante si —o más habitualmente, cuando— los experimentos del edificio resultaban desastrosos. Zanahoria, amparado por todo aquello, tampoco era un objetivo tan fácil.

Vimes levantó la ballesta.

Y entonces... tronó. Fue el retumbar de un cubo de hierro gigante al bajar las escaleras de los dioses, un estallido crujiente y pesado que rasgó el cielo por la mitad e hizo temblar el edificio,

Carcer levantó la vista y vio a Vimes.

\* \* \*

—¿Qué hafe ufté, feñor?

Buggy no se apartó del telescopio. En aquellos momentos no lo habrían despegado ni con palanca.

—¡Callaos, corviños atontadus! —masculló.

Los dos hombres de abajo habían disparado, y los dos habían fallado porque intentaban disparar y esquivar al mismo tiempo.

Algo duro dio unos golpecitos en el hombro de Buggy.

—¿Qué eftá pafando, feñor? —dijo la voz insistente.

El guardia se dio la vuelta. Detrás de él había una docena de cuervos desaliñados, con pinta de ancianos envueltos en desmañadas capas negras. Eran aves de la Torre del Arte. Vivir durante centenares de generaciones en un entorno muy cargado de magia había elevado el nivel de inteligencia de unas criaturas que ya habían sido listas de entrada. Pero aunque los cuervos en general eran inteligentes, estos no eran demasiado listos. Simplemente tenían una modalidad más persistente de estupidez, como correspondía a unas aves para quienes el emocionante panorama de la ciudad que tenían debajo venía a ser una especie de tele matinal.

—¡Largu de aquí! —gritó Buggy, y se volvió hacia el telescopio. Allí estaba Carcer, corriendo, y Vimes corriendo detrás de él, y ya llegaba el granizo...

Hizo que el mundo se volviera blanco. Empezó a golpetear a su alrededor y a repicarle en el casco. Unas piedras de granizo tan grandes como su cabeza empezaron a rebotar en el suelo y a golpear a Buggy desde debajo. Mascullando palabrotas, y protegiéndose la cara con los brazos, y aporreado sin cesar por aquellas bolas de cristal hechas trizas cada una de las cuales vaticinaba un futuro de dolor, se puso a patinar y a deslizarse por el hielo movedizo. Llegó a un arco cubierto de hiedras que había entre dos torretas secundarias, donde la garza ya se había refugiado, y se dejó caer dentro. La metralla congelada seguía rebotando hasta allí y pinchándolo, pero por lo menos ahora podía ver y respirar.

Un pico le dio un golpe seco en la espalda.

—¿Y ahora qué pafa, feñor?

\* \* \*

Carcer aterrizó pesadamente sobre el arco que unía la residencia de estudiantes con los edificios principales, estuvo a punto de perder el equilibrio sobre las tejas y vaciló. Una flecha de un agente de la Guardia que estaba abajo le pasó rozando la pierna.

Vimes se descolgó detrás de él justo cuando empezaba a granizar.

Diciendo palabrotas y resbalando, un hombre persiguió al otro por el arco. Carcer llegó a una cortina de hiedras que subía hasta el tejado de la biblioteca y echó a trepar por ella, dejando caer tras de sí una lluvia de hielo.

Vimes agarró la hiedra justo cuando Carcer estaba desapareciendo por el tejado plano de arriba. Giró la cabeza hacia el estrépito que se había formado a su espalda y vio a Zanahoria intentando avanzar pegado a la pared del edificio de Magia de Altas Energías. El granizo estaba formando un halo de fragmentos de hielo a su alrededor.

—¡Quédate ahí! —vociferó Vimes.

La respuesta de Zanahoria quedó ahogada por el ruido.

Vimes agitó los brazos y se agarró a la hiedra cuando le resbaló un pie.

—¡Que te quedes ahí, joder! —gritó—. ¡Es una orden! ¡Acabarás cayendo abajo!

Se dio la vuelta y empezó a trepar por las enredaderas frías y mojadas.

El viento amainó y las últimas piedras de granizo cayeron rebotadas del tejado.

Vimes se detuvo a un metro del extremo superior de la hiedra, encajó los pies con firmeza entre los tallos ancianos y enredados y estiró el brazo para encontrar un buen asidero.

A continuación se impulsó hacia arriba, con la mano izquierda lista, agarró la bota que se le venía encima y siguió elevándose, empujando a Carcer hasta hacerle perder el equilibrio. El hombre se desplomó de espaldas sobre el hielo resbaladizo, intentó ponerse de pie y volvió a resbalar. Vimes trepó hasta el tejado, dio un paso adelante y se encontró con que las piernas le patinaban. Tanto él como Carcer se levantaron, intentaron moverse y volvieron a caer.

Tumbado boca abajo, el hombre le atizó una patada en el hombro a Vimes que los mandó a los dos patinando en direcciones opuestas, luego se dio la vuelta y echó a gatear por la enorme cúpula de cristal y metal de la biblioteca. Agarró el marco oxidado, se incorporó hasta ponerse de pie y sacó un cuchillo.

—Ven a por mí, anda —dijo.

Se oyó otro trueno.

—No me hace falta —replicó Vimes—. Lo único que tengo que hacer es esperar.

Por lo menos hasta recuperar el resuello, pensó.

—¿Por qué la habéis tomado conmigo? ¿Qué se supone que he hecho?

—¿Te suenan un par de asesinatos? —respondió Vimes.

Si la inocencia ofendida fuera dinero, la cara de Carcer valía una fortuna.

—Yo no sé nada de...

—No he subido aquí a jugar, Carcer. Corta el rollo.

—¿Me vais a atrapar vivo, excelencia?

—Pues mira, no quiero. Pero a la gente le parece mejor en general que lo haga.

Hubo un repicar de tejas a la izquierda y un golpe sordo mientras alguien apoyaba una enorme ballesta de asalto en el caballete de un tejado cercano. La cabeza de Detritus se alzo detrás del arma.

—Lo siento, señor Vimes, complicado subir con todo el granizo. Apártese.

—¿Vas a dejar que esa cosa me dispare? —preguntó Carcer. Tiró el cuchillo—. ¿A un hombre desarmado?

—Que intenta huir —replicó Vimes. Pero la cosa estaba empezando a torcerse. Ya lo notaba.

—¿Yo? Pero si no me muevo de aquí, ja ja.

Y allí estaba. Aquella maldita risa, encima de aquella maldita cara sonriente. Nunca andaba muy lejos. «Ja ja» ni se acercaba a hacerle la injusticia que merecía. Era más bien una especie de modulación de la voz, un cacareo irritantemente condescendiente que sugería que todo aquello era gracioso y tu no cogías el chiste.

El problema era que no se podía disparar a alguien solo porque tuviera una risa inaguantable. Y era verdad que no se estaba moviendo. Si echara a correr, le podrían disparar. Cierto, sería Detritus quien le disparara, y aunque con aquella ballesta era técnicamente posible tirar a herir, lo más probable era que la gente herida fuera la del edificio de al lado.

Pero Carcer se limitaba a esperar allí, insultando al mundo con su existencia.

En realidad ya no estaba allí de pie sin más. Con un solo movimiento acababa de trepar a la parte baja de la cúpula de la biblioteca. Los cristales de la cúpula —por lo menos los que habían sobrevivido a la extraña granizada— crujieron en sus marcos de hierro.

—¡Quieto ahí mismo! —vociferó Vimes—. ¡Y baja!

—¿Pero adónde iba a ir? —dijo Carcer, dedicándole una sonrisa—. Solamente estoy esperando a que me arresten, ¿verdad? ¡Anda, desde aquí arriba se ve tu casa!

¿Qué hay debajo de la cúpula?, pensó Vimes. ¿Cómo de altas son las librerías? La biblioteca tiene varias plantas, ¿verdad? Como galerías... Pero está claro que la cúpula se puede ver desde la planta baja, ¿no? Si uno tuviera cuidado, ¿podría colgarse y bajar hasta una galería desde el borde de la cúpula? Sería arriesgado, pero si alguien supiera que de todas maneras terminaría colgado...

Avanzando con cautela, llegó al borde de la cúpula. Carcer subió un poco más arriba.

—Te aviso, Carcer...

—¡Solo es que estoy de buen humor, señor excelencia, ja ja! No se puede culpar a alguien por intentar disfrutar de sus últimos minutos de libertad, ¿a que no?

Desde aquí arriba se ve tu casa...

Vimes se aupó hasta la cúpula. Carcer lo vitoreó.

—¡Buen trabajo, Vimescencia! —exclamó, subiendo poco a poco hasta la cúspide.

—No me toques las narices, Carcer. ¡Te arrepentirás!

—¿Más de lo que me arrepentiré en otro caso? —Carcer echó un vistazo a través de un cristal roto—. Estamos muy arriba, señor Vimes. Yo diría que uno se muere al instante si cae, ¿no es así?

Vimes bajó la vista y Carcer saltó.

Pero no le salió tal como había planeado. Vimes ya se había preparado para algo así. Después de un momento de confusión, Carcer se vio tendido sobre el enrejado de hierro, con un brazo debajo del cuerpo y el otro extendido y siendo golpeado con fuerza contra el metal por Vimes. El cuchillo que había tenido en la mano bajó resbalando por la cúpula.

—Dioses, me debes de tomar por tonto —gruñó Vimes—. ¡No ibas a tirar un cuchillo, Carcer, a menos que tuvieras otro!

Ahora la cara de Vimes estaba muy cerca de la del hombre, lo bastante como para mirar a los ojos que había por encima de aquella sonrisa chisposa y ver cómo los demonios lo saludaban con la mano.

—¡Me haces daño, y eso no está permitido!

—Bueno, no me gustaría que te pasara nada malo, Carcer —dijo Vimes—. Lo que quiero es verte delante de su señoría. Solo quiero oír cómo admites algo por una vez. Solo quiero ver borrada de tu cara esa puta sonrisa descarada. ¡Sargento Detritus!

—¡Señor! —gritó el troll, desde su caballete lejano.

—Manda una señal. Quiero gente aquí arriba ahora mismo. Carcer y yo nos vamos a quedar aquí bien tranquilitos, sin que intente ningún truco.

—Sí, señor. —Con otro repiqueteo de tejas desafortunadas, el troll desapareció.

—Tendrías que haber dejado que subiera el capitán Zanahoria —murmuró Carcer—. A él no le gusta ver agentes de la Guardia abusando de civiles inocentes...

—Es cierto que aún no domina los detalles más precisos de la práctica de la ronda en las calles —dijo Vimes, sin soltarlo—. En todo caso, no te estoy haciendo daño, te estoy protegiendo. No quiero que te caigas desde tan alto.

Volvió a tronar. El cielo ya no era solo de color negro tormenta. Las nubes tenían partes rosadas y púrpuras, como si estuvieran magulladas. Vimes vio las nubes moverse como serpientes dentro de un saco, al compás de un interminable retumbar sombrío. Se preguntó si los magos habrían estado trasteando con el clima.

Algo le estaba pasando al aire. Sabía a metal quemado y a pedernales. La veleta que había en lo alto de la cúpula empezó a dar vueltas y más vueltas.

—Ya me parecía a mí que no era usted tonto, señor Vimes...

—¿Cómo? —dijo Vimes, bajando la vista de repente. Carcer tenía una sonrisa jovial en la cara.

—He dicho que ya me parecía que no era usted tonto, señor Vimes. Ya sabía yo que a un poli listo como tú se le ocurriría que yo iba a llevar dos cuchillos.

—Sí, ya —dijo Vimes. Notó que el pelo se le intentaba poner de punta. Sobre la estructura de hierro de la cúpula empezaron | crepitar pequeñas orugas de luz azulada, y también sobre su armadura.

—¿Señor Vimes?

—¿Qué? —le espetó Vimes. Estaba saliendo humo de los cojinetes de la veleta.

—Tengo tres cuchillos, señor Vimes —dijo Carcer, levantando el brazo.

Cayó el relámpago.

\* \* \*

Las ventanas salieron disparadas y los canalones de hierro se fundieron. Los tejados se elevaron en el aire y volvieron a caer en su sitio. Los edificios temblaron.

Pero aquella tormenta llegaba desde la otra punta de los llanos, empujando delante de sí toda la magia de fondo natural. Y ahora la descargó, toda de un golpe.

Más tarde dijeron que la descarga del rayo había alcanzado la tienda de un relojero en la calle de los Artesanos Habilidosos, parando todos los relojes en ese preciso instante. Pero aquello no fue nada. En la calle Baker dos absolutos desconocidos se vieron eléctricamente atraídos entre ellos y fueron obligados a casarse dos días más tarde en nombre de la decencia pública. En el Gremio de Asesinos, el jefe de armeros se volvió enorme y, puesto que en aquel momento se encontraba en la armería, trágicamente atractivo para el metal. Los huevos se frieron en sus cestas, las manzanas se asaron en los estantes de las verdulerías. Las velas se encendieron solas. Las ruedas de carro explotaron. Y la bañera de latón ornamentada del archicanciller de la Universidad Invisible se alzó limpiamente del suelo, cruzó borboteando su estudio, salió volando por el balcón y por fin cayó al octángulo que había varias plantas más abajo, sin derramar más que una pizca de espuma de jabón.

El archicanciller Mustrum Ridcully se detuvo con su largo cepillo de baño suspendido en mitad de su espalda y miró a su alrededor.

Caían tejas rotas al suelo. El agua de la fuente decorativa cercana estaba hirviendo.

Ridcully agachó la cabeza mientras un tejón disecado, cuyo origen nunca se llegó a averiguar, cruzaba el césped volando y se estrellaba contra una ventana.

Hizo un gesto de dolor mientras lo alcanzaba una lluvia breve e inexplicable de ruedecitas dentadas, que cayeron tintineando a su alrededor.

A continuación observó cómo media docena de agentes de la Guardia entraban corriendo en el octángulo y subían las escaleras de la biblioteca.

Luego, agarrándose a los costados de la bañera, el archicanciller se puso de pie. De él cayó una cascada de agua espumosa, igual que caería de algún anciano leviatán que emergiese del mar abisal.

—¡Señor Stibbons! —vociferó, con la voz rebotando en las imponentes paredes—. ¿Dónde está mi sombrero?

Se volvió a sentar y esperó.

Hubo unos minutos de silencio y a continuación Ponder Stibbons, director de Magia Desaconsejablemente Aplicada y praelector de la Universidad Invisible, salió corriendo por la puerta principal trayendo el sombrero puntiagudo de Ridcully.

El archicanciller se lo arrebató de la mano y se lo encasquetó en la cabeza.

—Muy bien —dijo, poniéndose de pie otra vez—. Y ahora, ¿quiere decirme narices está pasando? ¿Y por qué el Viejo Tom está sin parar?

—¡habido una de magia, señor! ¡yo alguien arriba el mecanismo! —gritó Ponder para hacerse oír por encima de aquellos silencios que destruían el sonido.

Hu[[3]](#footnote-3)bo un agonizante ruido metálico procedente de la enorme torre del reloj. Ponder y Ridcully esperaron unos momentos, pero la ciudad continuó llena de ruidos normales, como el desplome de la mampostería y los gritos lejanos.

—Vale —dijo Ridcully, como si concediera a regañadientes un punto al mundo por el esfuerzo—. ¿Qué ha sido todo eso, Stibbons? ¿Y por qué está la policía en la biblioteca?

—Una tormenta mágica de las grandes, señor. Varios miles de gigataumos. Y creo que la Guardia está persiguiendo a un criminal.

—Pues no pueden entrar aquí corriendo sin pedir permiso —replicó Ridcully, saliendo de la bañera y echando a dar zancadas—. Al fin y al cabo, ¿para qué pagamos impuestos?

—Ejem, en realidad no pagamos impuestos, señor —dijo Ponder, corriendo detrás—. El sistema es que prometemos pagar impuestos si la ciudad nos lo pide alguna vez, siempre y cuando la ciudad prometa no pedírnoslo nunca, señor. Hacemos de una forma voluntaria una...

—Bueno, por lo menos tenemos un acuerdo, Stibbons.

—Sí, señor. ¿Me permite señalar que está usted...?

—Y eso quiere decir que nos tienen que pedir permiso. Hay que mantener un mínimo de decencia —dijo Ridcully en tono firme—. ¡Y yo soy el dirigente de esta institución!

—Ya que hablamos de, ejem, decencia, señor, la verdad es que usted no lleva...

Ridcully entró dando zancadas por las puertas abiertas de la biblioteca.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en tono imperioso.

Los agentes de la Guardia se giraron y se lo quedaron mirando. Un enorme pegote de espuma, que hasta el momento había estado desempeñando un servicio excelente a los mínimos de la decencia, se deslizó lentamente hasta el suelo.

—¿Qué pasa? —dijo en tono cortante—. ¿Es que nunca habíais visto un mago o qué?

Un agente de la Guardia se puso firme e hizo el saludo reglamentario.

—Capitán Zanahoria, señor. Nunca, ejem, habíamos visto tanto de un mago, señor.

Ridcully le dedicó esa mirada lenta e inexpresiva de quienes sufren deficiencia grave de coger las cosas al vuelo.

—¿De qué está hablando, Stibbons? —preguntó con la comisura de la boca.

—Va usted, ejem, insuficientemente vestido, señor.

—¿Cómo? Llevo puesto el sombrero, ¿verdad?

—Sí, señor...

—Sombrero = mago, mago = sombrero. Todo lo demás son fruslerías. Además, estoy seguro de que somos todos hombres de mundo —añadió Ridcully, mirando a su alrededor. Por primera vez se fijó en otros detalles de los guardias—. Y enanos de mundo... ah... veo que también trolls de mundo... y... mujeres de mundo también, parece ser... ejem... —El archicanciller guardó un momento de silencio y luego dijo—: ¿Stibbons?

—¿Sí, señor?

—¿Serías tan amable de subir corriendo a mis aposentos y traerme mi túnica?

—Claro, señor.

—Y entretanto, te ruego que me hagas el favor de prestarme tu sombrero...

—Pero si ya lleva usted puesto el suyo, señor —dijo Ponder.

—Así es, así es —dijo Ridcully despacio y con cautela a través de su sonrisa rígida—. Y ahora, señor Stibbons, además, ahora mismo, quiero que usted, de hecho, me preste, a mí, su sombrero, por favor.

—Oh-dijo Ponder—. Esto... sí...

Minutos más tarde un archicanciller limpio y vestido y decente estaba de pie en el centro mismo de la biblioteca, mirando fijamente la cúpula dañada mientras a su lado Ponder Stibbons (quien, por alguna razón, había decidido no ponerse otra vez su sombrero, pese a que ya se lo habían devuelto) contemplaba algunos instrumentos mágicos con expresión sombría.

—¿Nada de nada? —preguntó Ridcully.

—Ook —dijo el Bibliotecario.

—¿Ha[[4]](#footnote-4) buscado usted por todas partes?

—No puede buscar por todas partes en esta biblioteca, señor —dijo Ponder—. Se tardaría más tiempo del que puede llegar a existir. Pero sí en todas las estanterías mundanas, ciertamente. Hum.

Zanahoria se giró hacia Ponder.

—¿A qué venía ese «hum», por favor, señor?

—¿Entiende usted que esta es una biblioteca mágica? ¿Y que eso quiere decir que hasta en circunstancias normales hay una zona de elevado potencial mágico por encima de las estanterías?

—Ya he estado aquí antes —dijo Zanahoria.

—Entonces sabrá usted que el tiempo en las bibliotecas es... un poco más flexible... —dijo Ponder—. Y dado el poder adicional de la tormenta, tal vez sea posible que...

—¿Me va a decir usted que él se ha desplazado en el tiempo? —preguntó el agente de la Guardia.

Ponder estaba impresionado. No le habían educado para pensar que los agentes de la Guardia fueran listos. Sin embargo, se cuidó de no mostrarlo.

—Ojalá fuera tan simple —dijo—. Sin embargo, hum, el relámpago parece haber añadido un componente lateral aleatorio...

—¿Un qué? —interrumpió Ridcully.

—¿Quiere decir en el tiempo y también en el espacio? —dijo Zanahoria. Ponder sintió que se estaba poniendo nervioso. Los no-magos no tendrían que ser tan espabilados.

—No... no exactamente —dijo, y se rindió—. Voy a tener que trabajar en esto muy en serio, archicanciller. Algunas de las lecturas que estoy obteniendo no pueden ser reales.

\* \* \*

Vimes supo que se había despertado. Había habido oscuridad y lluvia y un dolor terrible en su cara.

Luego había habido otra floración de dolor en su pescuezo y la sensación de que tiraban de él de un lado para otro.

Y ahora había luz.

La podía ver a través de los párpados. O por lo menos del párpado izquierdo. Al otro lado de su cara no estaba pasando nada que no fuera dolor. Así que mantuvo el ojo cerrado y se esforzó por oír.

Alguien se movía cerca de allí. Se oyó un tintineo metálico. Una voz de mujer dijo:

—Está despierto.

—¿Estás segura? —preguntó una voz de hombre—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque se me da bien saber si un hombre está dormido —dijo la mujer.

Vimes abrió el ojo. Estaba tumbado sobre alguna clase de mesa o banco de trabajo. A su lado había una joven apoyada en la pared, y tanto su vestido como su porte y la forma en que se apoyaba la clasificaron de inmediato en el cerebro de policía de Vimes como: costurera, pero de las listas. El hombre llevaba una túnica larga y negra y un ridículo sombrero de grandes alas que lo clasificaron como: ¡socorro, estoy en manos de un médico!

Se incorporó de golpe hasta sentarse.

—¡Como me ponga una mano encima se lleva una paliza! —gritó, intentando bajar las piernas de la mesa. La mitad de su cabeza estalló en llamas.

—Yo me andaría con cuidado si fuera usted —dijo el médico, empujándolo suavemente para que se volviera a acostar—. La puñalada que se ha llevado es tremenda. ¡Y no se toque el parche del ojo!

—¿Puñalada? —repitió Vimes, frotando con la mano la tela rígida del parche del ojo. Los recuerdos se entrelazaron—. ¡Carcer! ¿Alguien lo ha atrapado?

—Quien fuera que lo ha atacado se ha escapado —dijo el médico.

—¿Después de esa caída? —dijo Vimes—. ¡Como mínimo debía ir cojeando! Escuchen, tengo que coger...

Y entonces se dio cuenta de todo lo demás. Lo había estado viendo todo el tiempo, pero no fue hasta aquel momento cuando el subconsciente le presentó la lista.

La ropa que llevaba no era la suya...

—¿Qué le ha pasado a mi uniforme? —dijo, y reparó en la expresión de «ya te lo dije» que la mujer le dedicó al médico.

—Quien te haya atacado también te ha dejado en calzoncillos y tirado en medio de la calle —informó ella—. Te he encontrado algo de ropa en mi casa. Es asombroso lo que se deja la gente.

—¿Quien se ha llevado mi armadura?

—Yo de nombres nunca sé nada —dijo la mujer—. Pero he visto a unos cuantos hombres que se iban corriendo y cargaban con algo.

—¿Ladrones normales? ¿Y no han dejado recibo?

—¡No! —exclamó ella, riendo—. ¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Y a nosotros se nos permite hacer preguntas? —terció el médico, limpiando su instrumental.

Todo aquello era muy raro...

—Bueno, o sea... gracias, sí-dijo Vimes.

—¿Cómo se llama usted?

La mano de Vimes se volvió a detener a medio camino de su cara.

—¿Quiere decir que no me conocen? —se sorprendió.

—¿Deberíamos? —dijo el médico.

Todo aquello era muy raro...

—Esto es Ankh-Morpork, ¿verdad? —dijo Vimes.

—Ejem, sí —dijo el médico, y se giró hacia la mujer—. Se ha llevado un golpe en la cabeza pero no me imaginaba yo que fuera tan grave...

—Escucha, estoy perdiendo el tiempo —dijo la mujer—. ¿Quién eres, amigo?

Todo el mundo en la ciudad conocía a Vimes, ¿no? Sin duda el Gremio de Costureras sí. Y el médico no parecía tonto. Tal vez no fuera el mejor momento para ser completamente fiel a la verdad. Tal vez estuviera en algún sitio donde ser guardia no fuera una buena opción. Tal vez resultara peligroso ser Vimes y ahora mismo él no estaba en condiciones de afrontar las consecuencias.

—Keel —dijo. El nombre simplemente le vino a la cabeza. Le había estado burbujeando todo el día bajo la superficie de los pensamientos, desde las lilas.

—Sí, claro —dijo la mujer, sonriendo—. ¿Quieres inventarte un nombre de pila?

—John —dijo Vimes.

—Qué apropiado. Bueno... John, así están las cosas. Por aquí no es tan raro que aparezca un hombre tirado inconsciente y desnudo. Y mira por dónde, normalmente no quieren que nadie sepa su nombre real ni dónde viven. No eres el primero al que el doctor Jardín aquí presente ha remendado. Yo me llamo Rosie. Y ahora hay unos pequeños honorarios, ¿entiendes? Para nosotros dos.

—Muy bien, muy bien, ya sé cómo funciona esto —dijo Vimes, levantando las manos—. Estamos en las Sombras, ¿verdad? —Los otros dos asintieron—. Muy bien, pues. Gracias. No llevo nada de dinero encima, como es obvio, pero en cuanto llegue a casa...

—Yo te acompaño, ¿de acuerdo? —dijo la mujer, dándole un abrigo de pésimo gusto y un par de botas vetustas—. No me gustaría que algo te atacara. Una pérdida repentina de la memoria, por ejemplo.

A Vimes se le acabó la paciencia, pero con discreción. Le dolía la cara, tenía otros muchos moretones por todos lados y llevaba puesto un traje que olía a letrina. Iría a la Casa de la Guardia, se lavaría y se cambiaría y haría un informe rápido antes de irse a casa. Y aquella jovencita podría pasar una noche en las celdas y luego la entregarían al Gremio de Costureras. Eran muy estrictas con aquellos casos de extorsión. Eran malos para el negocio.

—Muy bien —dijo. Y se puso las botas. Las suelas estaban hechas de cartón fino y húmedo, y le venían pequeñas.

El doctor Jardín hizo un gesto con las manos para indicarles que ya se podían retirar.

—Es todo tuyo, Rosie. Déjese puesto ese parche unos días, señor Keel, y con un poco de suerte volverá a ver con ese ojo. Alguien le ha rajado con un cuchillo muy afilado. He hecho lo que he podido y los puntos han quedado bien, pero le va a quedar una buena cicatriz.

Vimes se volvió a llevar la mano a la mejilla.

—¡Y no se lo toque! —le gritó Jardín.

—Vamos... John —dijo Rosie—. Vamos a llevarte a tu hogar.

Salieron. Caía agua de los alerones del tejado pero la lluvia había amainado.

—Vivo pasado Pseudópolis Yard —dijo Vimes.

—Ve tú delante —dijo Rosie.

No habían llegado ni al final de la calle cuando Vimes vio que un par de figuras oscuras se habían puesto a seguirlos. Hizo el gesto de girarse, pero Rosie lo agarró del brazo.

—Tú no las molestes y ellas no te molestarán a ti —dijo ella—. Solo nos acompañan para protegernos.

—¡Proteger a quién? ¿A ti o a mí?

Rosie se rió.

—A los dos —dijo ella.

—Sí, usted siga caminando, amable señor, y nosotras seremos tan discretas como ratoncitos —dijo una voz chillona detrás de ellos.

Otra voz un poco más profunda añadió:

—Eso mismo, dulzura. Sé un buen chico y la tía Dotsie no tendrá que abrir su bolso.

—¡Son Dotsie y Sadie! —dijo Vimes—. ¡El Consultorio Sentimental! ¡Joder, ellas sí que saben quién soy!

Se dio la vuelta.

Las figuras oscuras, ambas con sombreros de paja negros y anticuados, dieron un paso atrás. En la oscuridad se oyó una serie de ruidos metálicos, y Vimes se obligó a relajarse un poco. Por mucho que estuvieran, más o menos, del mismo lado que la Guardia, con el Consultorio Sentimental uno nunca sabía del todo a qué atenerse. Por supuesto, eso era lo que las hacía tan útiles. Cualquier cliente que alterara la paz en alguna casa de buena reputación del lugar temía al Consultorio mucho más que la Guardia. La Guardia seguía unas normas. Y la Guardia no tenía el bolso de Dotsie. Y Sadie podía hacer cosas terribles con su paraguas con cabeza de loro.

—Venga ya —dijo él—. ¿Dotsie, Sadie? Vale ya de tonterías, ¿de acuerdo?

Algo le dio un empujón en el pecho. Vimes bajó la vista. Aquel algo tenía una cabeza de loro tallada.

—Tiene que seguir andando usted, amable señor —dijo una voz.

—Mientras todavía tengas dedos en los pies, dulzura —dijo otra voz.

—Probablemente sea buena idea —terció Rosie, tirando del brazo de Vimes—. Pero veo que las has impresionado.

—¿Cómo?

—No estás doblado por la cintura y haciendo ruidos borboteantes. Sigue adelante, hombre misterioso.

Vimes miró más adelante, buscando con la vista la luz azul de Pseudópolis Yard. Cuando llegaran allí todo cobraría sentido de nuevo.

Pero cuando llegó allí, no había ninguna luz azul encima del arco de la entrada. No había más que unas cuantas luces en el piso de arriba.

Vimes se puso a dar porrazos a la puerta hasta conseguir que alguien la entreabriera.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —exigió en tono imperioso a la nariz y el único ojo visible de la persona de dentro—. ¡Y aparta de en medio!

Abrió la puerta de un empujón y entró dando zancadas.

Pero el interior no era el de la Casa de la Guardia. Estaba la familiar escalera, sí, pero había una pared justo en el centro de la sala de denuncias, y alfombras en el suelo, y tapices en la pared... y una criada que sostenía una bandeja, y miraba con los ojos como platos, y se le caía la bandeja, y chillaba.

—¿Dónde están todos mis agentes? —vociferó Vimes.

—Salga usted ahora mismo, ¿me oye? ¡No puede entrar aquí de esa manera! ¡Fuera de aquí!

Vimes se giró y plantó cara al anciano que le había abierto la puerta. Tenía aspecto de mayordomo y había agarrado una cachiporra. Tal vez por los nervios, o tal vez solo por los temblores generales de la vejez, la punta de la cachiporra se agitaba y serpenteaba debajo de su nariz. Vimes se la quitó de la mano y la tiró al suelo.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó.

El anciano parecía igual de perplejo que él.

Vimes sintió que se le empezaba a acumular dentro un terror extraño y hueco. Salió corriendo por la puerta abierta y se adentró en la noche húmeda. Rosie y el Consultorio se habían fundido con la oscuridad, como suele hacer la gente nocturna cuando ve venir los problemas, pero Vimes siguió corriendo y no paró hasta el Camino de los Reyes, apartando a empujones a los demás transeúntes y esquivando algún que otro carruaje.

Estaba cogiendo el ritmo cuando llegó a la avenida Pastelito y se metió por la entrada para carruajes de su casa. No estaba seguro de qué iba a encontrar, pero el sitio parecía normal y había antorchas encendidas a ambos lados de la puerta. La gravilla de siempre crujió debajo de sus pies.

Fue a aporrear la puerta, pero se contuvo y lo que hizo fue tocar la campanilla.

Al cabo de un momento un mayordomo le abrió la puerta.

—¡Gracias a los dioses! —dijo Vimes—. Soy yo, hombre. He tenido una pelea. No hay de qué preocuparse. ¿Cómo está...?

—¿Qué quieres? —le interrumpió fríamente el mayordomo. Dio un paso atrás que lo expuso mejor a la luz que daban las lámparas del vestíbulo. Era la primera vez que Vimes veía a aquel hombre.

—¿Qué le ha pasado a Willikins? —preguntó Vimes.

—¿El friegaplatos? —Ahora el tono del mayordomo era gélido—. Si eres pariente suyo, te sugiero que preguntes en la entrada del servicio. ¿Cómo se te ocurre llamar a la puerta principal?

Vimes intentó pensar alguna forma de manejar aquella situación, pero su puño no se molestó en esperar. Derribó al hombre limpiamente.

—No hay tiempo para esto —dijo Vimes, pasando por encima de él. Se quedó plantado en mitad del enorme vestíbulo e hizo bocina con las manos—. ¿Señora Contento? ¿Sybil? —gritó, sintiendo que el terror se le retorcía y agarrotaba por dentro.

—¿Sí? —llegó una voz desde la que Vimes siempre había llamado la salita rosa horripilante, y a continuación salió Sybil.

Era Sybil. La voz era la misma, y los ojos eran los mismos, y la forma en que estaba plantada era la misma. Pero la edad no. Aquella era una chica, muchísimo más joven que Sybil...

Ella lo miró primero a él y luego al mayordomo tendido boca abajo.

—¿Has sido tú el que le ha hecho eso a Forsythe? —preguntó.

—Yo... ejem... yo... es... ha habido una equivocación —murmuró Vimes, retrocediendo.

Pero Sybil ya estaba descolgando una espada de la pared. No estaban allí como decoración. Vimes no se acordaba de si su esposa había aprendido esgrima alguna vez, pero un metro largo de arma afilada resultaba bastante amenaza cuando lo blandía una aficionada furiosa. A veces los aficionados tenían suerte.

Retrocedió a toda prisa.

—Ha habido una equivocación... casa equivocada... confusión de identidades... —A punto estuvo de tropezar con el mayordomo caído, pero se las apañó para convertir su traspié en una carrera tambaleante hasta el otro lado de la puerta y escaleras abajo.

Las hojas mojadas se frotaron contra él mientras se abría paso torpemente entre las matas hasta el portalón, donde se apoyó en la tapia y trató de recobrar el aliento.

¡Esa puta biblioteca! ¿No había oído algo una vez de que allí se podía caminar por el tiempo o algo parecido? Todos aquellos libros mágicos apiñados hacían unas cosas rarísimas.

Qué joven que estaba Sybil. ¡Parecía que tuviera dieciséis años! ¡No era de extrañar que no hubiera una Casa de la Guardia en Pseudópolis Yard! ¡Solamente hacía unos cuantos años que se habían mudado allí!

El agua le estaba empapando la ropa barata. En su casa... en alguna parte... estaba su enorme sobretodo de cuero, cubierto de toda la grasa, caliente como una tostada...

Piensa, piensa, no dejes que el terror asuma el control...

Tal vez pudiera intentar explicárselo todo a Sybil. Al fin y al cabo, seguía siendo Sybil, ¿verdad? Siempre amable con las criaturas desaliñadas... Pero hasta el más blando de los corazones tenía inclinación a endurecerse cuando un hombre rudo y desesperado, con una cicatriz reciente y ropa harapienta, entraba a todo trapo en tu casa y te decía que iba a ser tu marido. Una joven podía hacerse una idea bastante equivocada, y eso a él no le convenía, no si ella tenía una espada en las manos. Además, lo más seguro es que todavía viviera lord Ramkin, y ese sí que había sido un viejo diablo sediento de sangre, por lo que Vimes recordaba.

Se apoyó pesadamente contra la tapia, buscó un puro con la mano y el terror lo volvió a retorcer.

No había nada en su bolsillo. Nada de nada. No solamente ninguna de las Panatelas Finas Tizneabrojo, sino, lo que era más importante, ninguna cigarrera...

Se la habían hecho especialmente para él. Tenía una ligera curvatura. La había llevado bien metida en el bolsillo desde el día en que se la había regalado Sybil. Era tan parte de él como podía llegar a serlo cualquier objeto.

«Estamos aquí, y esto es ahora.» El agente Visita, estricto creyente en la religión omniana, citaba de vez en cuando aquella frase de su libro sagrado. Para Vimes quería decir, en el habla menos elevada de los polis, que toca hacer el trabajo que se tiene delante.

Estoy aquí, pensó Vimes, y esto es entonces. Y las partes menos conscientes de su cerebro añadieron: aquí no tienes amigos. Aquí no tienes casa. No tienes meta en la vida. Aquí estás solo.

No... solo no, dijo una parte que era mucho, mucho más profunda incluso que el terror, y que siempre estaba alerta.

Alguien lo estaba vigilando.

Una figura se desprendió de las sombras húmedas de la calle y caminó hacia él. Vimes no le pudo distinguir la cara, pero no importaba. Sabía que estaría sonriendo con esa sonrisa especial del depredador que sabe que tiene a la presa bajo su zarpa, y que sabe que la presa también lo sabe, y que además sabe que la presa actuará a toda costa como si estuvieran teniendo una conversación perfectamente amigable, porque la presa anhela con toda su alma que ese sea el caso...

No quieres morir aquí, dijo la parte profunda y oscura del alma de Vimes.

—¿Tiene fuego, amigo? —preguntó el depredador. Ni siquiera se molestó en sostener un cigarrillo sin encender.

—Vaya, pues sí, claro —contestó Vimes.

Hizo ademán de tantearse el bolsillo pero se giró de golpe con el brazo extendido y le atizó en toda la oreja al hombre que se le estaba acercando con sigilo por la espalda. Entonces saltó encima del que le había pedido fuego y lo derribó al suelo, donde lo inmovilizó cruzándole la garganta con el antebrazo.

Habría funcionado. Más tarde pensó que habría funcionado de verdad. De no haber dos hombres más en las sombras, sí que habría funcionado. Dadas las circunstancias, se las apañó para darle una patada a uno en la rótula antes de sentir el estrangulamiento.

Lo levantaron de un tirón, con la cicatriz gritando de dolor mientras él intentaba agarrar la cuerda.

—Tú aguántalo ahí —dijo una voz—. Mira lo que le ha hecho a Jez. ¡Maldita sea! Le voy a dar una patada en...

Las sombras se movieron. Vimes, luchando por respirar, con el único ojo que le funcionaba anegado, no tuvo más que una vaga conciencia de lo que estaba pasando. Se oyeron unos cuantos gruñidos, seguidos de unos ruidos blandos y extraños, y la presión sobre su cuello remitió de golpe.

Cayó hacia delante y luego, un poco mareado, se puso de pie como pudo. Había un par de hombres tumbados en el suelo. Uno estaba doblado por la cintura, haciendo ruiditos burbujeantes. Y a lo lejos, y alejándose todavía más, se oían unos pasos que corrían.

—Suerte que lo hemos encontrado a tiempo, amable señor —dijo una voz justo detrás de él.

—Y mala suerte para otros, dulzura —dijo otra justo al lado de la primera.

Rosie dio un paso adelante, saliendo de la oscuridad.

—Creo que deberías volver con nosotras —dijo—. Al final te harán daño, corriendo por aquí de esa manera. Vamos. Obviamente no te voy a llevar de vuelta a mi casa...

—... obviamente... —murmuró Vimes.

—... pero supongo que Musgoso te encontrará algún sitio donde tumbarte un rato.

—¡Musgoso Jardín! —exclamó Vimes, repentinamente exaltado—. ¡Es él! ¡El médico de venéreas! ¡Ya me acuerdo! —Intentó concentrar un ojo fatigado en la joven. Sí, la estructura ósea era la misma. Aquella barbilla... Aquella barbilla no se andaba con chorradas. Era una barbilla que iba de cara—. Rosie... ¡Tú eres la señora Palma!

—¿Señora? —replicó ella con frialdad, mientras llegaban las risitas agudas del Consultorio Sentimental—. Me parece a mí que no.

—Bueno, quiero decir... —Vimes vaciló. Por supuesto, solamente las más veteranas de la profesión adoptaban el «señora» como título honorífico. Y ella todavía no era veterana. Ni siquiera existía el Gremio.

—Yo no te había visto nunca —dijo Rosie—. Ni tampoco Dotsie ni Sadie, y ellas tienen una memoria asombrosa para las caras. Pero tú sí que nos conoces y te comportas como si todo esto te perteneciera, John Keel.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Es ese porte que gastas. El mismo que tienen los oficiales. Comes bien. Tal vez un poco demasiado bien, no te iría mal perder unos pocos kilos. Y luego están todas las cicatrices que tienes. Las he visto en casa de Musgoso. Tienes las piernas morenas de rodilla para abajo, y eso para mí significa «agente de la Guardia», porque van con las piernas desnudas. Pero conozco a todos los guardias de la ciudad y tú no eres uno de ellos, así que tal vez seas militar. Luchas usando el instinto, y además juegas sucio. Lo cual quiere decir que estás acostumbrado a pelear a vida o muerte y a brazo partido, y es raro, porque eso para mí significa «soldado raso» y no oficial. Se rumorea que los muchachos te han quitado una armadura de las elegantes. O sea, de oficial. Pero no llevas anillos. Eso indica soldado raso, porque los anillos se enganchan en las cosas y te pueden arrancar un dedo si no te andas con cuidado. Y estás casado.

—¿Cómo te puedes haber dado cuenta de eso?

—Cualquier mujer se daría cuenta —dijo Rosie Palma en tono tranquilo—. Ahora, ándate con cuidado. Ya ha pasado el toque de queda. La Guardia no se va a preocupar mucho por nosotras, pero por ti sí.

El toque de queda, pensó Vimes. De eso sí hacía mucho tiempo. Vetinari nunca había ordenado toques de queda. Interferían con los negocios.

—Creo que tal vez he perdido la memoria cuando me han atacado —dijo. Aquello resultaba creíble, pensó. Lo que realmente le hacía falta ahora era un sitio tranquilo para meditar.

—¿Ah, sí? Pues a lo mejor entonces yo soy la reina de Hershebia —replicó Rosie—. Tú acuérdate, amigo, de que no estoy haciendo esto porque me intereses, aunque admito sentir cierta fascinación macabra por saber cuánto tiempo vas a sobrevivir. Si no hubiera sido una noche fría y húmeda, te habría dejado tirado en la calle. Soy una chica trabajadora y no me ando buscando problemas. Pero tú tienes pinta de ser capaz de conseguir algo de dinero, y te aseguro que te va a llegar una factura.

—Te dejaré el dinero en la mesilla de noche —dijo Vimes.

El bofetón en la cara lo estampó contra la pared.

—Considera eso una muestra de mi falta total de sentido de humor, ¿de acuerdo? —dijo Rosie, zarandeando la mano para devolverle algo de vida.

—Lo... siento —se disculpó Vimes—. No tenía intención de... o sea... escucha, gracias por todo, te lo digo en serio. Pero no estoy teniendo una buena noche.

—Sí, eso ya se ve.

—Es peor de lo que piensas. Créeme.

—Todos tenemos problemas. Créeme —dijo Rosie.

Vimes se alegró de tener al Consultorio Sentimental detrás de ellos mientras regresaban a las Sombras. Aquellas eran las Sombras de antaño, y Jardín vivía a una calle de distancia. La Guardia nunca ponía el pie allí. En realidad, las nuevas Sombras no eran mucho mejores, pero por lo menos la gente había aprendido qué pasaba si alguien atacaba a un agente de la Guardia. El Consultorio era harina de otro costal. Nadie atacaba al Consultorio.

Dormir una noche, pensó Vimes. Tal vez por la mañana esto no habrá pasado.

—Ella no estaba, ¿verdad? —dijo Rosie al cabo de un rato— Tu esposa, digo... Esa era la casa de lord Ramkin. ¿Tienes algún problema con él?

—No lo conozco de nada —dijo Vimes en tono ausente.

—Has tenido suerte de que nos dijeran adónde te habías ido. Lo más probable es que alguien de ahí arriba pagara a esos hombres. Son una ley en sí mismos, la gente de Ankh. Un hombre tosco que vaya por ahí sin herramientas de trabajador... en fin, hay que quitarle las ganas de volver, y si de paso lo dejan bien pelado, ¿a quién va a importarle?

Sí, pensó Vimes. Así solían ser las cosas. Privilegios, que no quiere decir otra cosa que ley privada. Hay dos clases de gente que se ríe de la ley: quienes la violan y quienes la escriben. Pues bueno, ahora las cosas ya no son así...

... pero ahora no estoy en el «ahora». Malditos magos...

Los magos. ¡Claro! ¡Por la mañana iré a explicárselo! ¡Es fácil! ¡Ellos sí lo entenderán! ¡Seguro que me pueden mandar de vuelta al momento del que me fui! ¡Hay una universidad entera llena de gente que puede encargarse de esto! ¡Ya no es mi problema!

El alivio le llenó el cuerpo como si fuera una cálida niebla rosa. Lo único que tenía que hacer era aguantar aquella noche...

Pero ¿para qué esperar? Abrían toda la noche, ¿no? La magia nunca cerraba. Vimes se acordó de patrullas de madrugada en las que prácticamente podía ver a la luz del resplandor de algunas de las ventanas de la universidad. Lo único que tenía que hacer...

Un momento, un momento. En su mente se había estado agitando un pensamiento de policía. El Consultorio no corría. Eran famosas por no correr. Te alcanzaban despacio. Cualquiera que hubiera sido, como ellas decían, «un niño travieso» iba a dormir extremadamente mal sabiendo que las dos mujeres lo perseguían, y que estaban recortando las distancias despacito, parándose solo para tomar un té con leche en alguna parte o para visitar algún mercadillo de segunda mano interesante. Pero Vimes había corrido, había corrido hasta la avenida Pastelito, a oscuras, a través del tráfico de carruajes y de las multitudes que volvían a casa antes del toque de queda. Nadie le había prestado atención, y aunque lo hubieran hecho seguramente no le habrían visto la cara. Y aquí él no conocía a nadie. Corrigió el pensamiento: nadie lo conocía a él.

—Entonces —dijo en tono casual—, ¿quién os ha dicho adónde me había ido?

—Ah, uno de esos viejos monjes —dijo Rosie.

—¿Qué viejos monjes?

—¿Quién sabe? Un hombrecillo calvo con túnica y escoba. Siempre hay monjes mendigando y haciendo cánticos por algún lado. Este estaba en el camino de Fedre.

—¿Y le habéis preguntado dónde estaba yo?

—¿Cómo? No. Simplemente se ha girado y ha dicho: «El señor Keel ha echado a correr hasta la avenida Pastelito», y luego ha seguido barriendo.

—¿Barriendo?

—Bueno, es una de esas cosas sagradas que hacen. Para no pisotear las hormigas, creo. O para limpiar el suelo de pecados. O tal vez simplemente les gusta que el sitio esté limpio. ¿A quién le importa lo que hagan los monjes?

—¿Y nada de todo eso te ha parecido raro?

—¿Por qué? ¡He pensado que tal vez siempre fueras amable con los mendigos! —levantó la voz Rosie—. A mí no me preocupa. Aunque Dotsie me ha dicho que le ha dejado algo en el cuenco de mendigar.

—¿Qué?

—¿Tú le preguntarías?

La mayor parte de Vimes pensó: cierto, ¿a quién le importa lo que hagan los monjes? Son monjes. Es por eso que son extraños. Tal vez uno de ellos haya tenido un momento de revelación o algo parecido, esas cosas les gustan. ¿Qué más da? Tú encuentra a los magos, explícales qué ha pasado y déjalo en sus manos.

Pero la parte de policía pensó: ¿cómo puede saber un monje bajito que me hago llamar Keel? Me huele a gato encerrado.

La parte mayor dijo: pues es un gato que lleva encerrado treinta años.

Y el policía dijo: sí, por eso huele.

—Escucha. Voy a tener que ir a comprobar una cosa —dijo—. Lo... más seguro es que vuelva.

—Bueno, no te puedo encadenar —dijo Rosie. Le dedicó una sonrisita lúgubre y continuó—: Eso cuesta más dinero. Pero si no vuelves, y aun así tienes la menor intención de quedarte en esta ciudad, entonces el Consultorio...

—Te lo prometo, lo último que quiero es marcharme de Ankh-Morpork —dijo Vimes.

—Eso sí que ha sonado convincente —dijo Rosie—. Vete, pues. Ya ha pasado el toque de queda. Aunque algo me hace pensar que eso a ti no te preocupa.

Mientras él desaparecía en la penumbra, Dotsie se acercó con sigilo a Rosie.

—¿Quieres que lo siga, dulzura?

—No te molestes.

—Tendrías que haber dejado que Sadie le diera un toquecito, cariño. Eso les para un poco los pies.

—Creo que cuesta bastante pararle los pies a ese hombre. Y no queremos problemas justo en este momento. Falta demasiado poco.

\* \* \*

—No te conviene estar en la calle a estas horas, amigo.

Vimes se giró. Había estado aporreando las puertas cerradas de la Universidad Invisible.

Detrás de él había tres agentes de la Guardia. Uno de ellos sostenía una antorcha. Otro un arco. El tercero había decidido obviamente que sus actividades de esta noche no incluirían levantar cosas pesadas.

Vimes alzó despacio las manos.

—Supongo que este tipo quiere una bonita celda fría donde pasar la noche —dijo el que llevaba la antorcha.

Madre mía, pensó Vimes. Es el concurso del Humorista del Año. Los polis no tendrían que intentar esas cosas, y sin embargo lo seguían haciendo.

—Solo estaba visitando la universidad —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo que el que no llevaba ni antorcha ni arco. Era un tipo fondón, y Vimes distinguió el destello sucio de unos galones de sargento—. ¿Dónde vives?

—En ninguna parte —dijo Vimes—. Acabo de llegar. ¿Y podemos abreviar un poco? No tengo trabajo y no tengo dinero. Y ninguna de las dos cosas es delito.

—¿En la calle después del toque de queda? ¿Sin medios visibles de sustento? —dijo el sargento.

—Tengo mis piernas —respondió Vimes.

—De momento, jo, jo —rió uno de los hombres. Pero se detuvo cuando Vimes lo miró.

—Quiero presentar una queja, sargento —dijo Vimes.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti —dijo Vimes—. Y sobre los hermanos cuchufletas aquí presentes. No lo estáis haciendo bien. Si vais a detener a alguien, hay que hacerlo de inmediato. Lleváis una placa y un arma, ¿verdad? Y él tiene las manos en alto y la conciencia culpable. Todo el mundo tiene la conciencia culpable. Así que él se está preguntando qué sabéis de él y qué vais a hacer, y lo que vosotros hacéis es disparar preguntas una tras otra. No hay que soltar chistes tontos, porque eso te hace demasiado humano; tú le mantienes desorientado para que le cueste pensar una frase clara, y sobre todo no le dejas moverse así ni agarrarte el brazo y tirar hasta casi rompértelo y cogerte la espada y ponértela contra la garganta así. Di a tus hombres que bajen las espadas, ¿quieres? Si las siguen agitando así, le pueden hacer daño a alguien.

El sargento soltó un gorgoteo.

—Bien —dijo Vimes—. Vale, sargento... ¿esto es una espada? ¿Alguna vez la afilas? ¿Para qué la usas, para matar a la gente a porrazos? Ahora, lo que vais a hacer es dejar todas las armas en el suelo, ahí, y entonces yo voy a soltar al sargento y voy a largarme por ese callejón de ahí, ¿de acuerdo? Y para cuando volváis a tener las armas en las manos, y creedme que os aconsejo que os arméis antes de venir a por mí, yo ya estaré bien lejos. Y se acabó el problema. ¿Alguna pregunta?

Los tres agentes de la Guardia quedaron en silencio. Entonces Vimes oyó un ruido muy débil y muy cercano. Era el susurro que dieron los pelos de sus orejas al entrarle, con gran cuidado, la punta de una flecha de ballesta en el oído.

—Sí, señor, yo tengo una pregunta —dijo una voz detrás de su espalda—. ¿Alguna vez escucha usted sus propios consejos?

Vimes sintió la presión de la ballesta contra su cráneo y se preguntó hasta dónde entraría la flecha si la mano apretaba el gatillo. Un par de centímetros ya serían demasiado.

A veces no había más remedio que llevarse los palos. Vimes dejó caer la espada con un cuidado enorme y exagerado, soltó al sargento y se apartó dócilmente mientras el cuarto agente de la Guardia lo mantenía apuntado.

—Voy a ir separando las piernas, ¿de acuerdo? —dijo.

—Sí —gruñó el sargento, dándose la vuelta—. Sí, eso nos ahorrará algo de tiempo. Aunque para ti, amigo, tenemos toda la noche. Bien hecho, guardia interino. Todavía haremos de ti un agente como debe ser.

—Sí, bien hecho —dijo Vimes, mirando fijamente al joven de la ballesta. Pero el sargento ya estaba tomando carrerilla.

\* \* \*

Era más tarde. Había habido dolor.

Vimes estaba tumbado en el duro camastro de la celda y tratando de que se disipara. No había sido tan duro como se esperaba. Aquella panda ni siquiera había sido capaz de organizar un buen correctivo. No entendían que los puñetazos podían absorberse girando con ellos, y la mitad del tiempo se estorbaban unos a otros.

¿Acaso estaba disfrutando de aquello? No, no del dolor. El dolor se había desvanecido. De hecho, le había desvanecido a él. Pero allí estaba aquella pequeña parte de él, la que había oído a veces durante las detenciones extenuantes tras largas persecuciones: la parte que quería seguir dando más y más puñetazos después de que los puñetazos ya hubieran dejado de surtir efecto. Había cierto placer en ello. Él lo llamaba la bestia. La bestia permanecía escondida hasta que la necesitabas y entonces, cuando era necesaria, salía a la luz. El dolor la sacaba, y también el miedo. Él había matado a hombres lobo con las manos desnudas, loco de furia y de terror y saboreando, muy en su interior, la sangre de la bestia... y ahora la bestia estaba olisqueando el aire.

—Hola, señor Vimes. Ja ja. Me estaba preguntando cuándo se despertaría.

Se sentó de golpe. Las celdas tenían barrotes por el lado del pasillo, pero también entre ellas, puesto que la gente enjaulada tenía que saber que estaba dentro de una jaula. Y en la celda contigua, tumbado con las manos debajo de la cabeza, estaba Carcer.

—Adelante —dijo Carcer, animado—. Intenta agarrarme a través de los barrotes, ¿eh? ¿Quieres ver cuánto tardan en llegar los guardias?

—Por lo menos también te han pillado a ti.

—Por poco tiempo, por poco tiempo. Yo estoy limpio como una patena, ja ja. Estaba visitando la ciudad, me perdí, he colaborado con la Guardia, siento mucho haberlos molestado, aquí tiene una propinita por las molestias... No tendría que haber prohibido a la Guardia que aceptara sobornos, señor Vimes. Hace la vida más fácil para todo el mundo, ja ja.

—Entonces te pillaré de alguna otra manera, Carcer.

Carcer se introdujo un dedo en la nariz, lo retorció allí dentro, lo sacó, examinó su contenido con expresión crítica y lo tiró al techo.

—Bueno, ahí es donde la cosa se pone peliaguda, señor Vimes. Verá, a mí no me han traído cuatro polis a rastras. Yo no he ido por ahí asaltando a agentes, ni intentando entrar por la fuerza en la universidad.

—¡Pero si estaba llamando a la puerta!

—Yo le creo, señor Vimes. Pero ya sabe usted cómo son los polis. Los miras raro y los muy cabrones te endilgan hasta el último delito del manual. Es terrible lo que le pueden colgar a un hombre honrado, ja ja.

Vimes lo sabía.

—O sea que tienes dinero —dijo.

—Claro, señor Vimes. Soy un maleante. Y lo mejor de todo es que es más fácil todavía ser un maleante cuando nadie sabe que lo eres, ja ja. En cambio, ser guardia depende de que la gente crea que lo eres. Cómo se ha vuelto la tortilla, ¿eh? ¿Ha notado que hemos vuelto a los buenos viejos tiempos, ja ja?

—Eso parece —admitió Vimes. No le gustaba hablar con Carcer, pero ahora mismo parecía ser la única persona real que había a su alrededor.

—¿Dónde ha aterrizado usted, si me permite la pregunta?

—En las Sombras.

—Yo también. Un par de tipos han intentado atracarme mientras estaba tirado en el suelo. ¡A mí! ¿Se lo puede creer, señor Vimes? Pese a todo, llevaban un poco de dinero encima, o sea que me han venido bien. Sí, creo que aquí voy a ser muy feliz. Ah, aquí viene uno de nuestros valientes muchachos.

Un agente de la Guardia se acercó por el pasillo, balanceando sus llaves. Era un anciano, uno de esos polis a quienes les dan los puestos en que es más probable balancear unas llaves que balancear una porra, y su rasgo más distinguido era una nariz que tenía el doble de anchura y la mitad de longitud que la nariz media. Se quedó mirando un momento a Vimes y luego pasó a la celda de Carcer. Le abrió la puerta con la llave.

—Tú. Largo —dijo.

—Síseñor. Gracias, señor —dijo Carcer, saliendo a toda prisa. Señaló a Vimes—. Mejor que vigilen bien a ese, señor. Es un animal. No habría que encerrar a gente decente en las mismas celdas, señor.

—Largo, he dicho.

—Largándome, señor. Gracias, señor. —Y Carcer, haciéndole un guiño pícaro a Vimes, se largó.

El carcelero se giró hacia Vimes.

—¿Y cómo te llamas tú, jjja, amigo?

—John Keel —dijo Vimes.

—¿Ah, sí?

—Sí, y me he llevado mi tunda. Creo que ya está bien. Ahora me gustaría irme.

—Ah, con que te gustaría irte, ¿eh? ¡Jjja! Te gustaría que te pasara estas llaves, jjja, y que te diera cinco peniques del cepillo por tus molestias, jjja, ¿verdad?

El hombre estaba muy, muy cerca de los barrotes, con esa sonrisa de los tipos que se las dan de ingeniosos cuando no lo son ni de lejos. Y si Vimes tuviera mejores reflejos, y estaba seguro de que los tenía incluso en aquel momento, no le costaría ni un segundo tirar del viejo tonto para darle contra los barrotes y extenderle aquella nariz todavía más por la cara. No había duda, los psicópatas lo tenían más fácil.

—Con ser libre ya me vale —dijo, resistiendo la tentación.

—Tú no te vas a ninguna parte, jjja, más que a ver al capitán —replicó el carcelero.

—¿Ese no será el capitán Tilden? —dijo Vimes—. ¿Me equivoco? ¿El que fuma como una chimenea? ¿Tiene una oreja de latón y una pata de palo?

—Sí, y también te pueden mandar al paredón, jjja, ¿qué te parece cómo pinta la cosa?

El escritorio desordenado que era la memoria de Vimes por fin desenterró el despistado posavasos del recuerdo de debajo de la taza de té del olvido.

—Tú eres Narizotas —dijo—. ¿Verdad? ¡Un tipo te rompió la nariz y nunca te la arreglaron! Y te lloran los ojos todo el tiempo, y por eso te asignaron permanentemente a los calabozos...

—¿Te conozco, amigo? —dijo Narizotas, escrutando a Vimes con los ojos cargados de recelo y agua.

—¿A mí? No. ¡No! —se apresuró a responder Vimes—. Pero he oído hablar a la gente de ti. Prácticamente lleva él solo la Casa de la Guardia, dicen. Un hombre justo, dicen. Firme pero justo. Nunca escupe en las gachas, nunca se mea en el té. Y tampoco se equivoca nunca de fruta.

Las partes visibles de la cara de Narizotas se contorsionaron hasta formar la mueca ceñuda y resentida de alguien que no consigue seguir el guión.

—¿Ah, sí? —consiguió decir—. Vaya, jjja, siempre he tenido las celdas limpias, eso es muy cierto. —Parecía un poco perplejo por cómo había cambiado la situación, pero se las apañó para fruncir el ceño de nuevo—. Tú quédate aquí, amigo, y yo le voy a decir al capitán que te has despertado.

Vimes regresó y se tiró en el camastro, mirando fijamente las pintadas mal escritas y anatómicamente incorrectas del techo. Alguien se pasó un rato hablando en voz muy alta en el piso de arriba, interrumpido por algún «¡jjja!» esporádico de Narizotas.

Luego volvió a oír los pasos del carcelero en la escalera.

—Bueno, bueno, bueno —dijo este, con el tono de quien ya tiene ganas de que a un tercero le caiga lo que se merece—. Resulta que el capitán te quiere ver ahora mismo. A ver, ¿me vas a dejar que te ponga las manillas, jjja, o les digo a los muchachos que bajen?

Que los dioses te protejan, pensó Vimes. Tal vez fuera cierto que el mismo golpe que había aplastado la nariz del hombre por toda su cara le hubiera girado también el cerebro. Había que ser un idiota de primera categoría para intentar esposar a un prisionero peligroso sin ninguna ayuda. Si lo hubiera intentado con Carcer, por ejemplo, ya haría cinco minutos que sería un idiota muerto.

El carcelero abrió la puerta. Vimes se levantó y ofreció las muñecas. Después de vacilar un segundo, Narizotas lo esposó. Siempre valía la pena ser amable con los carceleros: puede que no te esposaran las manos detrás de la espalda. Un hombre que tiene las dos manos por delante disfruta de bastante libertad.

—Sube las escaleras tú primero —dijo Narizotas, y se agachó para recoger una ballesta de aspecto eficiente—. Y como intentes ni que sea caminar deprisa, amigo, te disparo, jjja, en algún sitio donde mueras despacio.

—Me parece bien —dijo Vimes—. Me parece bien.

Subió la escalera despacio, oyendo la respiración pesada de Narizotas justo detrás de él. Igual que otra mucha gente de capacidad intelectual limitada, Narizotas se tomaba lo poco que sabía hacer muy en serio. Mostraría una refrescante ausencia de reparos a la hora de apretar aquel gatillo, por ejemplo.

Vimes llegó a lo alto de la escalera y se acordó de hacer ver que no sabía adónde iba.

—Jjja, gira a la izquierda —dijo Narizotas detrás de él.

Vimes asintió para sí. Y luego, la primera a la derecha. Le estaba volviendo todo a la cabeza en una ola enorme. Estaban en la calle de la Mina de Melaza. Aquella había sido su primera Casa de la Guardia. Aquí era donde todo había empezado.

El capitán tenía la puerta abierta. El anciano de aspecto fatigado que estaba detrás del escritorio levantó la vista.

—Siéntese —ordenó Tilden con voz fría—. Gracias, Narizotas.

Vimes tenía recuerdos encontrados sobre el capitán Tilden. Había sido militar antes de que le dieran aquel trabajo como una especie de pensión, y aquello era malo en un policía de alta graduación. Quería decir que acudía a la Autoridad en busca de órdenes y que las obedecía, mientras que a Vimes le parecía mejor mirar a la Autoridad en busca de órdenes y luego filtrar aquellas órdenes por una fina malla de sentido común, añadiendo una ración generosa de malentendidos creativos y tal vez incluso de sordera incipiente si las circunstancias lo exigían, porque la Autoridad casi nunca descendía a nivel de calle. Tilden concedía demasiada importancia a las armaduras relucientes y a los desfiles impecables. Un poco de aquello era necesario, eso no lo negaba. No se podía dejar que la gente hiciera mucho el guarro. Pero aunque nunca había expresado su punto de vista en público, a Vimes le gustaba ver alguna que otra armadura maltratada por ahí. Eso significaba que alguien las había estado maltratando. Además, para acechar en las sombras no convenía relucir.

Había una bandera de Ankh-Morpork sujeta con chinchetas a la pared, con el rojo descolorido hasta volverse un color naranja raído. Se rumoreaba que Tilden se cuadraba delante de ella todos los días. También había una escribanía de plata muy grande con un escudo dorado del regimiento, que ocupaba gran parte de la mesa. Narizotas le sacaba brillo todas las mañanas y la tenía resplandeciente. Tilden nunca había superado del todo el ejército.

Aun así, Vimes conservaba algo de cariño hacia el anciano.

Había triunfado como soldado, en la medida de lo posible; por lo general había estado en el bando ganador, y había matado a más enemigos usando tácticas buenas aunque aburridas que a sus propios hombres mediante otras malas pero emocionantes. A su manera, había sido amable y razonablemente justo; los hombres de la Guardia lo habían mantenido en la higuera mientras trabajaban y él jamás se había dado cuenta.

Ahora Tilden le estaba dedicando la Mirada Larga Con Papeleo Asociado. Se suponía que el significado era: lo sabemos todo de ti, así que ¿por qué no nos lo cuentas tú mismo? Pero la verdad era que no se le daba nada bien.

Vimes se la devolvió con cara inexpresiva.

—¿Cómo dice que se llama? —preguntó Tilden, consciente de que Vimes era el que miraba mejor de los dos.

—Keel —dijo Vimes—. John Keel. —Y ahora... qué demonios—. Escuche, solamente hay un papel de todos esos que tenga que ver conmigo, y es el informe de ese sargento, suponiendo que sepa escribir.

—Pues resulta que tengo dos papeles —dijo el capitán—. El otro trata de la muerte de John Keel, ¿sí?

—¿Cómo? ¿Por una bronca con la Guardia?

—En la situación actual de emergencia, con eso habría más que suficiente para la pena de muerte —dijo Tilden, inclinándose hacia delante—. Pero ja, tal vez no sea necesario en este caso, porque John Keel murió ayer. Usted le dio una paliza y le robó, ¿sí? Le quitó el dinero pero no se molestó en coger los documentos, porque la gente de su calaña no sabe leer, ¿sí? Así que no tuvo manera de saber que John Keel era policía, ¿sí?

—¿Cómo?

Vimes fijó la mirada en aquella cara flaca con su bigote triunfal y enhiesto y los ojos diminutos y descoloridos.

Y entonces se oyó el ruido de alguien que barría concienzudamente el suelo del pasillo de fuera. El capitán miró detrás de él, gruñó y tiró una pluma hacia allí.

—¡Sacadlo de aquí! —vociferó—. ¿Qué hace aquí ese diablillo a estas horas de la noche?

Vimes giró la cabeza. En el umbral había de pie un hombrecillo flaco y de aspecto marchito, calvo como un bebé. Tenía una sonrisa estúpida y sostenía una escoba en las manos.

—Es barato, señor, jjja, y es mejor que venga cuando esto está, jjja, tranquilo —murmuró Narizotas, agarrando al hombrecillo por un codo tan flaco como un palo—. Vamos, fuera de aquí, Lusé...

Así que ahora la ballesta no estaba apuntando a Vimes. Y tenía varios kilos de metal en las muñecas, o, visto de otra forma, sus brazos eran un martillo. Se dispuso a ponerse de pie...

\* \* \*

Vimes se despertó y contempló el techo. Se oía un retumbar cercano y profundo. ¿Un molino de bueyes? ¿Un molino de agua?

Iba a sonar manido, pero es que algunas cosas había que saberlas.

—¿Dónde estoy? —se preguntó. Y luego añadió—: Esta vez.

—Así me gusta, sí señor —dijo una voz procedente de detrás de él—. ¡De la consciencia al sarcasmo en cinco segundos!

La habitación era grande, a juzgar por la sensación del aire, y el juego de la luz sobre las paredes sugería que detrás de Vimes había velas encendidas.

La voz dijo:

—Me gustaría que me considerara un amigo.

—¿Un amigo? ¿Por qué? —dijo Vimes.

El aire olía a humo de cigarrillo.

—Todo el mundo debería tener un amigo —dijo la voz—. Ah, veo que se ha dado cuenta de que sigue esposado...

La voz dijo esto porque, con un solo movimiento, Vimes se había bajado de la mesa y se había abalanzado hacia delante...

Vimes se despertó y contempló el techo. Se oía un retumbar cercano y profundo. ¿Un molino de bueyes? ¿Un molino de agua? A continuación los pensamientos se enredaron entre sí de forma muy desagradable.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó.

—Me ha parecido que tal vez quisiera probar otra vez, muchacho —dijo el amigo invisible—. Por aquí tenemos algunos truquitos, como descubrirá pronto usted. Siéntese. Sé que las ha pasado canutas, pero no tenemos tiempo para andarnos con tonterías. Yo habría preferido esperar un poco más, pero me ha parecido buena idea sacarle de ahí antes de que la cosa se pusiera peliaguda de verdad... señor Vimes.

Vimes se quedó de piedra.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Mi nombre oficial es Lu-Tze, señor Vimes. Pero puede llamarme usted Barredor, ya que somos amigos.

Vimes se sentó con cautela y miró a su alrededor.

Las paredes sombrías estaban cubiertas de... caligrafía, debía de ser caligrafía, pensó él, pero aquella clase de caligrafía ejeña que está a un solo paso de ser dibujitos.

La vela estaba sobre un platillo. Un poco detrás de la misma, apenas visibles en las sombras, había dos cilindros, cada uno de ellos tan ancho como un hombre y el doble de largo, colocados en unos enormes cojinetes horizontales, uno encima del otro. Los dos giraban lentamente, y los dos daban la impresión de ser mucho más grandes que lo que sugerían sus simples dimensiones. Su retumbar llenaba la sala. Los rodeaba una extraña neblina de color violeta.

Había dos figuras vestidas con túnicas amarillas atendiendo a los cilindros, pero la mirada de Vimes se vio atraída por el hombrecillo flaco y calvo que estaba sentado sobre un cajón vuelto del revés, junto a la vela. Estaba fumando un asqueroso cigarrillo de liar de los que le gustaban a Nobby, y parecía un monje extranjero. De hecho, era idéntico a los que a veces Vimes veía con sus cuencos de mendigar por las calles.

—Tiene buen aspecto, señor Vimes —dijo Barredor.

—Tú estabas en la Casa de la Guardia, ¿verdad? —dijo Vimes—. ¡Narizotas te ha llamado Lusé!

—Sí, señor Vimes. Lu-Tze. Llevo los últimos diez días barriendo allí todas las noches. Todo por dos peniques y todas las patadas que no pueda esquivar. Esperándolo a usted.

—¿Y has sido tú también quien le ha dicho a Rosie Palma adonde me había ido? ¿Tú eras el monje del puente?

—También. No estaba seguro de que ella lo fuera a alcanzar.

—¿Cómo sabes tú quién soy?

—No se excite, señor Vimes —dijo Barredor con calma—. Estoy aquí para ayudarlo... excelencia. Y soy su amigo porque ahora mismo soy la única persona del mundo que probablemente se vaya a creer cualquier cosa que usted me diga sobre, oh, tormentas y caídas, y esa clase de cosas. Por lo menos —añadió—, la única persona cuerda.

Miró a Vimes mientras este permanecía completamente inmóvil durante medio minuto.

—Bien, señor Vimes —dijo Barredor—. Pensar. Me gusta que la gente haga eso.

—Esto es magia, ¿verdad? —preguntó Vimes, por fin.

—Algo parecido, sí —respondió Barredor—. Por ejemplo, ahora mismo lo acabamos de mandar atrás en el tiempo. Solamente unos segundos. Lo justo para que no hiciera nada de lo que se fuera a arrepentir. No puedo decir que le culpe por querer pagarla con alguien después de todo lo que le ha pasado, pero no queremos que salga herido, ¿verdad?

—¿Ja? ¡Si casi te tenía agarrada la garganta!

Barredor sonrió. Era una sonrisita que desarmaba.

—¿Un pitillo? —dijo. Se rebuscó en la túnica y sacó un cigarrillo liado de cualquier manera.

—Gracias, pero tengo los míos... —empezó a decir automáticamente Vimes. Su mano se detuvo a medio camino de su bolsillo.

—Ah, sí-dijo Barredor—. La cigarrera de plata. Era un regalo de bodas de Sybil, ¿verdad? Menuda lástima.

—Me quiero ir a casa —dijo Vimes. Le salió como un susurro. En las últimas doce horas no había dormido, únicamente se había estado recuperando.

Esta vez fue Barredor el que se quedó sentado en silencio, roto solo por el retumbar de los cilindros.

—Es usted policía, señor Vimes —dijo al final—. Y bueno, me gustaría que por un momento me considerara a mí también una especie de policía, ¿de acuerdo? Mis colegas y yo nos encargamos de que... las cosas pasen. O no pasen. No haga preguntas ahora. Asienta y punto.

Lo que hizo Vimes fue encogerse de hombros.

—Bien. Y digamos que en nuestra patrulla lo hemos encontrado a usted, por decirlo de alguna manera metafórica, tirado en el arroyo un sábado por la noche y cantando una canción fea sobre cabras...

—¡Yo no conozco ninguna canción fea sobre cabras!

Barredor suspiró.

—¿Puercoespines? ¿Natillas? ¿Violines de una sola cuerda? En realidad da lo mismo. El caso es que lo hemos encontrado muy lejos de donde debería estar y nos gustaría llevarlo a casa, pero no es tan fácil como pueda usted pensar.

—He viajado atrás en el tiempo, ¿verdad? ¡Ha sido esa puta biblioteca! ¡Todo el mundo sabe que la magia que hay dentro provoca cosas raras!

—Bueno, sí. Ha sido básicamente eso, sí. Pero sería más cierto decir que se ha visto usted, ejem, atrapado en un acontecimiento importante.

—¿Puede alguien llevarme de vuelta? ¿Me puedes llevar de vuelta tú?

—Bueeeno... —dijo Barredor, no muy a gusto.

—Si tú no puedes, los magos podrán —dijo Vimes—. ¡Me volveré a verlos por la mañana!

—Ah, conque eso hará, ¿eh? Me gustaría estar presente. Estos no son los magos gobernados por el bueno de Ridcully, ¿sabe? Va a tener suerte si tan solo se ríen de usted. En todo caso, aunque ellos quisieran ayudarlo se chocarían con el mismo problema.

—¿Y qué problema es ese?

—Que no se puede hacer. Todavía no. —Por primera vez en lo que llevaban de conversación, Barredor pareció realmente incómodo—. El gran problema al que me enfrento, señor Vimes, es que le tendría que contar algunas cosas que no me está permitido contarle bajo ninguna circunstancia. Pero usted no se quedará tranquilo hasta estar al corriente de todo. Y eso lo respeto. Así que... si se lo cuento todo, ¿puede darme, pongamos, veinte minutos de su tiempo? Le podría salvar la vida.

—De acuerdo —dijo Vimes—. ¿Pero qué...?

—Trato hecho —le interrumpió Barredor—. Giradlos, muchachos.

El ruido de los enormes cilindros cambió por un momento y Vimes notó una ligerísima conmoción, una sugerencia de que su cuerpo entero acababa de hacer «plib».

—Veinte minutos —dijo Barredor—. Contestaré todas sus preguntas. Y luego, señor Vimes, lo mandaremos de vuelta al ahora desde veinte minutos más adelante, y usted se contará a sí mismo lo que los dos acordemos que tiene que saber. Que será casi todo, en realidad. Usted es un hombre capaz de guardar secretos. ¿De acuerdo?

—Sí, pero... —empezó a decir Vimes.

El tono de los cilindros giratorios cambió un poco.

Sam Vimes se vio a sí mismo de pie en medio de la sala.

—¡Ese soy yo!

—Sí, claro —dijo Barredor—. Ahora escuche al tipo.

—Hola, Sam —dijo el otro Vimes, mirando en su dirección aunque no del todo—. No te puedo ver, pero dicen que tu a mí sí. ¿Te acuerdas del olor a lilas? Pensaste en los que habían muerto. Y luego le dijiste a Willikins que diera unos manguerazos a aquella chica. Y, ejem, tienes un dolor en el pecho que te preocupa un poco pero del que no has hablado a nadie... Con eso ya basta, creo. Ya sabes que soy tú. Vale, hay algunas cosas que no te puedo contar. Yo las puedo saber porque estoy en un... —se detuvo y miró a lo lejos, como si le estuviera apuntando alguien desde fuera del escenario— un bucle cerrado. Ejem, podría decirse que soy veinte minutos de tu vida que no recuerdas. ¿Te acuerdas de cuando has tenido...?

\* \* \*

... la sensación de que su cuerpo entero acababa de hacer «plib».

Barredor se puso de pie.

—No me gusta nada hacer esto —dijo—, pero estamos en el templo y más o menos podemos amortiguar a las paradojas. De pie, señor Vimes. Se lo voy a contar todo.

—¡Pero si acabas de decir que no podías!

Barredor sonrió.

—¿Necesita ayuda con esas manillas?

—¿Cómo, con estas viejas Capstick Modelo 1? No, me vale con que me des un clavo y un par de minutos. ¿Cómo es que estoy en un templo?

—Yo lo he traído aquí.

—¿Has cargado conmigo?

—No. Ha entrado usted por su propio pie. Con los ojos vendados, claro. Y cuando ya estaba aquí, le he dado una cosita de beber...

—¡No me acuerdo de eso!

—Claro que no. Ese era el propósito de la bebida. No es muy mística, pero funciona. No nos interesa que vuelva usted aquí, ¿verdad? Se supone que este sitio es secreto...

—¿Me has trasteado la memoria? Escúchame bien... —Vimes se empezó a poner de pie, pero Barredor levantó las manos en gesto apaciguador.

—Tranquilo, tranquilo, solamente... le he hecho olvidar unos minutos —dijo.

—¿Cuántos minutos?

—Pocos, unos pocos. Y también llevaba hierbas. Las hierbas son buenas para la salud. Y luego le hemos dejado dormir. No se preocupe, no nos persigue nadie. Nunca sabrán que se ha ido usted. ¿Ve esta cosa?

Barredor levantó una caja de entramado metálico que había junto a su silla. Tenía correas como una mochila, y Vimes pudo vislumbrar un cilindro dentro de la caja.

—Esto se llama Postergador —dijo el monje—, y es una versión diminuta de los que hay allí, esos que parecen el escurridor de su abuela. No me voy a andar con tecnicismos, pero cuando giran mueven el tiempo alrededor de uno. ¿Entiende lo que le acabo de decir?

—¡No!

—Muy bien. Es una caja mágica. ¿Mejor así?

—Continúa —dijo Vimes, hosco.

—Usted llevaba puesto uno de estos cuando lo he traído aquí desde la Casa de la Guardia. Y como lo llevaba puesto, estaba, por así decirlo, fuera del tiempo. Y después de que tengamos esta pequeña charla, lo llevaré de vuelta a la Casa de la Guardia y el viejo capitán no se habrá enterado de nada. Mientras estamos en el templo, el tiempo no corre en el mundo de fuera. Los Postergadores se encargan de eso. Como ya le he dicho, mueven el tiempo. De hecho, lo que está pasando en realidad es que nos empujan hacia atrás en el tiempo al mismo tiempo que el tiempo nos empuja hacia delante. Tenemos algunos más por aquí. Van muy bien para evitar que se estropee la comida. ¿Qué más le puedo decir...? Ah, sí. Para no perderse, lo mejor es simplemente pensar que las cosas pasan una detrás de otra. Créame.

—Esto es como un sueño —dijo Vimes. Las esposas se abrieron de golpe con un tintineo.

—Sí que lo es, ¿verdad? —dijo con calma Barredor.

—¿Y tu caja mágica me puede devolver a casa? ¿Trasladarme en el tiempo hasta el sitio donde tengo que estar?

—¿Esto? Ja. No, esto es estrictamente para trabajos a pequeña escala...

—Mire usted, señor Barredor. Me he pasado el último día peleando con un auténtico hijo de puta en un tejado, me han apaleado dos veces, casi me cosen a flechazos y, ja, sí que me han cosido a puntos. Me da la impresión de que tendría que darte las gracias por algo, pero no tengo ni maldita idea de por qué. Lo que quiero son respuestas claras, amigo. ¡Soy el comandante de la Guardia de esta ciudad!

—¿No quiere decir que lo será? —preguntó Barredor.

—¡No! ¡Tú me has dicho que hay que pensar que las cosas pasan una detrás de otra! Pues bueno, ayer, en mi ayer, yo era el comandante de la Guardia y sigo siendo el comandante de la Guardia, joder. No me importa lo que piensen los demás. ¡No están en posesión de todos los hechos!

—Aférrese a esa idea —dijo Barredor, poniéndose de píe—. Muy bien, comandante. Quiere usted hechos. Vamos a dar un paseo por el jardín, ¿quiere?

—¿Me puedes llevar a casa?

—Todavía no. Mi opinión profesional es que está usted aquí por alguna razón.

—¿Por alguna razón? ¡Porque me caí por la puta cúpula!

—Eso ha ayudado, sí. Tranquilícese, señor Vimes. Todo esto le ha creado bastante tensión, por lo que veo.

Barredor abandonó la sala seguido de Vimes. Fuera había una oficina grande, un barullo de actividad silenciosa pero decidida. Aquí y allí, entre los escritorios gastados y llenos de rayaduras, había más cilindros como los que Vimes había visto en la otra habitación. Algunos de ellos estaban girando despacio.

—Muy atareada, nuestra sección de Ankh-Morpork —comentó Barredor—. Hemos tenido que comprar las tiendas contiguas por los dos lados.

Cogió un pergamino de una cesta que había junto a un escritorio, le echó un vistazo y lo tiró de vuelta con un suspiro.

—Y todo el mundo tiene demasiado trabajo —añadió—. Estamos aquí a todas horas. Y cuando decimos «a todas horas», sabemos lo que decimos.

—¿Pero qué es lo que hacéis? —preguntó Vimes.

—Nos encargamos de que pasen las cosas.

—¿Las cosas no pasan de todas maneras?

—Depende de qué cosas quieras. Somos los Monjes de la Historia, señor Vimes. Nos ocupamos de que esta pase.

—Nunca he oído hablar de vosotros, y me conozco esta ciudad como la palma de mi mano —dijo Vimes.

—Claro. ¿Y con qué frecuencia se mira usted de verdad la palma de la mano, señor Vimes? Estamos en el callejón de la Arcilla, para que deje de darle vueltas.

—¿Cómo? ¿Esos monjes chiflados del edificio extranjero raro que hay entre la casa de empeños y la tienda de baratillo? ¿Los que se dedican a bailar por la calle tocando los tambores y dando gritos?

—Justo en el blanco, señor Vimes. Es curioso cómo te puedes mover en secreto cuando eres un monje chiflado que baila por la calle tocando el tambor.

—Cuando yo era niño casi toda mi ropa venía de la tienda de baratillo del callejón de la Arcilla —dijo Vimes—. Todo el mundo que conocíamos compraba la ropa en la tienda de baratillo. La llevaba un tipo extranjero de nombre raro...

—El hermano Sol Sal Ya —asintió Barredor—. No es un agente operativo enormemente iluminado, pero nadie le gana poniendo precio a trapos de cuarta mano.

—Unas camisas tan gastadas que dejaban pasar la luz y unos pantalones bruñidos como el cristal —dijo Vimes—. Y para el final de la semana la mitad de las cosas ya estaban en la casa de empeño.

—Eso es —dijo Barredor—. La gente empeña ropa en la casa de empeños, pero nunca compraría la ropa en la casa de empeños, por una cuestión de principios, ¿verdad?

Vimes asintió. Cuando se llegaba abajo del todo de la escalera los travesaños estaban muy juntos y, cielos, qué cuidado tenían las mujeres con ellos. A su manera, eran igual de altivas que cualquier duquesa. Puede que uno no tuviera mucho, pero siempre podía tener principios. Puede que la ropa fuera barata y vieja, pero al menos se podía lavar bien limpia. Puede que detrás de la puerta no hubiera nada que valiera la pena robar, pero al menos el portal estaba lo bastante limpio para cenar en el suelo, si hubiera habido dinero para cenar. Y nadie compraba nunca la ropa en la casa de empeños. Cuando lo hacías, es que habías tocado fondo. No, se la comprabas al señor Sol de la tienda de baratillo, y nunca preguntabas de dónde la sacaba él.

—Al primer trabajo de verdad que tuve en mi vida fui con un traje de la tienda de baratillo —dijo—. Parece que fue hace siglos.

—No —replicó Barredor—. Fue la semana pasada.

El silencio se infló como un globo. El único sonido era el ronroneo de los cilindros que había dispersos por la sala.

Luego Barredor añadió:

—Se le debe de haber ocurrido.

—¿Por qué? ¡La mayor parte de mi tiempo aquí la he pagado recibiendo palizas o inconsciente o intentando irme a casa! ¿Quiere decir que estoy en alguna parte ahí fuera?

—Ya lo creo que sí. Es más, anoche sacó usted las castañas del fuego a su patrulla apuntando con la ballesta a un peligroso bellaco que estaba atacando a su sargento.

Esta vez el silencio se infló como un globo más grande. Pareció que llenaba el universo entero.

Al cabo de un momento Vimes dijo:

—No. No puede ser. Eso no pasó nunca. Me acordaría de una cosa así. Y me acuerdo de muchas cosas de mi primera semana en el trabajo.

—Interesante, ¿verdad? —dijo Barredor—. Pero ¿acaso no está escrito: «Pasan un montón de cosas que no se nos cuentan»? Señor Vimes, a usted le hace falta pasar un rato en el Jardín de la Tranquilidad Interior en la Ciudad.

\* \* \*

Y sí que era un jardín, parecido a otros muchos jardines que había en zonas como el callejón de la Arcilla. La tierra gris no era más que viejo polvo de ladrillo, evacuaciones de gato anciano y basura general semipodrida. En la otra punta había una letrina de tres agujeros. Se encontraba convenientemente instalada junto a la puerta de la cerca que daba al callejón de atrás, para que los hombres que vaciaban letrinas por la noche no tuvieran que ir muy lejos, pero esta tenía un pequeño cilindro de piedra girando suavemente al lado y la puerta estaba atrancada.

No era un jardín que tuviera mucha luz. Aquella clase de jardines nunca la tenían. Les llegaba luz de segunda mano después de que la gente más rica de los edificios altos hubiera acabado de usarla. Había quien tenía en sus parcelas palomas o conejos o cerdos, o bien plantaba unas cuantas verduras contra el dictado de toda experiencia. Pero harían falta alubias mágicas para alcanzar la verdadera luz del sol en jardines como este.

Pese a todo, alguien había hecho un esfuerzo. La mayor parte del suelo estaba cubierta de grava de distintos tamaños, que había sido rastrillada en forma de remolinos y curvas. Aquí y allí, al parecer con gran esmero, había colocadas algunas piedras individuales más grandes.

Vimes se quedó mirando el jardín de piedras, buscando desesperadamente algo que ocupara su atención.

Comprendía lo que el diseñador se había propuesto, pensaba, pero el efecto se había echado a perder. Al fin y al cabo, esto era la gran ciudad. La basura llegaba a todas partes. El principal método para la eliminación de residuos era tirarlos por encima de una tapia. Tarde o temprano alguien se la revendería a alguien o, posiblemente, se la comería.

Había un joven monje rastrillando la grava con meticulosidad. Hizo una reverencia respetuosa a Barredor mientras este se acercaba.

El anciano se sentó en un banco de piedra.

—Sal de aquí con viento fresco y tráenos dos tazas de té, ¿quieres, chaval? —dijo—. Uno verde con mantequilla de yak y el señor Vimes lo tomará hervido hasta que se ponga naranja en la cacerola, con dos azucarillos y leche de ayer, ¿verdad?

—Así es como me gusta —murmuró Vimes, sentándose.

Barredor soltó un suspiro largo y profundo.

—Y a mí me gusta construir jardines —dijo—. La vida tendría que ser un jardín.

Vimes contempló con cara inexpresiva lo que tenían delante.

—Muy bien —asintió—. La grava y las piedras, sí, eso lo veo. Una lástima que haya tanta basura. Siempre aparece, ¿verdad...?

—Sí —dijo Lu-Tze—. Es parte del esquema.

—¿Cómo? ¿Ese paquete viejo de cigarrillos?

—Por supuesto. Invoca el elemento del aire —respondió Barredor.

—¿Y las cacas de gato?

—Para recordarnos que la discordia, igual que los gatos, se cuela por todas partes.

—¿Y los tallos de repollo? ¿Y el sonki usado?

—No es[[5]](#footnote-5) conveniente olvidar el papel de lo orgánico en la armonía total. Lo que llega aparentemente por puro azar al esquema forma parte de una organización más elevada, de la que solamente tenemos una comprensión muy tenue. Esto es un hecho muy importante, y también relevante en relación con el caso de usted.

—¿Y la botella de cerveza?

Por primera vez desde que Vimes lo conocía, el monje frunció el ceño.

—¿Sabe? Algún cabrón siempre tira una por encima de la tapia cuando vuelve del pub los viernes por la noche. Si no estuviera prohibido hacer esas cosas, le iba a arrear yo un buen sopapo, así de claro.

—¿No forma parte de la organización más elevada?

—Es posible. ¿Qué más da? Esas cosas me irritan los thungas, de verdad —dijo Barredor. Se echó atrás en el banco con las manos sobre las rodillas. La serenidad volvió a fluir—. A ver, señor Vimes... ¿sabe usted que el universo se compone de elementos muy pequeños?

—¿Eh?

—Tenemos que llegar al meollo del asunto poco a poco, señor Vimes. Usted es un hombre inteligente. No puedo seguir diciéndole que todo se hace con magia.

—¿Es verdad que estoy aquí? ¿En la ciudad? O sea, ¿un yo más joven?

—Claro. ¿Por qué no? ¿Por dónde iba? Ah, sí. Se compone de elementos muy pequeños, y...

—Esta no es una buena época para estar en la Guardia. ¡Me acuerdo! Estaba el toque de queda. ¡Y eso no fue más que el principio!

—Elementos pequeños, señor Vimes —insistió Barredor subiendo la voz—. Necesita usted saber esto.

—Oh, de acuerdo. ¿Cómo de pequeños?

—Muy, muy pequeños. Tan diminutos que se comportan de forma bien extraña.

Vimes suspiró.

—Y ahora yo pregunto cómo se comportan, ¿verdad?

—Me alegro de que me lo pregunte. Para empezar, pueden estar en varios sitios a la vez. Intente pensar, señor Vimes.

Vimes trató de concentrarse en lo que probablemente fuera el envoltorio de pescado con patatas desechado del Infinito. Por extraño que pareciera, con la cabeza tan llena de pensamientos horribles, casi era un alivio apartarlos un momento para plantearse aquello. El cerebro hacía cosas así. Se acordó de una vez en que lo habían apuñalado y habría muerto desangrado si no lo hubiera encontrado la sargento Angua, y de que, mientras estaba allí tirado, se había encontrado a sí mismo sintiendo un interés muy intenso por los dibujos de la alfombra. Los sentidos dicen: solamente nos quedan unos minutos, registrémoslo todo con todo detalle...

—Eso es imposible —dijo—. Si este banco se compone de muchas cositas diminutas que pueden estar en muchos sitios al mismo tiempo, ¿por qué se queda quieto en el sitio?

—¡Este hombre se merece un monumento! —exclamó jubiloso Barredor—. Ese es el gran problema, señor Vimes. Y la respuesta, nos dice nuestro abad, es que está en muchos sitios al mismo tiempo. Ah, aquí llega el té. Y para que pueda estar en muchos sitios al mismo tiempo, el multiverso se compone de un número enorme de universos alternativos. Un porroplexo de porroplexos. Que viene a ser el número más grande que nadie se pueda imaginar nunca. De otra forma no le cabría tanta cuántica. ¿Estoy yendo demasiado deprisa para usted?

—Ah, eso —dijo Vimes—. De eso ya había oído hablar. Por ejemplo, tomas una decisión en este universo pero en el de al lado has tomado otra. Oí a los magos hablar de eso una vez en una recepción pija. Estaban... discutiendo sobre el Glorioso Veinticinco de Mayo.

—¿Y qué estaban diciendo?

—Ah, lo de toda la vida... que habría acabado de manera muy distinta si los rebeldes hubieran protegido como es debido los portones y los puentes, que no se puede romper un asedio con un ataque frontal. Pero también estaban diciendo que. en cierta manera, todo pasa en alguna parte...

—¿Y usted los creyó?

—Me sonó a thungas total. Pero a veces no puedes evitar preguntarte: ¿qué habría pasado si hubiera hecho otra cosa...?

—¿Como por ejemplo cuando mató usted a su mujer?

A Barredor le impresionó la falta de reacción de Vimes.

—Esto es una prueba, ¿verdad?

—Es usted un estudiante listo, señor Vimes.

—Pero en otro universo, créeme, me he levantado y te has llevado un sopapo.

Nuevamente, Barredor le dedicó aquella molesta sonrisita que sugería que no se lo creía.

—No ha matado usted a su mujer —dijo—. En ninguna parte. No existe ningún lugar, por muy enorme que sea el multiverso, donde Sam Vimes tal como es ahora haya asesinado a lady Sybil. Pero la teoría está bastante clara. Dice que si algo puede suceder sin romper ninguna ley física, entonces tiene que suceder. Pero no lo ha hecho. Y sin embargo, la teoría de los «muchos universos» funciona. Sin ella, nadie sería capaz de tomar ninguna decisión.

—¿Y qué?

—¡Pues que lo que hace la gente importa! La gente inventa otras leyes. ¡Lo que hacen es importante! Al abad le emociona mucho esto. Casi se tragó su galletita y todo. Significa que el multiverso no es infinito y que lo que la gente elige es mucho más vital de lo que ellos creen. Pueden, mediante sus acciones, cambiar el universo. —Barredor le dedicó una larga mirada a Vimes—. Señor Vimes, está usted pensando: he vuelto atrás en el tiempo y mierda, lo más seguro es que vaya a acabar siendo el sargento que me enseña todo lo que se, ¿verdad?

—Me lo he estado preguntando. En aquella época la Guardia ofrecía trabajo a cualquier despojo humano, por lo del toque de queda y también por todo el espionaje que había. Pero escucha, yo me acuerdo de Keel, y sí, tenía una cicatriz y un parche, pero estoy convencidísimo de que no era yo, joder.

—Ya. El universo no funciona así. Es cierto que usted fue el protegido de un tal John Keel, un guardia de Pseudópolis que había venido a Ankh-Morpork porque aquí pagaban mejor. Él era una persona real. Y no era usted. ¿Pero recuerda si él mencionó alguna vez que lo habían atacado dos hombres poco después de bajar del carruaje?

—Maldita sea, sí —dijo Vimes—. Los atracadores. Así es como se hizo esta... como se hizo su cicatriz. Una bienvenida tradicional de Ankh-Morpork. Pero era un hombre duro. Se encargó de los dos, sin problemas.

—Pues esta vez había tres —dijo Barredor.

—Bueno, con tres es más complicado, claro, pero...

—Usted es el policía. Adivine cómo se llamaba el tercer hombre, señor Vimes.

A Vimes apenas le hizo falta pensar. La respuesta emergió desde las profundidades de la sospecha más oscura.

—¿Carcer?

—Se ha acostumbrado enseguida al ambiente, sí.

—¡El muy cabrón estaba en la celda contigua! ¡Hasta me ha contado que se había agenciado algún dinero!

—Y están los dos atrapados aquí, señor Vimes. Este ya no es el pasado de usted. No exactamente. Es un pasado. Y más adelante hay un futuro. Podría ser el futuro de usted. Pero podría ser que no. ¿Quiere irse a casa ahora, dejando a Carcer aquí y al verdadero John Keel muerto? Pues aunque pudiera hacerlo, no habría casa a donde ir. Porque si lo hiciera, el joven Sam Vimes no recibiría un curso rápido de técnica policial básica a cargo de un hombre honrado. Aprenderá de gente como el sargento Knock y el cabo Quirke y el cabo segundo Colon. Y puede que eso no sea lo peor, ni de lejos.

Vimes cerró los ojos. Se acordaba de lo pipiolo que había sido. Y Fred... bueno, Fred Colon no había estado demasiado mal, detrás de toda su medrosidad desganada y su falta de imaginación, pero Quirke había sido un auténtico cabrón maligno a su manera, y en cuanto a Knock, en fin, Knock había sido el maestro de Fred, y el alumno ni le hacía sombra al maestro. ¿Qué había aprendido Sam Vimes de Keel? A estar alerta, a pensar por sí mismo, a mantener una parte de su cabeza libre de los Quirke y los Knock de este mundo, y a no vacilar a la hora de pelear sucio hoy si eso era lo necesario para poder pelear otra mañana.

A menudo pensaba que llevaría mucho tiempo muerto si no fuera por...

Levantó la vista de repente hacia el monje.

—Eso no se lo puedo decir, señor Vimes —dijo Lu-Tze—. No hay nada seguro, por culpa de la cuántica.

—¡Pero escucha, yo sé que mi futuro sucedió, porque estaba allí!

—No. Lo que tenemos aquí, amigo mío, es una interferencia cuántica. ¿Le suena? No. Bueno... déjeme que se lo explique así. Hay un solo pasado y hay un solo futuro. Pero hay dos presentes. Uno donde usted y su malvado amigo han aparecido y otro en el que no. Podemos mantener esos dos presentes avanzando en paralelo durante unos cuantos días. Nos hará falta un montón de tiempo almacenado, pero lo podemos hacer. Y después los dos se juntarán de golpe. El futuro que tenga lugar entonces depende de usted. Queremos el futuro en que Vimes es un buen policía. No el otro.

—¡Pero tiene que haber sucedido! —saltó Vimes—. ¡Te lo estoy diciendo, yo lo recuerdo! ¡Estaba allí ayer!

—Buen intento, pero eso ya no quiere decir nada —dijo el monje—. Confíe en mí. Sí, le ha sucedido a usted, pero aunque haya sido así, es posible que no, por culpa de la cuántica. Ahora mismo no existe en el futuro un agujero con la forma del comandante Vimes para que pueda caer usted en él. Está declarado oficialmente como Incierto. Pero puede que no lo sea, si hace usted las cosas bien. Se lo debe a usted mismo, comandante. Ahora mismo, ahí fuera, Sam Vimes está aprendiendo a ser un muy, muy mal policía. Y aprende deprisa.

—El pequeño monje se puso de pie—. Le voy a dejar que piense en ello.

Vimes asintió, mirando fijamente el jardín de grava.

Barredor se alejó en silencio y volvió al templo. Cruzó las oficinas. Se descolgó del cuello una llave que tenía forma extraña y la introdujo en una puertecita. La puerta se abrió. Delante de él hubo un estallido de luz solar. Echó a andar y sus sandalias abandonaron las frías losas del suelo y pisaron tierra bien apisonada a plena luz calurosa del día.

El río seguía un cauce distinto en aquel punto tan lejano del pasado, y a los residentes actuales de Ankh-Morpork les habría sorprendido lo bonito que había sido hacía setecientos mil años. Los hipopótamos tomaban el sol en un banco de arena que había en mitad de la corriente y, según decía Qu, últimamente estaban causando problemas: había tenido que levantar una pequeña cerca temporal alrededor del campamento por las noches, de manera que cualquier hipopótamo que intentara meterse entre las tiendas se encontrara de vuelta en el agua con dolor de cabeza.

El propio Qu, protegiéndose la cabeza del sol canicular con un sombrero de paja, estaba supervisando a sus ayudantes en una zona cerrada con parras. Lu-Tze suspiró mientras caminaba hacia allí.

Iba a haber explosiones, lo sabía.

No es que no le cayera bien Qu, el maestro de artefactos de la orden. El hombre era una especie de equivalente al abad en el campo de la ingeniería. El abad había cogido ideas que tenían mil años de antigüedad y las había cribado en su mente de una forma novedosa, y como resultado el multiverso se había abierto ante él como una flor. Qu, por su parte, había cogido la vetusta tecnología de los Postergadores, que podían guardar y restaurar el tiempo, y la había uncido a propósitos prácticos y cotidianos, como por ejemplo, sí, volarle la cabeza a la gente. Aquello era algo que Lu-Tze intentaba evitar. Había cosas mejores que hacer con la cabeza de la gente.

Mientras Lu-Tze se acercaba, una hilera de monjes risueños y danzarines se abría paso por la réplica de una calle hecha con bambú, tirando petardos y haciendo sonar gongs. Mientras llegaban a un recodo, el último monje se dio la vuelta y tiró sutilmente un tamborcito a los brazos abiertos de un muñeco de paja.

El aire reverberó y la figura desapareció soltando una especie de trueno en miniatura.

—Es agradable ver que algo no le vuela la cabeza a alguien —dijo Lu-Tze, apoyándose en la parra.

—Ah, hola, Barredor —le saludó Qu—. Sí. No sé qué habrá salido mal. Verás, el cuerpo tendría que haber avanzado un microsegundo y dejado la cabeza donde estaba. —Cogió un megáfono—. ¡Gracias a todos! ¡A vuestros puestos para otro intento! ¡Soto, sustitúyeme, por favor! —Se giró hacia Lu-Tze—. ¿Y bien?

—Se lo está pensando —dijo Barredor.

—¡Oh, por todos los dioses, Lu-Tze! ¡Esto carece de toda autorización y lo sabes! ¡Se supone que tenemos que podar bucles rebeldes de la historia, no gastar cantidades inmensas de tiempo en mantenerlos activos!

—Este es importante. Se lo debemos a ese hombre. No ha sido culpa suya que tuviéramos una rotura temporal de las gordas justo cuando él caía por la cúpula.

—Dos líneas temporales que discurren en paralelo —gimió Qu—. Es bastante inaceptable, ya lo sabes. Estoy teniendo que usar técnicas que no se han probado jamás.

—Sí, pero solamente serán unos días.

—¿Y qué pasa con Vimes? ¿Es lo bastante fuerte? ¡No está entrenado para esto!

—Se limita a ser un poli. Un poli es un poli, da igual dónde esté.

—De verdad que no sé por qué te hago caso, Lu-Tze, de verdad que no —dijo Qu. Le echó un vistazo al campo de pruebas y se llevó a toda prisa el megáfono a la boca—. ¡No lo cojas con ese lado para arriba! ¡He dicho que no lo cojas...!

Se oyó un trueno. Lu-Tze no se molestó en mirar.

Qu levantó el megáfono de nuevo y dijo en tono fatigado:

—Muy bien, por favor, que alguien vaya a traer al hermano Kai, ¿queréis? Empezad a buscar, hum, hace dos siglos. Ni siquiera usas nunca estos diseños tan útiles que yo, ejem, diseño —añadió, dirigiéndose a Lu-Tze.

—No me hacen falta —respondió Lu-Tze—. Tengo cerebro. Además, sí que uso el retrete temporal, ¿no es cierto?

—Una letrina que descarga diez millones de años hacia el pasado no es buena idea, Barredor. Lamento haberte dejado que me convencieras.

—Nos ahorra los cuatro peniques que pagábamos cada semana a los recogedores de Harry Rey, Qu, y eso no es moco de pavo. ¿Acaso no está escrito: «Quien guarda cuando tiene, come cuando quiere»? Además, todo aterriza en un volcán. Es perfectamente higiénico.

Hubo otra explosión. Qu se dio media vuelta y levantó el megáfono.

—¡No toquéis la pandereta más que dos veces! —vociferó—. ¡Es pum-pum-tirar-agacharse! ¡Prestad atención, por favor!

Se volvió de nuevo hacia Barredor.

—Cuatro días más como mucho, Lu-Tze —dijo—. Lo siento, pero después de eso ya no lo puedo seguir escondiendo en el papeleo. Y me sorprendería que tu hombre lo pudiera aguantar. Tarde o temprano le va a afectar a la mente, por mucho aguante que creas que tiene. No está en el tiempo que le corresponde.

—Pero estamos aprendiendo mucho —insistió Lu-Tze—. ¡Siguiendo una cadena perfectamente lógica de razones, Vimes ha terminado en el pasado incluso pareciéndose bastante a Keel! ¿Es Causalidad Narrativa o Imperativo Histórico o simplemente algo raro de narices? ¿Tenemos que volver a la vieja teoría de la historia corrigiéndose a sí misma? ¿No existen los accidentes, como dice el abad? ¿Es todo accidente parte de un esquema más elevado? ¡Me encantaría averiguarlo!

—Cuatro días —repitió Qu—. Si lo alargamos más se empezará a notar nuestro pequeño ejercicio y el abad se va a molestar mucho, mucho con nosotros.

—De acuerdo, Qu —dijo Barredor dócilmente.

Se molestará si acaba por enterarse oficialmente, eso está claro, pensó mientras caminaba de vuelta a la puerta que había en medio del aire. Había dejado las cosas muy claras. El abad de los Monjes de la Historia (Los Hombres de Azafrán, No Hay Tal Monasterio... tenían muchos nombres) no podía permitir aquella clase de cosas, y había sido muy claro al prohibirle a Lu-Tze que siguiera aquel curso de acción. A continuación había añadido: «pero cuando lo hagas, creo que ganará el Imperativo Histórico».

\* \* \*

Barredor regresó al jardín y se encontró a Vimes todavía mirando fijamente la lata vacía de alubias cocidas de la Unidad Universal.

—¿Y bien, comandante? —dijo.

—¿De verdad sois como... policías, para el tiempo?—preguntó Vimes.

—Bueno, en cierta manera —respondió Barredor.

—Entonces... ¿os aseguráis de que pasen las cosas buenas?

—No, no las buenas. Las correctas —dijo Barredor—. Pero con franqueza, últimamente ya nos cuesta lo suyo asegurarnos de que pase lo que sea. Antes pensábamos que el tiempo era como un río, que uno podía remar en un sentido y en el otro y regresar al mismo lugar. Luego descubrimos que actuaba como un mar, con lo cual uno también podía ir de lado a lado. Luego resultó ser como una bola de agua; también se podía ir hacia arriba y hacia abajo.

»En la actualidad pensamos que es como... bueno, como muchos espacios, todos enrollados entre sí. Y además hay saltos en el tiempo y lapsos en el tiempo y encima los humanos también lo enredan todo, perdiéndolo y ganándolo. Y luego está la cuántica, por supuesto. —El monje suspiró—. Siempre está la jodida cuántica. Así que entre una cosa y otra, ya nos parece un éxito que el ayer pase antes que el mañana, con franqueza. Usted, señor Vimes, se ha visto atrapado en una especie de... acontecimiento. No podemos arreglarlo, no como es debido. Pero usted sí.

Vimes se reclinó.

—No tengo elección, ¿verdad? —dijo—. Como solía decir mi viejo sargento... toca hacer el trabajo que se tiene delante. —Vaciló—. Y ese voy a acabar siendo yo, ¿verdad? Soy yo quien me he enseñado todo lo que sé...

—No. Ya se lo he explicado.

—No lo he entendido. Pero tal vez no me haga falta.

Barredor se sentó.

—Bien. Y ahora, señor Vimes, le voy a poner un poco en antecedentes sobre el sargento y vamos a decidir qué es lo que de verdad le hace falta saber de todo esto. Entonces podremos montar un pequeño bucle para que usted pueda contarse a sí mismo lo que necesita saber. ¡Pero nada de direcciones!

—¿Y qué me pasará a mí? —preguntó Vimes—. ¿Al yo que está sentado aquí y ahora? El... otro yo se marchará y yo, este yo, ya me entiende... Bueno, ¿qué pasa?

Barredor le dedicó una mirada larga y pensativa.

—¿Sabe? —dijo—. Es muy difícil hablar de cuántica usando un lenguaje diseñado originalmente para informar a otros monos dónde está la fruta madura. ¿Después? Bueno, existirá un usted. Tan usted como el usted de ahora, así que ¿quién podrá decir que no es usted? Este encuentro será... una especie de bucle en el tiempo. En cierto sentido, no terminará nunca. De alguna forma, será...

—Como un sueño —dijo Vimes, fatigado.

Barredor alegró el semblante.

—¡Muy bien! ¡Sí! ¡No es verdad, pero es una mentira fantástica!

—¿Sabe? Me lo podría usted haber contado todo y ya está —dijo Vimes.

—No. No le podría haber contado todo, y usted, señor Vimes, no está de humor para esa clase de juegos. De esta manera, un hombre en quien usted confía, o sea, usted, le contará toda la verdad que le hace falta conocer. Luego haremos un poco de lo que los acólitos más jóvenes llaman «rasgar y encolar», y el señor Vimes regresará a la calle de la Mina de Melaza siendo un poco más sabio.

—¿Cómo lo va... cómo me va a devolver a la Casa de la Guardia? Ni se le ocurra darme ninguna clase de poción.

—No. Le vendaremos los ojos, le haremos girar unas cuantas veces sobre sí mismo, le llevaremos dando un rodeo y acabará donde estaba. Se lo prometo.

—¿Algún otro consejo? —preguntó Vimes con aire lúgubre.

—Tan solo que sea usted mismo —respondió Barredor—. Salga adelante. Llegará un momento en que mirará usted atrás y verá que todo tenía sentido.

—¿En serio?

—Yo no le mentiría. Será un momento perfecto. Créame.

—Pero... —Vimes vaciló.

—¿Sí?

—Tiene que saber que hay otro pequeño problema si voy a ser el sargento Keel. Me he acordado de qué día es hoy. Y sé qué es lo que va a suceder.

—Sí —dijo Barredor—. Yo también lo sé. ¿Quiere que hablemos de eso?

\* \* \*

El capitán Tilden parpadeó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿Dónde? —dijo Vimes, intentando contener la náusea. El regreso del tiempo le había dejado con la horrible sensación de que en realidad era dos personas y que ninguna de ellas se encontraba nada bien.

—Se ha puesto usted borroso.

—Tal vez es que estoy un poco cansado de esto —dijo Vimes, recobrando las composturas—. Escuche, capitán, yo soy John Keel. Puedo demostrarlo, ¿de acuerdo? Hágame preguntas. Tiene ahí mis documentos, ¿verdad? ¡Me los han robado!

Tilden vaciló un momento. Era un hombre cuya mente era lo bastante ponderosa como para tener inercia; a sus pensamientos les costaba bastante cambiar de dirección.

—¿Quién es el comandante de la Guardia de Pseudópolis? —preguntó.

—El sheriff Macklewheet —dijo Vimes.

—¡Ajá! ¡Error! Se ha tropezado con la primera valla, ¿sí? En realidad, insensato, es el sheriff Pearlie...

—Jjja, perdone, señor... —intervino Narizotas, nervioso.

—¿Sí? ¿Qué?

—Jjja, que sí que es Macklewheet, señor. Pearlie murió la semana pasada. Lo he oído en el, jjja, bar.

—Se cayó al río estando borracho —aportó Vimes.

—Eso había oído yo, jjja, señor.

Tilden pareció furioso.

—De eso se podría haber enterado, ¿sí? —dijo—. ¡No demuestra nada!

—Pues pregúnteme otra cosa —dijo Vimes—. Pregúnteme qué ha dicho de mí Macklewheet.

Y ojalá tenga las respuestas correctas, pensó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que era el mejor oficial de su fuerza y que lamentaba mucho verme marchar —dijo Vimes—. Ha dicho que tengo buen carácter. Y que le gustaría poder pagarme los veinticinco dólares al mes que iba a ganar aquí...

—Yo nunca le he ofrecido...

—¡No, usted me ha ofrecido veinte dólares, y ahora que he visto el caos que reina aquí no pienso aceptarlos! —Vimes se regocijó. Tilden ni siquiera había aprendido a controlar una conversación—. ¡Si le está pagando veinte dólares a Knock, debería recuperar diecinueve de cambio! Ese hombre no podría hablar y masticar chicle al mismo tiempo. Y mire esto, ¿quiere?

Vimes dejó caer sus esposas sobre el escritorio. Las miradas de Narizotas y de Tilden corrieron hacia ellas como si fueran magnéticas.

Oh, cielos, pensó Vimes, antes de ponerse de pie y quitarle la ballesta de las manos a Narizotas. Todo estaba en la forma de moverse. Si se movía uno con autoridad, tenía un segundo adicional o dos. La autoridad lo era todo.

Disparó la ballesta al suelo y se la devolvió a su dueño.

—Hasta un niño podría abrir estas esposas, y aunque Narizotas aquí presente tiene las celdas bien limpias, es un negado absoluto como guardia —dijo Vimes—. Este sitio necesita una reorganización total. —Se inclinó hacia delante, con los nudillos sobre la mesa del capitán y la cara a pocos centímetros del bigote oscilante y los ojos lechosos—. Veinticinco dólares o me largo de aquí. —Probablemente fuera una frase que nunca antes había pronunciado ningún prisionero en ningún lugar de ningún mundo.

—Veinticinco dólares —murmuró Tilden, hipnotizado.

—Y la graduación será sargento mayor —dijo Vimes—. No sargento a secas. No pienso recibir órdenes de gente como Knock.

—Sargento mayor —repitió Tilden, ausente, pero Vimes captó el matiz de aprobación. El título tenía un buen sonido militar, y seguía constando en las ordenanzas. En realidad era un término bastante vetusto y previo a la policía, que databa de la época en que los tribunales daban trabajo a un tipo grandote con un palo para que llevara a los bellacos frente al estrado. Vimes siempre había admirado la simplicidad de aquel método.

—Vaya, ejem, está claro que el sheriff Macklewheet, ejem, le ha dado unas referencias espectaculares —dijo el capitán, removiendo sus papeles—. Muy espectaculares. Las cosas han sido un poco difíciles desde que perdimos al sargento Wi...

—Y me van a pagar el primer mes por adelantado, por favor. Necesito ropa y una comida decente y un sitio para dormir.

Tilden carraspeó.

—Muchos de los hombres solteros se alojan en el cuartel de Ladobarato...

—Yo no —dijo Vimes—. Yo me voy alojar con el doctor Jardín de la calle Centella. —Bueno, Rosie Palma ya le había sugerido que tenía un cuarto disponible.

—¿El médico de enfermedades jjja venéreas? —pregunto Narizotas.

—Sí, yo cuido mucho las compañías —replicó Vimes—. Y además está a la vuelta de la esquina.

Levantó las manos del escritorio, se echó hacia atrás e hizo un saludo reglamentario de eficacia casi paródica, de los que siempre habían encantado a Tilden.

—Empezaré mi turno a las tres en punto de maña... de esta tarde, señor —dijo—. Gracias, señor.

Tilden se quedó sentado, hipnotizado.

—Eran veinticinco dólares, señor, creo —recordó Vimes, sin retirar la mano de la sien.

Observó al capitán mientras aquel se levantaba e iba a la antigua caja fuerte de color verde que había en el rincón. El hombre tuvo cuidado de que Vimes no viera cómo giraba el dial, pero Vimes estaba bastante convencido de que no le hacía falta. La caja fuerte aún seguía allí al ascender él a capitán, y para entonces absolutamente todo el mundo sabía que la combinación era 4—4—7—8 y nadie parecía saber cómo cambiarla. Las únicas cosas que valía la pena guardar en ella eran el té y el azúcar y cualquier cosa que interesara particularmente que Nobby leyese.

Tilden volvió con una bolsita de cuero y contó despacio el dinero, y estaba tan amedrentado que no le pidió a Vimes que firmara nada.

Vimes lo cogió, volvió a saludar y extendió la mano libre.

—Placa, señor —dijo.

—¿Cómo? Ah, claro...

El capitán, completamente turbado, buscó a tientas en el cajón de arriba del escritorio y sacó un escudo deslustrado de cobre. Si hubiera sido más observador, se habría fijado en el ansia con que Vimes miraba el objeto.

El nuevo sargento mayor cogió su placa con cuidado y saludó de nuevo.

—Juramento, señor —dijo.

—Ah, ejem, ¿esa cosa? Ejem, creo que lo tengo apuntado en algún la...

Vimes respiró hondo. Probablemente no fuera buena idea, pero en aquel momento ya estaba flotando.

—Yo coma paréntesis nombre del recluta cerrar paréntesis coma juro solemnemente por paréntesis la deidad que elija el recluta cerrar paréntesis honrar las Leyes y Ordenanzas de la ciudad de Ankh-Morpork coma hacer honor a la confianza públicamente depoitada en mí y defender a los súbditos de Su Majetad paréntesis nombre del monarca reinante cerrar paréntesis sin temor alguno coma búsqueda del favor o conideración de la seguridad peronal punto y coma perseguir a los malhechores y proteger al inocente coma dando mi vida si es neceario en el cumplimiento de dicho deber coma que paréntesis la deidad previamente mencionada cerrar paréntesis me ayude a ello punto y seguido Que los dioes salven al rey barra a la reina paréntesis elimínee lo que no proceda cerrar paréntesis punto final.

—Caramba, buen trabajo —dijo Tilden—. Sí que ha venido usted bien preparado, sargento.

—Y ahora viene el Chelín del Rey, señor —se empecinó Vimes, elevándose con las alas de la audacia.

—¿Cómo?

—Tengo que recibir el Chelín del Rey, señor.

—Esto... ¿tenemos un...?

—Está, jjja, en el cajón de abajo, señor —le recordó Narizotas—. Sujeto con un cordel.

—Ah, sí. —Tilden sonrió de oreja a oreja—. Hacía mucho tiempo que no lo usábamos, ¿sí?

—¿De verdad? —preguntó Vimes.

Después de rebuscar un momento, Tilden sacó la moneda. Era un viejo chelín auténtico, que probablemente ahora ya valiera medio dólar tan solo por la plata, y además, como los guardias eran guardias, siempre se había depositado un instante en la mano del nuevo agente y enseguida se retiraba usando el cordel antes de que la mano se cerrara.

A Vimes ya le habían tomado el juramento una vez. Se preguntó si la segunda lo cancelaría. Pero había que hacerlo y por lo menos se tenía que tocar el chelín.

Notó el peso en la palma de la mano y se permitió un momento de vergonzoso placer al cerrar los dedos sobre la moneda antes de que el capitán pudiera retirarla. Luego, habiendo dejado las cosas claras, la soltó.

Con un último saludo reglamentario, se giró y le dio un golpecito a Narizotas en el hombro.

—Con permiso del capitán, me gustaría charlar contigo fuera, por favor.

Y Vimes salió dando zancadas.

Narizotas miró a Tilden, que seguía sentado como si estuviera viera hipnotizado, con el chelín colgando del puño. El capitán se las apañó para decir:

—Buen hombre, sí señor. Muy bueno... tiene agallas...

—Jjja, me voy a ver qué quiere, señor —dijo Narizotas, y se escabulló.

Había llegado al final del pasillo cuando una mano salió de las sombras y lo atrajo hacia sí.

—Eres un hombre al que conviene conocer, Narizotas —dijo Vimes entre dientes—. Se te nota.

—Sí, señor —dijo Narizotas, medio de puntillas.

—A ti nunca se te escapa nada, ¿eh?

—¡Noseñor!

—En todo cuartel hay alguien que está al corriente de todo lo que pasa y que puede conseguir lo que haga falta, Narizotas, y creo que ese hombre eres tú.

—¡Jjja, síseñor!

—Pues atiende —dijo Vimes—. Botas del cuarenta y dos, casco de la talla grande, capa de cuero de las buenas. Las botas tienen que ser de buena factura pero de segunda mano. ¿Te ha quedado claro?

—¿De segunda mano?

—Sí. Con las suelas casi desgastadas del todo.

—Suelas casi desgastadas del todo, jjja, vale —repitió Narizotas.

—No quiero nada de óxido en la coraza, pero no pasa nada si tiene alguna muesca que otra. Una buena espada, Narizotas, y créeme, sé reconocer una buena espada cuando la tengo en la mano. En cuanto al resto de cosas, bueno, yo sé que un hombre como tú puede conseguir lo mejor y hacer que lo entreguen en casa del doctor Jardín, calle Centella, a las diez de esta mañana. Y tú saldrás ganando algo, Narizotas.

—¿Qué será, señor? —preguntó Narizotas, a quien le estaba poniendo incómodo la mano que lo sujetaba.

—Mi amistad imperecedera, Narizotas —dijo Vimes—. Que va a ser un bien extremadamente escaso por estos pagos, te lo aseguro.

—Muy bien, sargento —dijo Narizotas—. ¿Y va a querer usted una campanilla, señor?

—¿Campanilla?

—Para tocarla y gritar, jjja, «¡todo sereno!», sargento.

Vimes se lo pensó. Una campanilla. Bueno, los guardias todavía llevaban una, estaba escrito en la normativa, pero Vimes había prohibido su uso salvo en las ocasiones ceremoniales.

—Yo no quiero campanilla, Narizotas —dijo Vimes—. ¿A ti te parece que todo está sereno?

Narizotas tragó saliva.

—Según cómo sí y según cómo no, sargento —consiguió decir.

—Buen hombre. Nos vemos esta tarde.

El alba ya resplandecía en el cielo cuando Vimes salió con paso firme, pero la ciudad seguía siendo un tapiz de sombras.

En el bolsillo llevaba el peso tranquilizador de la placa. Y en la mente la enorme, enorme libertad del juramento. Ningún gobernante había conseguido ver lo taimado que era aquel juramento...

Caminó a tan buen ritmo como pudo hasta llegar a la calle Centella. Un par de agentes de la Guardia lo intentaron abordar, pero él les enseñó la placa; y lo que era más importante, ahora ya tenía la voz, La había recuperado. Era de noche y estaba caminando por las calles y era el dueño de las malditas calles y por alguna razón aquello se le notaba en la forma de hablar. Ellos se alejaron a toda prisa. Vimes no estaba seguro de que le hubieran creído, pero por lo menos lo habían fingido; la voz les había dicho que podía crearles la clase de problemas que ellos no cobraban lo suficiente por resolver.

En un momento dado se tuvo que hacer a un lado para dejar pasar a un caballo muy flaco que tiraba de un familiar carromato de cuatro ruedas sobre los adoquines. Unas caras aterradas lo miraron por entre las anchas tiras de metal que lo cubrían casi por completo, y luego el carromato desapareció en la penumbra. El toque de queda se estaba cobrando su cosecha nocturna.

No corrían buenos tiempos. Todo el mundo sabía que lord Winder estaba loco. Y entonces un chaval que estaba igualmente loco había intentado derribarlo, y lo habría conseguido si el hombre no se hubiera movido en el momento incorrecto. Su señoría había recibido el flechazo en el brazo, y decían —es decir, decía la gente sin nombre como la que todo el mundo conoce en el bar— que la herida lo había envenenado y lo había enloquecido todavía más. Sospechaba de todo y de todos y veía oscuros asesinos en todos los rincones. Se rumoreaba que lord Winder se despertaba sudando todas las noches porque se le colaban hasta en los sueños.

Y durante las horas que pasaba despierto veía conspiraciones y espías por todos lados, y ponía a hombres a arrancarlas de raíz, y el problema que siempre tiene desarraigar conspiraciones y espías a discreción es que, aunque en realidad no existieran al principio, tardaban poco en aparecer conspiraciones y espías a capazos.

Por lo menos no era trabajo de la Guardia Nocturna ocuparse del desarraigo en sí. Ellos solo detenían a los rastrojos. Era la oficina especial de la calle Cable la que se había convertido en el largo brazo de la paranoia de su señoría. Su nombre oficial era los Particulares, pero por lo que recordaba Vimes se habían regodeado con su apodo de los «Inmencionables». Ellos eran quienes escuchaban desde todas las sombras y miraban por todas las ventanas. O al menos, daba esa impresión. Pero sin duda ellos eran quienes llamaban a las puertas en plena noche.

Vimes se detuvo en la oscuridad. Su ropa barata estaba empapada, tenía las botas inundadas, le caía un chorrito de lluvia de la barbilla y estaba muy, muy lejos de casa. Y sin embargo, en cierta forma traicionera, esto era su casa. Se había pasado la mayor parte de su vida trabajando en el turno de noche. Caminar por las calles mojadas de una ciudad dormida era su vida.

La naturaleza de la noche cambiaba, pero la naturaleza de la bestia seguía inmutable.

Se metió la mano en el bolsillo desgarrado y volvió a tocar la placa.

En un lugar oscuro donde apenas había faroles y estaban muy espaciados, Vimes llamó a una puerta. En una ventana de abajo ardía una lámpara, así que supuso que Jardín no se había ido a dormir.

Al cabo de poco un panel muy pequeño se corrió a un lado y oyó que una voz decía:

—Ah... es usted.

Hubo una pausa, seguida del ruido de los cerrojos al descorrerse.

El médico abrió la puerta. En una mano llevaba una jeringa muy larga. La mirada de Vimes se vio inexorablemente atraída hacia ella. Un goterón de algo de color púrpura cayó de la punta y aterrizó en el suelo.

—¿Qué iba a hacer usted, matarme a inyecciones? —dijo.

—¿Esto? —Jardín miró el instrumento como si no se hubiera dado cuenta de que lo tenía en la mano—. Ah... nada, es que estaba solucionándole un problemilla a alguien. Aquí vienen pacientes a cualquier hora.

—No me cabe duda. Ejem... Rosie dijo que tenía usted una habitación libre —dijo Vimes—. Puedo pagar —se apresuró a añadir—. Tengo trabajo. ¿Cinco dólares al mes? No la voy a necesitar mucho tiempo.

—Arriba y a la izquierda —dijo Jardín, asintiendo—. Ya hablaremos de ello por la mañana.

—No soy un loco criminal —dijo Vimes.

Se preguntó por qué lo había dicho, y luego se preguntó a quién intentaba tranquilizar.

—No se preocupe, no tardará en adaptarse —dijo Jardín. Se oyó un gemido por la puerta que daba al consultorio—. La cama no está aireada pero me extrañaría que eso le fuera a importar. Y ahora, si me disculpa...

No estaba aireada y a Vimes no le importó. Ni siquiera se acordaba de haberse metido en ella.

Se despertó una vez, presa del pánico, y oyó el ruido del enorme carromato negro traqueteando por la calle. Y luego, sin apenas transición, el carromato se volvió parte de su pesadilla.

\* \* \*

A las diez en punto de la mañana Vimes se encontró con una taza de té frío junto a su cama y un montón de ropa y una armadura en el suelo del otro lado de la puerta. Se bebió el té mientras examinaba el montón.

No se había equivocado con Narizotas. El hombre sobrevivía porque era una veleta y nunca perdía de vista hacia dónde soplaba el viento, y ahora mismo el viento soplaba con rumbo a Vimes. Hasta había incluido calcetines y calzoncillos limpios, que no constaban en las instrucciones. Era un detalle muy considerado. Lo más probable es que nadie hubiera pagado por ellos. Los habrían «obtenido». Aquella era la vieja Guardia Nocturna.

Pero, aleluya, el pequeño trepa carrasposo había mangado algo más. Los tres galones de sargento tenían una pequeña corona dorada encima. A Vimes las coronas le provocaban un rechazo instintivo, pero aquella estaba dispuesto a apreciarla.

Bajó las escaleras, abrochándose el cinturón, y se topó con Jardín que salía de su consulta limpiándose las manos con un trapo. El médico sonrió distraído y entonces se fijó en el uniforme. Su sonrisa, más que desvanecerse, se escurrió.

—¿Impresionado? —preguntó Vimes.

—Sorprendido —dijo el médico—. Rosie no lo estará, imagino. No me dedico a nada ilegal, ¿sabe?

—Entonces no tiene nada que temer —respondió Vimes.

—¿En serio? Eso demuestra que no es usted de por aquí —dijo Jardín—. ¿Quiere desayunar? Hay riñones. —Esta vez fue la sonrisa de Vimes la que se escurrió—. De cordero —añadió el médico.

En la diminuta cocina levantó la tapa de una vasija alta de piedra y sacó una lata que emanaba vapor.

—Hielo —dijo—. Me lo traen del otro lado de la calle. Mantiene la comida fresca.

A Vimes se le arrugó el ceño.

—¿Del otro lado de la calle? ¿Se refiere a la morgue?

—Tranquilo, no está usado —dijo Jardín, poniendo una sartén en el fogón—. El señor Aderezo me deja aquí un poco un par de veces por semana, en pago por curarle de una afección médica.

—¿Pero principalmente trabaja usted para las damas de, digamos, afecto negociable? —preguntó Vimes.

Jardín le miró de soslayo por si bromeaba, pero la expresión de Vimes seguía inmutable.

—No solamente para ellas —repuso—. Tengo otros clientes.

—Gente que entra por la puerta de atrás —dijo Vimes, examinado el cuartito—. Gente que por una razón u otra no quiere ir a... ¿médicos de más renombre?

—O que no se los puede permitir —dijo Jardín—. Gente que aparece sin identidad. ¿Lo dice por algo en concreto... John?

—No, no, era por curiosidad —dijo Vimes, maldiciéndose por haberse metido él solo en aquello—. Solo me preguntaba dónde se había formado usted.

—¿Por qué?

—Porque me imagino que la gente que entra por la puerta de atrás es de la clase de gente que quiere resultados.

—Ja. Bueno, me formé en Klatch. Por allí tienen ideas novedosas en materia de medicina. Les parece buena idea hacer que los pacientes mejoren, por ejemplo. —Dio la vuelta a los riñones con un tenedor—. Francamente, sargento, yo soy bastante como usted. Los dos hacemos lo que se tiene que hacer, los dos trabajamos en, ejem, zonas impopulares y sospecho que los dos nos ponemos el límite en algún punto. No soy ningún carnicero. Y Rosie dice que usted tampoco. Pero toca hacer el trabajo que se tiene delante, o la gente muere.

—No lo olvidaré —dijo Vimes.

—Y a fin de cuentas —dijo Jardín—, hay cosas peores en el mundo que tomar el pulso a las mujeres.

Después del desayuno, el sargento mayor John Keel salió a embarcarse en el primer día del resto de su vida.

Se quedó quieto un momento, cerró los ojos y giró los dos pies como si estuviera intentando apagar dos cigarrillos a la vez. Se le extendió una sonrisa lenta y amplia por la cara. Narizotas había encontrado las botas perfectas. Willikins y Sybil conspiraban entre ellos para impedirle que llevara viejas botas desgastadas últimam... en el futuro, y se las robaban en plena noche para repararle las suelas. Estaba bien volver a sentir las calles con los pies secos. Y después de una vida entera de caminar por ellas, de verdad sentía las calles. Estaban los adoquines: cabezas de gato, cabezas de troll, bollos, losetas cortas y largas, redonderos, seises de Morpork y los ochenta y siete tipos de ladrillo de pavimento, y los catorce tipos de losa de roca además de los doce tipos de piedra que en teoría no servían para pavimentar calles pero que se habían terminado usando de todas formas, cada una con su propia manera de desgastarse, así como los escombros y las gravas, y las obras, y los trece tipos distintos de trampillas de sótanos, y los veinte tipos de tapa de alcantarilla...

Dio unos botecitos, como si estuviera poniendo a prueba la dureza de algo.

—Calle Olmo —dijo. Dio otro botecito—. Esquina con Centella. Sí.

Había vuelto.

No lo separaban muchos pasos de la calle de la Mina de Melaza, y mientras giraba en dirección a la Casa de la Guardia le llamó la atención un destello de color.

Y allí estaba, sobresaliendo de una tapia de jardín. Los lilos eran muy comunes en la ciudad. Eran vigorosos y difíciles de matar y no les quedaba otro remedio que serlo. Los capullos de las flores se estaban hinchando visiblemente.

Se quedó allí mirando, igual que uno miraría un viejo campo de batalla.

... se levantan con las manos hacia arriba, manos hacia arriba, manos hacia arriba...

A ver, ¿cómo era aquello? Tenía que pensar que las cosas pasaban una detrás de otra. No tenía que dar por sentado que sabía lo que iba a pasar porque era posible que no pasara. Y tenía que ser él mismo.

Y como era él mismo, hizo varias compras pequeñas en varias tiendecitas situadas en callejones oscuros y se fue a trabajar.

Hacia el mediodía la Casa de la Guardia Nocturna de la calle de la Mina de Melaza solía estar desierta, pero Vimes sabía que por lo menos Narizotas estaría allí. Era un Rondador Persistente, igual que Nobby y Colon y Zanahoria y, pensándolo bien, también Vimes. Para ellos estar de servicio era el estado natural de existencia. Se los encontraba en la Casa de la Guardia hasta cuando no estaban de servicio, porque era allí donde sus vidas tenían lugar. Ser poli no era algo que se dejara colgado junto a la puerta para irse a casa.

Pero prometo que voy a aprender a hacerlo, pensó Vimes. Cuando vuelva, todo va a ser distinto.

Fue hasta la parte de atrás y entró por la puerta de los establos. Ni siquiera estaba cerrada con llave. Un punto negativo para vosotros, muchachos.

La mole de hierro que era el carro de remolones reposaba vacía sobre los adoquines.

Detrás estaba lo que ahora llamaban los establos. En realidad, los establos solamente eran la planta baja de lo que habría formado parte del legado industrial de Ankh-Morpork si alguien lo hubiera considerado en esos términos. En la práctica, lo consideraban en términos de chatarra demasiado pesada para sacarla de allí en carros. Era parte del cabrestante de una mina de melaza, abandonada hacía mucho tiempo. Uno de los cubos de extracción originales seguía allí, pegado al suelo por su última carga de la melaza pesada, pegajosa y sin refinar que, una vez cuajada, era más dura que el cemento y más impermeable que el alquitrán. Vimes recordaba que de niño pedía cascajo de melaza a los mineros; un pedazo de aquella sustancia, que rezumaba la dulzura de la caña de azúcar prehistórica, podía mantener la boca de un niño felizmente cerrada durante una semana.

En el pi[[6]](#footnote-6)so de los establos, masticando un puñado de heno rancio bajo el techado de melaza, estaba la yegua. Vimes la clasificó como animal equino porque encajaba en la descripción: cuatro cascos, cola, cabeza con crines y pellejo marrón desastrado. Contemplado desde otro ángulo, sin embargo, era media tonelada de huesos sujetos con pelo de caballo.

Le dio unas palmaditas con reparo; siendo un peatón nato, nunca se había sentido cómodo en compañía de caballos. Desenganchó un portapapeles grasiento de un clavo cercano y hojeó su contenido. Luego echó otro vistazo al patio. Era algo que Tilden no hacía nunca. Miró la pocilga del rincón donde Knock tenía su gorrino, luego el corral de los pollos, el palomar y por fin las conejeras mal construidas, y llevó a cabo unos pocos cálculos.

¡La vieja Casa de la Guardia! Estaba todo allí, igual que la vio por primera vez. Antiguamente habían sido dos casas, una de las cuales albergaba las oficinas de la mina de melaza. Todo lo que había en la ciudad había sido algo distinto en otros tiempos. Por ello el lugar era ahora un laberinto de puertas bloqueadas y ventanas vetustas y cuartuchos diminutos.

Paseó por allí como si estuviera en un museo. ¡Mira, el viejo casco en un palo para prácticas de tiro con arco! ¡Mira, el sillón con los muelles rotos del sargento Knock, donde salía a sentarse por la tarde si hacía sol!

Y dentro, el olor: cera de suelos, sudor rancio, abrillantador de armadura, ropa sin lavar, tinta, un matiz de pescado frito y, siempre presente, en aquel lugar un leve olor a melaza impregnándolo todo.

La Guardia Nocturna. Sí que había vuelto.

Cuando fueron llegando los primeros miembros de la Guardia Nocturna se encontraron a un hombre perfectamente cómodo, reclinado en una silla con los pies sobre el escritorio y hojeando el papeleo. Tenía galones de sargento y un aire de cepo sin accionar. Además, no prestó ninguna atención a los recién llegados. Y en particular no hizo ni caso a cierto guardia interino desgarbado que aún era lo bastante novato como para intentar sacarle brillo a su coraza...

Ellos se desplegaron por entre los escritorios, conversando en voz baja.

Vimes los comprendía desde el fondo del alma. Estaban en la Guardia Nocturna porque eran demasiado desaliñados, feos, incompetentes, extraños de cuerpo o tozudos para la Guardia Diurna. Eran honrados, en aquel sentido especial que le daban a la palabra los policías. Se resumía en que no robaban nada que pesara demasiado para llevarlo a cuestas. Y tenían la misma moral que una galleta mojada.

La noche anterior se había planteado darles algún discurso de ánimo a modo de presentación, pero al final había decidido no hacerlo. Puede que se les diera muy mal, pero eran guardias, y los guardias no responden bien a la táctica de la Familia Feliz: «Hola, muchachos, llamadme Christopher, mi puerta siempre está abierta, estoy seguro de que si hacemos piña nos vamos a llevar de maravilla, como una gran familia feliz». Habían visto demasiadas familias para tragarse aquellas chorradas.

Alguien carraspeó con premeditación. Vimes levantó la vista, miró a la cara del sargento «Noqueado» Knock y por una fracción de segundo tuvo que reprimir el impulso de llevarse una mano a la sien. Entonces se acordó de lo que era Knock.

—¿Qué? —dijo.

—Esa mesa donde está es la mía, sargento —dijo Knock.

Vimes suspiró y se señaló la pequeña corona que llevaba en la manga.

—¿Ve esto, sargento? —dijo—. Es lo que antes se llamaba el sombrero de la autoridad.

Los ojillos de comadreja de Knock se clavaron en la corona. Luego regresaron a la cara de Vimes y se abrieron como platos de asombro al reconocerlo.

—Me cago en la puta —dijo Knock con un hilo de voz.

—Querrás decir «me cago en la puta, señor» —dijo Vimes—. Pero con «sargento» ya basta. La mayor parte del tiempo. Y esta es tu chusma, ¿no? Madre mía. Bueno, a ver, empecemos. —Bajó los pies de la mesa y se puso de pie—. He estado mirando las facturas de la comida de Marilyn. Una lectura de lo más interesante, muchachos. De acuerdo con mis cálculos aproximados, un caballo que comiera tanto tendría que ser aproximadamente esférico. Y sin embargo, está tan flaca que si me dierais dos palos y una partitura os podría tocar alguna cancioncilla. —Vimes dejó los papeles—. No creáis que no sé adónde va el maíz. Apuesto a que sé quién tiene los pollos y los conejos y las palomas. Y el cerdo. Apuesto a que el capitán cree que engordan a base de sobras.

—Sí, pero... —empezó a decir una voz.

Vimes estampó la mano contra la mesa.

—¡Hasta hacéis pasar hambre a la maldita yegua! —gritó—. ¡Pues eso se ha acabado! Igual que otras muchas cosas. Ya sé cómo funciona la cosa, ¿vale? Echarse al gaznate una cerveza y zamparse una rosquilla gratis, bueno, eso forma parte de ser poli. Y quién sabe, puede que incluso haya algún café de mala muerte en esta ciudad donde estén tan, tan encantados de ver a un poli que le regalen espontáneamente un menú barato. Cosas más raras se han visto. Pero mangarle la avena a Marilyn, eso se ha acabado. Y otra cosa. Aquí dice que anoche el carro de remolones llevaba a ocho pasajeros. Estoy al corriente de dos, porque uno de ellos debía de ser yo y al otro lo conozco. Pero esta mañana las celdas estaban vacías. ¿Qué ha pasado con los otros seis? ¿Sargento Knock?

El sargento se relamió los labios, nervioso.

—Los he entregado en la calle Cable para que los interroguen, claro —dijo—. Siguiendo instrucciones.

—¿Te han dado un recibo?

—¿Un qué?

—Tus hombres cogieron a seis personas que estaban en la calle demasiado tarde y los entregasteis a los Inmencionables —dijo Vimes, con la calma que antecede a una tormenta—. ¿Firmaron el traspaso? ¿Sabéis siquiera cómo se llamaban?

—Las órdenes eran solamente entregarlos —dijo Knock, probando a mostrarse un poco desafiante—. Entregarlos y largarnos.

Vimes archivó aquello para referirse a ello en el futuro y dijo:

—Veamos, a mí no me llevaste allí porque tuvimos un pequeño... malentendido. Y como puedes ver, fue un malentendido más grande de lo que pensabas, porque resulta que no estoy en el Rapapolvo contando cucarachas, Knock. No, señor. —Dio unos pasos adelante—. Estoy plantado justo delante de ti, Knock ¿No es ahí donde estoy?

—Sí, sargento —murmuró Knock, pálido de miedo y furia.

—Sí, sargento —dijo Vimes—, Pero había otro hombre en las celdas, y él tampoco está allí. Lo único que quiero saber es: ¿cuánto, y a quien? No quiero caritas inocentes de querubín. No quiero oír «no sé de qué está hablando, señor». Lo único que quiero saber es: ¿cuánto, y a quién?

Una nube de solidaridad roja y cargada de resentimiento descendió sobre las caras que tenía delante. Pero no le hacía falta que se lo dijeran. Se acordaba. El cabo Quirke siempre había tenido su propio sueldo de sobornos; había sido como Nobby Nobbs pero sin la amigable incompetencia de este último. Un Nobby eficiente, de hecho, a quien se podía añadir la intimidación, el lameculismo y un deleite en las pequeñas maldades.

La mirada de Vimes se posó sobre Quirke y se quedó allí.

—Sé que ibas anoche en el carro, cabo —dijo—. Tú y el guardia interino, ejem, Vimes, pone aquí.

—No vale la pena molestar a nadie si parecen gente honrada —había dicho Quirke.

Y él había dicho:

—¿Cómo sabemos si son honrados, cabo?

—Bueno, veamos cuanto se pueden permitir.

—¿Quiere decir que los soltamos si son ricos?

—Así es la vida, chaval, así es la vida. No hay razón para que no cojamos lo que nos toca, ¿verdad? ¿Le has visto el monedero? Cinco dólares serían lo suyo. Cuatro para mí y uno para ti, que estás aprendiendo. Es casi la paga de tres días, a tu madre le va a dar una alegría enorme, ¿y qué hay de malo?

—Pero ¿y si ese tipo ha mangado el dinero, cabo?

—¿Y si la luna estuviera hecha de queso? ¿Te apetecería un trozo?

—Creo que fueron cinco dólares, cabo —dijo Vimes.

Vio que los ojos de lagarto del hombre se desviaban un instante hacia el joven guardia interino.

—No, el chivato fue el hombre de la celda —mintió Vimes—. Me dijo que era tonto por no salir de allí pagando. Pues bien, amigo Quirke, la cosa está así. En la Guardia Diurna están pidiendo a gritos buenos hombres, pero si no te acercas mucho a la luz podrías colar. ¡Ya te estás largando para allí!

—¡Lo hace todo el mundo! —estalló Quirke—. ¡Son propinillas!

—¿Todo el mundo? —repitió Vimes. Contempló a la brigada—. ¿Hay alguien más aquí que acepte sobornos?

Su mirada furiosa fue de cara en cara, provocando que casi toda la brigada emprendiera rápidamente una imitación del Equipo de Observación Sincronizada de los Inspectores de Suelos y Techos. Solamente tres miembros le aguantaron la mirada. Uno fue el cabo segundo Colon, que a veces era un poco lento. Otro era cierto guardia interino, cuya cara era una máscara de terror. Y por último un agente de cara redonda y pelo oscuro que parecía estar perplejo, como si tratara de recordar algo, pero que a pesar de todo le sostuvo la mirada con la expresión firme y calmada del verdadero mentiroso.

—Pues parece que no —dijo Vimes.

El dedo de Quirke salió disparado y vibró mientras señalaba al joven Sam Vimes.

—¡Él se llevó una parte! ¡Él se llevó una parte! —dijo—. ¡Pregúntele!

Vimes notó que el horror recorría a la brigada. Quirke acababa de cometer suicidio. Contra los oficiales había que hacer piña, de acuerdo, pero cuando pintaban bastos no se Pringaba A Más Gente. Aquellos hombres se reirían ante la mera idea del honor de guardia, y sin embargo existía, aunque fuese un honor manchado y retorcido. Estaba Prohibido Pringar A Tus Compañeros. Y sobre todo no se le hacía a un novato pipiolo que no tenía ni idea de nada.

Vimes se giró por primera vez en dirección al joven al que había estado evitando.

Por los dioses, ¿tan flaco estaba yo?, pensó. ¿Y tanta nuez tenía? ¿Y de verdad intentaba sacarle brillo al óxido?

El joven tenía la mirada prácticamente en su propio cogote, solamente se le veía el blanco de los ojos.

—Guardia interino Vimes, ¿verdad? —dijo con voz tranquila.

—¡Síseñor! —respondió Sam, ronco.

—Descanse, guardia interino. ¿Es verdad que aceptaste una parte del soborno?

—¡Síseñor! ¡Un dólar, señor!

—¿Instigado por el cabo Quirke?

—Hum... ¿señor?

—¿Fue él quien te lo ofreció? —tradujo Vimes.

Vimes contempló su propia agonía. Prohibido Pringar A Tus Compañeros.

—Muy bien —volvió a hablar al fin—. Hablaré contigo más tarde. Ah, ¿todavía estás aquí, Quirke? Si quieres ir a quejarte al capitán, me parece bien. ¡Pero si no has sacado tus cosas de la taquilla en diez minutos te voy a cobrar alquiler, maldita sea!

Quirke miró a su alrededor en busca de apoyo inmoral, pero no encontró ninguno. Se había pasado de la raya. Además, la Guardia sabía reconocer una tormenta de pringue cuando la tenía encima y no le apetecía nada asomar la cabeza por algo como Quirke.

—Pues lo voy a hacer —dijo—. Me voy a quejar al capitán. Ya verá. Ya verá. Tengo cuatro años de buena conducta, tengo...

—No, lo que tienes son cuatro años de Que No Te Pillen —le interrumpió Vimes—. Largo de aquí.

Cuando los pasos de Quirke se apagaron, Vimes se quedó mirando a la brigada.

—Buenas tardes, muchachos, me llamo John Keel —dijo—. Mejor será para vosotros que nos llevemos jodidamente bien. Ahora a poneros guapos, que el capitán pasará revista en dos minutos, id tirando... Sargento Knock, quédese un momento, por favor.

Los hombres se dispersaron a toda prisa. Knock se adelantó, sin conseguir esconder su nerviosismo. Al fin y al cabo, ahora tenía de superior inmediato a un hombre a quien, la noche anterior, había dado una patada en salva sea la parte. La gente guardaba rencor por cosas así. Y Keel había tenido tiempo de pensar.

—Me gustaría decirle, señor, sobre lo de anoche... —empezó a decir.

—No me preocupa lo de anoche —dijo Vimes.

—¿Ah, no?

—¿Recomendarías a Fred Colon para cabo? Me gustaría que me dieras tu opinión.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Parece un chico sólido.

—¿Lo parece? Quiero decir, sí, lo es. Muy concienzudo —dijo Knock, emanando alivio como si fuera vapor—. No se deja llevar por las prisas. Quiere alistarse a algún regimiento.

—Bueno, vamos a ponerlo a prueba mientras esté con nosotros. Eso quiere decir que nos hará falta otro cabo segundo. ¿Quién era el que estaba al lado de Colon?

—Coates, señor. Ned Coates. Un chico listo, a veces se cree que sabe más que nadie, pero todos hemos sido así, ¿eh?

Vimes asintió. Su expresión consiguió ocultar por completo el hecho de que, por lo que a él respectaba, había cosas adheridas a la parte inferior de las ramas altas que sabían más que el sargento Knock.

—Puede que le venga bien probar un poco de responsabilidad, pues —dijo.

Knock asintió, porque llegado aquel punto habría estado de acuerdo con absolutamente cualquier cosa. Y su lenguaje corporal estaba diciendo: aquí somos todos sargentos, ¿verdad? Estamos hablando de cosas de sargentos, como hacen los sargentos. Nos da igual que a alguien le hayan dado en salva sea la parte, ¿verdad? ¡Nada de eso! Porque somos sargentos.

Abrió mucho los ojos y saludó cuando entró Tilden en la oficina. Hubo otros saludos reglamentarios medio desganados entre la brigada. El capitán acusó recibo de ellos con frialdad y miró a Vimes con aire nervioso.

—Ah, sargento —dijo—. ¿Se va adaptando?

—Síseñor. Sin problemas.

—Así me gusta. Continúe.

Después de que el hombre desapareciera por las escaleras chirriantes, Vimes se volvió nuevamente hacia Knock.

—Sargento, no entregamos prisioneros sin un recibo, ¿comprendido? ¡Nunca! ¿Qué les pasa después? ¿Tú lo sabes?

—Que los interrogan —respondió Knock—. Los llevamos allí para que los interroguen.

—¿Qué clase de preguntas les hacen? ¿Cuánto tardan dos hombres en cavar medio agujero?

—¿Cómo? —A Knock se le arrugó el ceño.

—A partir de ahora, alguien de la calle Cable va a firmar por los prisioneros o bien nos los traemos aquí —dijo Vimes—. Es elemental de cojones, sargento. Tú los entregas, ellos te dan un resguardo. ¿No es lo que se hace abajo en el Rapapolvo?

—Bueno, sí, obviamente, pero... bueno, la calle Cable... O sea, usted no sabe cómo va todo aquí, me doy cuenta, pero con los Inmencionables de la Cable mejor no...

—Escucha, no te estoy diciendo que tires la puerta abajo de una patada y grites: «Suelten las empulgueras» —dijo Vimes—. Te estoy diciendo que llevamos un registro de los prisioneros. Cuando detienes a un hombre, se lo entregas a Narizotas y él firma, ¿no? Y cuando el hombre se marcha, Narizotas o bien el ordenanza firman la salida, ¿verdad? ¡Es disciplina básica de custodia, hombre! Así que si dejas un prisionero en la calle Cable, alguien de allí te tiene que echar una firma. ¿Entendido? Nadie desaparece y punto.

La cara de Knock mostró a un hombre que contemplaba un futuro cercano donde se habían reducido las oportunidades de beneficio personal y había aumentado mucho el riesgo de que le gritaran.

—Y para asegurarme de que todo el mundo lo entiende, esta noche voy a ir yo en la carreta —dijo—. Pero primero me voy a llevar a ese chaval, Vimes, a dar un paseo y le voy a leer la cartilla.

—Buena falta le hace —dijo Knock—. No hay manera de que le entren las cosas en la mollera. Es hábil con las manos pero todo hay que decírselo dos veces.

—Entonces a lo mejor le gritaré —dijo Vimes—. ¡Vimes!

El guardia interino Vimes se puso firmes con un estremecimiento.

—Nos vamos a dar un paseo, muchacho —dijo Vimes—. Es hora de explicarte un par de cosas. —Se despidió con la cabeza de Knock, cogió a su yo más joven del hombro y salió a buen paso.

—¿Qué opina, sargento? —preguntó Coates, acercándose a Knock por detrás mientras el sargento miraba la espalda que se alejaba.

—Tú sí que le caes bien —se lamentó Knock—. Ya lo creo. Eres la niña de sus ojos, tú. Su viejo coleguita. A ti te van a ascender a cabo segundo.

—¿Usted cree que durará?

—Le doy un par de semanas —dijo Knock—. Ya he visto a otros como él. Tíos importantes en sus ciudades pequeñas, que vienen aquí y se creen los reyes del mambo. Nunca nos cuesta mucho ponerlos en su sitio. ¿A ti qué te parece?

—No sé, sargento —dijo Coates—. Todavía me lo estoy pensando.

—Conoce el oficio, eso sí-dijo Knock—. Pero va un poco sobrado. Ya aprenderá. Ya aprenderá. Hay maneras de hacerlo. Nosotros le enseñaremos. Le bajaremos los humos un poquito. Le enseñaremos cómo se hacen las cosas por aquí...

\* \* \*

Vimes siempre había preferido caminar sin más compañía. Y ahora eran dos Vimes que caminaban sin más compañía que sí mismos. Era una sensación extraña, y le daba la impresión de estar mirando por una máscara.

—No, así no —dijo—. Siempre tengo que enseñar a caminar a la gente. Tienes que balancear el pie así. Si lo haces bien puedes mantener el paso todo el día. No tienes ninguna prisa. No quieres pasar nada por alto.

—Sí, sargento —dijo el joven Sam.

Aquello se llamaba proceder. Vimes procedió por la calle de la Mina de Melaza y se sintió... de maravilla. Por supuesto que había muchas cosas de que preocuparse, pero en aquel momento exacto lo único que tenía que hacer era patrullar, cosa que le hacía sentirse bien. No había demasiado papeleo en la Guardia de antes; de hecho, ahora que lo pensaba, probablemente lo había duplicado él. Ahora mismo solo debía cumplir con su deber, tal como le habían enseñado. No tenía más que hacer que ser él mismo.

El joven Sam no estaba diciendo gran cosa. Aquello demostraba buen juicio.

—Veo que tienes una campanilla ahí, muchacho —dijo Vimes al cabo de un rato.

—Sí, sargento.

—¿La campanilla reglamentaria?

—Sí, sargento. Me la dio el sargento Knock.

Apuesto a que sí, pensó Vimes.

—Cuando volvamos, cámbiasela a alguien. No importa a quién. Nadie dirá nada.

—Sí, sargento. —Vimes esperó—. ¿Por qué, sargento? Da igual una campana que otra.

—Esa no —dijo Vimes—. Esa pesa el triple que una normal. Se la dan a los novatos para ver qué hacen. ¿Te has quejado?

—No, sargento.

—Así se hace. Tú no digas nada y cuando volvamos se la pasas a cualquier otro pardillo. Así hacen las cosas los polis. ¿Por qué has elegido este trabajo, chaval?

—Mi amigo Dudas se alistó el año pasado. Me dijo que te dan de comer gratis y un uniforme y que a veces te puedes sacar algún dólar por aquí y por allá.

—Debes de estar hablando de Dudas Scurrick, el que está destinado en la Casa de Hermanas Dolly —dijo Vimes—.Y tú te has estado sacando algún dólar de vez en cuando, ¿no?

Caminaron un momento en silencio. Luego Sam dijo:

—¿Tengo que devolver ese dólar, sargento?

—¿Tú vales un dólar? —preguntó Vimes.

—Se lo di a mi madre, sargento.

—¿Le has contado cómo lo conseguiste?

—¡Yo no lo quería! —saltó Sam sin poder contenerse—. Pero el cabo Quirke dijo que...

—¿Y valía la pena escucharlo?

—No sé, sargento.

—¿No lo sabes? Seguro que tu madre no te crió para pensar así-dijo Vimes. No, ni de coña, pensó. Te iba a arrear una buena tunda, guardia o no, como se enterara de que era un dólar sucio.

—No, sargento. Pero todos lo hacen, sargento. No me refiero a los muchachos, sargento; solamente hay que mirar la ciudad. Nos suben el alquiler, nos suben los impuestos, no paran de salir impuestos nuevos, y todo es cruel, sargento, es cruel. Winder nos ha vendido a todos a sus amigotes, está más claro que el agua, señor.

—Hum —dijo Vimes.

Oh, sí. Los publicanos. Qué invento tan ingenioso. El viejo Winder. Había vendido el derecho a cobrar impuestos a los mejores postores. Qué idea tan genial, casi tan buena como prohibir que la gente fuera armada de noche. Porque: a) te ahorrabas el coste de los recaudadores y de todo el sistema fiscal; b) conseguías una carretada de dinero por adelantado, y c) el asunto de la recogida de impuestos se convertía entonces en el trabajo de varios grupos de gente poderosa aunque curiosamente reticente, que se mantenían en la sombra. Esa gente, sin embargo, daba trabajo a otra gente que no solo salía a la luz sino que la eclipsaba por completo, y era asombroso la de cosas que se le ocurrían a aquella gente para gravar fiscalmente, hasta (e incluyendo) «Mirarme a Mí, Colega». ¿Qué era lo que había dicho una vez Vetinari? «Los impuestos no son más que una forma sofisticada de exigir dinero con amenazas.» En fin, los publicanos no eran nada sofisticados a la hora de recuperar su inversión.

Recordaba aquella épo... esta época. La ciudad nunca había parecido tan pobre, pero por los dioses que la gente pagaba impuestos a porrillo.

Era difícil explicarle a un chavalín como Sam por qué no estaba bien agenciarse un dólar cuando se tenía la oportunidad.

—Míralo de esta manera, guardia interino —le dijo mientras doblaban la esquina—. ¿tú dejarías suelto a un asesino por mil dólares?

—¡No, señor!

—Pero con mil dólares podrías conseguirle a tu madre una casa bien maja en una parte buena de la ciudad.

—No siga por ahí, sargento. Yo no soy así.

—Lo eras cuando aceptaste aquel dólar. Todo lo demás es cuestión de regateo.

Caminaron sumidos en un silencio huraño. Y luego:

—¿Me van a echar, sargento? —preguntó el guardia interino.

—¿Por un dólar? No.

—Casi prefiero que me echen, sargento, si le da lo mismo —dijo el joven Sam desafiante—. El viernes pasado tuvimos que ir a dispersar a una gente que se había congregado cerca de la universidad. ¡Solamente estaban hablando! Y nos tocó obedecer órdenes de un civil, y los tipos de la calle Cable se pusieron un poco bruscos, y... no es que aquella gente llevara armas ni nada así. No me puede decir que eso esté bien, sargento. Y luego subimos a algunos al carro de remolones, solo por hablar. El hijo de la señora Pocobúho, Elson, no volvió a casa la otra noche, y dicen que se lo llevaron a rastras a palacio por decir que su señoría es un chiflado. Y ahora la gente de mi calle ha empezado a mirarme raro.

Por los dioses, me acuerdo, pensó Vimes. Yo creía que todo iba a ser perseguir hombres que se rendían al llegar al final de la calle y decían: «Pues sí, jefe, me pilló». Creía que para el final de la semana ya tendría una medalla.

—Te conviene tener cuidado con lo que dices, muchacho —le advirtió.

—Mi madre dice que no pasa nada por llevarse a los que arman lío y a los tipos raros, pero que no está bien llevarse a la gente corriente. —¿De verdad soy yo?, pensó Vimes. ¿De verdad tenía la conciencia política de un piojo?—. En todo caso, es cierto que es un chiflado. El hombre que necesitamos es Espasmo.

¿... Y el mismo instinto de conservación que un lemming?

—Chaval, te doy un consejo. En esta ciudad, ahora mismo, si no sabes con quién estás hablando... no hables.

—Sí, pero Espasmo dice...

—Escucha. Un poli no va por ahí hablando por los codos. Nunca deja ver lo que sabe. No dice lo que tiene en mente. No. Mira y escucha y aprende y espera el momento adecuado. La mente va a marchas forzadas pero él tiene cara de póquer. Hasta que está listo. ¿Me entiendes?

—Muy bien, sargento.

—Vale. ¿Sabes usar esa espada que tienes ahí, chaval?

—He hecho la instrucción, sí.

—Bien. Bien. La instrucción. Bien. Así que si nos atacan muchos sacos de paja colgados de una viga, puedo confiar en ti. Pues bueno, hasta entonces cállate, escucha todo lo que puedas, abre bien los ojos y aprende algo.

Espasmo es el hombre que nos va a salvar, pensó lúgubremente. Sí, yo me lo creía. Igual que mucha gente. Solamente porque de vez en cuando iba en un carruaje abierto y llamaba a la gente para que se acercara y hablaba con ellos, con un nivel de conversación del tipo: «Así que eres carpintero, ¿verdad? ¡Maravilloso! ¿Y en qué consiste ese trabajo?». Solamente porque decía en público que tal vez los impuestos estuvieran un poco altos. Solamente porque saludaba con la mano.

—¿Había estado aquí antes, sargento? —preguntó Sam mientras doblaban una esquina.

—Bueno, todo el mundo ha visitado alguna vez Ankh-Morpork, chaval —dijo Vimes, desenfadado.

—Lo digo porque estamos haciendo la ronda de la calle Olmo a la perfección, sargento, y le he dejado guiar a usted todo el rato.

Maldición. Aquella era la clase de lío en que te podían meter los pies. Un mago le había contado una vez a Vimes que cerca del Eje vivían unos monstruos que eran tan grandes que necesitaban más cerebros en las piernas, porque las tenían demasiado lejos para que un solo cerebro pensara lo bastante deprisa. Pues a los guardias de calle les crecían cerebros en los pies, desde luego que sí.

Calle Olmo, 8 la izquierda por Los Pozos y luego otra vez a la izquierda por Los Frotes... era la primera ronda que había hecho en la vida, y podía hacerla sin pensar. La había hecho sin pensar.

—Hago mis deberes —dijo.

—¿Ha reconocido usted a Ned? —preguntó Sam.

Tal vez no fuera tan mala idea haber dejado iniciativa propia a sus pies, porque de repente a Vimes se le llenó el cerebro de campanadas de alarma.

—¿Ned? —dijo.

—Es que antes de que llegara usted, nos dijo que le parecía que se acordaba de usted en Pseudópolis —comentó Sam, ignorante de aquel clamor—. Estaba en la Guardia Diurna de allí pero se vino porque aquí tenía más posibilidades de ascenso. «Es un hombre grandullón», nos dijo.

—Creo que no me acuerdo de él —dijo Vimes, con cautela.

—No es usted tan grandullón, sargento.

—Bueno, probablemente en aquella época Ned fuera más bajo —dijo Vimes, mientras sus pensamientos gritaban: ¡cállate, chaval! Pero el chaval era... bueno, él. Preocupado de los pequeños detalles. Hurgando en cosas que parecían no encajar bien. Siendo un poli, de hecho. Probablemente debería sentirse orgulloso de su versión más joven, pero no era así.

Tú no eres yo, pensó. Creo que yo nunca fui tan joven como tú. Si de verdad vas a ser yo, será a base de mucho esfuerzo. Treinta malditos años de recibir martillazos contra el yunque de la vida, pobre cabrón. Lo tienes todo por venir.

\* \* \*

De vuelta en la Casa de la Guardia, Vimes deambuló ociosamente hasta el armario de las pruebas y objetos perdidos. Tenía un candado enorme que, sin embargo, nunca estaba cerrado. Pronto encontró lo que andaba buscando. Los guardias impopulares necesitaban pensar las cosas de antemano, y él tenía intención de ser impopular.

Luego cenó un poco, se bebió un tazón del chocolate espeso y marrón que era el combustible de la Guardia Nocturna y se llevó a Sam con él en el carro de remolones.

Se había preguntado cómo iba a jugar sus cartas la Guardia y no le sorprendió encontrarse con que estaban usando la vieja treta de obedecer las órdenes al pie de la letra con alegre malignidad. Cuando llegó al primer punto de la ronda, el cabo segundo Coates y el agente Waddy estaban esperándolo con cuatro insomnes huraños o bien protestones.

—¡Señor, cuatro, señor! —dijo Coates, haciendo un saludo reglamentario de libro de texto—. Son todas nuestras detenciones, señor. ¡Todas apuntadas en este resguardo del que le hago entrega en este preciso momento, señor!

—Buen trabajo, cabo segundo —dijo Vimes en tono seco, recogiendo los papeles, firmando una copia y devolviéndosela—. Puede que tenga usted media jornada libre en la Vigilia de los Puercos, y dele recuerdos de mi parte a su abuelita. Ayúdalos a subir, Sam.

—¡Normalmente solo pillamos a cuatro o cinco en una ronda entera, señor! —susurró Sam cuando ya se alejaban—. ¿Qué vamos a hacer?

—Haremos varios viajes —dijo Vimes.

—¡Pero los chicos se estaban partiendo el cu... el pecho, señor! ¡Se estaban riendo!

—Ya ha pasado el toque de queda —dijo Vimes—. Es la ley.

El cabo Colon y el agente Peluquín estaban esperando en su puesto con tres maleantes.

Una de ellos era la señorita Palma.

Vimes le dio a Sam las riendas y se bajó de un salto para abrir la parte de atrás del carromato y desplegar los escalones.

—Siento verla aquí, señorita —dijo.

—Parece ser que un nuevo sargento ha estado imponiendo su ley —dijo Rosie Palma, con voz de hielo macizo. Le negó su mano con altivez y subió sola al carruaje.

Vimes se dio cuenta de que había otra mujer entre los detenidos. Era más bajita que Rosie, y le estaba dedicando una mirada de puro desafío insolente. También tenía en la mano una enorme cesta de trabajo acolchada. Por puro reflejo Vimes se la sostuvo para ayudarla a subir las escaleras.

—Lo lamento, señorita... —empezó a decir.

—¡Quita las manos de ahí! —Ella le arrebató la cesta y se metió como pudo en la oscuridad.

—Caray, disculpe —dijo Vimes.

—Esta es la señorita Chaladio —se oyó a Rosie desde el banco que había dentro de la carreta —. Es costurera.

—Bueno, ya había dado por sentado que...

—Costurera, he dicho —recalcó la señorita Palma—. Con agujas e hilo. Su especialidad es el ganchillo.

—Ejem, ¿eso es algún tipo especial de...? —empezó a decir Vimes.

—Es un tipo de punto —dijo la señorita Chaladio, desde la oscuridad de la carreta—. Mira que no saber eso.

—¿Quiere decir que es de verdad....? —dijo Vimes, pero Rosie cerró de golpe la puerta de hierro.

—Tú llévanos —dijo ella—. ¡Y cuando nos volvamos a ver, John Keel, tú y yo vamos a tener una buena charla!

De las sombras de dentro del carromato salieron unas risitas y luego un aullido. Justo antes se había oído el ruido de un tacón de aguja al hundirse contra un empeine.

Vimes firmó el impreso mugriento que le presentó Fred Colon y se lo devolvió con una expresión fija y pétrea que preocupo bastante al hombre.

—¿Ahora adónde, sargento? —preguntó Sam mientras se alejaban.

—A la calle Cable —dijo Vimes. De la gente que estaba encajonada detrás de ellos vino un murmullo de disgusto.

—Eso no está bien —murmuró Sam.

—Estamos siguiendo las reglas —dijo Vimes—. Vas a tener que aprender por qué tenemos reglas, guardia interino. Y no te pongas a mirarme mal. Me han mirado mal auténticos expertos y a ti te da pinta de necesitar ya mismo una letrina.

—Ya, muy bien, pero todo el mundo sabe que allí torturan a la gente —balbuceó Sam.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes—. ¿Entonces cómo es que nadie hace nada al respecto?

—Porque torturan a la gente.

Bueno, por lo menos ya empezaba a entender las bases de la dinámica social, pensó Vimes.

Un silencio hosco reinó en el asiento contiguo mientras el carromato traqueteaba por las calles. Elevándose un poco por encima del ruido de fondo, oyó que la voz de Rosie Palma decía entre dientes:

—No lo hará. Me apuesto lo que quieras.

Unos segundos después una voz masculina, ligeramente perjudicada por la bebida y muy perjudicada por el terror que le retorcía la vejiga, se las apañó para decir:

—Hum, sargento, tenemos... hum... entendido que la multa son... ¿cinco, hum, dólares?

—Me temo que no, señor —dijo Vimes, sin apartar la vista de las calles húmedas.

Hubo más susurros frenéticos y a continuación la voz dijo:

—Esto... tengo un anillo de oro muy bonito...

—Me alegro de oírlo, señor —dijo Vimes—. Todo el mundo debería tener algo bonito. —Se dio unas palmaditas para buscar la cigarrera de plata y por un momento sintió más furia que desesperación, y más pesar que furia. Había un futuro. Tenía que haberlo. Él lo recordaba. Pero solamente existía en forma de aquel recuerdo, que era frágil como un reflejo en una pompa de jabón, y tal vez igual de fácil de reventar.

—Ejem... Tal vez podría incluir...

—Como intente sobornarme una vez más, señor —dijo Vimes, mientras el carromato doblaba por la calle Cable—, le pienso dar personalmente una paliza. Está avisado.

—Tal vez haya alguna otra... —empezó a decir Rosie Palma, mientras aparecían ante ellos las luces del cuartel de la calle Cable.

—Tampoco nos parece bien echar un rápido de dos peniques —dijo Vimes, y oyó el grito ahogado—. A callar todos.

Tiró de las riendas de Marilyn para detenerla, saltó a la calle y sacó su portapapeles de debajo del asiento.

—Siete para ti —le dijo al guardia que estaba holgazaneando junto a la puerta.

—¿Y bien? —dijo el guardia—. Abre de una vez y nos los quedamos.

—Claro —dijo Vimes, hojeando sus documentos—. No hay problema. —Le tendió el portapapeles—. Solo tienes que firmar aquí.

El hombre se apartó como si Vimes le hubiera intentado ofrecer una serpiente.

—¿Cómo que firme ahí? —preguntó—. ¡Entrégalos y ya está!

—Has de firmar —dijo Vimes con cara inexpresiva—. Son las reglas. Por los prisioneros que se transfieren de una custodia a otra hay que firmar. Mi sueldo no vale el lío en que me meto si no me firman.

—Tu sueldo no vale un carajo —gruñó el hombre, agarrando el portapapeles. Le dio una mirada vacía y Vimes le pasó un lápiz.

—Si necesitas ayuda con las letras difíciles, solo tienes que pedirlo —dijo con amabilidad.

Gruñendo, el guardia garabateó algo en el papel y lo devolvió con malos modos.

—Y ahora abre, por-fa-vor —dijo.

—Por supuesto —dijo Vimes, echando un vistazo al papel—. Pero primero me gustaría ver alguna identificación, gracias.

—¿Qué?

—No es por mí, ya sabes —dijo Vimes—. Pero como vuelva y le enseñe a mi capitán este papel y él me diga: «Vi... Keel, ¿cómo sabes que de verdad se llamaba Henry el Hámster?», bueno, me quedaría un poco... desconcertado. Tal vez incluso perplejo.

—¡Escúchame, nosotros no firmamos por los prisioneros!

—Nosotros sí, Henry —replicó Vimes—. Si no hay firma, no hay prisioneros.

—Y tú vas a impedir que los cojamos, ¿no? —dijo Henry el Hámster, dando unos pasos adelante.

—Como pongas una mano en esa portezuela —le amenazo Vimes—, te...

—Me la cortas, ¿no?

—... Te detengo —dijo Vimes—. Podríamos empezar por obstrucción a la justicia, pero seguro que se nos ocurren más cargos en la Casa de la Guardia.

—¿Detenerme? ¡Pero si soy guardia, igual que tú!

—Te equivocas otra vez —dijo Vimes.

—¿Qué problemahay... aquí? —dijo una voz.

Una figura pequeña y flaca apareció a la luz de las antorchas. Henry el Hámster dio un paso atrás y adoptó cierta postura de deferencia.

—El oficial no quiere entregar a los que han violado el toque de queda, señor —dijo.

—¿Y el oficial es este? —peguntó la figura, dando tumbos hacia Vimes con unos curiosos andares erráticos.

—Síseñor.

Vimes se encontró sometido a un escrutinio frío y no abiertamente hostil por parte de un hombre pálido con los mismos ojos fruncidos que una rata amaestrada.

—Ah —dijo el hombre, abriendo una latita y sacando una pastilla verde para la garganta—. ¿No será usted Keel, porcasualidad? He oído... hablardeusted. —La voz del hombre era igual de vacilante que su forma de andar. Las pausas aparecían en los lugares incorrectos.

—Se entera deprisa de las cosas, señor.

—Se suele requerir un saludo, sargento.

—No veo nada que saludar, señor —dijo Vimes.

—Biendicho. Biendicho. Es usted nuevo, claro. Pero verá, a nosotroslos Particulares... a menudo nos resulta necesariollevar ropa... de paisano.

Como delantales de goma, si no recuerdo mal, pensó Vimes. Pero en voz alta dijo:

—Sí, señor.

Era una buena frase. Podría significar cualquiera de una docena de cosas o bien nada de nada. Era una mera puntuación hasta que el hombre dijera algo más.

—Soy el capitán Swing —dijo el hombre—. Tepillo Swing.

Si él nombre le parece gracioso, por favor, pongaunasonrisita... y acabemos con ello. Ahora ya puede saludar.

Vimes hizo el saludo reglamentario. Swing levantó muy brevemente las comisuras de la boca.

—Bien. ¿Es su primera noche en nuestro carro de remolones sargento?

—Señor.

—Y qué temprano ha llegado. Y con el carro lleno. ¿Les echamosun vistazo... a sus pasajeros? —Escudriñó por entre los barrotes—. Ah. Sí. Buenas noches, señorita Palma. Y trae a una socia, por lo que veo...

—¡Hago ganchillo!

—... y lo que parecen ser varios juerguistas. Bueno, bueno. —Swing se apartó—. Qué bribonzuelos están hechos sus agentes de la ronda, no hay duda. Sí que han vaciado bien las calles. Cómo les encanta... hacerbromitas, sargento.

Swing puso la mano en la manecilla de la puerta del carromato y se oyó un tenue ruido que, sin embargo, fue como un trueno en medio del silencio: el sonido de una espada al moverse muy ligeramente en su vaina.

Swing se quedó inmóvil un instante y luego se metió la pastilla en la boca con delicadeza.

—Ajá. Creo que tal vez la pesca de hoy se pueda... devolver al mar, ¿no le parece, sargento? No queremos convertir laley en... unaburla. Lléveselos, lléveselos.

—Sí, señor.

—Pero unmomento, por favor, sargento. Permítame... es una afición que tengo yo...

—¿Señor?

Swing se metió la mano en un bolsillo de su abrigo demasiado largo y sacó un enorme calibrador de acero. Vimes se estremeció cuando aquel personaje lo abrió para medirle el ancho de la cabeza, el ancho de la nariz y la longitud de las cejas; a continuación le apretó una regla metálica contra la oreja. Mientras hacía todo aquello, Swing iba murmurando por lo bajo. Luego cerró el calibrador con un chasquido y se lo volvió a guardar.

—Tengo quefelicitarle, sargento —dijo— por haber superado sus considerables desventajas naturales. ¿Sabe que tiene un ojo de asesino múltiple? Yo nomeequivoco nunca... con estas cosas.

—No, señor. No lo sabía, señor. Intentaré no abrirlo, señor —dijo Vimes. Swing ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Sin embargo, estoy seguro de que en cuanto se haya adaptado, usted y el cabo, ajá, Hámster van a acabar a partir... unpiñón.

—A partir un piñón. Sí, señor.

—No le... entretengomás, sargento Keel.

Vimes se cuadró y saludó. Swing asintió, se giró con un solo movimiento, como si estuviera en una peana, y volvió a entrar dando zancadas en la Casa de la Guardia. O más bien dando tumbos, pensó Vimes. El hombre se movía de la misma manera que hablaba, con una curiosa mezcla de velocidades. Parecía que estuviera accionado por muelles; cuando movía una mano, los primeros centímetros de movimiento casi ni se veían, y luego aprovechaba lentamente el impulso hasta entrar en conjunción con cualquiera que fuera su objetivo. Las frases le salían a borbotones y llenas de pausa. Aquel hombre no tenía ningún ritmo.

Vimes volvió a subir al carromato sin hacer más caso al sulfurado cabo.

—Media vuelta, guardia interino —dijo—. Buenas noches, Henry.

Sam esperó a que las ruedas estuvieran traqueteando sobre los adoquines antes de girarse, con los ojos como platos, en dirección a Vimes.

—Le iba usted a sacar la espada, ¿verdad? —dijo—. ¿Verdad que lo iba a hacer, sargento?

—Tú no le quites ojo a la calle, guardia interino.

—¡Pero ese hombre era el capitán Swing, nada menos! ¡Y cuando le ha dicho usted a ese tipo que demostrara que era Henry el Hámster, por poco me me... me atraganto! Ya sabía que no iban a firmar, ¿verdad, sargento? Porque si hay un papel que diga que tienen a alguien, entonces cualquiera podría averiguar...

—Que conduzcas, guardia interino.

Pero el chico tenía razón. Por alguna razón, los Inmencionables al mismo tiempo amaban y temían el papeleo. Ciertamente generaban muchísimo. Lo apuntaban todo. Sin embargo, no les gustaba aparecer en el papeleo de los demás. Eso les preocupaba.

—¡No me puedo creer que nos hayamos salido con la nuestra, sargento!

Probablemente no lo hayamos hecho, pensó Vimes. Pero ahora mismo Swing ya tiene bastante de qué preocuparse. Le trae bastante sin cuidado un sargento grandullón y estúpido.

Se dio la vuelta y aporreó los barrotes de hierro.

—Lamento las molestias, damas y caballeros, pero parece que esta noche los Inmencionables no trabajan. Parece que los interrogatorios los tendremos que llevar a cabo nosotros mismos. No tenemos mucha experiencia en estas cosas, así que confío en que no nos salga mal. Muy bien, escuchen con atención. ¿Alguno de ustedes es un peligroso conspirador empeñado en la tarea de derrocar al gobierno?

Hubo un silencio atónito en el interior del carromato.

—Venga, venga —dijo Vimes—. No tengo toda la noche. ¿Alguien quiere derrocar a lord Winder por la fuerza?

—Bueno... ¿no? —dijo la voz de la señorita Palma.

—¿O por ganchillo?

—¡Lo he oído! —exclamó bruscamente otra voz femenina.

—¿Nadie? Lástima —dijo Vimes—. Bueno, con eso ya me vale. Guardia interino, ¿le vale a usted con eso?

—Hum, sí, sargento.

—En ese caso los vamos a soltar a todos de camino a casa, y mi encantador ayudante el guardia interino Vimes les cobrará, no sé, medio dólar a cada uno en concepto de gastos de transporte, por el cual sí se les hará entrega de un recibo. Gracias por viajar con nosotros y confiamos en que tengan en cuenta el carro de remolones para todos sus futuros planes de violación del toque de queda.

Vimes oyó susurros escandalizados a su espalda. Se suponía que las cosas no funcionaban así en los tiempos que corrían.

—Sargento —dijo el guardia interino Vimes.

—¿Sí?

—¿Es verdad que tiene usted un ojo de asesino múltiple?

—En el bolsillo de mi otro traje, sí.

—Ja. —Sam guardó silencio un rato, y cuando volvió a hablar pareció que tenía algo distinto en mente—. Esto, ¿sargento?

—¿Sí, muchacho?

—¿Qué es un rápido de dos peniques, sargento?

—Una especie de rosca rellena de mermelada, chaval. ¿Tu madre no los hace?

—Sí, sargento. ¿Sargento?

—¿Sí, muchacho?

—Creo que probablemente signifique algo más también, sargento —dijo Sam, soltando una risita—. Algo un poco... indecente...

—La vida entera es un proceso de aprendizaje, guardia interino.

Devolvieron el carromato al patio diez minutos más tarde, y para entonces Vimes ya sabía que circulaba un nuevo rumor por la ciudad. El joven Sam ya había estado susurrando con los demás agentes mientras soltaban a los detenidos, y nadie cotillea como un guardia. No les caían bien los Inmencionables. Igual que todos los pequeños criminales, los agentes de la Guardia se enorgullecían de no rebajarse a según qué profundidades. Siempre tenía que haber algo por debajo de uno, aunque solo fueran las lombrices.

\* \* \*

Rosie Palma echó el cerrojo a la puerta de su piso, se apoyó en ella y se quedó mirando a Sandra.

—¿Qué es ese hombre? —preguntó Sandra, dejando su cesta de trabajo sobre la mesa. De dentro vino un ruido metálico—. ¿Está de nuestro lado?

—¡Ya lo has oído! —saltó Rosie—. ¡Se acabaron los sobornos! ¡Y luego nos lleva a los cabrones de Swing y entonces va y se niega a entregarnos! ¡Es que lo mataría! ¡Yo lo rescaté del arroyo, hice que lo curara Musgoso y ahora está jugando a hacerse el importante!

—Sí, ¿y qué es un rápido de dos peniques? —preguntó Sandra, risueña.

La señorita Palma hizo una pausa. Disfrutaba mucho de la compañía de Sandra y ciertamente le iba bien una ayuda con el alquiler, pero había veces en que se preguntaba si a) debería tener una charla con ella, o b) la chica le estaba tomando el pelo con mucha sutileza. Sospechaba esto último, ya que la mayoría de las veces Sandra ganaba más dinero que ella. El asunto se estaba empezando a volver embarazoso.

—Es una especie de rosca rellena de mermelada —dijo—. Ahora será mejor que vayas a esconder el...

Alguien llamó a la puerta que tenía detrás. Hizo un gesto a Sandra a través de la cortina de cuentas, se tomó un momento para recobrar la compostura y abrió la puerta un par de dedos.

De pie en el pasillo había un anciano muy apocado.

Todo en él estaba irremediablemente flácido. Su bigote gris podría habérselo robado a una morsa, o a un sabueso que acabara de recibir muy malas noticias. Tenía los hombros caídos con desgana. Hasta había varias partes de su cara que parecían estar perdiendo la batalla contra la gravedad.

Tenía su gorra en las manos y la estaba retorciendo con nerviosismo.

—¿Sí? —dijo Rosie.

—Esto, en el letrero decía «costurera» —balbuceó el anciano— Y bueno, como mi parienta se murió, ya sabe, entre una cosa y otra, nunca se me ha dado muy bien hacérmela yo mismo...

Le dedicó a Rosie una mirada de pura vergüenza desesperada.

Ella bajó la mirada hacia el saco que el hombre tenía junto a los pies y lo recogió. Estaba lleno de calcetines muy limpios pero muy gastados. No había ni uno que no tuviera agujeros en la puntera y en el talón.

—Sandra —dijo—. Creo que este es para ti...

\* \* \*

Era tan temprano por la mañana que «a altas horas de la madrugada» aún no se había acabado del todo. Las calles estaban impregnadas de una neblina blanca que depositaba gotitas como perlas diminutas en la camisa de Vimes, quien se preparaba para quebrantar la ley.

Si uno se subía al tejado de la letrina, detrás de la Casa de la Guardia, y se apoyaba en la tubería del desagüe, una de las ventanas del piso de arriba podía rebotar en el marco y abrirse si se le daba una palmada en el lugar exacto.

Era una información útil, y Vimes se preguntó si se la debería transmitir al joven Sam. Todo policía honrado tendría que saber cómo colarse en su propio cuartel.

Ya hacía rato que Tilden se había marchado cojeando a su casa, pero Vimes llevó a cabo un rápido registro de su despacho y le satisfizo enormemente no ver lo que ya había esperado no encontrar. En el piso de abajo, unos cuantos de los agentes más aplicados estaban fichando antes de irse a casa. Esperó escondido en las sombras hasta que la puerta se hubo cerrado de golpe por última vez y transcurrieron varios minutos sin oírse pasos. Entonces bajó las escaleras y entró en el vestuario.

Le habían dado una llave de su taquilla, pero aun así engrasó la bisagra con el aceite de un frasquito antes de abrirla. La verdad era que todavía no había metido nada dentro, pero, oh maravilla, al fondo había un saco arrugado. Lo levantó...

Buen trabajo, muchachos.

Dentro estaba la escribanía de plata del capitán Tilden.

Vimes se puso de pie y contempló las demás taquillas, con sus vetustas iniciales grabadas y las marcas esporádicas de cuchillo que había en las puertas. Se sacó del bolsillo el rollito de tela negra que había cogido antes del armario de las pruebas. Bajo la luz gris resplandeció una selección de ganzúas. Vimes no era ningún genio con los ganchos y los palitos, pero las cerraduras baratas y desgastadas de aquellas puertas tampoco suponían un gran desafío.

En realidad era una pura cuestión de elegir.

Y al terminar echó a anclar a través de la niebla.

Le horrorizó darse cuenta de que volvía a estar de buen humor. Era una traición a Sybil y a la Guardia del futuro y hasta a su excelencia sir Samuel Vimes, quien tenía que preocuparse de la política de países lejanos y de los requisitos de personal y de cómo sacar a flote aquella maldita barca que la División Fluvial no paraba de hundir. Y sí, quería volver, o avanzar, o cruzar o lo que fuera. De verdad lo quería. Tenía tantas ganas de irse a casa que podía saborearlas. Claro que sí. Pero no podía, todavía no, y aquí estaba, y como había dicho el doctor Jardín, tocaba hacer el trabajo. Y ahora mismo el trabajo consistía en sobrevivir en las calles, jugando la gran partida a Veamos Quién Es Más Cabrón, y aquel juego no tenía secretos para Vimes, oh, no. Y le emocionaba jugarlo. Era la naturaleza de la bestia.

Y estaba así caminando, perdido en sus pensamientos, cuando los hombres se abalanzaron sobre él desde la entrada sombría de un callejón.

El primero se llevó una patada en el estómago, porque la bestia no pelea limpio. Vimes se echó a un lado y agarró al otro. Sintió que le resbalaba un cuchillo por la coraza mientras bajaba la cabeza y tiraba del hombre para darle un buen cabezazo contra el casco.

El hombre se retorció de dolor limpiamente sobre los adoquines.

Vimes se giró hacia el primer asaltante, que estaba casi inclinado del todo y resollando, pero aun así no soltaba su cuchillo, que movía ante sí como una especie de talismán. La punta trazaba ochos erráticos en el aire.

—Suelta eso —dijo Vimes—. No te lo repetiré.

Suspiró y se sacó un objeto del bolsillo de atrás. Era negro, tenía la punta estrecha y estaba hecho de cuero lleno de perdigones de plomo. En la Guardia moderna los tenía prohibidos pero sabía que algunos agentes los habían adquirido de todos modos, y si los consideraba hombres sensatos, entonces decidía no saber que los tenían. A veces había que terminar una discusión con rapidez, y había peores alternativas que aquella.

Hizo caer la porra negra sobre el brazo del hombre, con cierto cuidado. Se oyó un gemido y el cuchillo rebotó en los adoquines al caer.

—Vamos a dejar que tu amigote se eche un sueñecito —dijo—. Pero tú te vienes a ver al médico, Henry. ¿Vas a venir sin armar jaleo?

Minutos más tarde el doctor Jardín abrió su puerta de atrás y Vimes se deslizó al interior, con el cuerpo cargado a hombros.

—Usted atiende a toda clase de gente, ¿verdad? —dijo Vimes.

—Dentro de lo razonable, pero...

—Este es un Inmencionable —dijo Vimes—. Ha intentado matarme. Necesita tratamiento.

—¿Por qué está inconsciente? —preguntó el médico. Llevaba puesto un delantal enorme y botas, todo de goma.

—No se ha querido tomar la medicina.

Jardín suspiró y señaló con la mano que sostenía una fregona hacia una puerta interior.

—Páselo directamente a la consulta —dijo—. Me temo que estoy limpiando el desastre que ha dejado el señor Salcífero en la sala de espera.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Reventar.

Vimes, con su curiosidad natural refrenada de golpe, cargó el cuerpo hasta el sanctasanctórum de Jardín. No parecía muy cambiado desde la última vez que Vimes lo había visto, aunque en aquella ocasión apenas había sido capaz de captar detalles. Estaban la mesa de despacho y la de trabajo, y varias hileras de frascos que cubrían una de las paredes. No había dos frascos del mismo tamaño. Dentro de un par de ellos flotaban cosas.

En otra pared estaban los instrumentos.

—Cuando me muera —dijo Jardín, mientras examinaba al paciente—, voy a dejar instrucciones de que pongan una campana en mi lápida, para darme el gustazo de no levantarme cuando llame la gente. Túmbelo, por favor. Parece conmoción cerebral.

—Será porque le he pegado yo —aportó Vimes.

—¿Y también le ha roto el brazo?

—En efecto.

—Ha hecho un trabajo muy limpio. Va a ser fácil recolocarlo y ponerle el yeso. ¿Hay algún problema?

Vimes no había dejado de mirar los instrumentos.

—¿Usa todos estos? —preguntó.

—Sí. Algunos de ellos son experimentales, sin embargo —dijo Jardín, poniéndose manos a la obra ante su mesa de trabajo.

—Bueno, este de aquí no me gustaría nada que lo usara conmigo —dijo Vimes, cogiendo un instrumento extraño que parecían dos palas atadas con un cordel.

Jardín suspiró.

—Sargento, no existe ninguna circunstancia bajo la cual esas cosas que tiene en la mano se pudieran usar en usted —dijo, con las manos ajetreadas—. Son de naturaleza... femenina.

—¿Para las costureras? —quiso saber Vimes, dejando los alicates a toda prisa en su sitio.

—¿Esas cosas? No, en los tiempos que corren las damas de la noche se enorgullecen de no necesitar nunca cosas como esa. Mi trabajo con ellas es más de, digamos, naturaleza preventiva.

—¿Enseñarles a usar dedales y esas cosas? —dijo Vimes.

—Sí, es asombroso lo que se puede estirar una metáfora, ¿eh?

Vimes volvió a palpar las palas. Resultaban bastante alarmantes.

—¿Está usted casado, sargento? —preguntó Jardín—. ¿Tenía razón Rosie?

—Esto... sí. Pero mi esposa está, hum, en otra parte. —Cogió el cacharro y lo soltó otra vez a toda prisa, con un ruido metálico.

—Bueno, no va mal ser consciente de que dar a luz no es como desvainar guisantes —dijo el médico.

—¡Espero que no, joder!

—Aunque tengo que reconocer que las comadronas casi nunca me derivan a nadie. Dicen que los hombres no deberían andar toqueteando donde no les corresponde. Como si todavía estuviéramos viviendo en cuevas.

Jardín contempló a su paciente.

—Citando al filósofo Esceptum, fundador de mi profesión: «¿Alguien me va a pagar por esto?».

Vimes investigó el monedero que el hombre llevaba en el cinturón.

—¿Le basta con seis dólares? —dijo.

—¿Por qué lo iban a atacar los Inmencionables a usted, sargento? Es policía.

—Yo sí, pero ellos no. ¿Es que no los conoce?

—He remendado a algunos de sus invitados, sí —dijo Jardín, y Vimes tomó nota de la cautela con que lo dijo. En esta ciudad no era bueno saber demasiado—. Gente con dislocaciones curiosas, quemaduras de cera caliente... esas cosas...

—Bueno, anoche tuve un pequeño roce con el capitán Swing —dijo Vimes—, y estuvo endiabladamente educado conmigo al respecto, pero me apuesto las botas a que sabe que este tipo y su amigo han venido a por mí. Es su estilo. Lo más probable es que querría ver cómo reaccionaba.

—No es el único que está interesado en usted —comentó Jardín—. Me ha llegado el mensaje de que Rosie Palma lo quiere ver. Bueno, digo yo que se refería a usted. «Ese hijo de puta ingrato» ha sido el término exacto que ha usado.

—Creo que le debo dinero —dijo Vimes—, pero no tengo ni idea de cuánto.

—A mí no me pregunte —dijo Lawn, alisando el yeso con la mano—. Suele establecer el precio por adelantado.

—¡Me refiero a la comisión de intermediario, o lo que fuera!

—Sí, lo sé. No le puedo ayudar con eso, me temo —se disculpó Jardín.

Vimes lo miró trabajar un rato y preguntó:

—¿Sabe usted algo de la señorita Chaladio?

—¿La costurera? No lleva mucho tiempo aquí.

—¿Y es costurera de verdad?

—En aras de la precisión —dijo el doctor Jardín—, digamos que trabaja con la aguja. Por lo que parece oyó decir que en la gran ciudad había mucho trabajo para las costureras y tuvo un par de malentendidos graciosos antes de que alguien le explicara exactamente lo que quería decir. Uno de ellos provocó que yo le tuviera que sacar un ganchillo de hacer punto de la oreja a un hombre la semana pasada. Ahora va siempre con las otras chicas.

—¿Por qué?

—Porque está ganando una fortuna, ¿por qué va a ser? —dijo el médico—. ¿No se le ha ocurrido a usted, sargento, que a veces la gente va a un salón de masajes para que le hagan un masaje de verdad, por ejemplo? Por toda esta ciudad hay mujeres que tienen letreros discretos en casa donde pone cosas como «Le arreglamos los pantalones mientras espera», y un número pequeño pero considerable de hombres cometen el mismo error que Sandra. Hay muchos hombres que vienen a trabajar aquí en la ciudad dejando a sus mujeres en casa, y a veces, ya sabe, un hombre tiene ciertas... necesidades. Por ejemplo, calcetines sin agujeros o camisa con más de un botón. Y las señoras derivan el trabajo. Al parecer cuesta mucho encontrar a una mujer que sea buena de verdad con la aguja en esta ciudad. No les gusta que las confundan con, ejem, costureras.

—Solo me preguntaba por qué ronda por las esquinas después del toque de queda con una cesta de costura enorme... —dijo Vimes.

Jardín se encogió de hombros.

—Pues ni idea. Muy bien, ya he terminado con este caballero. Sería bueno que se estuviera quietecito durante un rato. —Indicó las hileras de frascos que tenía detrás—. ¿Cuánto tiempo más o menos quiere que se esté quietecito?

—¿Puede usted hacer eso?

—Oh, sí. No es una práctica médica aceptada en Ankh-Morpork, pero como la práctica médica de Ankh-Morpork consistiría en golpearle la cabeza con un mazo, lo más probable es que salga ganando.

—No, quería decir que no se supone que los médicos deban hacer daño a la gente, ¿verdad?

—Solamente en el curso de la incompetencia normal y corriente. Pero no me importa mandarlo al país de los sueños durante otros veinte minutos. Por supuesto, si quiere usted atizarle con el mazo no se lo puedo impedir. El último invitado de Swing al que traté tenía varios dedos que señalaban en direcciones muy, muy indebidas. Así que si le apetece arrearle unos cuantos sopapos de buena suerte, le puedo indicar varias zonas bastante sensibles...

—No, gracias. Me voy a limitar a sacarlo por atrás y dejarlo en el callejón.

—¿Y ya está?

—No. Después... voy a firmarle en la maldita escayola. Para que lo vea cuando se despierte. En jodidas letras enormes para que no las pueda borrar.

—A eso sí le llamo yo una zona sensible —dijo Jardín—. Es usted un hombre interesante, sargento. Tiene auténtico oficio para hacer enemigos.

—Nunca me han interesado las labores de aguja —dijo Vimes, echándose al tipo encima del hombro—. Pero ¿qué clase de cosas cree que tendría una costurera en su cesta de trabajo?

—Oh, no lo sé. Agujas, hilo, tijeras, lana... cosas de esas —dijo Musgoso Jardín.

—¿Nada muy pesado, entonces? —preguntó Vimes.

—Pues no mucho. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada —dijo Vimes, haciendo una pequeña anotación mental—. Se me ha pasado por la cabeza. Voy a dejar por ahí a nuestro amigo mientras me quede algo de niebla para ocultarme.

—Muy bien. Tendré listo el desayuno cuando vuelva. Hay hígado. De ternera.

\* \* \*

La bestia recuerda. Esta vez, Vimes durmió profundamente.

Siempre le había resultado más fácil dormir de día. Veinticinco años en el turno de noche habían grabado su surco nocturno en el cerebro. De algún modo, la oscuridad resultaba más sencilla. Sabía cómo permanecer inmóvil, un talento poco común, y también cómo fundirse con las sombras. Cómo montar guardia, en resumen, y ver sin ser visto.

Se acordó de Tepillo Swing. Gran parte de ello había pasado a la historia. La revuelta habría tenido lugar con o sin Swing pero él era, por así decirlo, la punta del forúnculo.

Había estudiado en la Escuela de Asesinos y nunca le tendrían que haber admitido en la Guardia. Tenía demasiado cerebro para ser poli. O por lo menos, demasiado del tipo incorrecto de cerebro. Pero Swing había impresionado a Winder con sus teorías, había entrado como sargento y luego fue ascendido de manera inmediata a capitán. Vimes nunca había sabido por qué; probablemente fuera porque a los oficiales les ofendía ver a un caballero así de elegante, ya me entiende, pateándose las calles con todos esos palurdos. Además, era propenso a resfriarse o algo así.

Vimes no estaba en contra del intelecto. En los viejos tiempos cualquiera que fuera lo bastante listo como para soltar un pomo de puerta después de usarlo podía ser un monstruo callejero, pero para llegar más allá de sargento hacía falta una carretada de ingenio, astucia y sabiduría urbana que, con poca luz, podía pasar por «inteligencia».

Swing, sin embargo, no empezó por donde debía. No miró a su alrededor, vio y aprendió y después dijo: «Así es la gente, ¿qué hacemos con ello?». No, lo que hizo fue sentarse y pensar: «Así debería ser la gente, ¿cómo la cambiamos?». Y ese pensamiento no estaba mal para un sacerdote, pero sí para un poli, y la forma paciente y pedante de operar de Swing había puesto el trabajo policial patas arriba.

Para empezar, había promulgado la Ley de Armas. Había tantos crímenes donde se usaban armas que reducir el número de armas, había razonado Swing, tenía que reducir la tasa de crímenes.

Vimes se preguntaba si se habría incorporado en la cama para abrazarse a sí mismo en plena noche al ocurrírsele aquello. Confisquemos todas las armas y descenderá el crimen. Tenía lógica. Y habría funcionado, de haber existido bastantes guardias: digamos tres por ciudadano.

Por asombroso que parezca, se entregaron bastantes armas. Sin embargo, hubo una pega que se le pasó por alto a Swing, y fue la siguiente: los criminales no obedecen la ley. Es una especie de requisito para la profesión. No tenían ningún interés particular en hacer que las calles fueran más seguras para nadie excepto ellos mismos. Y no se podían creer lo que estaba pasando. Era como la Vigilia de los Puercos todos los días.

Algunos ciudadanos adoptaron el punto de vista no muy descabellado de que algo se había torcido un poco si solo la mala gente iba armada. Y esos ciudadanos fueron detenidos al por mayor. El guardia medio, cuando ha recibido demasiadas patadas ahí donde duele y tiene razones para creer que a sus jefes les trae sin cuidado, tiene una tendencia comprensible a preferir detener a gente que no intente apuñalarle al instante, sobre todo si esa gente le mira un poco por encima del hombro y lleva ropa más cara de la que él personalmente se puede permitir. La tasa de detenciones se disparó al cielo, y eso puso a Swing muy contento.

Es cierto que algunas de las detenciones habían sido por posesión de armas después de anochecer, pero bastantes detenidos eran ciudadanos airados que habían atacado a la Guardia. Eso era Asalto a un Agente de la Ciudad, un crimen atroz y despreciable y, como tal, mucho más importante que todos aquellos robos que había por todas partes.

No es que fuera una ciudad sin ley. Había leyes a patadas. Simplemente no existían muchas oportunidades para no violarlas. Por lo visto Swing no había entendido la idea de que el sistema tenía que coger a los criminales y, tal vez improvisando un poco, obligarlos a convertirse en hombres honrados. En lugar de eso, él había cogido a hombres honrados y los había convertido en criminales. Y a la Guardia, a grandes rasgos, en una banda callejera más.

Y entonces, cuando todo el horrible guiso ya iba espesando, había inventado la craneometría.

Los malos guardias siempre tenían forma de averiguar si alguien era culpable. En los viejos tiempos —ja, ahora—, dichas formas incluían empulgueras, martillos, astillas pequeñas y afiladas y, por supuesto, cajones de escritorio normales y corrientes, los mejores amigos del policía con prisa. A Swing no le hacía falta nada de todo aquello. Sabía si eras culpable mirándote las cejas.

Medía a la gente. Usaba un calibrador y una regla de acero. Y apuntaba las medidas con calma y hacía unos cálculos, como por ejemplo dividir el largo de la nariz por la circunferencia de la cabeza y multiplicarlo por la anchura del entrecejo. Y gracias a esas cifras podía, infaliblemente, saber que era un ser taimado, indigno de confianza y un criminal congénito. Los siguientes veinte minutos que pasabas en compañía de sus empleados y sus herramientas de interrogatorio menos sofisticadas demostraban que, asombrosamente, Swing llevaba razón.

Todo el mundo era culpable de algo. Vimes lo sabía. Todos los guardias lo sabían. Así era como mantenías tu autoridad: todo el mundo, cuando hablaba con un poli, temía en secreto que pudieras leer la culpa escondida que llevaban escrita en la frente. Y no podías, claro. Pero tampoco se suponía que pudieras sacar a rastras a alguien de la calle y machacarle los dedos con un martillo hasta que confesara cuál era.

Lo más probable es que Swing hubiera terminado tirado boca abajo en algún callejón de no ser por el hecho de que Winder había descubierto que le era útil. Nadie husmeaba las conspiraciones como Swing. Y así es como había terminado dirigiendo a los Inmencionables, la mayoría de los cuales hacían que el sargento Knock pareciera el Poli Bueno del Mes. Vimes siempre se había preguntado cómo había conseguido aquel hombre mantener el control, pero tal vez fuera porque los matones identificaban, de algún modo animal, a una mente que había llegado al matonismo por el camino largo y era capaz de concebir en nombre de la razón la clase de atrocidades que la sinrazón solo puede soñar.

No era fácil vivir en el pasado. No se podía arrear un guantazo a alguien por lo que iba a hacer, o por lo que el mundo descubriría más adelante. Tampoco se podía avisar a la gente. Vimes no sabía qué cosas podían alterar el futuro, pero si lo había comprendido bien, la historia tendía a colocarse en su sitio. Solo se podían cambiar trocitos cerca del borde, los pequeños detalles. No podía hacer nada. Las lilas iban a florecer. La revolución iba a estallar.

Bueno... una especie de revolución. En realidad la palabra no describía lo que fue. Estuvo la República Popular de la calle de la Mina de Melaza (¡Verdad! ¡Justicia! ¡Libertad! ¡Amor a Precios Razonables! ¡Y un Huevo Duro!) que existiría durante unas pocas horas, un extraño cirio que ardió poquísimo tiempo y murió como un petardo. Estuvo la batida en la casa del dolor, y la...

En todo caso... tocaba hacer el trabajo que se tenía delante, como hacían siempre los polis sin imaginación.

Se levantó sobre la una de la tarde. Jardín estaba encerrado en su consulta, haciendo algo que implicaba considerables gemidos por parte de otra entidad. Vimes llamó a la puerta.

Al cabo de un momento esta se abrió un poco. El doctor Jardín llevaba mascarilla y tenía unas pinzas muy largas en la mano

—¿Sí?

—Voy a salir —dijo Vimes—. ¿Problemas?

—No demasiado graves. Harris el Resbaloso tuvo mala suerte a las cartas anoche, nada más. Sacó un as.

—¿Y esa es una mala carta?

—Lo es si Tony el Grande sabe que no te la ha repartido él. Pero estoy a punto de sacársela. Si va a herir a alguien esta noche, ¿le importa hacerlo antes de que me vaya a la cama? Gracias. —Lawn cerró la puerta.

Vimes asintió a la madera y salió a estirar las piernas y a buscar algo que almorzar. Y el almuerzo le estaba esperando, en una bandeja colgada del cuello de un hombre.

Era bastante joven, pero había algo en su expresión: era como la de una rata que esperaba encontrar queso en la próxima esquina, y que ya había esperado encontrar queso en la última esquina, y también en la anterior, y aunque de momento el mundo había resultado estar lleno de esquinas y completamente desprovisto de ningún queso, pese a todo estaba convencida de que en la siguiente esquina le esperaba el queso.

Vimes se lo quedó mirando. ¿Pero de qué se sorprendía? de que él tenía uso de razón, siempre había habido alguien en aquella ciudad que vendía sospechosísimos productos porcinos recuperados químicamente. Aquel vendedor resultaba muy familiar. Simplemente... más joven.

Su expresión se iluminó al ver una cara desconocida. Al vendedor le gustaba toparse con la gente que todavía no le hubiera comprado ningún pastel.

—Ah, sargento... Eh, ¿qué significa esa coronita?

—Sargento mayor —dijo Vimes—. Quiere decir más o menos «sargento con toda la guarnición».

—Bueno, sargento, ¿le puedo tentar para que pruebe una salchicha en panecillo muy especial? Garantizado que no lleva nada de rata. Ciento por ciento orgánica. Los trozos de cerdos afeitados antes de echarlos en la mezcla.

¿Por qué no?, pensó Vimes. Y su estómago, hígado, riñones y tramos diversos de intestino le suministraron razones, pero aun así se hurgó en el bolsillo buscando suelto.

—¿Cuánto es, amigo...? Hum. —Vimes se acordó a tiempo de fingir que miraba la parte delantera de la bandeja—. ¿... Escurridizo?

—Cuatro peniques, sargento.

—Y vas a la ruina, ¿eh? —dijo Vimes alegremente.

—¿Cómo? —preguntó Escurridizo, con cara perpleja.

—Digo que con un precio así vas a la ruina, ¿verdad?

—¿Qué voy a la...?

—Ruina —dijo Vimes a la desesperada.

—Ah. —Escurridizo pensó en ello—. Sí. Eso es. Pues sí. No puede decirse una verdad más grande. Entonces, ¿quiere una?

—Veo que en la bandeja pone «Compañía Escurridizo, desde» —dijo Vimes—. ¿No debería poner cuándo abriste el negocio?

—¿Debería? —Escurridizo miró su bandeja.

—¿Cuánto tiempo llevas con esto? —preguntó Vimes, eligiendo un pastel.

—A ver... ¿en qué año estamos?

—Ejem... el del Perro Bailarín, creo.

—Entonces desde el martes —dijo Escurridizo. La cara se le iluminó—. Pero esto no es más que el principio, señor. Esto es solamente para reunir un capital. Dentro de un par de años voy a ser un pez gordo en esta ciudad.

—Te creo —aseguró Vimes—. De verdad que sí.

Escurridizo volvió a mirar su bandeja mientras Vimes se alejaba paseando.

—Ir a la ruina, ir a la ruina —iba murmurando para sí mismo, y pareció gustarle cómo sonaba. De pronto se fijó mejor en la bandeja y se le fue la sangre de la cara—. ¡Sargento! ¡No se coma el pastel!

Vimes, que se había alejado unos metros, se detuvo con el pastel a medio camino de la boca.

—¿Qué tiene de malo? —dijo—. Vaya chorradas digo. Quiero decir, ¿qué tiene este en concreto de malo?

—¡Nada! Es que... ¡estos son mejores!

Vimes se arriesgó a echar otro vistazo a la bandeja. A él le parecían todos iguales. Los pasteles de Escurridizo a menudo tenían un aspecto apetecible. Ahí residía su único encanto.

—Yo no veo ninguna diferencia —dijo.

—Sí, sí, sí que la hay —dijo Escurridizo, con el sudor perlándole la frente—. ¿Lo ve? El que se ha llevado tiene esos dibujos de cerdos en la masa. Y todos los demás tienen dibujitos de salchichas... No me gustaría que creyera usted, ya sabe, que lo considero un cerdo o algo parecido, o sea que si me lo devuelve estaré encantado de darle, ejem, otro, porque ese no es el bueno, ejem, tampoco es que sea malo, pero, hum, con el cerdo y todo...

Vimes miró al hombre a los ojos. Escurridizo todavía tenía que aprender esa inexpresividad amigable que treinta años vendiendo pasteles realmente orgánicos acabarían generando.

Ante la mirada horrorizada del hombre, le dio un mordisco al pastel.

Era todo lo que había esperado y nada que pudiera identificar.

—Rico —dijo, y, con cierta concentración y la mirada fija en el desgraciado vendedor de pasteles, se lo terminó todo—. Me parece bastante posible que nadie haga pasteles como tú, Escurridizo —añadió, lamiéndose los dedos por si más adelante quería estrechar la mano a alguien.

—¿Se lo ha comido entero? —preguntó Escurridizo.

—¿No debería? —dijo Vimes.

Y el alivio empezó a emanar del hombre igual que el humo de un fuego hecho con leña verde.

—¿Cómo? ¡No! ¡No pasa nada! ¡Todo genial! ¿Quiere otro para ayudarlo a bajar? ¿A mitad de precio?

—No, no, uno es más que suficiente —dijo Vimes, retrocediendo.

—¿No ha dejado ni un trocito? —preguntó Escurridizo.

—No habré hecho mal, ¿verdad? —dijo Vimes.

—Oh, no. Claro. ¡Desde luego que no!

—Me tengo que ir —dijo Vimes, alejándose por el callejón—. A ver si nos vemos otra vez que tenga menos hambre.

Esperó hasta perderse bien de vista para girar unas cuantas veces al azar por el laberinto de callejones. Luego se adentró en la sombra de un portal profundo y se hurgó la boca en busca del pedazo de pastel que había resultado curiosamente inmasticable incluso para ser de aquellos pasteles.

Por lo general, si uno encontraba algo más duro o crujiente de lo normal en uno de los Famosos Pasteles de Cerdo de Escurridizo, el truco era tragárselo y confiar en que no pasara nada o bien escupirlo con los ojos cerrados. Pero Vimes se hurgó entre la encía y la mejilla y se sacó un pedazo doblado de papel, impregnado de jugos ignotos.

Lo desplegó. En el papel manchado aún se podía descifrar, escrito a lápiz: «Calle Mórfica, 9 en punto de esta noche. Contraseña: Pez espada».

¿Pez espada? ¡Todas las contraseñas eran pez espada! Cada vez que alguien intentaba pensar una palabra que nadie pudiera adivinar, siempre elegía pez espada. Era una de esas extrañas peculiaridades de la mente humana.

Eso explicaba el reparo, de todas formas. Una conspiración. Otra maldita conspiración en una ciudad llena de conspiraciones. ¿Necesitaba estar al tanto de las conspiraciones? En cualquier caso, aquella ya la conocía. La calle Mórfica. La famosa Conspiración de la calle Mórfica. Ja.

Metió el papel grasiento en un bolsillo y entonces se detuvo.

Había alguien no haciendo ruido. Superpuesto al lejano ajetreo de las calles había una especie de hueco en los sonidos, ocupado por una respiración cuidadosa. Y los pelos del pescuezo se le estaban poniendo de punta. Con cuidado, se sacó la porra negra del bolsillo de atrás.

A ver, ¿qué opciones había? Era un guardia y alguien se le estaba acercando a hurtadillas. Si ese alguien no era guardia, entonces iba a por quien no debía (porque él sí lo era). Si ese alguien sí era guardia, entonces sería de la panda de Swing y por tanto iba a por quien no debía (porque él era mejor guardia que ellos, y también lo era cualquier cosa flotando en una alcantarilla), y por tanto vaciarle encima un cubo lleno de oscuridad no presentaba ningún inconveniente obvio.

Por otro lado, los ladrones, los asesinos y los hombres de Swing, como todo el mundo sabía, tenían mucha costumbre de acercarse a hurtadillas a la gente y lo harían muy bien, mientras que la persona que ahora lo seguía tenía la espalda tan pegada a la pared que le oía frotarla. Eso quería decir que probablemente fuera solo un miembro del público que traía algo en mente, y Vimes no se inclinaba a añadirle el peso de los perdigones de plomo tan solo por esa razón (porque le gustaría creer que no era de esa clase de guardias).

Se conformó con salir al callejón y preguntar:

—¿Sí?

Un chico se lo quedó mirando. Tenía que ser un chico. La naturaleza no habría sido tan cruel como para hacerle aquello a una chica. No había ningún rasgo en sí que fuera más que aceptablemente feo, y sin embargo la combinación era mayor que la suma de las partes. Y a eso se le añadía el olor. No es que fuera malo. Simplemente no era del todo humano. Tenía un matiz feral.

—Esto... —dijo aquella cara fruncida—. Mire, ¿sabe qué, amigo?, usted me dice adónde va y yo dejo de seguirle, ¿trato hecho? No le cuesta más que un penique y le estoy haciendo precio especial. Hay gente que me paga mucho más para que deje de seguirlos.

Vimes continuó mirándolo fijamente. La criatura llevaba una chaqueta de esmoquin que le venía grande, reluciente de grasa y verdosa por el paso del tiempo, y un sombrero de copa que debía de haber sido pisoteado por un caballo. Pero las partes visibles entre ambas cosas eran lamentablemente familiares.

—Oh, no... —gimió—. No, no, no...

—¿Va todo bien, amigo?

—No, no, no... por los dioses, tenía que pasar, ¿verdad...?

—¿Quiere que vaya y me traiga a Musgoso, amigo?

Vimes señaló con un dedo acusador.

—Eres Nobby Nobbs, ¿verdad?

El granujilla se echó atrás.

—Puede ser. ¿Y qué? ¿Es un crimen? —Se dio media vuelta para correr, pero Vimes le puso la mano con fuerza en el hombro.

—Hay gente que diría que sí. ¿Eres Nobby Nobbs, hijo de Maisie Nobbs y Pelusilla Nobbs?

—¡Lo más seguro, sí! ¡Pero yo no he hecho nada, señor!

Vimes se agachó para mirar unos ojos que se asomaban al mundo a través de una máscara de mugre.

—¿Y qué me dices de aligerar pantalones, levantar trasteros, pasar la raspa, desplumar pavos y vender aire?

A Nobby se le arrugó el ceño de genuina perplejidad.

—¿Qué quiere decir pasar la raspa?

Vimes le devolvió una expresión parecida. La jerga callejera había cambiado mucho en treinta años.

—Pues robar bagatelas... objetos pequeños. ¿No?

—Qué va, qué va. Eso es «pispar la rosca» —dijo Nobby» relajándose—. Pero no lo hace nada mal para ser nuevo. ¿Qué es el aceite de los ángeles?

El recuerdo le sacó una tarjeta.

—Un soborno —dijo Vimes.

—¿Y un figurín? —dijo Nobby, sonriendo.

—Fácil. Puede ser un jefe de mendigos o simplemente un hombre atractivo.

—Bien dicho. Pero seguro que no sabe cómo dar cala a una bagasa, ¿a que no?

Una vez más, desde un hueco polvoriento de su memoria se desplegó un recuerdo. Era de aquellos que no había forma de borrar.

—Madre mía, ¿esa la conoces? Qué pena, con lo joven que eres —dijo Vimes—. Es cuando quieres vender un caballo reventado y necesitas darle algo de brío delante de los chalanes, así que coges un trozo de jengibre fresco bien picante, le levantas la cola y le metes el jengibre...

—Uau. —Nobby estaba impresionado—. Todos dicen que aprende a toda pastilla, y sí que es verdad. Igual que si hubiera nacido aquí.

—¿Por qué me estás siguiendo, Nobby Nobbs? —quiso saber Vimes.

El granujilla extendió una mano mugrienta. Hay lenguaje de las calles que no cambia nunca.

Vimes sacó una moneda de seis peniques. Relució en la palma de Nobby como un diamante en la oreja de un deshonillador.

—Uno de ellos es una dama —dijo, y sonrió.

La mano permaneció extendida.

—Lo que te acabo de dar era una puta pieza de seis peniques, chaval —gruñó Vimes.

—Sí, pero tengo que pensar en...

Vimes agarró a Nobby de las solapas grasientas y lo levantó en vilo, y se quedó ligeramente asombrado al darse cuenta de que prácticamente no pesaba nada.

Menudo pájaro, pensó. Pájaro le cuadra bastante bien: picudo, resbaladizo y con un ligero olor a podrido. Pero los hay a centenares por aquí, ganándose la vida a picotazos en el mismo borde de la sociedad, y por lo que recuerdo Nobby era de los más listos. Y tan de fiar como un martillo de chocolate. Pero no pasaba nada. Había formas de lidiar con aquello.

—¿Cuánto quieres —preguntó— por trabajar para mí a tiempo completo?

—Tengo clientes en los que pensar... —empezó a decir.

—Sí, pero yo soy el que te acaba de levantar con una sola mano, ¿verdad? —interrumpió Vimes.

Con sus botas demasiado grandes colgando a dos palmos del suelo, Nobby pensó en su posición.

—¿A tiempo completo?

—¡Sí!

—Ejem... por algo así tendría que ver una señoría por día...

—¿Un dólar? ¡Ni lo sueñes!

—Esto... ¿medio dólar?

—Ni hablar. Un dólar por semana, y no convertiré tu vida en el suplicio absoluto que, Nobby, te aseguro que puedo causarte de mil pequeñas maneras.

Sin dejar de oscilar, Nobby intentó entender todo aquello.

—O sea que... seré como una especie de poli, ¿no? —dijo, con una sonrisa ladina.

—Una especie.

—Sospechoso Número Uno dice que siendo poli se vive muy bien, porque puedes mangar cosas sin que te trinquen.

—Y tiene razón —dijo Vimes.

—Y dice que si alguien se mete contigo, puedes arrearles y meterlos en el Rapapolvo —continuó Nobby—. A mí me gustaría ser poli algún día.

—¿Quién es Sospechoso Número Uno?

—Así es como mi madre llama a Pelusilla, mi padre. Ejem... pago por adelantado, ¿no? —añadió Nobby, lleno de esperanza.

—¿A ti qué te parece?

—Ah. Ya. Que no, ¿verdad?

—Correcto. Pero ¿sabes qué? —Bajó a Nobby hasta el suelo. Ligero como una pluma, pensó—. Ven conmigo, chaval.

Ankh-Morpork estaba lleno de hombres que vivían en casas de huéspedes. Cualquiera que tuviera una habitación libre la alquilaba. Y además de los zurcidos y remiendos que estaban convirtiendo a la señorita Chaladio en una de las costureras con mayores ingresos de la ciudad, a esos hombres les hacía falta otra cosa que las mujeres podían proporcionar mejor que nadie. Les hacía falta comer.

Había muchos comedores de silla caliente parecidos al lugar donde Vimes se dirigía ahora. Servían comida sencilla para hombres sencillos. No había menú. Comías lo que te pusieran delante, te lo acababas deprisa y te alegrabas de tenerlo. Si no te gustaba, había otros muchos a quienes sí. Los platos tenían nombres como ropa chocha, anguilas hervidas, guiso de conservas, tarta rancia, picadura de buey o sobado de melaza: comida densa y sólida que caía al estómago como una piedra y volvía complicado levantarse de la silla. Por lo general llevaban mucho nabo, aun si no iba en la receta.

Vimes se abrió paso a codazos hasta la barra, arrastrando tras de sí a Nobby. Un letrero escrito a tiza decía: «Todo lo que puedas comer en diez minutos por diez peniques».

Debajo del letrero había una mujer corpulenta remangada junto a un caldero donde burbujeaban cosas inciertas entre la espuma gris. La mujer le dirigió una mirada calculadora y luego echó un vistazo a su manga.

—¿Qué puedo hacer por usted, sargento? —preguntó—. ¿Qué le ha pasado al sargento Knock?

—¿Viene mucho por aquí? —dijo Vimes.

—Comida y cena. —Su mirada lo decía todo: además repite siempre y nunca paga.

Vimes sostuvo en alto a Nobby.

—¿Ve a este? —dijo.

—¿Es un mono? —dijo la mujer.

—Ja, ja, qué graciosa —gimió Nobby, mientras Vimes lo volvía a bajar.

—Vendrá aquí a por una comida completa cada día —informó Vimes—. Todo lo que pueda zamparse por diez peniques.

—¿Ah, sí? ¿Y quién paga, si se puede preguntar?

—Yo. —Vimes dejó caer medio dólar sobre el mostrador—. Aquí van cinco días por adelantado. ¿Cuál es el plato del día? ¿Ropa chocha? Eso hará que le salga pelo en el pecho, cuando tenga pecho. Dele un cuenco de los grandes. Puede que al final salga usted perdiendo con esa oferta.

Hizo sentarse a Nobby en un banco, le puso enfrente la comida grasienta y se sentó al otro lado de la mesa.

—Una dama, me contabas —dijo—. No marees la perdiz, Nobby.

—¿Esto lo habré de compartir, sargento? —preguntó Nobby, cogiendo una cuchara de madera.

—Es todo para ti. Asegúrate de que no dejas nada. Puede que más tarde haya una prueba —dijo Vimes—. Una mujer, decías.

—Lady Meserole, sargento. —La voz de Nobby era casi ininteligible por tener la boca llena de verduras mixtas y grasa—. Una señora pija. Todo el mundo la llama Madam. Vino de Genua hace unos meses.

—¿Cuándo te lo ha pedido?

—Esta mañana, sargento.

—¿Cómo? ¿Te ha parado en medio de la calle y ya está?

—Ejem... tengo una especie de contrato general con ella, sargento.

Vimes lo fulminó con la mirada. Era mejor que hablar. Nobby cambió de postura, incómodo.

—La cosa, sargento —continuó—, es que... ejem, el mes pasado me pilló limpiándole los forros. ¡Menuda se armó, sargento, esa mujer da unos puñetazos que parecen coces de mula! Cuando volví en mí, nos pusimos a largar y me dijo que un chavalín listo como yo le podía valer como de orejas en la calle y tal.

Vimes siguió mirándolo fijamente, pero estaba impresionado. Nobby había sido un carterista muy hábil de joven. Cualquiera que lo pillara con las manos en la masa debía de ser muy rápido. Vimes aumentó la ferocidad de su mirada.

—Vale, vale, sargento, me dijo que si no lo hacía me entregaría a la Guardia Diurna —confesó Nobby—. y si te denuncia un ricachón vas directo al Rapapolvo.

Muy cierto, joder, pensó Vimes. Otra vez la ley privada.

—No quiero ir al Rapapolvo, sargento. Allí está Pelusilla.

Y te solía romper los brazos, recordó Vimes.

—¿Y por qué anda interesada en mí una dama elegante, Nobby? —dijo en voz alta.

—No se lo he preguntado. Le he contado lo de usted y el carro de remolones y los Inmencionables y tal. Le ha parecido fascinante, o eso ha dicho. Y Rosie Palma también me paga un miserable penique al día por no quitarle ojo a usted. Ah, y el cabo Respingón de la calle Cable me paga medio penique por vigilarlo, pero qué es medio penique hoy en día, digo yo, así que no lo vigilo mucho a cuenta de él. Ah, sí, y el cabo segundo Coates me está dando un penique, también.

—¿Por qué?

—No sé. Me lo ha encargado esta misma mañana. Un trabajo de un penique. —Nobby soltó un eructo tremendo—. Mejor fuera que dentro, ¿eh? ¿A quién quiere usted que vigile, sargento?

—A mí —respondió Vimes—. Si me puedes encajar en esa agenda tan apretada que tienes.

—¿Usted quiere que yo lo siga?

—No, solo que me cuentes qué está diciendo la gente de mí. Que eches un ojo a todos los demás que me andan siguiendo. Que me vigiles las espaldas, más o menos.

—¡Vale!

—Bien. Una cosa más, Nobby.

—¿Sí, sargento? —dijo Nobby, sin dejar de dar cucharadas.

—Devuélveme el cuaderno, el pañuelo y los cuatro peniques que me has chorizado de los bolsillos, por favor.

Nobby abrió la boca para protestar, dejando caer chorretones de ropa chocha, pero la cerró al ver centellear el ojo de Vimes. En silencio, fue sacando los objetos de diversos bolsillos espantosos.

—Así me gusta —apuntó Vimes, poniéndose de pie—. Estoy seguro de que no hace falta explicarte lo que te pasará como vuelvas a intentar el viejo tracatá conmigo, ¿verdad, Nobby?

—No, sargento —dijo Nobby, bajando la vista.

—¿Quieres otro cuenco? Diviértete. Yo me tengo que ir a trabajar.

—¡Puede confiar en mí, sargento!

Por extraño que pareciera, pensó Vimes mientras deshacía el camino a la Casa de la Guardia, lo más probable es que sí pudiera. Nobby era capaz de robar cualquier cosa y de escaquearse de cualquier cosa, pero no era malo. Le podías confiar tu vida, aunque sería una estupidez confiarle un dólar.

Compró un paquete de Panatelas Finas Tizneabrojo a otro vendedor callejero. Se le hacía raro llevarlas dentro de su paquete de cartón.

Cuando entró en la oficina había bastante revuelo. Los agentes de la Guardia estaban congregados en grupitos. El sargento Knock divisó a Vimes y se le acercó al trote.

—Pequeño problema, señor. Anoche entraron intrusos —le informó, con el más leve asomo de una sonrisilla burlona.

—¿En serio? —peguntó Vimes—. ¿Y qué robaron?

—¿He dicho yo que robaran algo, señor? —dijo el sargento en tono inocente.

—Bueno, no, no lo has dicho —replicó Vimes—. He sido yo el que he deducido lo que llamamos una conclusión. ¿Han robado algo, pues, o solamente han entrado para entregar una caja de bombones y un cestito de frutas de cortesía?

—Han robado la escribanía de plata del capitán —dijo Knock, impertérrito al sarcasmo—. Y ha sido alguien de dentro, si quiere saber mi opinión. La puerta de arriba estaba forzada pero la principal no. ¡El que lo ha hecho debe de ser guardia!

Vimes estaba asombrado del talento forense que tenía ante él.

—Madre mía, ¿un poli robando? —dijo.

—Sí, es terrible —afirmó Knock solemnemente—. Y más desde que ayer nos enseñara usted la forma de cómo ser honrados y todo eso. —Apartó la vista de Vimes y gritó—: ¡Firmes! ¡Oficial en la sala!

Tilden estaba bajando la escalera. La oficina quedó en silencio salvo por sus pasos vacilantes.

—¿No ha habido suerte, sargento? —preguntó.

—De momento no, señor —dijo Knock—. Precisamente le estaba contando al sargento Keel la cosa tan terrible que ha pasado.

—Estaba grabado, ¿sabe? —se lamentó Tilden—. Todos los del regimiento contribuyeron con lo que podían permitirse. Estoy de lo más... disgustado.

—Hay que ser un cabronazo redomado para robar una cosa así, ¿eh, sargento? —dijo Knock.

—Ya lo creo —dijo Vimes—. Veo que ya tiene el tema bastante bien organizado, sargento. ¿Han mirado por todos lados?

—Por todos lados menos en las taquillas —dijo Knock—. Es algo que no hacemos a la ligera, hurgar en la taquilla de alguien. Pero ahora estamos todos presentes, y también está el capitán Tilden para asegurar el juego limpio, así que aunque sea de muy mal gusto, capitán, le tengo que pedir permiso para hacer un registro.

—Sí, sí, si no queda más remedio —dijo Tilden—. No me gusta la idea. Es bastante deshonroso, ya sabe.

—Entonces creo, señor, que para demostrar imparcialismo —dijo Knock—, habría que registrarnos primero a los sargentos. De esa manera nadie podrá decir que no nos tomamos el caso en serio.

—Venga ya, sargento —dijo Tilden, con una sonrisita—. No creo yo que usted sea sospechoso.

—No, señor, es lo justo —respondió Knock—. Vamos a dar buen ejemplo, ¿eh, sargento Keel? —Vimes se encogió de hombros. Knock le sonrió de oreja a oreja, sacó un manojo de llaves y le hizo una seña al cabo segundo Coates—. Haz tú los honores, Ned —dijo, sin quitar la sonrisa—. Yo primero, claro.

Se abrió la cerradura. El contenido de la taquilla de Knock era el típico desorden poco atractivo de todos los armarios personales, pero ciertamente no había ninguna escribanía de plata. De haberla, se habría puesto negra al cabo de un solo día.

—Bien hecho. Ahora la del sargento Keel, por favor, Ned. La sonrisa amigable de Knock se clavó en Vimes mientras el guardia manipulaba la cerradura. Vimes le devolvió la mirada, con la expresión neutra de una pizarra, mientras la portezuela se abría con un chirrido.

—Oh, cielos, ¿qué tenemos aquí? —exclamó Knock, sin molestarse siquiera en mirar.

—Es un saco, sargento —dijo Coates—. Y dentro hay algo que pesa mucho.

—Oh, dioses. —Knock no dejaba de mirar a Vimes—. Ábrelo, muchacho. Con cuidado. No queremos que se rompa nada, ¿verdad?

Se oyó un roce de arpillera y después:

—Hum... es medio ladrillo —informó Ned.

—¿Cómo?

—Medio ladrillo, señor.

—Estoy ahorrando para una casa —dijo Vimes. Se oyeron un par de risitas entre los hombres reunidos, pero algunos de los que pensaban más deprisa parecieron repentinamente preocupados.

Ya lo saben, pensó Vimes. Bueno, chicos, bienvenidos a la ruleta de Vimes. Habéis hecho girar la rueda y ahora os toca adivinar adónde irá a parar la bolita...

—¿Estás seguro? —preguntó Knock, girándose hacia la taquilla abierta.

—No es más que un saco, sargento —afirmó Ned—. Y medio ladrillo.

—¿No hay un compartimento secreto o algo? —dijo Knock a la desesperada.

—¿Cómo, en un saco, sargento?

—Bueno, parece que ya hemos acabado con nuestras taquillas —dijo Vimes, frotándose las manos—. ¿Quién va ahora, sargento Knock? —Gira y gira la bolita, y nadie sabe dónde parará...

—¿Sabe? Personalmente creo que el capitán tiene razón, no creo que ninguno de los hombres sea capaz... —empezó a decir Knock, pero titubeó. La mirada de Vimes se podría haber usado para clavar remaches.

—Yo creo, sargento, que ya que hemos empezado con esto, hay que concluirlo —dijo Tilden—. Es lo justo.

Vimes dio un par de pasos hacia Coates y extendió la mano.

—Llaves —ordenó. Coates lo fulminó con la mirada—. Las llaves, cabo segundo.

Se las quitó de la mano a Coates y se giró hacia la hilera de taquillas.

—Bien —dijo—. Vamos a empezar con nuestro famoso archicriminal, el guardia interino Vimes...

Y fue abriendo una puerta tras otra. Las taquillas, aunque tal vez pudieran ser de interés a un estudioso del olor a ropa sucia y de las cosas que podían crecer en los calcetines abandonados, no ¡revelaron ni una sola escribanía de plata.

Sí que revelaron un ejemplar de Las aberturas amorosas de Molly Badajo en la taquilla del cabo Colon, sin embargo. Vimes contempló los grabados toscos y mugrientos como si fueran un viejo amigo reencontrado. Se acordaba de aquel libro; había circulado durante años por la Casa de la Guardia, y de joven él había aprendido mucho de algunas ilustraciones, aunque gran parte de lo aprendido había resultado ser incorrecto.

Por fortuna, alguien estaba tapando la perspectiva del capitán Tilden y Vimes pudo devolver el libro grasiento al estante antes de decirle a Colon, que tenía las orejas rojas:

—Conque estudiando la teoría, ¿eh, Fred? Así me gusta. Pero lo que importa es la práctica.

Por fin se giró hacia la taquilla de Coates. El cabo segundo lo estaba mirando igual que un halcón.

La puerta llena de arañazos chirrió al abrirse. Todos los cuellos se estiraron para ver. Había una pila de viejos cuadernos, ropa de paisano y un saco pequeño que, al volcarlo en el suelo, resultó contener ropa sucia.

—¿Sorprendido? —dijo el cabo segundo.

Ni la mitad que tú, pensó Vimes. Le guiñó el ojo a Coates y se alejó.

—¿Puedo hablar con usted en su despacho, capitán?

—Sí, sargento, supongo que sí —dijo Tilden, mirando a su alrededor—. En fin...

Vimes dejó tiempo al hombre para que subiera la escalera antes de seguirle al interior de su despacho y cerrar con tacto la puerta.

—Dígame, sargento —dijo Tilden, sentándose pesadamente en su silla.

—¿Ha mirado usted bien en todas partes, señor? —preguntó Vimes.

—¡Pues claro, hombre!

—Quiero decir, señor, que tal vez la metiera en un cajón del escritorio... O tal vez en la caja fuerte...

—¡Por supuesto que no! A veces la pongo en la caja fuerte los fines de semana, pero estoy... seguro de que no lo hice anoche.

Vimes notó la sutil incertidumbre. Lo que estaba haciendo estaba mal, lo sabía. Tilden tenía casi setenta años. A esa edad, los hombres aprendían a considerar su memoria solo como una guía aproximada de los acontecimientos.

—Suele pasar, señor, que cuando un hombre ocupado tiene mucho a su cargo, es fácil que haga cosas que posteriormente se le vayan de la cabeza —dijo. Sé que a mí me pasa, añadió para sí. Soy capaz de dejar las llaves de casa en una habitación vacía y no encontrarlas treinta segundos más tarde—. Últimamente todos hemos estado bajo mucha presión —añadió, sabiendo que Tilden a menudo se quedaba dormido por la tarde hasta que Narizotas carraspeaba muy fuerte al otro lado de la puerta antes de entrar con su chocolate a la taza.

—Bueno, eso es cierto. —Tilden volvió unos ojos desesperados hacia él—. Todo este asunto del toque de queda. Es muy... preocupante. Me dejaría por ahí la cabeza si no la llevara clavada, ¿sí?

Se giró y miró la caja fuerte de color verde.

—Solamente hace un par de meses que la tengo —murmuró—. Supongo que... mire a otro lado, ¿quiere, sargento? Será mejor que salgamos de dudas...

Vimes le dio obedientemente la espalda. Hubo unos chasquidos, un chirrido y al momento una inspiración brusca.

Tilden se irguió, con la escribanía de plata en las manos.

—Me temo que he hecho el ridículo, sargento —dijo.

No, yo te he puesto en ridículo, pensó Vimes, deseando fervientemente no haberlo hecho. Había tenido intención de dejarla en la taquilla de Coates, pero luego no pude...

... no después de lo que encontré allí.

—¿Sabe qué podemos hacer, señor? Podemos decir que era una especie de prueba —propuso.

—¡Tengo por norma no decir mentiras, Keel! —dijo el capitán, pero añadió—: Agradezco la sugerencia, pese a todo. En todo caso, ya sé que no soy ningún chaval. Tal vez sea hora de jubilarse. —Suspiró—. Tengo que admitir que llevo tiempo planteándomelo.

—Oh, no diga esas cosas, señor —dijo Vimes, con mucha más jovialidad de la que realmente sentía—. No le imagino jubilándose.

—Sí, supongo que tengo que afrontar mis responsabilidades —murmuró Tilden, regresando a su mesa—. ¿Sabe, sargento, que algunos de los hombres creen que es usted un espía?

—¿De quién? —preguntó Vimes, comprendiendo que Narizotas suministraba al capitán algo más que chocolate a la taza.

—De lord Winder, supongo —dijo Tilden.

—Bueno, todos trabajamos para él, señor. Pero no entrego informes a nadie más que usted, si le sirve de algo.

Tilden levantó la vista hacia él y negó tristemente con la cabeza.

—Sea o no espía, Keel, no me importa decirle que algunas órdenes que hemos estado recibiendo últimamente no... no me parece que estén bien pensadas, ¿sí?

Le dedicó a Vimes una mirada severa, como desafiándolo a que sacara allí mismo las empulgueras al rojo vivo.

Vimes pudo ver cuánto le estaba costando al anciano admitir que el secuestro y la tortura y la conspiración para incriminar a ciudadanos honrados tal vez no fueran políticas aceptables en un gobierno. A Tilden no lo habían educado para que pensara así. Siempre había cabalgado bajo la bandera de Ankh-Morpork para combatir a los comequeso de Quirm, o a Johnny Klatchiano, o a cualquier enemigo elegido por sus superiores en la cadena de mando, sin dudar por un momento la justicia de la causa, porque aquella clase de pensamientos ralentizaba a los soldados.

Tilden había crecido convencido de que la gente de arriba tenía razón. Era por eso que estaban arriba. Carecía del vocabulario mental necesario para pensar como un traidor, porque únicamente los traidores pensaban así.

—Llevo demasiado poco tiempo aquí para opinar —dijo Vimes—. No sé cómo se hacen las cosas en esta ciudad.

—Ya no es como antes —murmuró Tilden.

—Lo que usted diga, señor.

—Narizotas dice que se orienta usted de maravilla, sargento. Para ser alguien que acaba de llegar a la ciudad.

Aquella era una frase que tenía un anzuelo al final, pero Tilden era un pescador sin experiencia.

—Todos los cuarteles vienen a ser iguales, señor —dijo Vimes—. Y claro, había venido antes de visita a la ciudad.

—Claro. Claro —se apresuró a decir Tilden—. Bueno... gracias, sargento. ¿Le importaría, ejem, explicárselo todo a los hombres? Se lo agradecería.

—Sí, señor. Por supuesto.

Vimes cerró la puerta con suavidad detrás de sí y bajó los escalones de dos en dos. Abajo, la brigada apenas se había movido. Dio unas palmadas como si fuera un maestro de escuela.

—¡Venga, venga, hay mucho por patrullar! ¡En marcha! ¡Usted no, sargento Knock.... quiero hablar con usted en el patio, por favor!

Vimes no se molestó en ver si el hombre lo seguía. Salió a la luz del sol de media tarde, se apoyó en el muro y esperó.

Diez años atrás, habría... corrección, diez años atrás, de haber estado sobrio, le habría enseñado a Knock quién mandaba allí por medio de una serie de puñetazos bien dirigidos. Y ciertamente esa era la costumbre en el presente. Las peleas entre agentes de la Guardia no habían sido infrecuentes en la época en que Vimes era agente raso. Pero no bastaría para el sargento Keel.

Knock salió, inflado de bravuconería furiosa y aterrada.

Cuando Vimes levantó la mano, el hombre hasta se encogió por instinto.

—¿Un puro? —ofreció Vimes.

—Ejem...

—Yo no bebo —dijo Vimes—. Pero no hay nada mejor que un buen puro.

—Yo... ejem... no fumo —murmuró Knock—. Mire, lo de esa escribanía...

—¿Sabes que el capitán la había metido en esa caja fuerte que tiene? —dijo Vimes, sonriente.

—¿Ah, sí?

—Y luego se había olvidado —dijo Vimes—. Nos pasará a todos, Winsborough. Se te empieza a ir la cabeza, y ya nunca estás del todo seguro de lo que has hecho.

Vimes mantuvo la sonrisa amistosa. Era tan efectiva como una lluvia de golpes. Además, había llamado a Knock por su nombre de pila correcto. El hombre nunca lo usaba en público, por miedo al pánico que podía causar.

—He pensado que te quedarías más tranquilo si te lo contaba —dijo Vimes.

El sargento Winsborough Knock cambió de postura, incómodo. No estaba seguro de si se había librado de algo o si había metido la pata más hasta el fondo en alguna otra cosa.

—Háblame del cabo segundo Coates —dijo Vimes.

Por un momento la cara de Knock fue una agonía de cálculos. A continuación adoptó su política habitual: cuando creas que hay lobos siguiéndote la pista, tira a alguien del trineo.

—¿Ned, señor? —dijo—. Trabaja duro, claro, hace su trabajo... pero es un poco fullero, entre usted y yo.

—¿En qué sentido? Y no hace falta que me llames señor, Winsborough. No aquí fuera.

—No le gusta pasar por el aro, no sé si me entiende. Se cree mejor que nadie. En ese sentido es un poco conflictivo.

—¿Abogado cuartelero?

—Algo de eso hay, sí.

—¿Simpatías rebeldes?

Knock levantó la vista con aire inocente.

—Es posible, señor. No me gustaría que le pasara nada malo al muchacho, desde luego.

Crees que soy un espía de los Inmencionables, pensó Vimes Y estás echando a Coates en mis garras. El otro día me estabas animando a que lo ascendiera. Mira que eres gusano.

—¿Vale la pena vigilarlo, pues? —preguntó en voz alta.

—Síseñor.

—Interesante —dijo Vimes, sabiendo que la palabra siempre preocupaba a los que sufrían de incertidumbre. Ciertamente dejó preocupado a Knock, y Vimes pensó: por los dioses, tal vez Vetinari se sienta así a todas horas...

—Algunos de nosotros, ejem, vamos al Tambor Roto cuando se acaba el turno —dijo Knock—. No cierra nunca. No sé si usted...

—No bebo —le recordó Vimes.

—Ah sí. Ya lo ha dicho —dijo Knock.

—Y ahora será mejor que recoja al joven Sam y me vaya de patrulla —dijo Vimes—. Me alegro de haber tenido esta pequeña charla contigo, Winsborough.

Se alejó dando zancadas, con cuidado de no mirar atrás. Sam seguía esperando en la oficina principal, pero fue absorbido por su estela cuando él pasó sin detenerse.

\* \* \*

—Caramba, ¿quién es la nena que está ahí arriba con el viejo Folly?

Los prefectos levantaron la vista. En la tarima que había al fondo del ruidoso salón, el doctor Follett, maestro de asesinos y director ex officio de la Escuela del Gremio, estaba enfrascado en animada conversación con, en efecto, una dama. El púrpura vivo de su vestido daba una nota de color a la inmensa sala, donde predominaba el negro, y la elegante blancura de su pelo resplandecía como un faro en la oscuridad.

Era un gremio de asesinos, al fin y al cabo. Había que ir de negro. La noche era negra y ellos también. El negro, además, tenía mucho estilo, y todo el mundo estaba de acuerdo en que un asesino sin estilo no era más que un matón arrogante muy bien pagado.

Todos los prefectos tenían más de dieciocho años, y por tanto se les permitía visitar partes de la ciudad que los chicos más pequeños en teoría ni siquiera sabían que existían. Ya no les salían granos cada vez que veían a una mujer. Ahora se les fruncían los ojos. La mayoría ya habían aprendido que el mundo era una ostra que se podía abrir con oro si el cuchillo no bastaba.

—Probablemente sea la madre de alguien —dijo uno de ellos.

—¿Quién será el afortunado?

—Yo sé quién es —dijo «Ludo» Ludorum, líder de la Casa de la Víbora—. Antes he oído a los maestros hablando de ella. Es madam Roberta Meserole. Ha comprado la vieja casa de la calle Tranquila. Cuentan que ganó una fortuna en Genua y que ahora se quiere instalar aquí. Parece ser que busca oportunidades de inversión.

—¿Madam? —dijo Downey—. ¿Es un título honorífico o su trabajo?

—¿En Genua? Puede ser ambas cosas —terció alguien, y todos rieron.

—Folly no para de servirle champán —dijo Downey—. Ya van por la tercera botella. ¿De qué pueden estar hablando esos dos?

—De política —dijo Ludo—. Todo el mundo sabe que Winder no va a portarse bien, así que al final nos tocará actuar a nosotros. Y Folly está molesto porque ya hemos perdido a tres hombres allí. Winder es bastante astuto. Hay guardias y soldados allí donde se mire.

—Winder es un gilipuertas —dijo Downey.

—Sí, Downey. Tú llamas gilipuertas a todo el mundo —dijo Ludo en tono tranquilo.

—Bueno, es que todo el mundo lo es.

Downey se volvió hacia la mesa, y un movimiento —o más bien una ausencia de movimiento— le llamó la atención. Cerca del otro extremo se sentaba un joven asesino que leía con un atril colocado frente a su plato. Estaba concentrado en la lectura, con un tenedor vacío a medio camino de la boca.

Haciéndoles un guiño a los demás, Downey eligió una manzana del cuenco que tenía delante, echó el brazo con sigilo hacia atrás y la lanzó con maliciosa puntería.

El tenedor se movió como la lengua de una serpiente y ensartó la manzana en pleno vuelo.

El lector pasó página. Luego, sin apartar la vista de la letra grabada, se llevó el tenedor con delicadeza a la boca y dio un bocado a la manzana.

El resto de la mesa volvió la mirada hacia Downey y hubo un par de risitas. Al joven se le arrugó el ceño. Fracasado el ataque directo, se veía obligado a recurrir al ingenio mordaz, que no poseía.

—Estás hecho un verdadero gilipuertas, Molestaperros —dijo.

—Sí, Downey —dijo llanamente el lector, sin apartar la vista de la página.

—¿Cuándo vas a aprobar algún examen decente, Molestaperros?

—De verdad que no sabría decirte, Downey.

—Nunca has matado a nadie, ¿verdad, Molestaperros?

—Probablemente no, Downey. —El lector pasó otra página.

Aquel ruidito enfureció todavía más a Downey.

—¿Qué es eso que estás leyendo? —le espetó—. Robertson, enséñame eso que está leyendo el Molestaperros, ¿quieres? Venga, pásamelo.

El chico que estaba sentado junto al que ahora llamaban Molestaperros le quitó el libro del atril y lo tiró al otro extremo de la mesa.

El lector suspiró y se reclinó en el respaldo mientras Downey pasaba las páginas sin interés.

—Vaya, mirad esto, chicos —dijo—. El Molestaperros está leyendo un libro con dibujos. —Lo sostuvo abierto—. Lo coloreaste tú mismo con tus pinturas y colorines, ¿verdad, Molestaperros?

El que antes leía levantó la vista hacia el techo.

—No, Downey. Lo coloreó a mano la señorita Emelia Jane, hermana de lord Winstanleigh Greville-Pipe, el autor, siguiendo las instrucciones de este. Lo dice el frontispicio, si te fijas.

—Y aquí hay un precioso dibujo de un tigre —insistió Downey—. ¿Por qué estás mirando dibujos, Molestaperros?

—Porque lord Winstanleigh tiene algunas teorías interesantes sobre el arte de ocultarse, Downey —respondió el lector.

—¿Qué? ¿Un tigre naranja y negro entre árboles verdes? —dijo Downey, pasando las páginas de malos modos—. ¿Un simio grande y rojo en una selva verde? ¿Una cebra blanca y negra en medio de la hierba amarilla? ¿Qué es esto, un manual de cómo no se hace?

Hubo una nueva ronda de risitas, pero esta vez eran forzadas. Downey tenía amigos porque era grande y rico, pero a veces resultaba embarazoso estar con él.

—De hecho, lord Winstanleigh también tiene un interesante argumento sobre los peligros de la intuición al...

—¿Este libro es del Gremio, Molestaperros? —exigió saber Downey.

—No, Downey. Fue grabado en privado hace unos años y yo logré encontrar un ejemplar en...

La mano de Downey salió disparada. El libro voló dando vueltas sobre sí mismo, haciendo que se dispersaran los chicos más jóvenes de una mesa vecina, y aterrizó al fondo de la chimenea. Los comensales de las mesas de la cabecera giraron la cabeza, pero enseguida volvieron indiferentes a sus asuntos. Las llamas se elevaron. Por un momento, el tigre se encendió en luz.

—Era un libro difícil de encontrar, ¿no? —preguntó Downey con una sonrisa.

—Creo que ya se le puede llamar inexistente —respondió el conocido como Molestaperros—. Era el único ejemplar que existía. Hasta las placas del grabador se fundieron.

—¿Nunca te enfadas por nada, Molestaperros?

—Oh, sí, Downey —dijo el lector. Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie—. Y ahora creo que me voy a ir temprano a la cama. —Saludó a los ocupantes de la mesa—. Buenas noches Downey, caballeros...

—Eres un gilipuertas, Vetinari.

—Lo que tú digas, Downey.

\* \* \*

Vimes pensaba mejor cuando tenía los pies en movimiento. La mera actividad lo calmaba y le agitaba los pensamientos hasta ordenarlos.

Aparte del toque de queda y de vigilar las puertas de la ciudad, la Guardia Nocturna no hacía gran cosa. Eso se debía en parte a que eran incompetentes y en parte a que nadie esperaba de ellos que fueran otra cosa. Caminaban por las calles, despacio, dándole a cualquier individuo peligroso el tiempo suficiente para marcharse con calma o fundirse en las sombras, y a continuación tocaban la campanilla para anunciarle a un mundo dormido, o por lo menos a un mundo que había estado dormido hasta entonces, el hecho de que, pese a las apariencias, todo estaba sereno. También cogían en sus redadas a los borrachos menos escandalosos y a los descarriados más dóciles.

¿Y creen que soy un espía de Winder?, pensó Vimes. ¿Que espío a la Guardia de la calle de la Mina de Melaza? Sería como espiar a la manteca.

Vimes se había negado en redondo a llevar campanilla. El joven Sam se había hecho con una más ligera, pero por deferencia a los deseos tajantemente expresados de Vimes, mantenía el badajo amortiguado con un trapo.

—¿Va a salir esta noche el carromato, sargento? —pregunto el joven Sam, mientras el crepúsculo iba dejando paso a la noche.

—Sí. Lo llevan Colon y Waddy.

—¿Y van a llevar gente a la calle Cable?

—No —dijo Vimes—. Les he dicho que los lleven a todos a la Casa de la Guardia y que Narizotas los multe con medio dólar y les tome el nombre y la dirección. A lo mejor luego hacemos una rifa.

—Nos vamos a meter en líos, sargento.

—El toque de queda es solo para asustar a la gente. No quiere decir gran cosa.

—Mi madre dice que no tardará en haber problemas —dijo Sam—. Lo ha oído en la pescadería. Todo el mundo dice que Espasmo va a acabar en palacio. El sí que escucha al pueblo. —Sí, claro —dijo Vimes. Y yo escucho los truenos. Pero no hago nada al respecto.

—Mi madre dice que todo el mundo tendrá voz en la ciudad cuando Espasmo sea patricio —continuó Sam.

—Tú no levantes la voz, hijo.

—Llegará un día en que las masas furiosas se alzarán y arrojarán al suelo sus grilleras, dice el pescadero —añadió Sam.

Si yo fuera de verdad un espía de Swing, ese pescadero acabaría destripado, pensó Vimes. Siempre fue un poco revolucionaria, mi madre.

Se preguntó si sería mínimamente posible darle a aquel idiota algunas lecciones de política básica. Era el sueño de siempre, ¿verdad? «Ojalá hubiera sabido entonces lo que sé ahora.» Pero cuando te haces mayor descubres que el tú de ahora no es el tú de antaño. El tú de antaño era un capullo. El tú de antaño era lo que tenías que ser para emprender el camino pedregoso que te llevaría a ser el tú de ahora, y una de las zonas con baches del camino era ser un capullo.

Un sueño mucho mejor, con el que podrías dormir más a pierna suelta, sería no saber ahora lo que no sabías entonces.

—¿A qué se dedica tu padre? —preguntó, como si no lo supiera.

—Murió hace mucho tiempo, sargento —dijo Sam—. Cuando yo era pequeño. Lo atropelló un carro cuando estaba cruzando la calle, me dijo mi madre.

Y menuda mentirosa de campeonato era.

—Lamento oírlo —dijo Vimes.

—Esto... mi madre dice que está usted invitado a merendar una tarde, por eso de que está usted solo en una ciudad extraña, sargento.

—¿Te gustaría que te diera otro consejo, chaval? —dijo Vimes.

—Sí, sargento, estoy aprendiendo mucho.

—Los guardias interinos no invitan a sus sargentos a merendar en casa. No me preguntes por qué. Simplemente es una de esas cosas que no pasan.

—No conoce usted a mi madre, sargento.

Vimes carraspeó.

—Las madres son madres, guardia interino. No les gusta ver cómo los hombres se las apañan solos, no vaya a ser que algo así se ponga de moda.

Además, sé que lleva los últimos diez años allá arriba en Dioses Menores. Prefiero poner una mano en la mesa y darle el martillo a Swing que recorrer hoy la calle Cockbill.

—Bueno —dijo Sam—, dice que le va a preparar pudín preocupado, sargento. A mi madre le sale un pudín preocupado estupendo.

El mejor, pensó Vimes, con la mirada perdida. Oh, dioses. El mejor de todos. Nadie lo ha hecho nunca mejor.

—Sería... muy amable de su parte —consiguió decir.

—Sargento —dijo Sam al cabo de un rato—. ¿Por qué estamos patrullando por la calle Mórfica? No es nuestra ronda.

—He cambiado rondas. Debería ver cuanta más ciudad mejor.

—No hay mucho que ver en la calle Mórfica, sargento.

Vimes miró hacia las sombras.

—Bueno, no sé —dijo—. Es asombroso lo que puede ver uno si se concentra. —Tiró de Sam para meterlo en un portal—. Habla en susurros, chaval —ordenó—. Ahora mira esa casa de ahí delante, en la otra acera. ¿Ves ese portal que tiene una sombra más oscura?

—Sí, sargento —susurró Sam.

—¿Por qué crees que es tan oscura la sombra?

—No sé, sargento.

—Porque dentro hay alguien que va de negro, por eso. Así que vamos a seguir caminando un poco más y luego daremos media vuelta y doblaremos la esquina. Nos volvemos a la Casa de la Guardia como buenos chicos porque se nos está enfriando el chocolate, ¿entiendes?

—Sí, sargento.

Doblaron la esquina con paso tranquilo y Vimes esperó a que se hubieran alejado lo bastante por la calle para que el sonido de sus pasos se desvaneciera con naturalidad.

—Vale, ya estamos bastante lejos —dijo.

Había que reconocérselo a Sam, pensó Vimes, sabía estar perfectamente quieto. Ahora también tenía que enseñarle a desenfocarse, para que pudiera casi desaparecer del mundo visible en un día nublado. ¿Aquello se lo había enseñado Keel? Después de cierta edad, estaba claro que los recuerdos no eran de fiar...

Los relojes de la ciudad tocaron los tres cuartos.

—¿A qué hora es el toque de queda? —susurró Vimes.

—A las nueve en punto, sargento.

—Ya casi debe de ser esa hora —dijo Vimes.

—No, acaban de dar las nueve menos cuarto, sargento.

—Bueno, me va a costar unos minutos volver. Quiero que me sigas a escondidas y esperes en la esquina. Cuando la cosa empiece, vienes corriendo y te pones a tocar esa campanilla tuya.

—¿Cuando empiece qué, sargento? ¿Sargento?

Pero Vimes ya se estaba alejando sin hacer ruido por la calle. Tomó nota de darle un dólar de propina a Narizotas. Aquellas botas eran como guantes para pies.

En el cruce de calles chisporroteaban las antorchas, destruyendo la visión nocturna de todo el que mirara en aquella dirección. Vimes rodeó con pasos suaves su penumbra oscura y se deslizó junto a los edificios del otro lado hasta llegar a la altura de la puerta. Entonces saltó al centro del umbral y gritó:

—¡Te pillé, colega!

—¡...! —dijo la sombra.

—¡Y ese lenguaje es ofensivo, señor, como del que no quiero que oiga mi joven guardia interino!

Detrás de él oyó que el guardia interino Vimes llegaba a la carrera, haciendo sonar su campanilla como un loco y gritando:

—¡Son las nueve en punto y todo no está nada sereno en absoluto!

Y también hubo otros ruidos, los que Vimes había estado esperando entreoír, de portazos y pasos distantes que se alejaban a la carrera.

—¡Jodido idiota! —dijo la figura de negro en pleno forcejeo—. ¡A qué demonios estás jugando! —Empujó a Vimes, que pese a todo lo agarró más fuerte.

—Eso, señor, es asalto a un agente de la Guardia —dijo Vimes.

—¡Yo también soy un agente de la Guardia, maldito pies planos! ¡De la calle Cable!

—¿Y dónde tiene el uniforme?

—¡No llevamos uniforme!

—¿Y dónde está su placa?

—¡Tampoco llevamos placa!

—Pues a ver por qué no me ha de dar que es un vulgar ladrón, señor. Estaba controlando esa casa de ahí —dijo Vimes, feliz en su rol de poli grande y tonto pero horriblemente inquebrantable—. Le hemos visto bien visto.

—¡Iba a haber una reunión de anarquistas peligrosos!

—¿Cuál religión es esa, señor? —Vimes dio unos golpecitos al cinturón del hombre—. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Una daga muy fea. ¿Ve esto, guardia interino Vimes? ¡Un arma, no hay ninguna duda! Eso va contra la ley. ¡Y la lleva de noche, que aún va más contra la ley! ¡Y es un arma oculta!

—¿Cómo que oculta? —gritó el prisionero, retorciéndose—. ¡Qué mala sangre, si estaba en una puta vaina!

—Sangre, ¿eh? ¿Ya la ha usado entonces, señor? —dijo Vimes. Metió una mano en el bolsillo del abrigo negro—. Y... ¿qué es esto? Un rollito de terciopelo negro donde hay, me da a mí, un juego completo de ganzúas... Eso es Ir Equipado Para el Allanamiento, nada menos.

—¡No son mías y lo sabes muy bien! —gruñó el hombre.

—¿Está seguro, señor? —dijo Vimes.

—¡Sí! Porque las mías las llevo en el bolsillo interior, cabronazo.

—Eso es Usar Lenguaje susceptible de causar un Altercado —replicó Vimes.

—¿Eh? ¡Si habéis ahuyentado a todo el mundo, idiotas! ¿Quién se va a ofender?

—Bueno, puede que yo. Seguro que no le interesa que pase eso, señor.

—Eres ese sargento estúpido del que nos han hablado, ¿verdad? —gruñó el hombre—. Demasiado corto para enterarse de nada, ¿verdad? Bueno, pues ahora te vas a enterar, amigo...

Se soltó de Vimes retorciéndose y entonces se oyeron un par de ruidos metálicos de algo que deslizaba en la penumbra. Cuchillas de muñeca, pensó Vimes. Hasta los asesinos las consideran armas de idiotas.

Dio un par de pasos atrás mientras el hombre danzaba hacia él, cortando el aire con ambas cuchillas.

—¿No se te ocurre ninguna respuesta idiota para esto, eh, madero?

Para su horror, Vimes vio, detrás del hombre, la silueta de Sam levantando su campanilla muy despacio.

—¡No le pegues! —gritó, y luego lanzó la bota hacia delante mientras el hombre giraba la cabeza—. Si vas a pelear, pelea —dijo, mientras el hombre se desplomaba hacia delante—. Y si vas a hablar, habla. No intentes pelear y hablar a la vez. Y ahora mismo, te advierto que no te conviene ninguna de ambas cosas.

—Lo podría haber tumbado fácilmente, sargento —se quejó Sam, mientras Vimes sacaba sus esposas y se arrodillaba—. Le podría haber dejado redondo como una pelota.

—Las heridas en la cabeza pueden ser fatales, guardia interino. Nosotros servimos al interés público.

—¡Pero si le ha dado una patada en sus partes, sargento!

Porque no quiero que vayan a por ti, pensó Vimes mientras le apretaba las esposas. Eso quiere decir que no puedes darle a uno en toda la cabeza con la campana. Tú te quedas haciendo de compinche pardillo, en segundo plano. Así tú sobrevives, y así tal vez yo también.

—No tienes por qué pelear como el otro quiere que pelees —dijo, poniéndose el Inmencionable contra un hombro—. Echame una mano... aaaaarriba. Vale, lo tengo. Ve tú delante.

—¿Volvemos al cuartel? —dijo Sam—. Va a arrestar a un Inmencionable?

—Sí. Espero que de camino nos encontremos a algunos de los nuestros. Que esto te sirva de lección, chaval. No hay norma que valga. No cuando alguien te saca un cuchillo. Hay que tumbarlo, sin montar escándalo a ser posible y sin hacerle mucho daño a ser posible, pero hay que tumbarlo. Si te viene con un cuchillo, le das con la porra en el brazo. Si te viene con las manos desnudas, usas la rodilla o la bota o el casco. Tu trabajo es velar por la paz. Tienes que pacificar la situación tan deprisa como puedas.

—Sí, señor. Pero va a haber problemas, sargento.

—Detención limpia. Hasta los polis tienen que obedecer la ley, por poca que haya...

—Sí, sargento, pero quiero decir que va a haber problemas ahora mismo, sargento.

Se habían acercado al final de la calle y allí les esperaba un grupo de figuras. Parecían hombres con intenciones claras; había algo en su postura, en la forma en que estaban plantados en la calle, y, por supuesto, el esporádico destello de luz al reflejarse en un arma también daba alguna pista. Hubo chasquidos de tapas metálicas al abrirse unas linternas oscuras.

Pues claro que no iba a haber uno solo, se regañó a sí mismo Vimes. El trabajo de este no era más que vigilar hasta que hubieran llegado todos. Y después regresar tranquilamente y llamar a la artillería. Deben de ser una docena. Nos van a hacer potito.

—¿Qué vamo[[7]](#footnote-7)s a hacer, sargento? —susurró Sam.

—Toca la campanilla.

—¡Pero si ya nos han visto!

—Que toques la maldita campanilla, ¿quieres? ¡Y sigue andando! ¡Y no dejes de tocarla!

Ahora los Inmencionables se desplegaron, y mientras Vimes se les acercaba con paso lento y pesado, vio que varias figuras a ambos costados se escabullían por detrás de él. Entonces así era como lo harían. Actuarían como los atracadores de la avenida Pastelito, charlando en tono amable y amistoso mientras sus ojos decían: eh, ya sabes que tienes detrás a nuestros colegas y nosotros sabemos que lo sabes y es divertido mirar cómo intentas fingir que esto es solo una conversación civilizada cuando sabes que en cualquier momento te vas a llevar una buena en los riñones. Notamos tu dolor. Y nos gusta...

Dejó de caminar. Era eso o chocar con alguien. Y por toda la calle se fueron abriendo puertas y ventanas a medida que el repiqueteo de la campanilla iba despertando al vecindario.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, excelencia —dijo una voz que no pertenecía a la historia—. Es agradable ver a un viejo amigo, ¿eh?

Vimes gimió. Acababa de pasar lo peor que podía pasar.

—¿Carcer?

—Sargento Carcer, si te da igual. Tiene gracia cómo es la vida, ¿eh? Resulta que tengo madera de guardia, ja ja. Me han dado un traje nuevo y una espada y veinticinco dólares al mes, así, por las buenas. Muchachos, este es el hombre del que os hablé.

—¿Por qué lo llama excelencia, sarge? —peguntó uno de los hombres que estaban en las sombras.

La mirada de Carcer no se apartó de la cara de Vimes.

—Es una broma. De donde venimos, todo el mundo lo llamaba Duque —aclaró. Vimes vio que se metía una mano en un bolsillo. La sacó sosteniendo algo que brillaba como el latón—. Era una especie de apodo, ¿eh... Duque? Dile al chaval que deje de tocar la maldita campanilla, ¿quieres?

—Déjelo, guardia interino —murmuró Vimes. En cualquier caso, el ruido ya había hecho su efecto. Ahora aquel pequeño retablo tenía un público silencioso. No es que a Carcer le fuera a importar lo más mínimo que hubiera público. Estaría encantado de coserte a puñaladas en medio de un estadio abarrotado y luego mirar a su alrededor y decir: «¿Quién, yo?». Pero los hombres que tenía detrás se habían puesto nerviosos, como cucarachas que se preguntan cuándo se encenderá la luz.

—No te preocupes, Duque —dijo Carcer, metiendo los dedos en la nudillera de latón—. Ya les he hablado a los chicos de ti y de mí. De que, ja ja, nos conocemos de hace mucho y todo eso, ja ja.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes. No era una réplica para tirar cohetes, pero era obvio que Carcer quería hablar—. ¿Y cómo has llegado a sargento, Carcer?

—Me enteré de que estaban buscando polis con ideas nuevas —dijo Carcer—. Y ese amable capitán Swing en persona habló conmigo y me dijo que no tenía duda de que yo era un hombre honrado que había tenido mala suerte en la vida. Me midió, con sus calibradores y sus reglas y su jometría, y dijo que aquello demostraba que yo no era un criminal. Que todo era culpa de mi entorno, dijo.

—¿Cómo? ¿Te refieres a todos esos cadáveres que había por dondequiera que pasaras?

—Muy gracioso, Duque, ja ja.

—Y tú tenías ideas nuevas, ¿verdad?

—Bueno, ha habido una que le ha gustado —respondió Carcer, frunciendo los ojos—. Resulta que no se sabía el truco de la cerveza de jengibre.

El truco de la cerveza de jengibre. Bueno, aquello sí era la gota que colmaba el vaso. Habían pasado generaciones y generaciones de torturadores sin que descubrieran el truco de la cerveza de jengibre, y Carcer iba y se lo revelaba a un maníaco evidente como el capitán Swing.

—El truco de la cerveza de jengibre —dijo Vimes—. Bien hecho, Carcer. Eres exactamente lo que Swing estaba buscando. El hijo de puta absoluto.

Carcer sonrió como si acabara de ganar un pequeño premio.

—Sí, ya les he contado cómo la tomaste conmigo por robar una hogaza de pan.

—Venga ya, Carcer —dijo Vimes—. Tú no eres así. No has robado una hogaza de pan en tu vida. Asesinar al panadero y robar la panadería, eso sería más tu estilo.

—Es para mondarse, ¿eh? —dijo Carcer, guiñándoles el ojo a sus hombres y señalando a Vimes con la cabeza. Luego, con un solo movimiento, giró y le dio un puñetazo en el estómago al hombre que tenía al lado.

—A mi no se me llama sarge —siseó—. Es sargento, ¿entendido?

Desde el suelo, el hombre gimió.

—Me tomaré eso como un sí, pues, ja ja —dijo Carcer, devolviendo la nudillera de latón al bolsillo—. La cuestión ahora... Duque... es que ese tipo que tienes ahí es uno de mis hombres, así que ¿por qué no me lo devuelves y nos olvidamos del asunto?

—¿Qué está pasando, sargento?

La voz venía de bastante detrás de Vimes. Miró hacia allí. Eran Peluquín y Scutts. Tenían aspecto de haber llegado corriendo pero estaban fingiendo ahora un contoneo despreocupado. Se estaba volviendo menos despreocupado y considerablemente menos contoneante a medida que veían más Inmencionables. Tocar la campanilla frenéticamente. Eso era lo que usaban siempre. Todos los guardias que la oían acudían rápido, porque significaba que había un Agente En Apuros.

Por supuesto, no quería decir necesariamente que lo fueran a ayudar a salir del apuro, a menos que llevaran las de ganar. Se trataba de la antigua Guardia Nocturna, al fin y al cabo. Pero por lo menos lo sacaban del río o lo descolgaban y se encargaban de darle un entierro decente.

Se oyó un murmullo que se acercaba por la calle y la traqueteante mole del carro de remolones dobló el recodo, con Fred Colon a las riendas y el agente Waddy agarrado a la parte de atrás. Vimes oyó que gritaban:

—¿Qué pasa ahí, Bill?

—Son Keel y Vimesito —les respondió Peluquín a viva voz—. ¡Daos prisa!

Vimes intentó evitar la mirada de Carcer, intentó aparentar que no había pasado nada, intentó fingir que el mundo no acababa de partirse por la mitad para dejar paso a los vientos fríos del infinito. Pero Carcer era listo.

Echó un vistazo a Vimes y luego miró a Sam.

—¿Vimesito? ¿Te llamas Sam Vimes, amigo?

—No pienso decir nada —declaró con rotundidad el guardia interino Vimes.

—Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya —dijo Carcer, feliz—. Esto sí que es una presentación bien hecha, ¿eh? Le da a uno qué pensar, eso está clarísimo, ja ja.

Se oyó un crujido al detenerse el carro de remolones. Carcer alzó los ojos hacia la cara redonda y pálida del cabo Colon.

—Usted siga con sus asuntos, cabo —dijo Carcer—. Márchese ya mismo.

Colon tragó saliva. Vimes vio que su nuez de Adán se bamboleaba en un intento de esconderse.

—Esto... hemos oído la campanilla —comentó.

—Nos hemos puesto un poco nerviosos, nada más —dijo Carcer—. Nada de que haya que preocuparse. Estamos entre polis, ¿verdad? No me gustaría que hubiera problemas. Ha habido un pequeño malentendido, y ya está. El sargento Keel estaba a punto de entregarme a mi amigo, ¿verdad, sargento? Sin rencores, ¿eh? Lo que ha pasado es que has tropezado por casualidad con una de nuestras pequeñas operaciones. Es mejor no hablar de ello. Tú entrégamelo y lo dejaremos estar.

Todas las cabezas se volvieron hacia Vimes.

Lo sensato sería entregar al hombre. Él lo sabía. Y entonces —probablemente— Carcer se marcharía, y Vimes quería a aquel hombre tan lejos del joven Sam como le fuera posible.

Pero Carcer regresaría. Oh, sí. Las cosas como Carcer siempre regresaban, sobre todo cuando creían haber encontrado un punto débil.

Y aquello no era lo peor. Lo peor era que Vimes había cambiado las cosas.

La conspiración de la calle Mórfica había tenido lugar. Los Inmencionables habían hecho una redada. Había habido varios muertos pero los demás habían escapado, y a continuación habían venido unos cuantos días de horrible confusión y todo había terminado cuando...

Pero aquella noche el joven Sam Vimes no había estado ni cerca de la calle Mórfica. Keel le había estado enseñando a preguntar de puerta en puerta al otro lado de las Sombras.

Pero tú has querido ser listo, Duque. Has querido poner un palo en la rueda y repartir alguna colleja, ¿verdad que sí?

Y ahora Carcer también está en el ajo y tú estás fuera de los libros de historia y viajando sin mapa...

Carcer no se borraba de la cara su sonrisa risueña. En aquel momento, lo que más deseaba Vimes en el mundo era ver cómo desaparecía aquella sonrisa.

—Bueno, ojalá pudiera hacerte el favor, sarge —dijo—. De verdad. Pero ahora ya lo he trincado, así que tengo que llevármelo a mis celdas y hacer el papeleo. Es muy posible que nos pueda ayudar en nuestras indagaciones sobre una serie de crímenes sin resolver.

—¿Como por ejemplo? —quiso saber Carcer.

—No sé —replicó Vimes—. Dependerá de lo que tengamos. Nos lo bajaremos a las celdas, le daremos una taza de té, charlaremos con él sobre esto y aquello... tú ya sabes como va. Los hombres se ponen muy habladores después de una taza de té. O de la bebida carbonatada de su elección, claro.

Se oyeron risitas entre los miembros de la Guardia Nocturna, aunque Vimes confiaba en que ninguno de ellos supiera lo que quería decir la última frase.

La sonrisa de Carcer se disolvió.

—Te he dicho que es uno de mis hombres, en misión oficial, y soy sargento —dijo.

—Y yo soy sargento mayor y yo le digo que se lo entregaremos en la Casa de la Guardia, sargento Carcer. De manera oficial.

Carcer señaló con la cabeza al guardia interino, con un movimiento tan sutil que solo Vimes lo vio. Y bajó la voz.

—Pero de repente yo tengo todos los ases, Duque —dijo.

—Pero de repente yo no estoy jugando a las cartas, Carcer. A ver, podemos tener una bronca aquí y ahora y, ¿sabes?, no estoy seguro de quién la ganaría. Pero me juego la cabeza a que mañana no serías sargento. Y si crees que tienes todos los ases, te puedes permitir subir la apuesta.

Carcer se lo quedó mirando un momento. Luego guiñó el ojo y se volvió a medias.

—Ya os he dicho que era la monda, ¿eh? —le dijo a la multitud. Dio a Vimes un codazo de complicidad en las costillas—. ¡Siempre compitiendo! Muy bien, sargento... mayor, lo haremos a tu manera... Hay que daros algo que hacer a los maderos, ja ja, ¿verdad? Mandaré a un par de muchachos a buscarlo dentro de una hora más o menos.

Eso mismo, dame tiempo para angustiarme pensando si dejaré de existir de golpe en caso de que degüelles al chaval, pensó Vimes. El problema es que sí que estoy angustiado.

Se irguió y le hizo señas al carro de remolones.

—Yo y mis muchachos nos lo llevaremos todos juntos —dijo—. Es nuestro descanso para la taza de chocolate, ¿saben? Échame una mano para subirlo, Waddy. ¿Traes más pasajeros, Fred?

—Solamente a un borracho, sargento. Lo ha estado vomitando todo.

—Muy bien. Pondremos al prisionero atrás y nosotros nos subiremos todos a la parte de fuera. —Vimes saludó con la cabeza a Carcer—. Estoy seguro de que nos volveremos a ver pronto, sargento.

—Sí —dijo Carcer, y volvió a poner aquella sonrisa de diablillo—. Y tú haz el favor de cuidar de ti mismo, ¿me oyes?

Vimes saltó a un lateral del carromato que pasaba traqueteando y ni siquiera miró atrás. Por lo menos eso había que reconocérselo a Carcer: no te disparaba por la espalda si le parecía que tenía la posibilidad razonable de degollarte pronto.

Al cabo de un rato, el agente Peluquín, que iba agarrado a su lado en el carromato bamboleante, preguntó:

—¿Qué ha pasado ahí, sargento? ¿Conocía a ese tipo?

—Sí, ha matado a dos polis. A uno que intentó detenerle y a otro que estaba fuera de servicio y comiéndose un pastel. También ha matado a otras personas.

—¡Pero si es guardia!

—Swing le ha dado trabajo, Peluquín.

De pronto se oía el traqueteo de las ruedas mucho más alto. Todos los demás agentes estaban escuchando muy atentamente.

—¿Llevas mucho tiempo en la Guardia, agente? —preguntó de repente Vimes.

—Dos años, sargento —dijo Peluquín—. Antes era porteador de fruta en el mercado, pero tengo problemas de espalda y me resfrío enseguida con el frío que hace por las mañanas.

—Yo no he oído nada de guardias muertos —dijo el guardia interino Vimes.

—No fue aquí, hijo. Pasó muy lejos.

—¿Y usted estaba allí?

—Eran polis que yo conocía, sí.

El estado de ánimo en el carromato volvió a cambiar. No se oyó ningún ruido obvio procedente de los agentes, pero sobre el carromato flotó la palabra: «Ajá...».

—Entonces, ¿llegó usted aquí siguiéndole el rastro? —dijo Peluquín.

—Algo parecido.

—A nosotros nos dijeron que venía de Pseudópolis, sargento —dijo Sam.

—Vengo de un montón de sitios.

—¡Uau! —exclamó Sam.

—¿El tipo mató a un poli que se estaba comiendo un pastel? —dijo Fred Colon, desde el pescante.

—Sí.

—¡Menudo cabrón! ¿Qué clase de pastel era?

—Los testigos no lo dijeron —mintió Vimes. Estaban en el antiguo Ankh-Morpork. En esta época los enanos eran una pequeñísima minoría que mantenía la cabeza gacha... bueno, más gacha de lo normal. Ciertamente no había puestos de veinticuatro horas vendiendo pastel de rata.

Peluquín tenía algo en mente.

—Van a venir a buscar a ese tipo que usted ha prendido —dijo.

—¿Quieres el resto de la noche libre, agente? —dijo Vimes.

Se oyeron risas nerviosas procedentes del resto de la patrulla. Pobres diablos, pensó Vimes. Os alistasteis porque el sueldo era bueno y no había que levantar cosas pesadas y de pronto la cosa va y se pone difícil.

—¿De qué va a acusar a nuestro hombre, sargento? —preguntó Sam.

—De intento de asalto a un guardia. Ya has visto los cuchillos.

—También es verdad que usted le ha dado una patada.

—Sí, me había olvidado. Lo trincaremos también por resistirse a la detención.

Se oyeron más risas. Los que creemos que vamos a morir nos reiremos de lo que sea.

Menuda panda. Os conozco bien, caballeros. Trabajáis de esto por la vida tranquila y la pensión, nunca os dais mucha prisa por si acaso el peligro todavía está allí cuando llegáis, y lo peor que habéis esperado afrontar nunca es un borracho escandaloso o una vaca particularmente tozuda. La mayoría de vosotros ni siquiera sois guardias, no os lo creéis. En el mar de la aventura, sois peces de fondo.

Y ahora es la guerra... y vosotros estáis en medio. Ni en un lado ni en el otro. Sois la estúpida pandilla de maderos. Ni siquiera merecéis desprecio. Pero creedme, chicos... os vais a levantar.

\* \* \*

Durante un par de minutos después de que la calle Mórfica quedara en silencio, no se movió nada y no pasó nada.

Luego apareció un carruaje doblando la esquina. Un carruaje particularmente elegante, tirado por dos caballos. Sus fanales eran antorchas, y con cada rebote del carruaje contra los adoquines el zigzag de las llamas parecía dejar una breve estela en el aire y soltaba un poco de humo.

Por lo poco que las llamas revelaban, daba la impresión Si que el carruaje estaba remozado con librea púrpura. También parecía ir bastante cargado.

Se detuvo frente al portal contiguo a aquel en que Vimes había llevado a cabo su detención. Vimes, que se tenía a sí mismo experto en ser una sombra, se habría quedado sorprendido de ver cómo dos figuras oscuras salían de la tiniebla del portal hacía la luz de la antorchas.

La puerta del carruaje se abrió.

—Extrañas noticias, amable dama —dijo una de las sombras.

—Muy extrañas noticias, dulzura —señaló la otra sombra.

Y se subieron al carruaje, que se alejó a toda velocidad.

\* \* \*

A Vimes lo dejó impresionado la forma en que los hombres reaccionaron al llegar a la Casa de la Guardia, sin recibir una sola orden suya. Peluquín y Scutts se bajaron de un salto en cuanto el carromato llegó al patio y cerraron los portones con esfuerzo.

Dentro, Colon y Waddy se dedicaron a cerrar los postigos. Waddy fue a la armería y volvió trayendo en brazos un montón de ballestas. Todo se hizo con rapidez y, teniendo en cuenta quiénes eran los hombres implicados, con precisión.

Vimes le dio un codazo a su yo más joven.

—Prepara el chocolate, ¿quieres, chaval? —dijo—. No me quiero perder el espectáculo.

Se sentó a su mesa y puso los pies encima mientras Colon cerraba con llave la puerta y Waddy pasaba la tranca.

Esto está pasando, pensó, pero no pasó la otra vez. No exactamente así. Esta vez, la banda de la calle Mórfica se había ido por patas. Nadie les había tendido una emboscada en plena reunión. No había habido pelea. Ver a tantos guardias los debía de haber dejado rígidos de miedo. Al fin y al cabo tampoco eran gran cosa: simples gritones de eslóganes y holgazanes y gente que se apuntaba a todo, la muchedumbre que se amontonaba detrás del pobre zángano que hacía de portavoz y gritaba «¡Eso es!», y luego se escabullía por un callejón cuando la ley se ponía seria. Pero algunos habían muerto en la emboscada, y otros habían plantado batalla, y, como siempre, una cosa había llevado a la otra. Salvo que esta vez no había habido emboscada, porque un sargento sin dos dedos de frente había armado demasiado jaleo.

Dos presentes distintos. Un pasado y un futuro...

No sé qué va a pasar a continuación...

Aunque me lo imagino bastante bien, maldita sea.

—Así me gusta, muchachos —dijo, poniéndose de pie—. Vosotros terminad de atraparnos aquí dentro y yo iré a contarle al viejo lo que pasa.

Oyó los murmullos desconcertados detrás de su espalda mientras subía por la escalera.

El capitán Tilden estaba sentado a su mesa, mirando fijamente la pared. Vimes carraspeó fuerte e hizo el saludo reglamentario.

—He tenido un pequeño... —empezó a decir, y Tilden giró hacia él una cara del color de la ceniza. Parecía que hubiera visto un fantasma, y que lo hubiera visto en el espejo.

—¿Usted también ha oído la noticia?

—¿Señor?

—Lo del disturbio en Hermanas Dolly —dijo Tilden—. Solamente hace un par de horas.

Estoy demasiado cerca, pensó Vimes mientras asimilaba aquellas palabras. Todo aquello no eran más que nombres, todo daba la impresión de estar pasando al mismo tiempo. Hermanas Dolly, claro. Por allí arriba estaban muy encendidos los ánimos...

—El teniente de la Guardia Diurna ha pedido apoyo a un regimiento —dijo Tilden—. Y estaba plenamente autorizado para hacerlo. Por supuesto.

—¿A cuál? —preguntó Vimes, por pura apariencia. Al fin y al cabo, el nombre figuraba en los libros de historia.

—Los Dragones Medios de lord Venturi, sargento. Mi antiguo regimiento.

Así es, pensó Vimes. Y la caballería está entrenadísima para el control de multitudes civiles. Lo sabe todo el mundo.

—Y, ejem, ha habido algunas, ejem, muertes accidentales...

A Vimes le dio lástima el hombre. La verdad era que nunca se demostró que alguien hubiera recibido orden de arrollar a la gente, pero ¿acaso importaba? Con los caballos empujando, y la gente atrapada allí por la presión de quienes tenían detrás... era demasiado fácil que algún niño pequeño se soltara de una mano...

—Pero para ser justos, la gente ha lanzado proyectiles a los oficiales y un soldado está gravemente herido —dijo Tilden, como si estuviera leyendo las palabras de una tarjeta.

¿Y eso lo justifica todo?, pensó Vimes.

—¿Qué clase de proyectiles, señor?

—Fruta, tengo entendido. Aunque puede que también hubiera algunas piedras. —Vimes se dio cuenta de que a Tilden le temblaba la mano—. El disturbio ha sido por el precio del pan, tengo entendido.

No. La protesta había sido por el precio del pan, dijo la voz interior de Vimes. El disturbio es lo que pasa cuando tienes a una muchedumbre presa del pánico y atrapada entre unos idiotas que van a caballo y otros idiotas que gritan «¡Eso es!» y empujan hacia delante, y todo ello bajo el mando de un idiota asesorado por un maníaco con una regla de acero.

—La sensación que se tiene en palacio —dijo Tilden lentamente— es que es posible que los elementos revolucionarios ataquen las Casas de la Guardia.

—¿En serio, señor? ¿Por qué?

—Es la clase de cosas que suelen hacer —dijo Tilden.

—De hecho, señor, los hombres ya están cerrando los postigos y...

—Haga lo que considere necesario, sargento —dijo Tilden, y a continuación blandió una carta escrita con letra apresurada—. Nos mandan recado de que seamos escrupulosos con las regulaciones del toque de queda. Está subrayado.

Vimes hizo una pausa antes de responder. Se había mordido la lengua para no dar la primera respuesta que le había venido a la cabeza. Se conformó con decir «Muy bien, señor» y se marchó.

El hombre no era mal tipo, él lo sabía; le tenía que haber afectado mucho la noticia para dar una orden tan estúpida y peligrosa. «Haga lo que considere necesario.» Le das una orden así a alguien con propensión a montar en pánico cuando ve a un puñado de gente agitando los puños y acaba con la Masacre de Hermanas Dolly.

Volvió a bajar la escalera. La brigada estaba esperando con aire nervioso.

—¿El prisionero está en las celdas? —preguntó Vimes.

El cabo Colon asintió con la cabeza.

—Síseñor. Sargento, dice Narizotas que en Hermanas Dolly...

—Lo sé. A ver, esto es lo que creo que hay que hacer. Abrid los postigos, desatrancad la puerta, dejadla abierta y encended todas las lámparas. ¿Por qué no está encendida la luz azul de encima de la puerta?

—No lo sé, sargento. ¿Pero qué pasa si...?

—La quiero encendida, cabo. Y luego tú y Waddy salís a montar guardia fuera, donde se os vea bien. Sois chicos de por aquí y tenéis pinta de simpáticos. Llevad las campanillas, pero, y quiero dejar esto muy claro, nada de espadas, ¿de acuerdo?

—¿Nada de espadas? —estalló Colon—. ¿Pero qué pasa si aparece una jodida multitud furiosa por la esquina y no estoy armado?

Vimes lo alcanzó de un par de zancadas rápidas y acercó su nariz a la del cabo.

—Y si tienes una espada, ¿qué harás? ¿Eh? ¿Contra una jodida multitud furiosa? ¿Qué es lo que quieres que vean al llegar? Porque lo que yo quiero que vean es a Gordito Colon, un upo honrado, no demasiado listo, a su padre lo conocía yo, y también al viejo Waddy, que bebe en mi pub. Porque si lo único que ven es a dos hombres de uniforme y con espadas vais a tener problemas, y si desenvaináis esas espadas tendréis problemas gordos, y si por casualidad, cabo, desenvaináis esta noche las espadas sin una orden mía y sobrevivís, entonces vais a desear no haber hecho ninguna de las dos cosas, porque os tendréis que enfrentar a mí, ¿comprendido? Y entonces os vais a enterar de lo que es tener problemas, porque todo lo que os haya pasado hasta entonces os parecerá un puto día en la jodida playa. ¿Entendido?

Fred Colon era todo ojos. No había otra manera de describirlo.

—No dejes que mi tono dulce como la miel te haga creer que no te estoy dando órdenes, maldita sea —dijo Vimes, dándose la vuelta—. ¿Vimes?

—¿Sí, sargento? —respondió el joven Sam.

—¿Tenemos alguna sierra en este lugar?

Narizotas dio un paso adelante.

—Yo tengo una caja de herramientas, sargento.

—¿Y también clavos?

—¡Síseñor!

—Bien. Arranca la puerta de mi taquilla y atraviésala con un montón de clavos, por favor. Luego ponía en el suelo del rellano de arriba, con las puntas hacia arriba. La sierra me la llevo yo, porque me voy a la letrina.

Después del silencio que siguió, fue obvio que el cabo Colon pensó que debía aportar algo. Carraspeó y dijo:

—Si tiene usted problemas en ese sentido, sargento, la señora Colon tiene una medicina maravillosa que...

—No tardaré —dijo Vimes. De hecho, transcurrieron cuatro minutos—. Listo —dijo, volviendo al ruido de martillazos que venía de los vestuarios—. Ven conmigo, guardia interino. Es hora de enseñarte cómo se hace un interrogatorio. Ah... y tráete la caja de herramientas.

—A Fred y a Waddy no les gusta estar afuera —dijo Sam, mientras bajaban los peldaños de piedra—. Dicen que qué pasará si aparece esa panda de Inmencionables...

—No hace falta que se preocupen. Nuestros amigos de la calle Cable no tienen costumbre de entrar por la puerta principal.

Abrió la puerta que daba a las celdas. El prisionero se puso de pie y agarró los barrotes.

—Muy bien, habéis venido, ya podéis soltarme —dijo—. Venga, y diré que os habéis portado bien.

—No ha venido a por usted nadie, señor —dijo Vimes. Cerró con llave la puerta principal que tenía detrás y luego abrió la de la celda—. Deben de estar ocupados ahora mismo —añadió—. Ha habido un pequeño disturbio en Hermanas Dolly. Unas cuantas muertes. Puede que tarden un poco en poder ocuparse de usted.

El hombre le echó un vistazo a la caja de herramientas que sostenía el guardia interino. No duró más que un instante, pero Vimes captó el momento de incertidumbre.

—Ya lo he pillado —dijo el prisionero—. Poli bueno y poli malo, ¿eh?

—Si usted quiere —dijo Vimes—. Pero andamos un poco cortos de personal, así que si le doy un cigarrillo, ¿le importaría pegarse una patada a sí mismo en los dientes?

—Mira, esto es un juego, ¿verdad? —dijo el prisionero—. Tú sabes que soy de los Particulares. Y acabas de llegar a la ciudad y nos quieres impresionar. Bueno, pues lo has conseguido. Carcajadas por todos lados, ja ja. En cualquier caso, yo solamente estaba montando guardia.

—Sí, pero no es así como funciona, ¿verdad? —dijo Vimes—. Ahora que lo tenemos a usted, podemos decidir de qué es culpable. Ya sabe cómo se hace. ¿Le apetece una cerveza de jengibre? —Al hombre se le paralizó la cara—. ¿Sabe? Resulta que después del disturbio de esta tarde nos han avisado de que esperemos ataques revolucionarios a las Casas de la Guardia. Personalmente no los espero. Lo que espero es un puñado de gente normal y corriente que aparece, ya sabe, porque se han enterado de lo sucedido. Sin embargo, y llámeme señor Desconfiado si quiere, me da la sensación de que sí va a pasar algo un poquito peor. Verá, al parecer nos piden que seamos meticulosos con las regulaciones del toque de queda. Lo que eso quiere decir, supongo yo, es que si viene gente a quejarse de que los soldados están atacando a ciudadanos indefensos, lo cual personalmente consideraría Asalto Con Arma Letal, tenemos que detenerla. Me parece más bien...

Se oyó un tumulto procedente de arriba. Vimes le hizo una señal con la cabeza al joven Sam, que desapareció escalera arriba.

—Ahora que mi impresionable ayudante se ha ido —continuó Vimes en voz baja—, voy a añadir que si esta noche sale herido alguno de mis hombres, me encargaré en persona de que te pases el resto de tu vida gritando cada vez que veas una botella.

—¡Yo no te he hecho nada! ¡Ni siquiera me conoces!

—Sí. Como decía, lo estamos haciendo a vuestro estilo —dijo Vimes.

Sam volvió a aparecer a la carrera.

—Alguien se ha caído en la letrina! —anunció—. ¡Estaba subiendo al techo y resulta que estaba serrado y se ha hundido!

—Debe de ser uno de esos elementos revolucionarios —dijo Vimes, contemplando la cara del prisionero—. Ya nos han avisado sobre ellos.

—¡Dice que es de la calle Cable, sargento!

—Eso es justamente lo que yo diría si fuera un elemento revolucionario —dijo Vimes—. Muy bien, vamos a echarle un vistazo.

Arriba de la escalera, la puerta de entrada seguía abierta. Había unas cuantas personas fuera, apenas visibles bajo la luz del fanal. Dentro estaba el sargento Knock, y no estaba precisamente contento.

—¿Quién ha dicho que tengamos así abierto? —estaba diciendo—. ¡Esas calles tienen muy mala pinta! Muy peligrosas...

—Yo he dicho que estemos abiertos —dijo Vimes, subiendo la escalera—. ¿Hay algún problema, sargento?

—Bueno... mire, sargento, de camino aquí he oído decir que están tirando piedras a la Casa de la calle Dimwell —dijo Knock, desinflándose—. ¡Hay gente en las calles! ¡Turbas! No quiero ni pensar lo que está pasando en el centro.

—¿Y qué?

—¡Que somos guardias! ¡Nos tendríamos que estar preparando!

—¿Cómo? ¿Para atrancar las puertas y escuchar cómo repican las piedras en el tejado? —replicó Vimes—. ¿O tal vez tendríamos que salir y detener a todo el mundo? ¿Algún voluntario? ¿Nadie? Le diré qué haremos, sargento, si quiere hacer de poli puede ir a empapelar al hombre que está dentro de la letrina. Échele Violación de la Propiedad Privada... —Se oyó un grito procedente del piso de arriba. Vimes levantó la vista—. Y supongo que si sube al rellano del ático se encontrará con que hay un hombre que se acaba de caer por la claraboya encima de una puerta llena de clavos que alguien ha dejado allí por accidente —continuó. Miró la cara desconcertada de Knock—. Son los muchachos de la calle Cable, sargento. Se les ha ocurrido que podrían venir por los tejados y asustar a los estúpidos maderos. Métalos a los dos en las celdas.

—¿Está deteniendo a Inmencionables?

—No llevan uniforme. No llevan placa. Van armados. Vamos a aplicar un poquito la ley por aquí, ¿no? —dijo Vimes—. Narizotas, ¿dónde está ese chocolate?

—¡Nos vamos a meter en líos! —gritó Knock.

Vimes dejó a Knock esperando mientras se encendía un puro.

—En cualquier caso estamos metidos en líos, Winsborough —dijo, agitando la cerilla—. Es una simple cuestión de decidir de qué tipo los queremos. Gracias, Narizotas.

Cogió el tazón de chocolate que le daba el carcelero y le hizo un gesto con la cabeza a Sam.

—Vamos a dar un paseo afuera.

Fue consciente del repentino silencio en la sala, únicamente roto por los gimoteos que venían del piso de arriba y los gritos lejanos desde la letrina.

—¿Qué están esperando ahí plantados, caballeros? —dijo—. ¿Queréis tocar las campanillas? ¿A alguien le apetece gritar que todo está sereno?

Dejando que aquellas palabras flotaran enormes y rosadas en la sala, Vimes salió al aire vespertino.

En el exterior había gente merodeando, en grupillos de tres o cuatro, hablando entre sí y girándose de vez en cuando para mirar la Casa de la Guardia.

Vimes se sentó en los escalones y dio un sorbo de su chocolate a la taza.

Fue como si se hubiera bajado los pantalones. Los grupos se abrieron y se convirtieron en un público. Nunca un hombre que estuviera bebiendo una bebida no alcohólica había sido el centro de tanta atención.

Él había tenido razón. Una puerta cerrada es una incitación a la valentía. Un hombre que bebe de un tazón, bajo una lámpara, y disfrutando en apariencia del aire fresco de la noche, es una incitación a la pausa.

—Estamos violando el toque de queda, ¿sabe usted? —dijo un joven, adelantándose como una flecha y retrocediendo igual de deprisa.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes.

—Entonces, ¿nos va a detener?

—Yo no —le contestó Vimes en tono jovial—. Me toca mi descanso.

—¿Sí? —dijo el hombre. Señaló a Colon y a Waddy—. ¿Ellos también están de descanso?

—Ahora sí. —Vimes se giró a medias—. Ya está el chocolate, muchachos. A por él. No, no hace falta correr, hay suficiente para todos. Y volved aquí fuera cuando lo tengáis...

Cuando se hubo extinguido el retumbar de las botas, Vimes se giró y volvió a sonreír en dirección al grupo.

—¿Y cuándo se le termina el descanso? —dijo el hombre.

Vimes le prestó un poco más de atención. La postura lo delataba. Estaba listo para pelear, aunque no tenía pinta de luchador. Si aquello fuera un bar, el camarero ya estaría retirando de los estantes las botellas más caras, porque los aficionados como aquel solían llenarlo todo de cristales. Ah, sí... y ahora se daba cuenta de por qué le había venido a la cabeza la palabra «bar». Al hombre le asomaba una botella del bolsillo. Había conseguido su bravura a base de beber.

—Oh, más o menos el jueves, me parece —dijo Vimes, contemplando la botella.

Se oyeron risas en algún punto de la creciente multitud.

—¿Por qué el jueves? —preguntó el bebedor.

—Porque el jueves tengo el día libre.

Esta vez se oyeron unas cuantas risas más. Cuando la tensión se empieza a estirar, no hace falta gran cosa para romperla.

—¡Le exijo que me detenga! —gritó el bebedor—. ¡Venga, inténtelo!

—No está usted lo bastante borracho —dijo Vimes—. Yo de usted me iría a casa a dormir la mona.

El hombre agarró la botella por el cuello. Ya estamos, pensó Vimes. A juzgar por su aspecto, el hombre tenía una posibilidad entre cinco...

Por suerte, la multitud todavía no era demasiado grande. Si algo no convenía en un momento así era gente al fondo, estirando el cuello para ver y preguntando qué pasaba. Y las luces encendidas de la Casa de la Guardia iluminaban de lleno al hombre igualmente encendido.

—Amigo, si quiere mi consejo, yo no intentaría eso —dijo Vimes.

Dio otro sorbo de chocolate a la taza. Ya se había puesto tibio, pero junto con el puro hacía evidente que tenía las dos manos ocupadas. Aquello era importante. No tenía ningún arma en las manos. Más adelante nadie podría decir que empuñaba un arma.

—¡Yo no soy amigo vuestro! —saltó el hombre, y estrelló la botella en la pared de al lado de los escalones.

Los cristales cayeron tintineando al suelo. Vimes miró al hombre a la cara, vio cambiar su expresión, de la rabia alimentada por la bebida al dolor agónico, vio cómo se le abría la boca...

El hombre se bamboleó. Le empezó a manar sangre de entre los dedos y se le escapó por entre los dientes un débil sonido animal.

Esta era la escena, bajo la luz: Vimes sentado con las manos ocupadas y el hombre sangrando a un par de metros de él. No había habido pelea y nadie había tocado a nadie... él sabía cómo funcionaban los rumores y quería que aquella imagen quedara grabada en las mentes de la gente. El puro incluso tenía ceniza.

Permaneció muy quieto unos segundos y luego se puso de pie, todo preocupación.

—Venga, que uno de vosotros me ayude, por favor —dijo, quitándose de un tirón la coraza y la cota de malla que llevaba debajo. A continuación se agarró la manga de la camisa y arrancó una tira larga.

Un par de hombres, sacados bruscamente de su inacción por la voz de mando, sostuvieron al hombre que estaba sangrando. Uno de ellos intentó cogerle la mano.

—Déjasela —ordenó Vimes, atando con fuerza la muñeca inerte del hombre con la tira de manga—. Tiene la mano llena de cristales rotos. Dejadlo en el suelo tan suavemente como podáis antes de que se caiga él, pero no toquéis nada hasta que yo haya terminado este torniquete. Sam, entra en el establo y trae la manta de Marilyn para el chico. ¿Alguien de aquí conoce al doctor Jardín? ¡Hablad!

Uno de los espectadores sobrecogidos dijo que lo conocía, y lo mandaron corriendo a buscarlo.

Vimes fue consciente del círculo de curiosos que lo estaban mirando; ahora buena parte de los guardias estaban asomados a la puerta abierta.

—Vi cómo esto pasaba una vez —dijo en voz alta, y añadió para sí mismo, «dentro de diez años»—. Fue durante una pelea de bar. Un hombre agarró una botella sin saber cómo romperla y terminó con la mano llena de cristales rotos, y entonces el otro tipo alargó el brazo y apretó. —Llegó un satisfactorio gemido de la multitud—. ¿Alguien sabe quién es este hombre? —añadió—. Venga, alguien lo tiene que saber...

Una voz entre el gentío sugirió que el hombre tal vez fuera Joss Huecoso, aprendiz de zapatero en Nuevos Remendones.

—Ojalá podamos salvarle la mano, pues —dijo Vimes—. Necesito un par de botas nuevas.

Aquello no tenía ninguna gracia pero aun así fue recibido con otra salva de aquellas risas, las que ríe la gente por puro nerviosismo asustado. A continuación la muchedumbre se abrió para dejar pasar a Jardín.

—Ah —dijo, arrodillándose junto a Huecoso—. ¿Sabe?, no sé ni para qué tengo una cama. ¿Luchador de botella en prácticas?

—Sí.

—Parece que ha hecho usted lo correcto, pero necesito luz y una mesa —dijo Jardín—. ¿Pueden meterlo sus hombres en la Casa de la Guardia?

Vimes había confiado en no tener que llegar a aquello. En fin, habría que sacarle algún provecho...

Señaló al azar a varias figuras de entre el gentío.

—Usted y usted y usted y usted y usted también, señora —indicó—. Ayuden si son tan amables a Fred y Waddy a llevar adentro a este joven. Y se quedan allí con él, y nosotros vamos a dejar las puertas abiertas, ¿de acuerdo? Y todos los que están aquí fuera van a saber lo que está pasando. Aquí no tenemos secretos. ¿Todo el mundo lo entiende?

—Sí, pero usted es guardia... —empezó a decir una voz.

Vimes salió disparado y sacó a un joven espantado del público tirándole de la camisa.

—Sí, es verdad —dijo—. ¿Y ves a ese chaval de ahí? Él también es guardia. Se llama Sam Vimes. Vive en la calle Cockbill con su madre. Y ese es Fred Colon, se acaba de casar y tiene un par de habitaciones en Viejos Remendones. Y la Prueba C que ves ahí es Waddy, todo el mundo de por aquí conoce a Waddy. Billy Peluquín, ese otro, nació en esta calle. ¿Yo te he preguntado a ti cómo te llamas?

—N-no... —murmuró el joven.

—Es porque no me importa quién seas —dijo Vimes, soltándolo y contemplando a la multitud—. ¡Escúchenme, todos! ¡Me llamo John Keel! ¡A esta Casa de la Guardia no se trae a nadie sin que yo sepa por qué! ¡Todos están aquí de testigos! Los que he señalado, que entren ahora para ver que jugamos limpio. El resto, ¿quieren quedarse un rato para ver qué le pasa a Huecoso? Muy bien, le diré a Narizotas que les traiga un poco de chocolate. O bien se pueden ir a sus casas. Esta noche hace frío. Tendrían que estar en sus camas. Sé que a mí me gustaría estar en la mía. Y sí, estamos al corriente de lo de Hermanas Dolly y no nos gusta más que a ustedes. Y estamos al corriente de lo de la calle Dimwell y eso tampoco nos gusta. Y eso es todo lo que tengo que decir esta noche. Ahora... todo el que todavía quiera darle un guantazo a un poli puede acercarse si quiere. Ya no llevo el uniforme. Nos liamos a guantazos, aquí y ahora, limpio y directo, delante de todos. ¿Alguien?

Algo le pasó rozando el hombro y golpeteó contra los escalones de la Casa de la Guardia.

A continuación se oyó un ruido de tejas soltándose de un tejado al otro lado de la calle y un hombre cayó del techo a la zona iluminada. Se oyeron gritos ahogados en la multitud y un par de chillidos breves.

—Parece que tiene usted un voluntario —dijo alguien. Se volvieron a oír aquellas horribles risitas nerviosas. La multitud se abrió para dejar que Vimes contemplara al inesperado recién llegado.

El hombre estaba muerto. Si no lo había estado ya al caer del tejado lo estaba después de estrellarse en el suelo, porque ningún cuello normal tenía aquel aspecto. A su lado había caído una ballesta.

Vimes se acordó de la corriente de aire que le había pasado junto al hombro y regresó a los escalones de la Casa de la Guardia. No tardó en encontrar la flecha, que se había roto en varios pedazos.

—¿Alguien conoce a este hombre? —preguntó.

La multitud, incluidos aquellos integrantes de la misma que no habían tenido ocasión de echarle un buen vistazo al ballestero caído, demostró a las claras que no lo conocían.

Vimes rebuscó en los bolsillos del hombre. Estaban todos vacíos, lo cual constituía toda la prueba de identificación que necesitaba.

—Parece que va a ser una noche complicada —dijo, haciéndole una señal a Colon para que se llevara también aquel cuerpo adentro—. Tengo que volver a mi trabajo, damas y caballeros. Si alguien se quiere quedar, y francamente les estaré agradecido si se quedan, haré que salgan algunos muchachos para encender una fogata. Gracias por su paciencia. —Recogió su cota de malla y su coraza y regresó al interior—. ¿Qué están haciendo? —le preguntó a Sam sin darse la vuelta.

—Algunos se marchan, pero la mayoría se está quedando, sargento —dijo Sam, asomándose por la puerta—. ¡Sargento, uno de ellos le ha disparado!

—¿Ah, sí? ¿Quién dice que el hombre del tejado era uno de ellos? Esa ballesta es muy cara. Y no tenía nada en los bolsillos. Nada de nada. Ni siquiera un triste pañuelo usado.

—Muy raro, sargento —dijo Sam con lealtad.

—Sobre todo porque me esperaba encontrar un papel que dijera algo como «Les aseguro que soy miembro de una célula revolucionaria, fíense de mí» —dijo Vimes, examinando el cadáver con esmero.

—Sí, con eso sabríamos con seguridad que era revolucionario —dijo Sam.

Vimes suspiró y se quedó mirando un momento la pared. Luego dijo:

—¿Alguien de aquí se ha fijado en algo de su ballesta?

—Es la nueva Bolsover A7 —dijo Fred Colon—. No es mala ballesta, sargento. Pero no es un arma que usen los Asesinos.

—Es cierto —dijo Vimes, y le torció la cabeza al muerto para que le pudieran ver la punta del dardo minúsculo de metal que tenía detrás de la oreja—. Pero esto sí. Fred, tú conoces a todo el mundo. ¿Dónde se puede conseguir cerveza de jengibre a esta hora de la noche?

—¿Cerveza de jengibre, sargento?

—Sí, Fred.

—¿Para qué...? —empezó a decir Colon.

—No preguntes, Fred. Trae media docena de botellas, ¿de acuerdo?

Vimes se giró hacia la mesa sobre la cual, rodeado de un público fascinado, el doctor Jardín estaba trabajando sobre el herido Huecoso.

—¿Cómo va? —preguntó Vimes, abriéndose paso.

—Más despacio de lo que iría si la gente se apartara de la maldita luz —dijo Jardín, llevando con cuidado las pinzas hasta un tazón que había junto a la mano de Huecoso y dejando caer en el interior un fragmento de cristal ensangrentado—. He visto cosas peores cuando llega el viernes por la noche. Podrá seguir usando los dedos, si es eso lo que quiere saber. Simplemente se pasará una temporada sin fabricar zapatos. Buen trabajo.

El público emitió su aprobación general. Vimes examinó a la gente y a los guardias. Estaban teniendo lugar un par de conversaciones en voz baja; oyó expresiones como «mal asunto» y «dicen que...» por encima del ruido general.

Había jugado sus cartas bastante bien. La mayoría de los muchachos presentes vivían en un radio de dos calles. Una cosa era lanzarse contra unos cabrones anónimos y uniformados, pero otra muy distinta tirar piedras al viejo Fred Colon o al viejo Waddy o al viejo Billy Peluquín, a quienes conoces desde que teníais dos años y con quienes has jugado a las peleas de ratas muertas en la calle.

Jardín dejó las pinzas en la mesa y se pellizcó el caballete de la nariz.

—Ya está —dijo en tono fatigado—. Unos cuantos puntos y se pondrá bien.

—Tengo otros a quienes necesito que eche usted un vistazo —dijo Vimes.

—¿Sabe? No me sorprende lo más mínimo —respondió el médico.

—Uno tiene los pies llenos de agujeros, otro se ha caído por el tejado de la letrina y se ha torcido una pierna, y el tercero está muerto.

—Con el muerto creo que no puedo hacer gran cosa —repuso el médico—. ¿Cómo sabe que está muerto? Soy consciente de que tal vez me arrepienta de hacer esta pregunta.

—Tiene el cuello roto por haberse caído de un tejado y supongo que se ha caído porque le han metido una flecha de acero de ballesta dentro del cráneo.

—Ah. Suena bastante a muerto, si quiere mi opinión médica. ¿Lo ha hecho usted?

—¡No!

—Bueno, es usted un hombre ocupado, sargento. No puede estar en todas partes. —Al médico le apareció una sonrisa en la cara cuando vio que Vimes se sonrojaba, y a continuación se acercó al cadáver—. Sí, yo diría que claramente el paciente está sin vida —añadió—. ¿Y ahora qué?

—Quiero que lo ponga por escrito, por favor. En papel. Con palabras que suenen oficiales como «contusión» y «abrasiones». Quiero que lo ponga por escrito, y que ponga también la hora a la que supo que estaba muerto. Luego, si no le importa, un par de muchachos lo llevarán a que vea a los otros dos, y después de que los haya tratado usted, gracias, me gustaría que firmara otro papel donde diga que lo ha hecho y que lo he llamado yo. Dos copias de todo, por favor.

—Muy bien. ¿Y puedo preguntar por qué?

—Porque no quiero que nadie vaya diciendo que lo hice yo.

—¿Y por qué lo iban a decir? ¡Me acaba de contar que se ha caído de un tejado!

—Vivimos una época de desconfianza, doctor. Ah, aquí está Fred. ¿Ha habido suerte?

El cabo Colon venía cargando con una caja. La subió a su mesa con un gruñido.

—A la señora Arbiter no le ha gustado que llamara de noche —anunció—. ¡Le he tenido que dar un dólar!

Vimes no se atrevió a mirar a Jardín a la cara.

—¿En serio? —dijo, en el tono más inocente que pudo—. ¿Y has conseguido la cerveza de jengibre?

—Seis pintas de la mejor —dijo Colon—. Por las botellas devuelven tres peniques, por cierto. Y... ejem... —Cambió de postura, incómodo—. Ejem... he oído que han pegado fuego a la Casa de la Guardia de Hermanas Dolly, sargento. La cosa también está muy mal en la Colina de la Siesta. Y, ejem... a la Casa de la calle Chinchulín le han roto todas las ventanas, y en la de Menospuerta algunos agentes han salido para que los críos dejaran de tirar piedras y, ejem, uno ha sacado la espada, sargento...

—¿Y?

—Es probable que sobreviva, sargento.

El doctor Jardín echó un vistazo a la oficina abarrotada, donde la gente seguía hablando. Narizotas iba de un lado a otro con una bandeja llena de chocolate a la taza. Fuera en la calle había algunos agentes de la Guardia alrededor de una fogata improvisada, en compañía de lo que quedaba de la multitud.

—Vaya, confieso que estoy impresionado —dijo—. Parece que esta noche son ustedes la única Casa de la Guardia que no está bajo asedio, No quiero saber cómo lo ha hecho usted.

—La suerte ha ayudado —dijo Vimes—. Y tengo en las celdas a tres hombres que no llevan identificación personal de ninguna clase, y a otro asesino fallido anónimo que ha sido asesinado.

—Todo un problema —dijo Jardín—. Yo por mi parte solamente tengo que resolver misterios sencillos como a que se debe un sarpullido.

—Yo tengo intención de resolver el mío bastante deprisa —dijo Vimes.

\* \* \*

El asesino fue pasando sigilosamente de tejado en tejado hasta estar bien lejos del ajetreo que rodeaba la Casa de la Guardia.

Se podía decir que tenía movimientos de gato, con la salvedad de que no se detenía para rociar cosas con su orina.

Por fin llegó a uno de los muchos escondrijos del mundo superior, donde varios grupos de chimeneas creaban un pequeño espacio resguardado, invisible desde el suelo y también desde la mayor parte del paisaje circundante de tejados. No entró en el escondrijo de inmediato, sino que lo rodeó durante un tiempo, moviéndose en el silencio más absoluto de una línea de visión a la siguiente.

Lo que habría intrigado a un espectador que conociera las costumbres del Gremio de Asesinos de Ankh-Morpork era lo invisible que este era. Cuando se movía, veías movimiento; cuando se detenía, no estaba ahí. El espectador podría haber sospechado que había magia de por medio y, en cierta manera indirecta, habría tenido razón. El noventa por ciento de la mayoría de la magia consiste simplemente en conocer un hecho de más.

Por fin la figura pareció satisfecha y se dejó caer en aquel espacio. Recogió una bolsa que había encajonada entre las chimeneas humeantes y hubo susurros de tela y una respiración algo más pesada que sugería que alguien se estaba cambiando de ropa.

Al cabo de un minuto aproximadamente, el asesino abandonó el nicho oculto y ahora, de alguna manera, resultaba visible. Costaba verlo, sí, era una sombra entre otras sombras, pero sin embargo estaba presente de una manera en que no lo había estado antes, cuando había sido igual de visible que la brisa.

Se dejó caer con ligereza sobre un tejado inclinado y desde allí hasta el suelo, donde se adentró en una sombra que le quedaba a mano. Entonces tuvo lugar una nueva transformación.

Esta se produjo con bastante facilidad. La pequeña y maligna ballesta fue desmontada y guardada en los bolsillos interiores de un saquito de terciopelo a prueba de tintineos, las zapatillas de cuero blando fueron cambiadas por un par de botas que habían estado escondidas en la sombra y la capucha negra se retiró hacia atrás.

El hombre dobló la esquina con paso ligero y esperó unos minutos.

Por fin llegó un carruaje, cuyas antorchas dejaban tras de sí un rastro de llamas. El vehículo aminoró brevemente la marcha y la portezuela se abrió y se cerró.

El asesino se puso cómodo en su asiento mientras el carruaje volvía a ganar velocidad.

Dentro del carruaje había un fanal muy tenue. Su resplandor reveló a una figura femenina acomodada en las sombras de delante. Mientras el carruaje pasaba junto a una antorcha, se pudo vislumbrar un atisbo de seda lila.

—Te has dejado un poco —dijo la figura. Sacó un pañuelo de color lila y lo sostuvo delante de la cara del joven—. Escupe —le ordenó.

Él obedeció a regañadientes. Una mano le limpió la mejilla y luego levantó la tela para mirarla a la luz.

—Verde oscuro —dijo la mujer—. Qué extraño. Tengo entendido, Havelock, que sacaste un cero en el examen de movimiento sigiloso.

—¿Puedo preguntarle cómo ha descubierto eso, Madam?

—Bueno, una se entera de cosas —dijo Madam a la ligera—. Solo hay que sostener un poco de dinero junto a la oreja.

—Bueno, pues es cierto —dijo el asesino.

—¿Y eso por qué?

—Al examinador le pareció que había hecho trampa, Madam.

—¿Y era cierto?

—Por supuesto. Creía que esa era la idea.

—Y dijo también que nunca asistías a sus clases.

—Oh, sí que asistía. Religiosamente.

—Dice que nunca te vio en ninguna de ellas.

Havelock sonrió.

—¿Y lo que me quiere decir, Madam, es...?

Madam se rió.

—¿Quieres un poco de champán? —Se oyó el ruido de una botella al moverse dentro de un cubo de hielo.

—Gracias, Madam, pero no.

—Como quieras. Yo sí. Y ahora... tu informe, por favor.

—No me puedo creer lo que he visto. Pensaba que ese hombre era un matón. Y es un matón. Se ve cómo sus músculos piensan por él. ¡Y sin embargo, él se impone a ellos cada segundo que pasa! Creo que he visto a un genio en acción, pero...

—¿Qué?

—No es más que un sargento, Madam.

—No lo subestimes por eso. Es una graduación muy útil para el hombre adecuado. El equilibrio óptimo de poder y responsabilidad. Por cierto, dicen que es capaz de leer las calles a través de las suelas de sus botas y que siempre las lleva muy finas por esa razón.

—Hum. Existen muchas superficies distintas, eso es cierto, pero...

—Siempre hablas de estas cosas con gran solemnidad, Havelock. No te pareces en nada a tu difunto padre. Piensa en términos... mitológicos. Es capaz de leer la calle. Puede oírle la voz, tomarle la temperatura, leerle la mente; le habla a través de sus botas. Los policías son igual de supersticiosos que el resto de la gente. Esta noche han atacado todas las demás Casas de la Guardia. Sí, la gente de Swing ha echado leña al fuego, pero lo que ha hecho más daño ha sido la malicia y la estupidez. Pero no en la calle de la Mina de Melaza. No. Keel ha abierto las puertas y ha dejado entrar a la calle. Me encantaría averiguar más de él. Me han dicho que en Pseudópolis lo consideraban lento, reflexivo y sensato. Ciertamente parece que ha florecido al venir aquí.

—He inhumado a un hombre que intentaba segarlo en flor

—¿En serio? Eso no parece propio de Swing. ¿Cuánto te debo?

El joven llamado Havelock se encogió de hombros.

—Digamos que un dólar —dijo.

—Eso es muy barato.

—El tipo no valía más. Pero debo avisarla. Es posible que pronto quiera que me encargue de Keel.

—Está claro que alguien como él no se va a poner del lado de gente como Winder y Swing, ¿no?

—Él es un bando en sí mismo. Es una complicación. Tal vez le parezca a usted mejor que... deje de complicar.

El traqueteo del carruaje subrayó el silencio que había provocado aquel comentario. Ahora estaban cruzando una parte más rica de la ciudad, donde había más luz y donde el toque de queda, pensado para gente más pobre, se observaba con menos rigor. La figura que estaba delante del asesino acarició al gato que tenía en el regazo.

—No. Sacaremos algún provecho de él —dijo Madam—. Todo el mundo me está hablando de Keel. En un mundo donde todos nos movemos en curvas, él procede en línea recta. E ir recto en un mundo de curvas hace que pasen cosas.

Acarició al gato. Este soltó un maullido suave. Era de pelaje rojizo y tenía una expresión de altivez asombrosa, aunque se rascaba el collar a intervalos regulares.

—Cambiando de tema —dijo ella—. ¿Qué era todo ese asunto del libro? No he querido fijarme demasiado.

—Oh, era un volumen extremadamente raro que había conseguido localizar. Sobre la naturaleza de la ocultación.

—¡Ese estúpido grandullón lo ha quemado!

—Sí. En eso he tenido suerte. Tenía miedo de que intentara leerlo, aunque —Havelock esbozó una sonrisa débil— le tendría que haber ayudado alguien con las palabras mis largas.

—¿Era valioso?

—No tenía precio. Sobre todo ahora que ha sido destruido.

—Ah. Conque contenía información valiosa. Posiblemente relacionada con el color verde oscuro. ¿Me lo quieres contar?

—Se lo podría contar. —Havelock volvió a sonreír—. Pero entonces tendría que buscar a alguien que me pagara para matarla.

—Entonces no me lo cuentes. Pero tengo que decir que Molestaperros me parece un apodo muy desagradable.

—Cuando uno se llama Vetinari, Madam, se contenta con que solo sea Molestaperros. ¿Me puede dejar a un poco de distancia del Gremio, por favor? Entraré por el tejado. Tengo un tigre al que atender antes de subir a... ya sabe.

—Un tigre. Qué emocionante. —Volvió a acariciar al gato—. ¿Ya has encontrado la manera de entrar?

Vetinari se encogió de hombros.

—Hace años que conozco la manera, Madam. Pero ahora él tiene a medio regimiento rodeando el palacio. Cuatro o cinco guardias en cada puerta, con patrullas y registros irregulares. No puedo traspasarlos. Usted solo ayúdeme a llegar al interior, por favor, y los hombres de allí no serán ningún problema.

E1 gato se arañó el collar.

—¿Es posible que tenga alergia a los diamantes? —preguntó Madam. Sostuvo al gato en alto—. ¿Tienes alergia a los diamantitos, minino?

Havelock suspiró, pero para sus adentros, porque respetaba a su tía. Simplemente desearía que la mujer tuviera un poco más de sensatez con los gatos. Sentía de manera instintiva que si uno iba a acariciar a un gato mientras discutía asuntos de intrigas, tendría que ser un gato blanco de pelo largo. No tendría que ser un anciano gato callejero con ataques irregulares de flatulencia.

—¿Qué hacemos con el sargento? —preguntó, desplazándose en su asiento con tanta cortesía como le fue posible.

La dama vestida toda de color lila dejó al gato suavemente en su asiento. Hubo un olor inquietante.

—Creo que debería conocer al señor Keel lo antes posible —dijo—. Tal vez se lo pueda domesticar. La fiesta es mañana por la noche. Hum... ¿te importa abrir la ventanilla?

\* \* \*

Un poco más tarde esa misma noche, Downey estaba regresando con paso vacilante a su estudio después de un rato de camaradería en la Sala Común de Prefectos cuando se fijó en que una antorcha se había apagado.

Con una rapidez que podría haber sorprendido a alguien que no viera más allá de su cara ruborizada y sus andares inestables, sacó una daga y examinó el pasillo. También echó un vistazo al techo. Había sombras grises por todas partes, pero nada más. A veces las antorchas simplemente se apagaban solas.

Dio un paso adelante.

Cuando se despertó en su cama a la mañana siguiente achacó el dolor de cabeza a algún coñac malo. Y algún gilipuertas le había pintado toda la cara a rayas negras y anaranjadas.

\* \* \*

Empezó a llover de nuevo. A Vimes le gustaba la lluvia. Cuando llovía había menos crímenes en las calles. La gente se quedaba en casa. Algunas de las mejores noches de su carrera las había pasado bajo la lluvia, amparado a la sombra de algún edificio, con la cabeza encogida de manera que apenas se veía nada entre su casco y el cuello de la camisa, escuchando el susurro plateado de la lluvia.

Una vez se había quedado tan en silencio, tan retraído, tan ausente, que un ladrón en plena huida, después de eludir a sus perseguidores, se había apoyado en él para recuperar el aliento. Y cuando Vimes lo rodeó con los brazos y le susurró al oído «¡Te pillé!», el hombre pareció haberse hecho en los pantalones lo que su querida madre, unos cuarenta años atrás, le había enseñado pacientemente a no hacer.

La gente se había ido a casa. Al suturado Huecoso lo habían acompañado a Nuevos Remendones, donde Fred Colon había explicado con paciencia lo sucedido a los padres del joven con su cara roja y redonda irradiando sinceridad. Era posible que Jardín estuviera haciendo uso de su cama.

Y la lluvia gorgoteaba en las tuberías y salía a borbotones de las gárgolas y se arremolinaba en las alcantarillas y amortiguaba todos los ruidos.

Era una cosa útil, la lluvia.

Vimes cogió una botella de la mejor cerveza de jengibre de la señora Arbiter. Se acordaba de ella. Tenía un gas de mil demonios y por ello era enormemente popular. Con un poco de ánimo y adiestramiento, un niño podía apañárselas para cantar a eructos la primera estrofa íntegra del himno nacional, después de un solo trago. Lo cual es un importante atributo social a los ocho años de edad.

Había elegido a Colon y a Waddy para aquella tarea. No iba a implicar al joven Sam. No es que lo que estaba planeando fuera ilegal, solo que tenía el mismo color y el mismo olor que algo ilegal, y Vimes no quería tener que dar explicaciones.

El sótano de celdas era antiguo, mucho más antiguo que el edificio que había encima. Las celdas de hierro en sí eran bastante nuevas, y no ocupaban todo el espacio. Había otras estancias subterráneas al otro lado de un arco, que no contenían más que ratas y basura pero que, lo que era más importante, no se veían desde las jaulas.

Vimes hizo que los hombres transportaran hasta allí al ballestero muerto. No había nada de malo en ello. Estaban en plena noche, hacía un tiempo pésimo y no tenía sentido despertar a la gente de la morgue cuando tenían un sótano bien frío.

Echó un vistazo por la mirilla oculta de la puerta mientras pasaban el cadáver delante de las celdas. Aquello causó cierta agitación, sobre todo en el primer hombre al que habían traído. Los otros dos tenían aspecto de haber visto muchas cosas malas en el nombre de ganar dinero; les daba igual que los contrataran para robar, asesinar o ser guardias, y habían aprendido a no reaccionar con demasiada presteza a las muertes que no fueran las propias.

El primer hombre, sin embargo, se estaba poniendo nervioso.

Vimes lo había apodado Hurón. Era el que iba mejor vestido de los tres, todo de negro. Tenía una daga de las caras, y Vimes se había dado cuenta de que llevaba un anillo de plata con una calavera en un dedo. Los otros dos llevaban ropa corriente y armas funcionales, nada demasiado vistoso pero sí bien usado.

Ningún asesino del Gremio llevaría joyas al trabajo. Eran peligrosas y relucían. Pero Hurón quería ser un tipo importante. Lo más probable es que se mirara al espejo antes de salir, para asegurarse de ir estupendísimo. Era de esos capullos que se regodeaba enseñando su daga a las mujeres en los bares.

Hurón, en pocas palabras, tenía grandes sueños. Hurón tenía imaginación.

Bueno, eso estaba bien.

Los agentes de la Guardia regresaron y recogieron los paquetes que había preparado Vimes.

—Recordad, hay que hacerlo deprisa —dijo—. Están preocupados, están cansados, no ha venido nadie a buscarlos y acaban de ver a un compañero suyo muy muerto. No queremos darles a los dos primeros tiempo para pensar. ¿Entendéis?

Ellos asintieron.

—Y al pequeñajo lo dejamos para el final. Quiero que él tenga mucho tiempo...

\* \* \*

Hurón estaba reflexionando sobre sus perspectivas de futuro. Por desgracia, no le llevó mucho tiempo.

Ya había tenido una discusión con los otros dos. Menudo equipo de rescate. Ni siquiera iban vestidos como debían. Pero los maderos no habían seguido su manual de instrucciones. Todo el mundo sabía que se echaban atrás. En teoría no presentaban batalla ni mostraban ninguna clase de inteligencia. Eran...

La puerta de entrada del sótano se abrió de sopetón.

—¡Es hora de la cerveza de jengibre!. —bramó alguien.

Y un agente de la Guardia pasó corriendo con una caja de botellas y desapareció en las habitaciones del fondo.

Allí dentro no había mucha luz. Hurón se encogió contra la pared y vio cómo dos agentes de la Guardia abrían la celda contigua, ponían de pie a su ocupante esposado y se lo llevaban a empujones y a rastras doblando la esquina.

Las voces tenían un poco de eco.

—Que no se levante. ¡Cuidado con sus piernas!

—¡Vale! ¡Trae la botella! ¡Agítala bien o no va a funcionar!

—Muy bien, amigo. ¿Hay algo que nos quieras contar? ¿Tu nombre? ¿No? Bueno, así están las cosas. Ahora mismo no nos importa demasiado que hables o no...

Se escuchó un estallido, un siseo y a continuación... un grito, una explosión de agonía.

Poco después de que el sonido se apagara, el tembloroso Hurón oyó que alguien decía:

—Rápido, trae al siguiente, antes de que nos pille el capitán.

Se apartó aterrado mientras dos guardias entraban a toda prisa en la celda contigua, sacaban a rastras al prisionero entre forcejeos y lo metían a empujones en la oscuridad.

—Muy bien. Una sola oportunidad. ¿Vas a hablar? ¿Sí? ¿No? ¡Demasiado tarde!

Otra vez el estallido, otra vez el siseo, otra vez el grito. Esta vez fue más fuerte y más prolongado, y terminó con una especie de ruido burbujeante.

Hurón se encogió contra la pared, con los dedos en la boca.

Al otro lado de la esquina, sentado a la luz de un farol, Colon le dio un codazo a Vimes, arrugó la nariz y señaló hacia abajo.

Había un surco que discurría entre todas las celdas, una primitiva concesión a la higiene. Ahora lo estaba recorriendo centímetro a centímetro un hilillo de líquido. Hurón estaba nervioso.

Te pillé, pensó Vimes. Pero una buena imaginación requiere algo más de tiempo.

Se inclinó hacia delante y los otros dos se acercaron, atentos.

—Bueno, chicos —dijo en susurros—, ¿os habéis cogido ya las vacaciones?

Después de unos minutos de charla muy insustancial se puso de pie, llegó dando zancadas hasta la última celda ocupada, abrió la cerradura y agarró a Hurón, que estaba intentando incrustarse en una esquina.

—¡No! ¡Por favor! ¡Les diré todo lo que quieran saber! —gritó el hombre.

—¿De verdad? —preguntó Vimes—. ¿Cuál es la velocidad orbital de la luna?

—Ah, ¿le gustaría algo más sencillo? —dijo Vimes, sacando a rastras al hombre de la celda—. ¡Fred! ¡Waddy! ¡Este quiere hablar! ¡Traed un cuaderno!

La cosa duró media hora. Fred Colon no escribía muy deprisa. Y cuando el ruido doloroso de sus esfuerzos concluyó con la puñalada al papel de su punto final, Vimes dijo:

—Muy bien, señor. Y ahora escriba al final: Yo, Gerald Porlomenos, con domicilio actual en la Asociación de Jóvenes Paganos, hago esta declaración por voluntad propia y no bajo coacción. Y luego lo firma. Más le vale. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

Vimes había visto las iniciales GP inscritas en su daga. Y las daba por auténticas. Había conocido a muchos Porlomenos a lo largo de su carrera, y todos tenían tendencia a quedarse sin sangre ante la mera idea de quedarse sin sangre. Y cuando lo hacían, lo tenías todo hecho. Cualquiera que hubiera visto usar el truco de la cerveza de jengibre con otra persona sería capaz de confesar cualquier cosa.

—Muy bien, pues —dijo con buen ánimo, poniéndose de pie—. Gracias por su cooperación. ¿Quiere que lo llevemos a la calle Cable?

La expresión de Hurón, que no su boca, dijo: «¿Eh?».

—Tenemos que dejar allí a sus amigos —continuó Vimes, levantando un poco la voz—. A Solitario y a Faldero. Al muerto lo dejaremos en la morgue. Aquí le dejo unos cuantos documentos. —Le hizo una señal con la cabeza a Colon—. Una copia de su voluntariosa declaración. Un certificado de fallecimiento El difunto hombre misterioso que ha preparado el médico de venéreas, y puede estar seguro de que intentaremos encontrar al asesino. Un recibo de Musgoso por el ungüento que le ha puesto en los pies a Faldero. Ah... y un recibo por seis botellas de cerveza de jengibre.

Le puso una mano en el hombro a Hurón y lo acompañó amablemente hasta el sótano contiguo, donde Solitario y Faldero estaban sentados, amordazados, atados y lívidos de la rabia. En una mesa cercana había un cajón que contenía seis botellones de cerveza de jengibre. Los corchos estaban firmemente sujetos con alambres.

Hurón se quedó mirando a Vimes, que se metió un dedo en la boca, infló las mejillas y sacó de golpe el dedo haciendo un fuerte «pop».

Waddy siseó entre dientes.

Fred Colon abrió la boca pero Vimes se la tapó con la mano.

—No lo hagas —dijo—. Tiene gracia, Gerald, pero a veces nuestro Fred chilla muy fuerte sin venir a cuento de nada.

—¡Me habéis engañado! —aulló Hurón.

Vimes le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Engañado? —gruñó—. ¿De qué manera, Gerald?

—¡Me habéis hecho creer que estabais haciendo el truco de la cerveza de jengibre!

—¿El truco de la cerveza de jengibre? —repitió Vimes, arrugando el ceño—. ¿Y eso qué es?

—¡Ya lo sabes! ¡Pero si os la habéis traído aquí abajo!

—Nosotros no bebemos alcohol de servicio, Gerald —dijo Vimes en tono severo—. ¿Qué tiene de malo un poco de cerveza de jengibre? No sabemos hacer ningún truco con ella, Gerald. ¿Qué trucos conoces tú? ¿Has visto algún buen truco últimamente, Gerald? ¡Cuéntanoslo!

Por fin Hurón se dio cuenta de que tenía que callarse. Fue aproximadamente media hora demasiado tarde. Las expresiones en lo que se podía ver de las caras de Solitario y Faldero sugerían que querían tener una charla muy personal con él.

—Exijo prisión preventiva —consiguió decir.

—¿Justo cuando te iba a dejar marchar, Gerald? —dijo Vimes—. Tal como has dicho en tu declaración... ¿cómo era, Fred? Algo como que solamente obedecías órdenes... todo eso de mezclarse con la turba y tirar cosas a los polis y a los soldados, tú en realidad no lo querías hacer, ya lo sé. No te gustaba estar en la calle Cable mirando cómo daban palizas a la gente y les decían lo que tenían que confesar, porque ya veo claro que tú no eres de esos. Eres un mandado, lo comprendo. Yo digo que lo dejemos estar, ¿tú qué me dices?

—¡Por favor! ¡Les contaré todo lo que sé! —chilló Hurón.

—¿Quieres decir que no lo has hecho ya? —bramó Vimes. Se dio la vuelta de golpe y agarró una botella.

—¡Sí! ¡No! ¡O sea, si me siento con tranquilidad, seguro que me acuerdo de más cosas!

Vimes le sostuvo la mirada un momento y por fin volvió a dejar la botella en la caja.

—Muy bien —dijo—. Será un dólar al día, comidas aparte.

—¡A sus órdenes, señor!

Vimes miró atentamente cómo Hurón se escabullía de vuelta a su celda y cerraba la puerta tras de sí, antes de volverse hacia Fred y Waddy.

—Id a despertar a Marilyn —dijo—. Vamos a entregar a los otros tres.

\* \* \*

La lluvia caía sin parar y una fina neblina inundaba la calle Cable.

El carromato salió de ninguna parte. Fred había puesto a Marilyn en una especie de medio galope calle abajo, y cuando la yegua dobló la esquina ya le costaba seguir por delante del carruaje pesado y traqueteante que tenía detrás.

Mientras el carro de remolones pasaba frente al cuartel, la portezuela trasera se abrió de golpe y dos cuerpos fueron arrojados sobre los adoquines mojados.

Los hombres de guardia corrieron hacia allí. Un par de ellos dispararon al carromato que se alejaba, pero las flechas repicaron inofensivamente contra las tiras de hierro negro.

Los demás hombres se acercaron a los cuerpos atados con cierta cautela. Oyeron gemidos, alternados con palabrotas. Y vieron unos documentos sujetos con un alfiler a uno de los hombres.

Leyeron la nota. No se rieron.

\* \* \*

Vimes le quitó el arnés a la vieja yegua, la cepilló y comprobó que tuviera comida. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero los pesebres parecían más llenos que antes. Quizá estuviera entrando en juego el cargo de conciencia.

Luego salió al aire fresco de la noche. Las luces de la Casa de la Guardia estaban encendidas. Ahora que la lluvia había sofocado las farolas de la calle, el lugar era como una almenara. Al otro lado de los muros del patio había caído la noche auténtica, la vieja noche con sus zarcillos de niebla y sus sombras reptantes. Se relajó y se la echó por encima como si fuera un abrigo.

Cerca de los portones había una sombra más negra de lo normal.

Buscó a tientas su cigarrera otra vez, soltó una palabrota y se sacó un puro de la manga de la camisa. Ahuecó las manos para encenderlo, pero cerró con fuerza los ojos para no perder la visión nocturna.

A continuación levantó la vista y soltó un anillo de humo. Sí. Todo el mundo pensaba que de noche el negro no se veía. Estaban equivocados.

Fue caminando como si pretendiera cerrar los portones y de pronto sacó su espada con un solo movimiento fluido.

Sadie levantó la cabeza, revelando una cara pálida y ovalada en las profundidades de su gorro.

—Buenos días, amable señor —dijo.

—Buenos días, Sadie —dijo Vimes en tono fatigado—. ¿A qué debo este placer?

—Madam quiere verlo, amable señor.

—Si te refieres a Rosie, estoy un poco ocupado...

El bolso de Dotsie le golpeó en la nuca.

—A Madam no le gusta esperar, dulzura —fueron las últimas palabras que oyó antes de que la noche descendiera del todo.

\* \* \*

El consultorio tenía mucha experiencia. Lo más seguro es que ni siquiera Musgoso Jardín pudiera hacer perder el conocimiento a alguien con tanta precisión.

Vimes se despertó lentamente. Estaba en un sillón. Le resultaba extremadamente cómodo. Y alguien lo estaba zarandeando.

Era Sandra, la costurera de verdad. Lo taladró con la mirada y dijo:

—Parece que está bien...

Luego dio un paso atrás, se sentó en otro sillón y le apuntó con una ballesta.

—¿Sabes? —dijo Vimes... El sillón era cómodo de verdad, y le recordó la suavidad que había desaparecido de su vida en los últimos días; no había estado tan mal—. Si alguien quiere hablar conmigo, únicamente me lo tienen que pedir, joder.

—Sadie dijo que solo estarías inconsciente diez minutos, pero luego te has puesto a roncar, así que hemos decidido dejarte dormir un rato —dijo Rosie Palma, apareciendo en escena.

Llevaba un vestido de noche rojo sin hombros, una peluca impresionantemente grande y una considerable cantidad de joyas.

—Sí, cuesta un montón de dinero tener esta pinta de barata, sargento. —Le había leído la expresión—. No me puedo quedar, tengo que ir a hablar con una gente. Ahora, si eres tan...

—Espasmo os ha prometido que os dejará formar un gremio, ¿verdad? —dijo Vimes. Estaba haciendo trampa otra vez, pero ya estaba harto de despertarse en sitios raros—. Sí, ya me lo parecía. ¿Y vosotras os lo creéis? No va a pasar. Cuando sea patricio no os hará ni caso.

Terminará no haciendo caso a nada, añadió para sí. Lord Espasmo el Loco. Igual que Winder, pero con chalecos elegantes y más papada. El mismo amiguismo, la misma cabezonería, la misma arrogancia estúpida; una sanguijuela más en una estirpe de sanguijuelas que haría que Vetinari pareciera un soplo de aire fresco. Ja... Vetinari. Sí, seguro que él también estaría por aquí en alguna parte, aprendiendo a poner aquella expresión suya que jamás daba ninguna pista de lo que estaba pensando... Pero será él quien os dé el Gremio que tanto queréis. Está aquí en alguna parte. Lo sé.

—No esperéis nada de Espasmo —dijo en voz alta—. Recordad que hubo gente que también pensaba que Winder era el futuro.

Obtuvo un pequeño placer al ver la expresión de Rosie Palma. Y por fin ella habló:

—Dale una copa, Sandra. Si se mueve, le sacas un ojo de un flechazo. Voy a avisar a Madam.

—¿Esperáis que me crea que disparará esa arma? —dijo Vimes.

—Sandra tiene un ramalazo de beligerancia muy útil —respondió Rosie—. Ayer un caballero estaba siendo... maleducado y ella llegó corriendo y... te sorprendería lo que hizo con su champiñón.

Vimes echó un vistazo a la ballesta. La chica tema un pulso muy firme.

—Creo que no entien... —empezó a decir.

—Es una cosa de madera que sirve para zurcir calcetines —explicó Sandra—. Le pegué con él en toda la cocorota.

Vimes se la quedó mirando un tiempo con la expresión vacía y luego dijo:

—Vale. Vale. Me quedaré muy quieto, creedme.

—Bien —dijo Rosie.

Y aunque la cola de su vestido barrió el suelo al girar, Rosie se alejó con la majestuosidad de una reina. Las puertas dobles eran muy grandes y caras. Cuando ella las abrió, los ruidos de una reunión inundaron la sala. Llegaron conversaciones, olor a humo de puros y a alcohol y una voz que decía: «... cambiar el epistema dominante...», antes de que las puertas se cerraran con una vaharada.

Vimes no se movió de su sitio. Le estaba cogiendo apego al sillón y además todo apuntaba a que alguien le volvería a pegar pronto.

Sin soltar la ballesta, Sandra le puso al lado un vaso muy grande de whisky.

—¿Sabes? —dijo él—. En los tiempos por venir, la gente se preguntará cómo circulaban todas esas armas de contrabando por la ciudad.

—Te aseguro que no sé de qué estás hablando.

—Y es porque los muchachos de la Guardia no se preocupan por las costureras, haya o no toque de queda —dijo Vimes, mirando fijamente el whisky—. Ni por los carruajes de ricachón —añadió—. Si un guardia intenta algo así, se puede meter en líos de los gordos. —Podía olerlo desde donde estaba. Era del bueno de las montañas, no la bazofia local.

—No le has dicho a nadie lo de la cesta —dijo Sandra—. Ni tampoco nos has entregado a los Inmencionables. ¿Es que eres uno de los nuestros?

—Lo dudo.

—¡Pero si no sabes quiénes somos!

—Aun así lo dudo.

Y entonces oyó que las puertas se abrían y se cerraban y a continuación el frufrú de un vestido largo.

—¿Sargento Keel? ¡He oído hablar mucho de usted! Por favor, déjanos solos, Sandra. Estoy seguro de que a nuestro buen sargento se lo puede dejar a solas con una dama.

Madam solamente era un poco menos alta que Vimes. Puede que fuera de Genua, pensó, o que hubiera pasado mucho tiempo allí. Tenía cierto deje en el acento. Ojos castaños y pelo castaño, aunque el pelo de una mujer podía cambiar de color en cualquier momento, y un vestido púrpura que parecía más caro que la mayoría. Y una expresión que decía bastante a las claras que su propietaria sabía qué iba a pasar y solamente seguía la corriente para asegurarse...

—No se olvide de las uñas intrincadamente pintadas —dijo—. Pero si va a intentar adivinar cuánto peso, no espere ninguna ayuda por mi parte. Puede llamarme usted Madam. —Se sentó en un sillón junto a él, juntó las manos y lo observó por encima de las mismas—. ¿Para quién trabaja usted? —preguntó.

—Soy agente de la Guardia de la Ciudad —dijo Vimes—. Traído aquí contra mi voluntad... Madam.

La mujer hizo un gesto despectivo con la mano.

—Es libre de marcharse cuando lo desee.

—El sillón es cómodo —dijo Vimes. Ni en sueños lo iban a despachar así—. ¿Es usted realmente de Genua?

—¿Es usted realmente de Pseudópolis? —Madam le sonrió—. Personalmente opino que vale la pena no ser nunca de ningún sitio muy cercano. Hace la vida mucho más fácil. Pero he pasado mucho tiempo en Genua, donde tengo... intereses comerciales. —Le sonrió de nuevo—. Y ahora usted está pensando «vieja costurera», ¿me equivoco?

—En realidad estaba pensando «confección a medida» —dijo Vimes, y ella echó a reír—, pero por encima de todo —añadió— Estaba pensando «revolucionaria».

—Continúe, sargento. —Madam se puso de pie—. ¿Le importa si bebo un poco de champán? Le ofrecería una copa de whisky, pero tengo entendido que no bebe usted. —Vimes le echó un vistazo al vaso lleno hasta los topes que tenía al lado—. Era una simple comprobación —comentó Madam mientras sacaba una gran botella de un cubo de hielo de tamaño industrial—. Usted no es sargento. Rosie tenía razón. Ha sido oficial. Y algo más que un oficial del montón. Menuda compostura tiene, sargento Keel. Aquí está usted, en una casa enorme, en el boudoir de una dama, con una mujer de virtud dudosa —Madam inclinó la botella para servir el champán en lo que parecía ser un tazón azul con un osito de peluche pintado—, y se lo ve impertérrito. ¿De dónde es? Puede fumar si quiere, por cierto.

—De un lugar muy lejano —dijo Vimes.

—Uberwald.

—No.

—Yo tengo... intereses comerciales en Uberwald —comentó Madam—. Por desgracia, la situación allí se está volviendo bastante inestable.

—Sí. Ya veo —respondió Vimes—. Y le gustaría tener ese tipo de, pausa elocuente, intereses comerciales en Ankh-Morpork, me imagino. Si se pudiera estabilizar la ciudad.

—Muy bien. Digamos que creo que esta ciudad tiene un futuro maravilloso y que me gustaría formar parte del mismo, y que es usted notablemente perspicaz.

—No —dijo Vimes—. Soy muy sencillo. Pero sé cómo funcionan las cosas. Me limito a seguir al dinero. Winder es un loco, y eso no es bueno para los negocios. Sus amigotes son criminales, y eso tampoco es bueno para los negocios. El nuevo patricio va a necesitar amigos nuevos, gente amplia de miras que quiera formar parte de un futuro maravilloso. Un futuro que sea bueno para los negocios. Así funcionan las cosas. Reuniones en salones. Un poco de diplomacia, un poco de toma y daca, una promesa por aquí, un entendimiento por allí. Así es como ocurren las verdaderas revoluciones. Todo lo que pasa por las calles no es más que espuma... —Vimes señaló las puertas con la cabeza—. ¿Tiene invitados para cenar? Esa era la voz del doctor Follett. Un hombre listo, decí... dicen. Elegirá el bando correcto. Si tiene usted de su lado a los grandes gremios, Winder ya es un muerto andante. Pero Espasmo no les va a servir de mucho.

—Mucha gente tiene grandes esperanzas puestas en él.

—¿Y usted qué piensa?

—Creo que es un idiota conspirador e interesado. Pero es lo mejor que hay, de momento. ¿Y dónde entra usted, sargento?

—¿Yo? Yo me quedo fuera. No tiene usted nada que yo quiera.

—¿No quiere usted nada?

—Quiero muchas cosas, milady. Pero usted no me las puede dar.

—¿Qué le parecería volver a estar al mando?

La pregunta le golpeó como un martillo. Aquello era historia. ¡Ella no lo podía saber! ¿Cómo lo podía saber?

—Ah —dijo Madam, que había estado mirando atentamente su expresión—. Rosemary dijo que unos ladrones le habían quitado una armadura muy, muy cara. Digna de un general, tengo entendido.

Madam descorchó otra botella. Y lo hizo como era debido, observó Vimes a pesar de la conmoción. Nada de hacer saltar el tapón de corcho y desperdiciar burbujas como los aficionados.

—¿No sería eso extraño, de ser verdad? —caviló Madam—. Un luchador callejero con la actitud de un comandante y la coraza de un líder. —Vimes se limitó a mirar al frente—. ¿Y a quién le haría falta saber cómo llegó aquí? —siguió Madam, dirigiéndose al aire en general—. Bastaría saber que por fin hay un hombre verdaderamente capaz de tomar el mando de la Guardia de la Ciudad.

La primera idea que burbujeó en la cabeza de Vimes como si fuera champán fue: ¡por todos los demonios, sí que podría! Darle a Swing la patada en el culo, ascender a algunos sargentos decentes...

La segunda idea fue: ¿en esta ciudad? ¿Bajo el gobierno de Espasmo? ¿Ahora? Solo seríamos una banda callejera más. La tercera idea fue: esto es una locura. No puede suceder. No sucedió. Lo que tú quieres es volver a casa con Sybil.

Las ideas uno y dos se apartaron arrastrando los pies, avergonzadas de sí mismas y murmurando «sí, claro... Sybil... sí, obviamente... sí... lo siento...» hasta disiparse en el silencio.

—Siempre he tenido talento para reconocer a quien promete —dijo Madam, mientras él seguía mirando a la nada.

La cuarta idea se alzó en la oscuridad como una horrible criatura salida del abismo.

«No has pensado en Sybil hasta llegar a la idea tres», le susurró.

Parpadeó.

—Ya conoce usted las necesidades de la ciudad... —arrancó de nuevo Madam.

—Quiero volver a casa —dijo Vimes—. Voy a terminar el trabajo que tengo delante y luego me vuelvo a casa. Eso es lo que voy a hacer.

—Hay quienes dirían que si no está a nuestro favor, es que está en nuestra contra —dijo Madam.

—¿A favor de ustedes? ¿A favor de qué? ¿A favor de lo que venga? ¡No! Pero tampoco estoy a favor de Winder. Se supone que no tengo que estar «a favor» de nadie. Y no acepto sobornos. ¡Ni aunque Sandra me amenace con una seta!

—Creo que era un champiñón. Oh, cielos —la dama le dedicó una sonrisa—, ¿es usted incorruptible?

Oh, cielos, ya volvemos a las andadas, pensó Vimes. ¿Por qué esperé a estar casado para empezar a resultar extrañamente atractivo a las mujeres poderosas? ¿Por qué no me pasó cuando tenía dieciséis años? Entonces me habría ido bien.

Intentó poner una mirada feroz, pero lo más probable es que solo empeorara las cosas.

—He conocido a unos cuantos hombres incorruptibles —prosiguió madam Meserole—. Tienden a morir unas muertes horripilantes. El mundo siempre restablece el equilibrio, ¿sabe? Un hombre corrupto en un mundo bueno, un hombre bueno en un mundo corrupto... la ecuación da el mismo resultado. Al mundo le cuesta tratar con la gente que no elige un bando.

—A mí me gusta estar en medio —dijo Vimes.

—Y así consigue dos enemigos. Me asombra que se pueda permitir tantos con su paga de sargento. Por favor, piense en lo que se podría estar perdiendo.

—Ya lo pienso. Y no voy a ayudar a nadie a morir únicamente para reemplazar a un chiflado por otro.

—Entonces tiene usted la puerta detrás, sargento. Y siento mucho que no podamos...

—¿... hacer negocios? —terminó Vimes.

—Iba a decir «alcanzar un acuerdo mutuamente beneficioso». No estamos lejos de su Casa de la Guardia. Le deseo... suerte. —Señaló la puerta con la cabeza—. Qué lástima —dijo, y suspiró.

\* \* \*

Vimes salió a la noche lluviosa, cambió su punto de apoyo de un pie al otro y dio unos cuantos pasos experimentales.

Esquina de Tranquila con Mina de Melaza. Una mezcla de adoquines lisos y ladrillos viejos. Sí.

Se fue a casa.

\* \* \*

Madam se quedó mirando un instante la puerta cerrada y se dio la vuelta cuando las velas chisporrotearon un poco.

—Sí que eres muy bueno —comentó—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Havelock Vetinari salió de una sombra del rincón. No llevaba el color negro oficial de los asesinos, sino ropa holgada que era... de ningún color en realidad, simples tonos anodinos de gris.

—Llevo aquí el suficiente tiempo —dijo, repantingándose en el sillón que Vimes había dejado vacío.

—¿Ni siquiera te ha visto el Consultorio?

—La gente mira pero no ve. El truco es ayudarlos a no ver nada. Pero creo que Keel me habría visto si no hubiera estado de aquel lado. Ese hombre se fija en las sombras. Es interesante.

—Es un hombre muy lleno de rabia —dijo Madam.

—Y usted lo ha puesto todavía más rabioso.

—Creo que vas a obtener la distracción de que hablábamos —dijo Madam.

—Sí. Yo también lo creo.

Madam se le acercó y le dio una palmadita en la rodilla.

—¿Lo ves? —le dijo—. Tu querida tía piensa en todo... —Se puso de pie—. Será mejor que vaya a atender a mis invitados. Soy Una persona muy atenta. Mañana por la noche a lord Winder no le quedarán muchos amigos. —Vació su tazón de champán—. El doctor Follett es un hombre encantador, ¿no te parece? ¿Tú sabes si ese pelo es suyo de verdad?

—Nunca he buscado la oportunidad de averiguarlo —dijo Havelock—. ¿La está intentando emborrachar?

—Sí —dijo Madam—. Me parece admirable.

—Dicen que toca el laúd de maravilla —comentó Havelock.

—Fascinante —dijo Madam.

Compuso en su cara una sonrisa de genuino placer y abrió las enormes puertas dobles que había al otro extremo de la sala.

—Ah, doctor —dijo, adentrándose en la nube de humo— ¿un poco más de champán?

\* \* \*

Vimes estaba durmiendo en una esquina, de pie. Era un viejo truco que compartían los agentes de la Guardia Nocturna y los caballos. No era exactamente dormir, y cualquiera que intentara hacerlo varias noches seguidas, moriría, pero sí quitaba parte del cansancio.

Unos cuantos hombres más ya dominaban el truco. Otros estaban usando mesas o bancos. Nadie parecía tener ganas de irse a casa, ni siquiera cuando una especie de amanecer tiñó la lluvia y Narizotas llegó con un caldero lleno de gachas temibles.

Vimes abrió los ojos.

—¿Una taza de té, sargento? —preguntó Narizotas—. Ha estado una hora cociéndose y lleva dos azucarillos.

—Eres un salvavidas, Narizotas —dijo Vimes, cogiendo la taza como si fuera el elixir de la vida eterna.

—Y hay un chavalín fuera que dice que tiene que hablar con usted, jjja, en persona —continuó Narizotas—. ¿Quiere que le dé un sopapo?

—¿A qué huele? —preguntó Vimes, dando un sorbo del té abrasador y corrosivo.

—Al suelo de una jaula de babuinos, sargento.

—Ah, Nobby Nobbs. Voy a ver qué quiere. Llévale un cuenco grande de gachas, ¿quieres?

A Narizotas pareció incomodarle aquello.

—Si quiere, jjja, mi consejo, sargento, no conviene animar a críos como...

—¿Ves estos galones, Narizotas? Así me gusta. Un cuenco grande.

Vimes se llevó su té al patio mojado, donde Nobby estaba acechando pegado a una pared.

Había indicios de que iba a ser un día soleado. Eso sacaría todo a la luz después de aquella noche de lluvia. Las lilas, por ejemplo

—¿Qué pasa, Nobby?

Nobby esperó un momento a ver si había una moneda en perspectiva.

—La cosa está bastante mal en todos lados, sargento —dijo, renunciando de momento pero sin perder la esperanza—. Un agente muerto en Grupo de Presión. Le ha dado una piedra, dice la gente. Alguien ha perdido una oreja en las peleas de la Colina de la Siesta. Una carga de caballería, sargento. Hay broncas por todas partes. Todas las Casas de la Guardia se han llevado lo suyo...

Vimes escuchó la lista con aire sombrío. Era el proceso sangriento de siempre. Gente asustada y furiosa por ambos lados, apelotonados unos contra otros. Aquello solo podía empeorar. Parecía que la Colina de la Siesta y Hermanas Dolly ya eran zonas de guerra.

... mira cómo se levantan los angelitos bien arriba...

—¿Y en la calle Cable ha pasado algo? —preguntó.

—Ha habido cuatro gatos —dijo Nobby—. Algunos gritos y carreras, nada más.

—Ya —dijo Vimes. Ni siquiera la turba era tan estúpida. De momento únicamente se atrevían los chavales, los exaltados y los borrachos. Pero todo empeoraría. Había que estar loco de remate para atacar a los Inmencionables.

—Están pasando cosas malas en todas partes —dijo Nobby—. Menos aquí, claro. Nosotros nos hemos librado.

No, pensó Vimes. El desenlace dependerá de nosotros.

Narizotas salió por la puerta trasera de la Casa de la Guardia, trayendo un gran cuenco de gachas con una cuchara clavada. Vimes indicó a Nobby con la cabeza y vio cómo se le entregaba el cuenco con extrema reticencia.

—¿Sargento? —dijo Narizotas, sin perder de vista la cuchara mientras el chico comía, o, para ser exactos, engullía las gachas.

—¿Sí, Narizotas?

—¿Tenemos alguna orden?

—Pues no lo sé. ¿Está el capitán?

—A eso voy, sargento —dijo Narizotas—. Anoche vino un mensajero con un sobre para el capitán, así que se lo subí y me encontré al capitán allí esperando, y pensé, esto sí que es raro, jjja, no tiene costumbre de llegar tan temprano...

—Al grano, por favor, Narizotas —dijo Vimes, mientras el hombre empezaba a contemplar otra vez las oscilaciones de la cuchara.

—Bueno, cuando más tarde le llevé el chocolate, el hombre estaba allí sentado, jjja, mirando a la nada. Me dijo: «Gracias, Narizotas» al darle el chocolate, jjja, eso sí. Siempre es muy educado con esas, jjja, cosas. Pero cuando he subido hace un momento ya no estaba.

—Es un hombre mayor, Narizotas, no puedes esperar que se pase aquí todo el...

—Tampoco estaba su escribanía, sargento. Nunca se la había llevado a casa. —Y Vimes vio que los ojos de Narizotas estaban más inyectados en sangre que de costumbre.

Suspiró.

—¿Algún rastro del sobre?

—No, sargento —dijo Narizotas, enfocando de nuevo la mirada en la cuchara que Nobby tenía en la mano. Era muy barata, se fijó Vimes, hecha de hojalata.

—En ese caso lo que haremos es velar por la paz, Narizotas —dijo.

—De eso no hay mucho por ninguna parte, sargento.

—Tendremos que ver qué encontramos. Ven conmigo.

Narizotas vaciló.

—Es que no quiero perder de vista la cuchara, sargento. Nos quedan solo cinco y los críos como ese mangarían lo...

—¡Que se quede con la maldita cuchara! —exclamó Vimes—. ¡Las cucharas no son importantes en este momento!

Nobby se tragó el último bocado abrasador, se metió la cuchara en el bolsillo, le sacó una lengua llena de gachas a Narizotas, tiró el cuenco al suelo y puso pies en polvorosa.

Vimes volvió a la oficina, con buen paso cogió el cucharon servir gachas y lo hizo repicar en el costado del caldero vacío. Las cabezas se levantaron.

—¡Muy bien, hijos! ¡Esto es lo que vamos a hacer! ¡Todos los hombres casados tienen permiso para escaparse una hora a casa y tranquilizar a sus esposas! ¡Al resto os tocan horas extras no remuneradas! ¿A alguien le sorprende?

Peluquín levantó la mano.

—Todos tenemos familia, sargento —dijo.

—Y lo mejor que podéis hacer por ella es aseguraros de que haya un poco de ley por aquí —dijo Vimes—. No sabemos lo que está pasando en las demás divisiones, únicamente que tiene mala pinta. Así que esta casa se queda abierta, ¿entendéis? ¡Día y noche! ¿Sí, guardia interino?

—Pero mi madre se va a preocupar, sargento —observó el joven Sam.

Vimes vaciló, pero solo un momento.

—Narizotas le llevará todos los mensajes que quieras, chaval. Lo mismo vale para todos los demás —agregó—. Vamos a salir a patrullar pronto. Sí, ya sé que somos la Guardia Nocturna. ¿Y qué? ¡Ahora mismo yo lo veo todo bastante negro! Guardia interino, sal conmigo al patio, ¿quieres?

Vimes salió de nuevo al aire matinal.

En teoría, uno de los propósitos del patio era hacer la instrucción. Pero casi nunca se usaba para eso. La Guardia Nocturna tenía por norma evitar la violencia. Cuando no surtían efecto las amenazas o la superioridad numérica, preferían correr.

Había algunas dianas mohosas en un cobertizo, junto con unos cuantos hombres de paja para las prácticas de espada. Vimes los sacó a los adoquines mientras el guardia interino llegaba detrás de él.

—¿No decía que esos trastos eran inútiles, sargento?

—Lo son —dijo Vimes—. Los he puesto aquí para que caigas encima. Vas por ahí, Sam, con un arma que no sabes usar. Eso es peor que ir por ahí sabiendo usar un arma y no tenerla. Un hombre con un arma que no sabe usar tiene todos los números para que se la metan donde el sol no brilla.

Se quitó la coraza y el casco y tiró el cinto con su espada a un rincón.

—Muy bien, atácame —dijo. Con el rabillo del ojo vio que algunos hombres habían salido ociosamente al patio y los estaban mirando.

—¡No puedo ir y clavarle la espada, sargento! —se lamentó Sam.

—No, pero me gustaría que lo intentaras.

Sam volvió a vacilar. De joven no era tonto del todo, pensó Vimes.

—Está usted sonriendo, sargento —dijo Sam.

—¿Y?

—Que está ahí sonriendo y plantado sin más, sargento —insistió Sam—. Sé que me voy a llevar una buena tunda porque usted no lleva espada y sonríe.

—¿Te preocupa manchar de sangre esa espada tan bonita, chaval? Muy bien, tírala. ¿Te sientes mejor? Antes eras de una banda callejera, ¿verdad? Claro que sí. Todo el mundo lo era. Y sigues vivo. Así que debes de haber aprendido a pelear.

—Sí, sargento, pero aquello era, ya sabe, pelear sucio...

—Somos gente sucia. Tú no te cortes —dijo Vimes.

—¡No quiero hacerle daño, sargento!

—Esa es tu primera equivocación...

Sam giró y lanzó una patada.

Vimes dio un paso atrás, le atrapó el pie y lo ayudó en su viaje ascendente.

Y también era rápido, pensó mientras Sam caía de espaldas al suelo. Y no se me daba mal la astucia. Pero desde entonces he aprendido malicia.

—Los ojos te han delatado —le dijo Vimes a un despatarrado Sam—. Pero has captado la idea básica. No hay reglas.

Notó un cambio a su espalda. Que incluía el sonido muy amortiguado de una risita. Echó un vistazo a Sam, que miraba detrás de él.

El golpe fue preciso, habría impactado en la parte posterior de su cabeza si Vimes no se hubiera apartado hábilmente a un lado. A continuación se volvió, agarró el brazo y miró la cara de Ned Coates.

—¿Has tenido un buen día libre, Ned? —preguntó.

—Sí, sargento, gracias. Solamente quería ver cómo de bueno era usted.

Le dio un codazo a Vimes en el estómago y retorció el brazo hasta soltarse. Se oyeron murmullos entre el público pero Vimes, doblado sobre sí mismo y con lágrimas cayéndole de los ojos, levantó una mano.

—No, está bien, está bien —dijo entre jadeos—. Todos tenemos algo que aprender. —Se puso las manos en las rodillas, resollando un poco más teatralmente de lo necesario.

Le impresionó que Ned no se lo estuviera tragando. El hombre guardaba las distancias, caminando lentamente en círculos. Tenía su porra en la mano. Un luchador menos experimentado se habría acercado para comprobar si el viejo sargento se encontraba bien, y se habría arrepentido de ello.

—Eso mismo, sargento —dijo Ned—. Quiero ver lo que puede enseñarme a mí. Sam es demasiado confiado.

La mente de Vimes repasó a la desesperada sus opciones.

—Así pues, sargento —siguió diciendo Ned, sin dejar de moverse—, ¿qué haría usted si fuera desarmado y le viniera un nombre con una porra?

Armarme bien rápido, pensó Vimes, si creyera que es tan bueno como tú.

Se agachó y rodó por el suelo. Ned no lo vio venir. Cuando Vimes se empezó a mover a la derecha él se había concentrado en la izquierda, basándose en que el primer movimiento de alguien como Vimes tenía que ser una finta. Para cuando pudo refrenarse y girar, Vimes ya había agarrado su vaina y se estaba poniendo de pie, desenvainando la espada.

—Ah, conque subiendo las apuestas. Buena lección, sargento —dijo Ned. Desenvainó él también. Su espada relucía; la mayoría de las espadas de la Guardia habrían tenido dificultades para cortar mantequilla—. Ahora volvemos a estar iguales. ¿Qué más, sargento?

Se movieron en círculos. Caray, pensó Vimes, ¿quién le habrá enseñado? Está sonriendo, y no me extraña. Esto no es un combate. Sabe que no le puedo dar una estocada, no así, no delante de todo el mundo. Él me puede alcanzar por accidente y nadie le dirá nada, pero a un sargento se le supone que no va a caer en eso. Y ya no podemos subir más las apuestas.

Un momento...

Lanzó su espada a la pared. Se quedó clavada, por pura suerte. Aquello impresionó a los espectadores.

—Te tengo que dar una oportunidad, Ned —dijo, alejándose.

Siempre se puede aprender, pensó Vimes. Se acordó de Gussie Dos Sonrisas. Sam todavía tardaría unos cinco años en encontrárselo. Eso sí que iba a ser educativo. Dos Sonrisas era el luchador más sucio que Vimes había conocido en su vida. Cualquier cosa le valía como arma y cualquier parte del cuerpo era buena para usarla. Dos Sonrisas era una especie de genio en aquella área limitada. Era capaz de ver un arma en cualquier cosa: una pared, un trapo, una pieza de fruta...

Ni siquiera era corpulento. Era pequeño y nervudo. Pero le gustaba pelear contra grandullones, puesto que tenían más superficie que morder. Al cabo de unas cuantas copas, sin embargo, costaba saber contra qué estaba peleando Dos Sonrisas. Lucharía contra cualquier hombre que tuviera al lado, aunque solo fuera como sucedáneo de darle una patada al universo entero en la entrepierna.

Lo habían llamado Dos Sonrisas desde que alguien le estampó un vaso en la cara; en aquel momento Gussie había estado tan marinado en adrenalina que lo consideró un detalle sin importancia. La cicatriz le había dibujado una sonrisita feliz. Sam había aprendido mucho de Gussie Dos Sonrisas.

—¿De qué va esto? —murmuró, lo bastante fuerte para que lo oyera Ned.

—Quiero averiguar lo que sabe, sargento —respondió Ned, sin dejar de andar en círculos—. Me parece a mí que sabe demasiado.

Se lanzó al ataque. Vimes dio un salto atrás, agitó la vaina de la espada como si hubiera perdido toda esperanza y, mientras Ned soltaba una carcajada y se apartaba de su trayectoria, cambió su agarre sobre el cuero duro.

—Llevo puesto el casco, como dicta la normativa —dijo Ned—. Y la armadura. Le va a costar noquearme, sargento.

Aun con Detritus gritándoles, no había ni un agente de la Guardia de cada siete que supiera usar la espada como era debido. Ned sí sabía. No dejaba muchas aberturas.

En fin... la hora de la malicia.

Dio un paso atrás, se detuvo y vio lo que estaba pasando detrás de Coates. Intentó esconderlo, pero no pudo impedir el momentáneo centelleo de alivio en su mirada.

Coates no pudo impedir el momentáneo desvío en su atención.

Vimes golpeó hacia arriba, con la vaina convertida en una extensión de su brazo. El cuero rígido alcanzó al hombre debajo de la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás. Entonces el cuero cayó con fuerza sobre la mano de la espada y, como una idea de último momento, Vimes dio a Ned una patada en la espinilla justo lo bastante fuerte como para mandarlo al suelo. Siempre había tenido alergia a que las armas afiladas estuvieran demasiado cerca de su cara.

—Así me gusta, buen intento —dijo, antes de darle la espalda y encararse a los otros guardias. Mientras se oía un gorgoteo detrás de él, explicó—: Cualquier cosa es un arma si se usa bien. Vuestra campanilla es un garrote. Cualquier cosa que atice al otro con la fuerza necesaria para daros más tiempo es buena. Nunca jamás amenacéis a nadie con la espada a menos que sea en serio, porque si el otro os ve el farol de pronto ya no os quedan muchas opciones y las que tenéis son todas malas. No tengáis miedo de usar lo que aprendisteis de chavales. No ganamos puntos por jugar limpio. Y para el combate cuerpo a cuerpo, como sargento vuestro de mayor rango que soy, os prohíbo explícitamente que investiguéis el amplio surtido de palos, porras negras y nudilleras de metal que vende la señora Buencuerpo en la calle Tranquila número 8, con una gama de precios y tamaños adecuada a todos los bolsillos, y si alguno de vosotros acude a mí en privado, no pienso hacer ninguna demostración en absoluto de una variedad de golpes especializados para esos instrumentos tan útiles aunque peliagudos. Muy bien, vamos a calentar un poco. Os quiero a todos aquí con vuestras porras dentro de dos minutos. Vosotros creéis que es un palo ridículo. Os enseñaré lo contrario. ¡Manos a la obra!

Se giró hacia el dolorido Ned, que se había incorporado hasta sentarse.

—Buenos movimientos, señor Coates. No los aprendiste en la Guardia, eso lo sé. ¿Hay algo que tengamos que hablar? ¿Te importa decirme dónde estuviste anoche? ¿En la calle Mórfica, tal vez?

—Día libre —murmuró Ned, frotándose la mandíbula.

—Ya, ya. No es asunto mío. Me parece que tú y yo no hemos empezado con buen pie, Ned.

—Eso es.

—Crees que soy alguna especie de espía.

—Sé que no eres John Keel.

Vimes mantuvo la cara perfectamente impasible, lo cual, se dio cuenta ahora, lo delataba a las claras.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó.

—No tengo por qué decírtelo. Tampoco eres ningún sargento de la Guardia. Y hace un momento has tenido suerte, no digo más. —Ned se puso de pie mientras los demás agentes salían de vuelta al patio.

Vimes lo dejó irse y volvió su atención hacia los demás.

A ninguno de ellos le habían enseñado nunca nada. Habían aprendido, en mayor o habitualmente en menor medida, los unos de los otros. Y Vimes sabía adónde llevaba aquel camino. Por aquel camino los polis hacían rodar a los borrachos de la acera para quedarse con su calderilla y se aseguraban entre ellos que los sobornos eran meras propinillas, y la cosa empeoraba a partir de ahí.

Él estaba completamente a favor de captar reclutas en la calle, pero primero había que darles instrucción. Hacía falta alguien como Detritus que se pasara seis semanas gritándoles, y también darles lecciones sobre el deber y los derechos de los prisioneros y el «servicio público». Y entonces se los podías pasar a los monstruos de la calle, que serían quienes les explicaran todo lo demás, como por ejemplo la forma de pegar a alguien donde no le quedara marca y en qué casos era buena idea colocarse un plato sopero de metal en la bragueta antes de meterte en una riña de bar.

Y si tenías suerte y ellos eran sensatos, encontraban un lugar entre la perfección imposible y el Foso donde pudieran ser polis de verdad: un poco deslustrados, porque el trabajo tenía ese efecto, pero no podridos.

Los hizo formar en parejas y los puso a atacar y a defender. Fue un espectáculo espantoso. Dejó que continuara durante cinco minutos.

—Muy bien, muy bien —interrumpió, dando palmadas—. Pero que muy bien. Cuando llegue el circo a la ciudad no dudaré en recomendaros. —Los hombres dejaron caer los hombros y esbozaron sonrisas avergonzadas mientras él continuaba—: ¿Es que no conocéis ningún movimiento? ¿La Plancha a la Garganta, el Atizador al Rojo Vivo, la Traca de Costillas? Digamos que me estoy acercando con un garrote muy, muy grande... ¿qué hacéis vosotros?

—Correr bien lejos, sargento —dijo Peluquín.

Hubo risas.

—¿Y cómo de lejos podéis correr? —preguntó Vimes—. En algún momento tendréis que pelear. ¿Cabo segundo Coates?

Ned Coates se había mantenido al margen. Había permanecido apoyado contra el muro en una especie de pavoneo inmóvil, contemplando el triste espectáculo con desdén.

—¿Sargento? —dijo, impulsándose hasta ponerse derecho con el esfuerzo mínimo.

—Enséñale a Peluquín cómo se hace.

Coates sacó su porra. Vimes vio que era hecha por encargo, ligeramente más larga que las normales. Se estacionó delante del agente, dándole la espalda de forma muy explícita a Vimes.

—¿Qué quiere que haga, sargento? —dijo por encima del hombro.

—Enséñele unos cuantos movimientos decentes. Cójale por sorpresa.

—A la orden, sargento.

Vimes observó el desganado repiqueteo de las armas. Un, dos, tres...

... y Ned se le vino encima, su porra silbando al cortar el aire.

Pero Vimes se agachó por debajo del ataque, agarró el brazo al hombre con las dos manos, se lo retorció por detrás de la espalda y puso su oreja en conjunción inmediata con la boca de Vimes.

—No ha sido tan inesperado, cariño —susurró—. Ahora los dos vamos a seguir sonriendo, porque los muchachos se están divirtiendo con nuestro Ned, que es la monda y sigue dale que te pego contra el viejo sargento, y no queremos aguarles la fiesta. Ahora te voy a soltar, pero como lo intentes otra vez tendrás que usar las dos manos para coger una cuchara, ¡y te va a hacer falta coger una cuchara, Ned, porque te tocará comer solo sopa por no tener ni un maldito diente! —Relajó un poco su presa—. ¿Quién te ha enseñado todo esto, por cierto?

—El sargento Keel, sargento —dijo Ned.

—¡Está haciendo un buen trabajo, sargento Keel!

Vimes se giró y vio al capitán Swing que cruzaba el patio.

A la luz del día se lo veía más pequeño y más flaco y con aspecto de oficinista, y de oficinista que mantenía un cuidado errático de su apariencia. Tenía el pelo lacio, y los mechones negros y gruesos engominados a través de una calva central indicaban que o bien el hombre no tenía espejo o bien carecía por completo de sentido del humor.

Su abrigo, visto a la luz, estaba bien cuidado pese a ser antiguo, pero sus zapatos de hebilla estaban llenos de rayaduras y bastante pisoteados. La madre de Vimes habría tenido algo que decir al respecto. Los hombres tenían que cuidar de sus botas, repetía siempre. Se podía juzgar a un hombre por el brillo de sus zapatos.

Además Swing llevaba bastón, o mejor dicho, un bastón de ópera. Existía la posibilidad de que pensara que le daba un aspecto sofisticado en lugar de parecer, por ejemplo, un hombre que llevaba un trozo de madera innecesario. Estaba claro que había un estoque oculto en su interior, porque traqueteaba al golpear el suelo mientras su dueño se acercaba evitando remilgadamente las viejas dianas y los restos de paja.

—Veo que está manteniendo a los hombres en forma —comentó—. Así megusta. ¿Está su capitán?

—Creo que no —dijo Vimes, dejando ir a Coates—, señor.

—¿No? Bueno, tal vez le pueda entregar esto, sargento Keel. —Swing le dedicó una ligera sonrisa—. Ha tenido usted una nochedéxito... por lo que tengo entendido.

—Hemos tenido unas cuantas visitas —dijo Vimes—, señor.

—Ah, sí. Celo desencaminado. No convienenada... infravalorarlo a usted, sargento. Está lleno de ingenio. Por desgracia, las demás Casas de la Guardia no han sido tan...

—¿... ingeniosas?

—Ah. Sí. Me temo, sargento, que algunos de mis hombres más entusiastas lo consideran a usted unobstáculo... para nuestro tan necesario trabajo. Yo, porlocontrario... creo que es un hombre que cumple a rajatabla laley y, aunque este hechohagenerado... elementos de fricción debidos a su falta de plena comprensión de las exigencias de la situación, le doymivoto de confianza... y me arrancaría el corazón si demostrara que me equivoco.

Vimes consideró las alternativas anatómicas.

—Acierta usted a grandes rasgos, señor —dijo—. Aunque yo no aspiraría a llegar tan alto.

—Maravilloso. Esperoconilusión... nuestra cooperación en el futuro, sargento. Su nuevo capitán les informará... sin duda de todo lo demás, tal como él disponga. Buenos días.

Swing giró sobre sí mismo y regresó a la puerta con sus andares entrecortados. Sus hombres dieron media vuelta para seguirlo, pero uno de ellos, que llevaba un brazo enyesado, hizo un gesto.

—Buenos días, Henry —saludó Vimes.

Examinó la carta. Era bastante gruesa y llevaba un sello grande con impronta. Pero Vimes había pasado demasiado tiempo en compañía de hombres malos y sabía exactamente qué hacer con un sobre lacrado.

También sabía escuchar. Nuevo capitán. Así pues... ya empezaba a ocurrir.

Los hombres lo estaban mirando.

—¿Están haciendo venir a más, jjja, soldados, sargento? —le preguntó Narizotas.

—Supongo que sí —dijo Vimes.

—Entonces le han dado la patada al capitán Tilden...

—Sí.

—¡Era un buen capitán! —protestó Narizotas.

—Sí —dijo Vimes. No, pensó. No lo era. Era un hombre decente y hacía lo que podía, nada más. Ya es historia antigua.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, sargento? —preguntó el guardia interino Vimes.

—Vamos a patrullar —dijo Vimes—. Sin alejarnos. Solamente en las calles de por aquí.

—¿Y eso de qué va a servir?

—De más que si no lo hiciéramos, muchacho. ¿No hiciste el juramento cuando te alistaste?

—¿Qué juramento, sargento?

No lo había hecho, se acordó Vimes. Igual que la mayoría. Te daban el uniforme y la campanilla y, sin más, ya eras miembro de la Guardia Nocturna.

Unos años atrás, Vimes tampoco habría perdido el tiempo con el juramento. El texto era anticuado y el chelín sujeto con un cordel era un chiste. Pero hacía falta algo más que el salario, incluso en la Guardia Nocturna. Hacía falta algo más para convencerte de que aquello no era un trabajo cualquiera.

—Narizotas, ve un momento al despacho del capitán y coge el Chelín, ¿quieres? —dijo Vimes—. Vamos a tomarles el juramento a todos estos. ¿Y dónde está el sargento Knock?

—Se ha largado, sargento —contestó Peluquín—. No sé si tiene importancia, pero al salir por la puerta ha dicho: «Que se vaya al infierno».

Vimes contó cabezas.

Más adelante se diría que toda la Casa de la Guardia se había quedado en su puesto. No era cierto, por supuesto. Algunos se habían escabullido, otros ni se habían presentado a sus turnos. Pero lo de Keel y la Línea era verdad.

—Muy bien, chicos —dijo—. La cosa está así. Sabemos lo que ha estado pasando. No sé vosotros, pero a mí no me gusta. En cuanto salen tropas a la calle, solamente es cuestión de tiempo que la cosa se ponga fea. Un chaval tira una piedra y antes de que te des cuenta ya hay casas incendiadas y gente muerta. Lo que vamos a hacer es velar por la paz. Es nuestro trabajo. No vamos a ser héroes, simplemente vamos a ser... normales. Ahora bien —cambió de posición—, podría ser que alguien diga que estamos obrando mal. Así que no voy a daros la orden.

Desenvainó la espada y trazó una línea por el barro y las piedras.

—Si cruzáis esta línea, cuento con vosotros —dijo—. Si no, no pasa nada. No os alistasteis para esto y dudo que se vayan a repartir medallas, pase lo que pase. Simplemente os pediré que os vayáis y os desearé buena suerte.

Resultó casi deprimente lo deprisa que el guardia interino Vimes cruzó la línea. Fred Colon fue el siguiente, y Waddy, y Billy Peluquín. Y Partespinazo, Bontiempo y Húmedo y Piernas Gaskin y Horace Nancyball y... Curry se llamaba, ¿verdad?... y Evans y Arrojado...

Una docena de hombres cruzaron la línea, los últimos con esa reticencia que provoca la batalla entre la presión del grupo y un saludable apego al propio pellejo. Unos cuantos, más de los que Vimes habría deseado, se evaporaron de las últimas filas.

Eso dejaba a Ned Coates. Se cruzó de brazos.

—Estáis como putas cabras —afirmó.

—Nos iría bien tenerte, Ned —dijo Vimes.

—No quiero morir —dijo Ned—, y no tengo intención de hacerlo. Esto es una estupidez. Sois apenas una docena. ¿Qué Podéis hacer? Todo ese rollo de «velar por la paz»... es una memez, chicos. Los guardias hacen lo que les dice la gente que manda. Siempre ha sido así. ¿Qué vais a hacer cuando llegue el capitán nuevo, eh? ¿Y por quién estáis haciendo esto? ¿Por la gente? La gente ha atacado las demás Casas, ¿y qué les ha hecho nunca la Guardia Nocturna para perjudicarlos?

—Nada —dijo Vimes.

—Pues eso mismo.

—Quiero decir que la Guardia no ha hecho nada, y eso es lo que les ha perjudicado —dijo Vimes.

—¿Qué se puede hacer, entonces? ¿Arrestar a Winder?

Vimes tuvo la sensación de que estaba construyendo un puente de cerillas por encima de un abismo insondable, y ya notaba los vientos helados que venían de debajo.

Él había detenido a Vetinari, allá en el futuro. Era cierto que había salido libre, después de lo que pasaba por un proceso legal correcto, pero la Guardia de la Ciudad había sid... iba a ser lo bastante grande y lo bastante fuerte y lo bastante bien conectada para detener al gobernante de la ciudad. ¿Cómo habían conseguido llegar a ese nivel? ¿Cómo se la había ocurrido soñar siquiera que un puñado de polis pudiera dar con la puerta de la celda en las narices al jefe?

Bueno, quizá todo había empezado aquí. El guardia interino Vimes lo estaba mirando fijamente.

—Claro que no podemos —dijo—, pero deberíamos poder. Tal vez un día podremos. Si no podemos es que la ley no es la ley, sino solo una forma de tener controlada a la gente.

—Parece que por fin despertó y olió la mierda —dijo Coates—, porque eso es exactamente donde está metido hasta el cuello. Lo siento, chavales, pero vais a morir. Eso es lo que pasa cuando te enfrentas a soldados de verdad. ¿No habéis oído de lo de anoche en Hermanas Dolly? Tres muertos, y ni siquiera le estaban poniendo ganas.

—Venga ya, Ned, nadie se va a meter con nosotros solo por hacer la ronda —murmuró Colon.

—¿La ronda para qué? —replicó Coates—. ¿Para velar por la paz? ¿Y qué vais a hacer cuando ya no haya paz por la que velar? Bueno, pues yo no pienso quedarme para ver cómo os matan. Me largo.

Dio media vuelta, cruzó el patio con paso firme y entró en la Casa de la Guardia. Maldito idiota, qué razón tienes, pensó Vimes. Ojalá no tuvieras tanta.

—¿Seguís con nosotros, muchachos? —le dijo al grupo que estaba atrapado detrás de la línea.

—¡Claro que sí, sargento! —dijo el guardia interino Vimes. El resto de voluntarios parecía ligeramente menos seguro.

—¿En serio nos van a matar? —preguntó Peluquín.

—¿Quién dice que esto vaya a acabar en combate? —dijo Vimes, mirando cómo Coates se alejaba—. Un momento, quiero hablar con Ned...

—Tengo el Chelín, sargento —anunció Narizotas, cruzando el patio—. Y el capitán quiere hablar con usted.

—Dile que subiré dentro de un...

—Es el nuevo capitán —se apresuró a decir Narizotas—. Ya está aquí, jjja. Aplicado. Militar. No es de los que tienen paciencia, sargento.

Antes para estas cosas tenía a Zanahoria y a Detritus y a Angua y a Jovial, pensó Vimes con amargura. Les decía tú haz esto y tú haz lo otro, y mi único trabajo era preocuparme y tratar con la jodida política...

—Que Fred les tome el juramento a los hombres —ordenó—. Y dile al oficial que estaré con él en un momento.

Cruzó la Casa de la Guardia corriendo y salió por la puerta principal. Había mucha gente en la calle, más de la habitual. No era una turba propiamente dicha, pero sí era la famosa prototurba de Ankh-Morpork, el estado inmediatamente anterior a una turba de verdad. Se extendía por la ciudad como una tela de araña y, cuando había algún acontecimiento detonante, el mensaje apremiante vibraba por las calles y se espesaba y se tensaba alrededor de ese punto. La noticia de la Masacre de Hermanas Dolly se había propagado y las cifras iban creciendo al transmitirlas. Vimes notaba la tensión de la tela. Solamente le faltaba que algún idiota metiera la pata, y la Naturaleza es pródiga en lo que respecta a idiotas.

—¡Coates! —vociferó.

Para su sorpresa, el hombre se detuvo y se giró.

—¿Sí?

—Sé que estás con los revolucionarios.

—Solamente lo supones.

—No, tenías la contraseña apuntada en el cuaderno —dijo Vimes—. La misma que Escurridizo estaba pasando en los pasteles. Deberías tener claro ya que pude abrir las taquillas. Escucha, ¿crees que tú y Escurridizo seguiríais libres si yo fuera un espía de Swing?

—Claro. Porque no vas a por nosotros, ya limpiaréis el polvo después. Lo que Swing quiere son los líderes.

Vimes dio un paso atrás.

—Muy bien. ¿Por qué no se lo has dicho a los muchachos?

—Porque las cosas se están moviendo, por eso. Está empezando todo —dijo Ned—. Ya no importa quién seas tú. Pero vas a hacer que maten a los chicos. Se habrían puesto de nuestro lado si no fuera por ti. Los tenía medio convencidos. Sabes de sobra que a Partespinazo siempre se le cae la espada en el pie y que Nancyball se hace pis cuando alguien lo amenaza y que Vimesito es ingenuo, y ahora los vas a colocar a todos justo en el centro y van a morir. ¡Y todo para nada!

—¿Por qué no se lo has dicho? —repitió Vimes.

—Puede que tengas amigos en lo más alto —gruñó Ned. Vimes echó un vistazo a los tejados—. ¿Hemos terminado?

—Dame tu placa —dijo Vimes.

—¿De qué me hablas?

—Abandonas. Me parece bien. Dame tu placa.

Coates se apartó como si lo hubiera picado una abeja.

—¡Y un cuerno!

—Entonces sal de la ciudad —dijo Vimes—. Por tu propio bien.

—¿Eso es una amenaza?

—No por mi parte. Pero ahí va un consejo, chico. No pongas tu fe en las revoluciones. Siempre dan otra vuelta. Por eso se llaman revoluciones. La gente muere y no cambia nada. Hasta luego.

Le dio la espalda y se alejó a toda prisa, para que el hombre no le viera la cara.

Muy bien. Había llegado el momento. O lo hacía ahora o reventaría como el señor Salcífero. Llevaba tiempo queriendo hacerlo, pero no se había atrevido porque seguramente aquellos monjes podrían dejar muy mal parado a quien les buscara las cosquillas, pero las cosas ya habían ido demasiado lejos...

Su sentido del deber le dijo que había un oficial esperándolo. Se sobrepuso a él. No estaba en posesión de todos los hechos.

Vimes llegó a la entrada de la Casa de la Guardia y se detuvo. Cerró con fuerza los ojos. Si alguien se hubiera molestado en mirarlo, habría visto a un hombre que parecía estar intentando aplastar dos colillas contra la calzada, una con cada pie. Gracias, Rosie, por aquellas suelas de cartón. Sonrió.

Pensó con los cerebros de sus pies. Y tal como había descubierto el joven Sam, los pies tienen su propia memoria...

Adoquines redondeados de cabeza de gato, los normales. En esta parte de la ciudad no los habían colocado muy bien y se movían un poquito al pisarlos... antes de eso, en penúltimo lugar antes de llegar a la Casa de la Guardia sus pies habían notado adoquines más grandes, en tramos estrechos, allí donde habían reemplazado la superficie de la carretera tras instalar desagües. Y antes de eso había habido una franja parecida pero de escombro blando de ladrillo, tan aplastado por las ruedas de carro que ya era prácticamente una cuneta.

Unas cuantas docenas de pasos antes le habían dado un par de vueltas sobre sí mismo; pero la superficie anterior había sido... barro.

Vimes, que había estado caminando con los ojos cerrados, topó contra un carro.

Barro, pensó, levantándose y haciendo caso omiso de las extrañas miradas de los transeúntes. Eso quería decir un callejón. A ver... ah, sí, por allí...

Tardó veinte minutos.

La gente se iba girando mientras él recorría las calles, cerrando los ojos siempre que se atrevía para que los pies vieran mejor. De vez en cuando miraba a su alrededor, sin embargo, y volvía a percibir la tormentosa sensación de tensiones acumuladas, esperando a que ocurriese la primera nimiedad. La gente estaba intranquila —el rebaño estaba nervioso— y no terminaba de saber por qué. Todos con quienes se cruzaba la mirada le devolvían una expresión vacía.

Siguió caminando. Losas ásperas entre dos tramos de aquellos adoquines vetustos que la gente llamaba cabezas de troll... el único lugar de esta parte de la ciudad donde estaban era aquí, donde la calle Peltre cruzaba Olmo, y antes de eso había habido... sí, piedras grandes, de las más antiguas de la ciudad, llenas de surcos dejados por cientos y cientos de años de ruedas de carro revestidas de hierro, esa calle había estado justo detrás de una muralla de la ciudad... sí, cruzó Los Pozos, sin dejar Olmo, y luego perdió el hilo. Una rejilla metálica en medio del adoquinado se lo devolvió. La rejilla de un sótano. Un sótano frío. Con un escudo de armas, desgastado. La mantequería. Sí. ¡Ánimo, pies!

Aquí los monjes lo habían vuelto a girar, pero... ladrillos largos, horneados a fuego fuerte, y una franja de losas bastante modernas, bien acabadas y encajadas. Eso te podía engañar si no supieras que estabas en... sí, la calle de los Mamposteros, y era cierto que allí había mamposteros, que cuidaban la superficie. Ahora a encontrar un callejón, con barro pero también mucha grava porque los mamposteros tiraban allí sus detritos, y además en aquel había algún que otro montículo, en, las partes donde se habían puesto tuberías. Sí. Ahora a encontrar adoquines de cabeza cuadrada...

Abrió los ojos. Sí.

Más arriba a la izquierda, en el callejón de la Arcilla, había una manzana de tres edificios. Un templo encajonado entre dos tienduchas de barrio. Era... solo un templo, de aspecto vagamente extranjero, ¿pero no lo parecían todos? Aquel tenía pinta de ser de las tierras altas del Eje, donde todo el mundo comía yaks o algo así.

Las puertas del templo estaban cerradas con llave. Hizo traquetear el picaporte con impotencia, y luego aporreó la carpintería con su espada. No surtió ningún efecto. Ni siquiera dejó marca en la madera.

Pero la puerta de la tienda de baratillo contigua sí que estaba abierta. Era un lugar que él conocía bien. En tiempos remotos había sido su sastre y su botero. Y al igual que las casas de empeños, las tiendas de baratillo siempre estaban abiertas. Vimes entró en ella y se vio envuelto de inmediato en la oscuridad polvorienta.

Era una auténtica caverna de telas. Los percheros llenos de trajes viejos colgaban del techo. Los estantes vetustos se combaban bajo las pilas de camisas y chalecos y calcetines. Aquí y allí acechaban en la penumbra viejas cajas que le trababan las rodillas. Los montículos de botas abandonadas se deshacían y rodaban bajo sus pies. Y estaba el olor. Si la pobreza tuviera olor, sería este. Si el orgullo humillado tuviera olor, sería este. Y también se notaba un toque de desinfectante.

A un par de metros de la entrada, Vimes ya estaba perdido. Cambió de dirección, se abrió paso por un pasillo gris de tela asfixiante tras otro y se preguntó si alguien habría muerto alguna vez allí y cómo iba a enterarse nadie. Apartó de un tirón una percha que contenía un traje grasiento y deshilachado...

—¿Qué querer?

Se giró.

Allí no había nadie, hasta que su mirada descendió un poco y se encontró con la de un hombrecillo pequeño y lustroso, totalmente calvo, muy bajito y flaco, vestido con una ropa imprecisa que presumiblemente ni siquiera una tienda de baratillo había podido endilgar a ningún cliente. ¿Quién era? ¿Quién era?... Era extraño, pero Vimes parecía tener el nombre bastante fresco en la memoria...

—Ah, ejem, sí... el señor Sol...

—Sol Sal Ya —dijo el señor Sol.

Agarró el traje que Vimes aún tenía en la mano.

—Buen ojo, buen ojo, tela preciosa, tela preciosa, era de un sacerdote, muy buena, cincuenta peniques para usted, lástima de venderlo, son malos tiempos.

Vimes se apresuró a poner el traje de vuelta en el perchero y sacó su placa. Sol la miró con el ceño fruncido.

—Ya pagado otro guardia —dijo—. Un dólar, un mes, no problemas. Ya pagado otro guardia.

—¿Pagado?

—Guardia con dos galones yo ya pagado. ¡Un dólar, un mes, no problemas!

—El cabo Quirke —murmuró Vimes—. No tiene usted por qué pagar a los guardias, señor Sol. Estamos aquí para protegerlo.

Pese a su dominio apenas básico del idioma, la expresión del señor Sol sugirió con mucha claridad que el guardia con tres galones y una corona que tenía delante acababa de llegar desde el planeta Idiota.

—Oiga, no tengo tiempo para esto —dijo Vimes—. ¿Dónde está la puerta de atrás? ¡Esto es un asunto de la Guardia!

—¡Yo pagado! ¡Yo pagado protección! ¡Un mes, no problemas!

Vimes gruñó y echó a andar por otro túnel estrecho flanqueado de ropa.

Le llamó la atención un destello de cristal y se coló como un cangrejo por un pasillo atiborrado hasta dar con un mostrador. Estaba cubierto de más montones de mercancías invendibles, pero detrás tenía una puerta con una cortina de cuentas. Medio trepó y medio nadó por encima de las pilas y por fin llegó como pudo hasta la sala diminuta que había al otro lado.

El señor Sol se abrió paso a empujones hasta un vetusto maniquí de sastrería. Estaba tan rayado, descascarillado y ajado que parecía que lo hubieran desenterrado de las cenizas volcánicas de una ciudad antigua.

Tiró de un brazo y los ojos se le iluminaron.

—Aquí Número Tres —le dijo a la oreja—. Acaba de cruzar. Y caray, menuda mala leche lleva...

La puerta de atrás estaba cerrada con llave pero cedió bajo el peso del cuerpo de Vimes. Salió dando tumbos al patio, levantó la vista hacia la tapia que separaba aquel espacio grasiento del jardín del templo, escarbó con las botas en los ladrillos de la tapia y se izó a lo alto, notando cómo se deshacían un par de ladrillos por debajo.

Aterrizó de espaldas y se quedó mirando a una figura flaca y vestida con túnica que estaba sentada en un banco de piedra.

—¿Una taza de té, comandante? —dijo Barredor, animoso.

—¡No quiero ningún maldito té! —gritó Vimes, poniéndose de pie con esfuerzo.

Barredor dejó caer un trozo de mantequilla rancia de yak en el cuenco del té que tenía al lado.

—¿Qué quiere usted pues, señor Vimes, el de los pies útiles?

—¡Esto es demasiado para mí! ¡Ya sabes a qué me refiero!

—¿Sabe? Un poco de té lo tranquilizaría de verdad —dijo Barredor.

—¡No me digas que me tranquilice! ¿Cuándo me mandaréis a casa?

Una figura salió del templo. Era un hombre más alto y corpulento que Barredor, con el pelo blanco y aspecto de director de banco campechano. Le ofreció una taza.

Vimes vaciló un momento antes de coger la taza y derramar el té en el suelo.

—No me fío de vosotros —dijo—. Aquí podría haber cualquier cosa.

—No me imagino qué podríamos poner en el té que lo estropeara más que la manera en que usted suele beberlo —dijo Barredor con calma—. Siéntese, excelencia. Por favor...

Vimes se dejó caer en el asiento. La cólera que lo había estado impulsando también remitió un poco, pero aún la notaba burbujear.

—Barredor dijo que nos encontraría usted, de una manera u otra —dijo el otro monje, y suspiró—. Pues vaya con los secretos.

—¿Por qué os preocupa? —preguntó Vimes, encendiendo la colilla del puro—. Podéis jugar con el tiempo y hacer que no haya sucedido, ¿verdad?

—No tenemos intención de hacer eso —dijo el otro monje.

—¿Qué puedo hacer yo, en todo caso? ¿Ir por ahí contándole a todo el mundo que esos monjes chiflados que se ven por la calle son una especie de manipuladores del tiempo? ¡Me encerrarían! ¿Y quién eres tú, por cierto?

—Este es Qu —dijo Barredor, señalando al otro monje con la cabeza—. Cuando llegue la hora, él lo hará regresar. Pero todavía no.

Vimes suspiró. Su rabia se había disipado, dejando únicamente una sensación de vacío y falta de esperanza. Se quedó mirando con la boca abierta la extraña formación de piedras que ocupaba la mayor parte del jardín. Le resultaba extrañamente familiar. Parpadeó.

—Hoy he estado hablando con gente que va a morir —dijo—. ¿Cómo creéis que me hace sentir eso? ¿Sabéis lo que se siente?

Los monjes lo miraron con caras perplejas.

—Esto... sí-dijo Qu.

—Lo sabemos —dijo Barredor—. Todo el mundo con quien hablamos va a morir. Todo el mundo con quien usted habla va a morir. Todo el mundo muere.

—He estado cambiando las cosas —dijo Vimes, y añadió a la defensiva—: Bueno, ¿por qué no iba a hacerlo? ¡Carcer lo está haciendo! ¡No tengo ni idea de qué va a terminar pasando! o sea, ¿la historia no cambia incluso cuando uno pisa una hormiga?

—Para la hormiga, está claro que sí —dijo Qu.

Barredor hizo un gesto con la mano.

—Ya se lo dije, señor Vimes. La historia siempre se sale con la suya. Es como un naufragio. Está usted nadando hacia la orilla. Las olas romperán sin importar lo que usted haga. ¿Acaso no está escrito: «Al mar no le importa hacia dónde nadan los pececillos»? La gente muere cuando les llega la hora...

—¡Keel no! ¡Al pobre desgraciado lo asaltó Carcer!

—Le llegó la hora en este presente, comandante —dijo Qu—. Pero desempeñará su papel en el otro, señor Vimes. Cuando toque. Y usted llegará a la orilla. Tiene que llegar. En caso contrario...

—... no hay orilla —terminó Barredor.

—No —dijo Vimes—. Tiene que haber más. No estoy nadando, me estoy ahogando. Ha sido divertido, ¿sabéis? Al principio. Como salir de noche con los amigos. Notar la calle otra vez debajo de mis botas. Pero ahora... ¿qué pasa con Sybil? ¿Son reales mis recuerdos? Lo que sé a ciencia cierta es que es una chica que vive con su padre. ¿Hay de verdad algún sitio donde sea mi esposa y vayamos a tener un hijo? ¿En serio, quiero decir? ¿Está todo en mi mente? ¿Se puede demostrar? ¿Está pasando? ¿Va a pasar? ¿Qué es real?

Los monjes guardaron silencio. Barredor le echó un vistazo a Qu, que se encogió de hombros. Le echó otro vistazo más insistente y esta vez Qu hizo ese pequeño gesto desdeñoso con la mano que significa: «Vale, como quieras, pero conste que me parece mala idea». Luego Barredor dijo:

—Sí... —muy despacio— Sí, creo que podemos ser de ayuda, comandante. Quiere usted saber que hay un futuro que lo espera. Quiere sostenerlo en la mano. Quiere sentir su peso. Quiere un punto de referencia para orientarse, un punto adonde dirigir su embarcación. Sí. Creo que en eso lo podemos ayudar... pero...

—¿Sí?

—Pero ha de volverse por encima de esa tapia y el sargento Keel ha de desempeñar su papel. Hacerse cargo hasta el final. Ha de dar las órdenes que le parezca correctas y serán las órdenes correctas. Ha de mantenerse firme. Hacer su trabajo.

—Y no es el único —dijo Vimes.

—No. El comandante Vimes también tiene un trabajo entre manos.

—Tranquilo, no pienso dejar atrás a Carcer —gruñó Vimes.

—Bien. Estaremos en contacto.

Vimes tiró a un lado la colilla de su puro y levantó la vista hacia la tapia.

—Muy bien —dijo—. Me haré cargo. Pero cuando llegue el momento...

—Estaremos listos —terminó la frase Barredor—. Siempre y cuando usted...

Se detuvo. Hubo otro ruido sutil, rasposo al alargarse, una especie de deslizamiento de silicio.

—Madre mía —dijo Qu.

Vimes bajó la vista.

La colilla del puro todavía no se había apagado. A su alrededor, sin embargo, el Jardín de la Tranquilidad Interior en la Ciudad se estaba moviendo, con los menudos guijarros resbalando los unos sobre los otros. Una piedra grande y redondeada por el agua flotaba suavemente, girando sobre sí misma. Y entonces Vimes se dio cuenta de que el jardín entero estaba girando, con la diminuta voluta de humo en el centro. Una cerilla usada flotó por el jardín, yendo de piedra en piedra igual que una miga pasaría de una hormiga a otra.

—¿Se supone que ha de hacer eso? —preguntó.

—En teoría, sí —dijo Barredor—. Yo de usted me iría ahora mismo, señor Vimes.

Vimes echó un último vistazo al jardín en movimiento, se encogió de hombros y se encaramó a la tapia.

Los dos monjes seguían mirando abajo fijamente. La corriente de piedrecitas estaba empujando con suavidad la colilla hasta el centro.

—Asombroso —dijo Qu—. Ahora es parte del esquema. No sé cómo lo consigues.

—No estoy haciéndolo yo —dijo Barredor—. Qu, ¿quizá podemos...?

—Basta de mover tiempo —dijo Qu—. Ya nos ha causado bastantes problemas.

—Muy bien —replicó Barredor—. Entonces tendré que enviar partidas de búsqueda. Los peristas de objetos robados, los joyeros corruptos, las casas de empeño... la encontraremos. Yo entiendo a nuestro amigo. Con el trabajo no basta. Necesita una cosa que sea real. Y yo sé cuál es.

Volvieron a mirar el jardín movedizo y giratorio, y notaron cómo los dedos de la historia se extendían y penetraban en el mundo.

\* \* \*

Vimes intentó no volver corriendo a la Casa de la Guardia, puesto que había demasiados grupos de gente nerviosa en las calles e incluso un solo uniforme corriendo podía entrañar un riesgo.

Además, por los oficiales no había que correr. Él era sargento. Los sargentos caminaban con paso mesurado.

Para su ligera sorpresa, los hombres todavía estaban en el patio. Alguien había colgado incluso los muñecos de esgrima, que ciertamente resultarían útiles si los agentes de la Guardia se enfrentaran a un enemigo que no tuviera brazos y estuviera atado a un poste.

Subió la escalera. El capitán tenía la puerta abierta y Vimes vio que el recién llegado había recolocado su escritorio para dominar el rellano y la escalera. No era buena señal, no lo era en absoluto. Los oficiales no tendrían que ver lo que pasaba, tendrían que confiar en que sus sargentos les contaran lo que estaba pasando. Así era como las cosas fluían sin trabas.

Aquel hombre era entusiasta. Oh, cielos...

El nuevo capitán levantó la vista. Oh, por los dioses, pensó Vimes. ¡Esta vez es el jodido Óxido! Y en efecto, era el honorable Ronald óxido, el regalo de los dioses al enemigo, a cualquier enemigo, y una invitación andante a desertar.

La familia Óxido había producido grandes soldados, según el criterio poco exigente de la escuela de artes bélicas aplicadas, por el cual «si restas tus bajas a las del enemigo y te sale un número positivo, entonces fue una victoria gloriosa». Pero la ausencia de cualquier dominio de lo militar por parte de Óxido solamente era comparable a la elevada opinión que le merecía el talento que en realidad poseía solo en cantidades negativas.

La otra vez no había sido Óxido. Recordaba vagamente a algún otro capitán sin muchas luces. Todos aquellos pequeños cambios... ¿a qué iban a conducir?

Seguro que lo acaban de ascender a capitán, pensó Vimes. Piensa en las vidas que podría salvar si le cortara ahora por accidente la cabeza. Mira esos ojos azules, mira ese estúpido bigote rizado. Y solamente va a ir a peor.

—¿Es usted Keel? —La voz fue un ladrido.

—Síseñor.

—Hace más de una hora que he mandado orden de que viniera, hombre.

—Síseñor. Pero llevo toda la noche y toda la mañana de servicio y ha habido muchas cosas que atender...

—Yo espero que las órdenes se cumplan de inmediato, sargento.

—Síseñor. Yo también, señor. Es por eso que...

—La disciplina empieza por arriba, sargento. Los hombres le obedecen a usted, usted me obedece a mí y yo obedezco a mis superiores.

—Me alegra saberlo, señor. —Óxido tenía el mismo dominio firme de la cortesía común, también.

—¿Qué es todo eso que está pasando en el patio?

Vimes viró a favor del viento dominante.

—Reforzando un poco la moral, señor. Insuflando un poco de esprit de corps.

... y chocó contra un arrecife. Óxido enarcó las cejas.

—¿Por qué? —dijo—. El trabajo de los hombres es hacer lo que les dicen, igual que el de usted. Los abrazos de grupo no entran en el trato, ¿verdad?

—Un poco de camaradería siempre ayuda al trabajo, señor. En mi experiencia.

—¿Me está mirando mal, Keel?

—No, señor. Tengo en la cara una expresión de duda sincera, señor. «Mirar mal» está cuatro pasos más arriba, justo después de «mirar raro», señor. De acuerdo con los típicos usos y prácticas militares, señor, a los sargentos se les permite llegar hasta la expresión de agudo...

—¿Qué es la marca que lleva encima de los galones, hombre?

—Quiere decir sargento mayor, señor. Era un tipo especial de guardia.

El capitán gruñó y echó un vistazo a los papeles que tenía delante.

—Lord Winder ha recibido una petición extraordinaria para que usted ascendido a teniente, sargento. Viene del capitán Swing de los Particulares. Y su señoría siempre escucha al capitán Swing. Ah, y quiere que lo trasladen a los Particulares. Personalmente, creo que ese tipo está loco.

—En eso estoy de acuerdo con usted al cien por cien, señor.

—¿No desea ser teniente?

—No, señor. No es ni carne ni pescado, señor —respondió Vimes, concentrado en un punto varios centímetros por encima de la cabeza de Óxido.

—¿Cómo?

—Que no es ni una cosa ni otra, señor.

—Ah, conque le gustaría ser capitán, ¿eh? —dijo Óxido, con una sonrisa maligna.

—No, señor. No quiero ser oficial, señor. Me confundo cuando veo más de un tenedor y un cuchillo en la mesa, señor.

—Le aseguro que yo no le veo madera de oficial, sargento.

—Noseñor. Gracias, señor. —El viejo Óxido. El joven Óxido. La misma e irreflexiva mala educación que intentaba pasar por hablar sin tapujos, la misma arrogancia, la misma malicia mezquina. Cualquier sargento con dos dedos de frente sabría aprovecharse de aquello—. No me importaría que me transfirieran a los Particulares, eso sí, señor —se ofreció. Era una apuesta, pero no demasiado arriesgada. La mente de Óxido era predecible.

—Ya me imaginaba que le gustaría a usted, Keel —dijo Óxido—. Sin duda se salía siempre con la suya estando ese viejo tonto de Tilden y ahora no le hace gracia la idea de un capitán que les controle el pulso, ¿eh? Pues ni hablar, se queda en esta maldita Casa, ¿entendido?

Maravilloso, pensó Vimes. A veces es como ver a una avispa aterrizar sobre una ortiga: alguien va a acabar con un picotazo y no te importa lo más mínimo.

—Síseñor —dijo, sin dejar de mirar al frente.

—¿Se ha afeitado usted hoy, hombre?

—Estoy excusado de afeitarme, señor —mintió Vimes—. Orden del médico. Me han dado puntos en la cara, señor. Me podría afeitar la mitad, señor.

Continuó mirando al frente mientras Óxido le echaba un vistazo desganado. El corte seguía estando bastante lívido y Vimes aún no se había atrevido a mirar debajo del parche.

—Se ha dado en la cara con su propia campanilla, ¿verdad? —gruñó el capitán.

A Vimes se le convulsionaron los dedos.

—Muy gracioso, señor —dijo.

—Ahora vaya y ponga a los hombres a formar, Keel. Arréglese un poco. Voy a pasarles revista dentro de un momento. Y dígale a ese idiota de la nariz aplastada que despeje el establo.

—¿Señor?

—Mi caballo está a punto de llegar. No quiero ver a ese jamelgo asqueroso por aquí.

—¿Cómo, que saquemos a Marilyn, señor? —dijo Vimes, genuinamente escandalizado.

—Le he dado una orden. Que la cumpla a la voz de ya.

—¿Qué quiere que hagamos con ella, señor?

—¡No me importa! Es usted sargento y tiene sus órdenes. Me imagino que debe de haber mataderos, ¿no? Algo comerá la gente de por aquí, ¿verdad?

Vimes vaciló un momento. Luego se cuadró.

—A sus órdenes, señor —dijo.

—¿Sabe usted qué he visto de camino a aquí, sargento?

—No tengo idea, señor —dijo Vimes, mirando al frente.

—La gente estaba levantando barricadas, sargento.

—¿Señor?

—¡Sé que ya me ha oído, hombre!

—Bueno, era de esperar, señor. No es la primera vez que pasa. La gente se pone nerviosa. Oyen rumores de turba y de soldados descontrolados. Intentan proteger sus calles...

—¡Es un desafío flagrante a la autoridad gubernamental! ¡La gente no se puede tomar la ley por la mano!

—Bueno, no. Pero estas cosas suelen remitir por sí solas...

—Por los dioses, ¿cómo consiguió que lo ascendieran?

Vimes sabía que tenía que dejarlo ahí. Óxido era tonto. Pero de momento era un tonto joven, que es algo más fácil de disculpar. Tal vez todavía fuera posible, sí lo cogían a tiempo, ascenderlo a idiota.

—A veces vale la pena... —empezó a decir.

—Anoche atacaron todas las Casas de la Guardia de la ciudad —dijo Óxido, haciendo caso omiso—. Salvo esta. ¿Cómo explica eso? —Se le erizó el bigote. No ser atacado era la prueba definitiva de la falta de fibra moral de Vimes.

—Fue un simple caso de...

—Al parecer un hombre intentó asaltarlo a usted. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé, señor. Le pusimos unas vendas y lo mandamos a casa.

—¿Lo dejó ir?

—Síseñor. Era...

Pero Oxido siempre estaba listo para interrumpir una respuesta con una exigencia de la respuesta que de hecho estaba interrumpiendo.

—¿Por qué?

—Señor, porque en el momento me pareció prudente...

—Anoche mataron a tres agentes de la Guardia, ¿lo sabía usted? ¡Hubo bandas callejeras campando a sus anchas! ¡Bueno, pues se ha declarado la ley marcial! ¡Hoy les vamos a enseñar la mano dura! ¡Reúna a sus hombres! ¡Ahora!

Vimes saludó, dio media vuelta y bajó despacio la escalera. No habría corrido por nada del mundo.

Mano dura. Claro. Bandas callejeras campando a sus anchas. En fin, maldita sea, está claro que no movimos un dedo cuando eran bandas de criminales. Y cuando ambos bandos están integrados por locos e idiotas y todo está suspendido en equilibrio... bueno, siempre es fácil encontrar problemas, si tienes bastante gente buscándolos.

Una de las lecciones más duras de la vida del joven Sam había sido descubrir que los responsables no eran responsables. Había sido descubrir que los gobiernos no estaban, en general, integrados por gente que dominara la situación, y que los planes eran lo que la gente hacía en lugar de pensar.

La mayoría de los agentes de la Guardia estaban apiñados al pie de la escalera. A Narizotas se le daban bastante bien las comunicaciones internas del tipo preocupante.

—Arreglaos, muchachos —dijo Vimes—. El capitán bajará en unos minutos. Al parecer es hora de hacer una demostración de fuerza.

—¿Qué fuerza? —dijo Billy Peluquín.

—Ah, Billy, lo que pasará es que esos brutales revolucionarios nos echarán un vistazo y saldrán pitando hacia sus madrigueras —dijo Vimes. Se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. Billy no había aprendido ironía—. Quiero decir que luciremos un poco los uniformes —tradujo.

—Van a hacernos potitos —dijo Fred Colon.

—No si nos mantenemos juntos —aseguró Sam.

—Eso es —dijo Vimes—. Al fin y al cabo, somos hombres fuertemente armados que salen a patrullar entre civiles que, por ley, están desarmados. Si vamos con cuidado, no deberíamos salir demasiado heridos.

Otra mala jugada. El sarcasmo oscuro debería enseñarse en la escuela, pensó. Además, los hombres armados sí podían tener problemas serios si los civiles desarmados estaban lo bastante furiosos, sobre todo si en las calles había adoquines.

Oyó que a lo lejos los relojes daban las tres. Esta noche las calles iban a explotar.

Según los libros de historia, sería un solo flechazo el que lo desencadenaría todo, alrededor del atardecer. Uno de los regimientos de infantería estaría congregado en el parque Gallina y Pollitos, esperando órdenes. Y habría gente mirándolos. Las tropas siempre atraían público: niños impresionables, la inevitable muchedumbre callejera flotante de Ankh-Morpork y, por supuesto, las damas cuyo afecto era extremadamente negociable.

La multitud no debió haber estado allí, diría la gente más tarde. ¿Pero dónde debería haber estado? El parque era un lugar popular. Era el único espacio vagamente verde que había en aquella parte de la ciudad. La gente iba allí a practicar juegos y, por supuesto, siempre podían inspeccionar los progresos del cadáver en la horca. Y los hombres eran de la tropa, soldados ordinarios de infantería, hijos y maridos, descansando un poco y tomando una copa.

Ah, sí, es verdad... después se diría que la tropa estaba borracha. Y que no tendrían que haber estado allí. Sí, aquella era la razón, reflexionó Vimes. Que nadie tendría que haber estado allí,

Pero estaban, y cuando aquel capitán recibió un flechazo en el estómago y se quedó gimiendo en el suelo, algunos ballesteros dispararon en la dirección de donde había venido la flecha. Eso decían los libros de historia. Dispararon hacia las ventanas de las casas, donde la gente había estado mirando. Tal vez la flecha hubiera venido de una de ellas.

Algunas flechas se quedaron cortas, otras no. Y hubo gente que respondió a los disparos.

Y luego, una tras otra, pasaron cosas terribles. A esas alturas ya era demasiado tarde para que no pasaran. La tensión se liberó igual que un muelle enorme, segando la ciudad entera a su paso.

Sí que había habido conspiradores, de eso no cabía duda. Algunos eran gente normal y corriente, hartos de la situación. Otros eran jóvenes sin dinero que se oponían a que el mundo estuviera gobernado por viejos ricos. Otros se habían involucrado para ligar. Y otros habían sido idiotas tan locos como Swing, provistos de una visión del mundo igual de rígida e irreal, que estaban en el bando de lo que ellos llamaban «el pueblo». Vimes se había pasado la vida entera en las calles y había conocido a hombres honrados y a estúpidos y a gente capaz de robarle un penique a un mendigo ciego y a gente que todos los días llevaba a cabo silenciosos milagros o crímenes desesperados detrás de las ventanas mugrientas de sus casuchas, pero nunca había conocido al Pueblo.

En cualquier caso, la gente que estaba en el bando del Pueblo siempre terminaba decepcionada. Descubrían que el Pueblo no solía ser atento ni agradecido ni abierto de miras ni obediente. El Pueblo solía ser estrecho de miras y conservador y no muy listo y hasta desconfiaba de la inteligencia. Y así era como a los hijos de la revolución se les planteaba el eterno problema: no es que tuvieran el gobierno equivocado, lo que era obvio, sino que tenían a la gente equivocada.

En cuanto uno consideraba a la gente como algo a lo que tomar la talla, resultaba que no la daban. Lo que correría por las calles muy pronto no sería una revolución ni un disturbio. Sería gente aterrada y presa del pánico. Era lo que pasaba cuando fallaba la maquinaría de la vida en la ciudad, los engranajes dejaban de girar y todas las pequeñas reglas se rompían. Y cuando ocurría eso, los humanos eran peores que los borregos. Los borregos se limitaban a correr; no intentaban morder al borrego de al lado.

Llegado el ocaso, los uniformes se habrían convertido automáticamente en dianas. Y entonces ya no importaría dónde estuvieran las simpatías de un agente de la Guardia. No sería más que otro hombre con armadura...

—¿Cómo? —dijo, regresando bruscamente al presente.

—¿Se encuentra bien, sargento? —preguntó el cabo Colon.

—¿Hum? —dijo Vimes, mientras el mundo real regresaba.

—Estaba usted muy lejos —dijo Fred—. Mirando la nada. Tendría que haber dormido bien anoche, sargento.

—Hay mucho tiempo para dormir en la tumba —replicó Vimes, contemplando las filas de la Guardia.

—Sí, eso he oído, sargento, pero luego nadie te despierta con una taza de té. Los he puesto a formar, sargento.

Fred había hecho un esfuerzo, Vimes se dio cuenta. Igual que los hombres mismos. Él nunca los había visto con un aspecto tan... formal. Normalmente llevaban todos casco y coraza. Más allá de eso, el equipamiento era variado y opcional. Pero hoy por lo menos se los veía pulcros.

Lástima de las alturas. Nadie podía pasar revista con facilidad a una hilera que incluyera a Peluquín por un lado y a Nancyball por el otro. Peluquín era tan bajo que una vez lo habían acusado de mirar por debajo del hombro a un sargento, ya que ni de lejos alcanzaba a mirar por encima del hombro a nadie, mientras que Nancyball siempre era el primer hombre de servicio en enterarse de que llovía. Había que apartarse bastante para encajar a los dos en el campo visual sin forzar la vista.

—Buen trabajo, chicos —consiguió decir, y oyó que Óxido bajaba la escalera.

Debía de ser la primera vez que el hombre veía juntos a todos los subordinados. Dadas las circunstancias, mantuvo bastante bien la compostura. Se limitó a suspirar.

Se giró hacia Vimes y dijo:

—Requeriré algo para subirme encima.

Vimes puso cara de no entender.

—¿Señor?

—Deseo arengar a los hombres a fin de inspirarlos y darles firmeza. Tienen que entender el trasfondo político de la crisis actual.

—No, si ya sabemos de sobra que lord Winder es un chiflado, señor —dijo Peluquín, desenfadado.

A Óxido casi se le formó escarcha en la frente.

Vimes irguió la espalda.

—¡Pelotón, rompaaan filas! —gritó, y luego se acercó a Óxido mientras los hombres se escabullían—. ¿Podemos hablar en privado, señor?

—¿De verdad ese hombre ha dicho...? —empezó a decir Óxido.

—Sí, señor. Son hombres simples, señor —dijo Vimes, pensando a toda prisa—. Es mejor no trastornarlos, ya me entiende usted.

Óxido introdujo aquella entre su gama de opciones. Vimes se dio cuenta de que estaba pensando. Era una salida, y encajaba con su opinión de la Guardia en general. Y significaba que no había recibido la insolencia de un agente, sino que únicamente había tratado con un tonto de capirote.

—Conocen su deber, señor —añadió Vimes, a modo de refuerzo.

—Su deber, sargento, es hacer lo que les mandan.

—Exacto, señor.

Óxido se acarició el bigote.

—Tiene usted algo de razón, sargento. ¿Y confía en ellos?

—Pues de hecho sí, señor.

—Hum. Dentro de diez minutos iniciaremos un recorrido de las calles circundantes. Es hora de entrar en acción. Los informes que nos llegan son inquietantes. Tenemos que ser firmes, sargento.

Y se lo cree, pensó Vimes. Se lo cree de verdad.

\* \* \*

Los agentes de la Guardia salieron desfilando bajo el sol de la tarde, y lo hicieron fatal. No estaban acostumbrados a desfilar. Sus procesos motores habituales eran el paseo, que no es una maniobra militar reconocida, o bien la retirada frenética, que sí lo es.

Además, entre las filas estaban operando las corrientes de convección de la cobardía prudente. En el avance de cada hombre había un claro componente lateral mediante el cual intentaba ponerse en el medio. Los guardias tenían escudos, pero eran unos chismes ligeros de mimbre destinados a parar golpes y desviar piedras; no resistirían nada que tuviera filo. El avance, por tanto, se producía por medio de un apiñamiento en lenta elongación.

Óxido no se dio cuenta. Tenía un don para no ver las cosas que no quería ver y no oír las cosas que no quería oír. Sin embargo, era incapaz de pasar por alto una barricada.

Ankh-Morpork no era realmente una ciudad, por lo menos a la hora de la verdad. Sitios como Hermanas Dolly y la Colina de la Siesta y Siete Dormilones habían sido aldeas originalmente, antes de que los absorbiera la expansión urbana. Y a cierto nivel, seguían manteniéndose aparte. En cuanto al resto... bueno, aparte de las calles principales todo se reducía a barrios. La gente no se desplazaba mucho. Cuando la tensión aumentaba, uno confiaba en sus amigos y su familia. Fuera lo que fuese que iba mal, uno intentaba asegurarse de que no fuera mal en su calle. No era una revolución. Era más bien lo contrario. Era defender tu portal.

La gente estaba construyendo una barricada en el camino de la Barba de Ballena. No estaba especialmente bien hecha, ya que se componía básicamente de tenderetes de mercado volcados, una carreta y bastantes muebles, pero sí que era un Símbolo.

A Óxido se le erizó el bigote.

—En nuestras mismas narices —se exaltó—. Un desafío absoluto a la autoridad constituida, sargento. ¡Cumpla con su deber!

—¿Y cuál sería mi deber llegado este punto, señor? —dijo Vimes.

—¡Detener a los cabecillas! ¡Y que sus hombres derriben la barricada!

Vimes suspiró.

—Muy bien, señor. Si se aparta usted, voy a buscarlos.

Caminó hasta el batiburrillo doméstico, consciente de los ojos que lo observaban desde delante y desde detrás. Cuando estuvo a un par de metros de distancia se hizo bocina con las manos.

—Muy bien, muy bien, ¿qué está pasando aquí? —gritó.

Fue consciente de unos murmullos. Y se preparó para lo que iba a pasar a continuación. Cuando la piedra voló por encima de la pila de muebles, él la atrapó con las dos manos.

—Era una pregunta educada —dijo—. ¡Venga!

Hubo más murmullos. Oyó con nitidez: «... es el mismo sargento de anoche...» y una especie de discusión por lo bajo. Por fin una voz gritó:

—¡Muerte a los Opresores Fascistas!

A continuación la discusión se volvió más frenética. Oyó que alguien decía «bueeeno, vale» y después «¡Muerte a los Opresores Fascistas, Excluyendo la Compañía Presente! Hala, ¿todo el mundo contento?».

Vimes conocía aquella voz.

—El señor Reginald Shoe, ¿verdad? —dijo.

—¡Lamento no tener más que una vida que sacrificar por el camino de la Barba de Ballena! —llegó el grito, desde detrás de un ropero.

Si tú supieras, pensó Vimes.

—No creo que eso vaya a ser necesario —dijo—. Venga ya,damas y caballeros. ¿Esta es forma de comportarse? No se puede tomar uno... la ley... por la... mano. —La voz le falló.

A veces el cerebro tarda un poco en ponerse al día respecto a la boca.

Vimes se giró y miró al pelotón, que no había necesitado ninguna indicación para quedarse atrás. Y luego se giró para mirar la barricada.

¿Dónde estaba exactamente la ley, ahora mismo?

¿Qué creía él que estaba haciendo?

El Trabajo, claro. El que tenía delante. Lo había hecho siempre. Y la ley siempre había estado... allí fuera, pero cerca. Él siempre había estado bastante seguro de dónde estaba, y era obvio que tenía algo que ver con la placa.

La placa era importante. Sí. Tenía forma de escudo. Para protegerlo. Él había pensado en eso, durante la oscuridad de las largas noches. Lo protegía de la bestia, porque la bestia estaba esperando en la oscuridad de su cabeza.

Había matado a hombres lobo con las manos desnudas. En el momento de hacerlo había estado enloquecido de terror, y sin embargo la bestia había estado allí dentro, dándole fuerzas...

¿Quién sabía qué mal acechaba en el corazón del hombre? Un poli lo sabía. Después de diez años uno creía haberlo visto todo, pero las sombras siempre tenían más que ofrecer. Veía lo cerca que vivían los hombres de la bestia. Se daba cuenta de que la gente como Carcer no estaba loca. Estaba increíblemente cuerda. Simplemente eran hombres sin escudo. Miraban el mundo y se daban cuenta de que a ellos no se les tenían por qué aplicar todas las normas, a menos que así lo quisieran. No se dejaban engañar por todos los cuentecitos. Estrechaban la mano a la bestia.

Pero él, Sam Vimes, se había mantenido fiel a la placa, salvo en aquella época en que ni siquiera eso le había bastado y pasó a mantenerse fiel a la botella.

Y ahora mismo se sentía como si le fuera fiel otra vez a la botella. El mundo estaba dando vueltas, ¿Dónde estaba la ley? Ahí estaba la barricada. ¿A quién estaba protegiendo de qué? La ciudad la gobernaban un demente y sus siniestros secuaces, así qué ¿dónde estaba la ley?

A los guardias les gustaba decir que la gente no se tenía que tomar la ley por la mano, y creían saber lo que significaba eso. Estaban pensando en épocas de normalidad, y en hombres que iban a ajustarle las cuentas al vecino con un garrote porque el perro de este se le había cagado una vez más frente a la puerta. Pero en momentos como aquel, ¿a quién pertenecía la ley? Si no tenía que estar en manos de la gente, ¿dónde demonios tenía que estar? ¿En la gente más cualificada? Entonces aparecían Winder y sus amigotes, ¿y de qué servía eso?

¿Qué se suponía que iba a pasar a continuación? Ah, sí, él llevaba placa, pero no era suya, en realidad... y tenía órdenes, pero eran las incorrectas... y tenía enemigos, por todas las razones equivocadas... y tal vez no había futuro. Ya no existía. No había nada real, ningún punto sólido en que apoyarse, solamente Sam Vimes allí donde no tenía derecho a estar...

Fue como si su cuerpo, al intentar dedicar todos los recursos posibles a desenredar los remolinos de pensamientos, estuviera extrayendo esos recursos del resto de Vimes. Su visión se oscureció. Notó las rodillas débiles.

No había nada más que una desconcertada desesperación.

Y muchas explosiones.

\* \* \*

Havelock Vetinari llamó educadamente a la ventana de la pequeña oficina que había junto a la entrada principal del Gremio de Asesinos.

El portero de guardia levantó la ventanilla.

—Salgo, señor Granate —dijo el asesino.

—Síseñor —dijo Granate, empujando un enorme libro de registro hacia él—. ¿Y adónde vamos hoy, señor?

—Reconocimiento general, señor Granate. Simplemente a echar un vistazo general por ahí.

—Ah, le decía yo anoche a la señora Granate, señor, que se le da a usted de maravilla echar vistazos —dijo Granate.

—Aprendemos mirando, señor Granate, aprendemos mirando —replicó Vetinari, firmando en el registro y colocando la pluma de vuelta en su soporte—. ¿Y cómo está su pequeñín?

—Gracias por preguntar, señor, está mucho mejor —dijo el portero.

—Me alegro. Oh, veo que el honorable John Sangrabién ha salido a hacer un servicio. ¿A palacio?

—Venga, venga, señor —dijo Granate, sonriendo y meneando un dedo—. Ya sabe que no podría decírselo, señor, ni aunque lo supiera.

—Claro que no.

Vetinari echó un vistazo a la pared del fondo de la oficina, donde había varios sobres en un viejo estante de latón. La palabra «Activos» estaba grabada en lo alto del estante.

—Buenas tardes, señor Granate.

—Buenas tardes, señor. Que tenga buenos, ejem, vistazos.

Granate contempló cómo el joven salía a la calle. Luego fue al cuartito contiguo a la oficina para poner la tetera al fuego.

Le caía bastante bien Vetinari, que era callado y estudioso, y había que decirlo, un joven generoso en las ocasiones apropiadas. Pese a todo, tenía sus cosas raras. Una vez Granate lo había visto en el vestíbulo, quieto como una estatua. Sin hacer nada más. No estaba haciendo ningún intento de ocultarse. Al cabo de media hora Granate se le había acercado y le había dicho:

—¿Puedo ayudarle, señor?

Y Vetinari había dicho:

—Gracias, no, señor Granate. Solamente estoy aprendiendo a no moverme.

A lo cual no había ningún comentario sensato que hacer. Y el joven debió de marcharse al cabo de un rato, porque Granate no recordaba haberlo vuelto a ver ese día.

Oyó un crujido procedente de la oficina y asomó la cabeza por la puerta. No había nadie.

Mientras hacía el té le pareció oír un susurro procedente del cuarto de al lado y fue a mirar. Estaba completamente vacío. Extraordinariamente vacío, pensó más adelante. Casi parecía incluso más vacío de lo que estaría si no hubiera, bueno, nadie dentro

Regresó a su cómodo sillón en el cuartito y se relajó.

En el estante de latón, el sobre que tenía escrito «Sangrabién, J.» se deslizó ligeramente hacia atrás.

\* \* \*

Había muchas explosiones. Los petardos rebotaban por toda la calle. Repicaron las panderetas, un cuerno hizo sonar un acorde desconocido en la naturaleza y una fila de monjes apareció bailando y girando sobre sí mismos por una esquina, todos entonando cánticos a pleno pulmón.

Vimes, dejándose caer de rodillas, fue consciente de varias docenas de pies con sandalias girando a su lado y del ondear de túnicas mugrientas. Óxido estaba gritando algo a los danzantes, que sonreían y agitaban las manos en el aire.

Algo cuadrado y plateado cayó al suelo de tierra.

Y los monjes desaparecieron danzando por un callejón, gritando y dando vueltas y tañendo sus gongs...

—¡Malditos paganos! —vociferó Óxido, adelantándose con paso firme—. ¿Le han dado un golpe, sargento?

Vimes estiró el brazo y cogió el rectángulo de plata.

Una piedra repicó contra la coraza de Óxido. Mientras levantaba su megáfono, un repollo le golpeó en la rodilla.

Vimes se quedó mirando lo que tenía en la mano. Era una cigarrera, fina y ligeramente curvada.

La abrió con torpeza y leyó:

Para Sam, con amor, de tu Sybil

El mundo se movió. Pero ahora Vimes ya no se sentía como un barco a la deriva. Ahora notaba el tirón del ancla, virándole en redondo para enfrentar la subida de la marea.

Por encima de la barricada llegó una descarga de proyectiles. Arrojar cosas era una antigua costumbre de Ankh-Morpork, y Óxido tenía algo que lo convertía en objetivo. Con toda la dignidad que pudo reunir, levantó una vez más el megáfono y con siguió llegar hasta «Por la presente os advierto...» antes de que una piedra se lo arrancara de la mano.

—Muy bien, pues —dijo, y desfiló con paso envarado de vuelta a su pelotón—. Sargento Keel, ordene a los hombres que disparen. Una salva de flechas por encima de la barricada.

—No —dijo Vimes, poniéndose de pie.

—Tengo que entender que se encuentra aturdido, sargento —dijo Óxido—. Hombres, prepárense para ejecutar la orden,

—Al primer hombre que dispare, lo tumbaré personalmente —dijo Vimes. Lo dijo sin gritar. Era una declaración sencilla y firme de lo que deparaba el futuro con exactitud.

La expresión de Óxido permaneció impasible. Escrutó a Vimes de arriba abajo.

—Entonces, ¿esto es un motín, sargento?

—No. No soy soldado, señor. No me puedo amotinar.

—¡La ley marcial, sargento! —le espetó Óxido—. ¡Es oficial!

—¿En serio? —dijo Vimes, mientras descendía otra lluvia de piedras y verduras rancias—. Arriba los escudos, chicos.

Óxido se dirigió a Fred Colon.

—¡Cabo, va a detener usted a este hombre!

Colon tragó saliva.

—¿Yo?

—Usted, cabo. Ahora.

La cara rosada de Colon se moteó de blanco al retirarse la sangre de ella.

—Pero él... —empezó a decir.

—¿Se niega? Entonces parece que lo tengo que hacer yo —dijo el capitán. Desenvainó la espada.

En aquel momento Vimes oyó el «clic» de alguien que quitaba el seguro de una ballesta y soltó un gemido. No recordaba que hubiera pasado aquello.

—Guarde esa espada, señor, por favor —dijo la voz del guardia interino Vimes.

—Tú no me vas a disparar, joven idiota. Sería asesinato —dijo el capitán sin perder la calma.

—No si disparo adonde estoy apuntando, señor.

Por todos los demonios, pensó Vimes. Tal vez el muchacho sí que fuera corto de luces. Porque si algo no era Oxido, era cobarde. Óxido consideraba que la testarudez idiota era valentía. No retrocedería ni ante una docena de hombres armados.

—Ah, creo que ya veo el problema, capitán —dijo Vimes en tono animado—. Descanse, guardia interino. Ha habido un ligero malentendido, señor, pero esto debería solventarlo...

Fue un puñetazo que recordaría durante mucho tiempo. Fue dulce. Fue de libro de texto. Óxido cayó redondo.

A la luz de todos los puentes que estaba quemando, Vimes se volvió a meter la mano en el bolsillo del pantalón. Muchísimas gracias, señora Buencuerpo, por su gama de pequeños ecualizadores.

Se volvió hacia los agentes de la Guardia, que ahora componían un retablo de terror mudo.

—Que conste en acta que esto lo ha hecho el sargento mayor John Keel —dijo—. Vimes, ¿qué te he dicho de ir por ahí moviendo armas cuando no vas a usarlas?

—¡Lo ha noqueado, sargento! —chilló Sam, sin dejar de mirar al capitán dormido.

Vimes se sacudió la mano para devolverle algo de vida.

—Que conste en acta que he asumido el mando después del repentino ataque de locura del capitán —dijo—. Waddy, Peluquín... cargad con él hasta la Casa y encerradlo, ¿queréis?

—¿Qué vamos a hacer ahora, sargento? —se lamentó Colon.

Ah...

Velar por la paz. Aquella era la respuesta. A menudo la gente no alcanzaba a entender lo que significaba. Acudías a algún alboroto potencialmente mortal, como un par de vecinos riñendo en la calle por quién era dueño del seto que separaba sus propiedades, y a los dos les salía la superioridad moral indignada por las orejas, los dos discutían a voz en grito, y sus esposas estaban o bien teniendo una bronca privada a un lado, o bien dentro de una cocina para compartir una tetera y charlar un rato, y todos ellos esperaban que tú lo resolvieras.

Y no había manera de que entendieran que eso no era tarea tuya. Resolverlo era tarea para un buen perito y tal vez un par de abogados. Tu tarea era reprimir tu impulso de entrechocar sus estúpidas cabezotas, hacer caso omiso de sus indignados discursos de justificación tramposa, conseguir que dejaran de gritar y sacarlos de la calle. En cuanto lograras eso, tu tarea había terminado. No eras una especie de dios andante, dispensando justicia natural perfectamente afinada. Tu tarea no era más que restablecer la paz.

Por supuesto, si tus cuatro palabras severas no surtían efecto y a continuación el señor Smith trepaba al seto en disputa y mataba al señor Jones clavándole unas tijeras de podar, entonces te correspondía una tarea distinta: resolver el tristemente célebre Asesinato de la Pelea por el Seto. Pero al menos era una para la que tenías formación.

La gente esperaba toda clase de cosas de los guardias, pero había una de ellas que tarde o temprano todos querían: haz que esto no esté pasando.

Haz que esto no esté pasando...

—¿Cómo? —dijo, repentinamente consciente de una voz que de hecho llevaba ya un rato en el margen de su conciencia.

—Digo que si es verdad que se ha vuelto loco, sargento.

Pero cuando se está cayendo por el acantilado ya es demasiado tarde para preguntarse si no habría un recorrido mejor para escalar la montaña...

—Os ha pedido que disparéis a una gente que no estaba devolviendo el fuego —gruñó Vimes, dando un paso adelante—. Eso es que se ha vuelto loco, ¿no creéis?

—Pero la gente sí que está tirando piedras, sargento —dijo Colon.

—¿Y qué? Os quedáis fuera de su alcance. Ellos se cansarán antes que nosotros.

De hecho, la lluvia de proyectiles desde la barricada ya había cesado; hasta en los momentos de crisis la gente de Ankh-Morpork dejaba lo que tuviera entre manos para contemplar un buen espectáculo callejero. Vimes regresó hacia ellos, deteniéndose un momento para recoger el megáfono doblado de óxido.

Mientras se acercaba vislumbró varias caras apenas visibles entre las patas de silla y los trastos viejos. En algún sitio, debía de haber Inmencionables, él lo sabía, metiendo cizaña. Pero con suerte no se habrían molestado en ir al camino de la Barba de Ballena.

Se produjo un murmullo entre los atrincherados. La mayoría tenían una expresión reconocible para Vimes, pues él mismo estaba intentando no ponerla. Era la expresión de la gente a quien de repente le han barrido el mundo de debajo de los pies y ahora está intentando bailar claqué sobre arenas movedizas.

Tiró aquel estúpido y pomposo megáfono. Ahuecó las manos a los lados de la boca.

—¡Algunos de vosotros me conocéis! —gritó—. ¡Soy el sargento Keel, actualmente al mando de la Casa de la Guardia de la calle de la Mina de Melaza! Y os ordeno que desmanteléis esta barricada...

Hubo un coro de abucheos y un par de proyectiles mal tirados. Vimes esperó, sin mover ni un dedo, hasta que se apagaron. Luego volvió a levantar las manos.

—Repito, os ordeno que desmanteléis esta barricada. —Respiró hondo y continuó—: ¡Y que la reconstruyáis en el otro lado, donde hace esquina con la calle Cable! ¡Y levantad otra al principio de la calle Abrupta! ¡Y bien hecha! ¡Por todos los dioses, no basta con amontonar cosas! ¡Una barricada es algo que se construye! ¿Quién está al mando aquí?

Hubo voces consternadas detrás de los muebles volcados, pero alguien levantó la voz para decir: «¿Usted?». Se oyeron risas nerviosas.

—¡Muy gracioso! ¡A ver si ahora os reís de esto! ¡De momento no le importamos a nadie! ¡Esta es una parte tranquila de la ciudad! ¡Pero cuando las cosas se pongan feas de verdad vais a tener a la caballería encima! ¡Con sables! ¿Cuánto duraríais? ¡Pero si cerráis este lado de Mina de Melaza y el lado de Abrupta, solo les dejáis los callejones, y eso no les gusta! ¡Depende de vosotros, claro! Nos gustaría protegeros, pero mis hombres y yo vamos a estar detrás de las barricadas por este lado...

Giró sobre sus talones y regresó con paso firme a los guardias que lo esperaban.

—Vale, muchachos —dijo—. Ya lo habéis oído. Arrojado y Gaskin, llevad el carro de los remolones al puente y voleadlo. Waddy y Nancyball, y tú también, Fred... id a mangar unos cuantos carros. Habéis crecido por aquí, o sea que no me digáis que no lo habéis hecho nunca. Quiero que un par de ellos bloqueen las calles de por aquí, y el resto los empujáis por las bocas de los callejones hasta que se atasquen. Ya conocéis la zona. Hay que taponar todos los pequeños accesos traseros.

Colon se frotó la nariz.

—Eso lo podemos hacer por el lado del río, sargento, pero en el lado de las Sombras son todo callejones. No los podemos bloquear todos.

—Yo no me preocuparía por esos —dijo Vimes—. La caballería no puede llegar por ahí. ¿Sabéis cómo llaman a un caballo en las Sombras?

Colon sonrió.

—Sí, sargento. Cena.

—Eso mismo. El resto sacad todos los bancos y las mesas de la Casa de la Guardia...

Cayó en la cuenta de que ninguno de sus hombres se había movido. Había cierto... problema flotando en el aire.

—¿Y bien?

Billy Peluquín se quitó el casco y se secó la frente.

—Ejem... ¿cómo de lejos va a llegar esto, sargento?

—Hasta el final, Billy.

—Pero hemos hecho el juramento, sargento, y ahora estamos desobedeciendo órdenes y ayudando a los rebeldes. No parece que sea lo correcto, sargento —dijo Peluquín miserablemente.

—Habéis jurado honrar la ley y defender a los ciudadanos sin temor ni favor —replicó Vimes—. Y proteger al inocente. El juramento no dice nada más. Debieron de pensar que eso era lo importante. No dice nada de cumplir órdenes, ni siquiera las mías. Sois agentes de la ley, no soldados del gobierno.

Un par de los hombres miraron con anhelo el otro lado de la calle, vacío y tentador.

—Pero no voy a detener a nadie que se quiera marchar —dijo Vimes. Dejaron de mirar.

—Hey, señor Keel —dijo una voz glutinosa por detrás de él.

—¿Sí, Nobby? —respondió Vimes sin darse la vuelta.

—Eh, ¿cómo ha detectado que era yo, sargento?

—Es un talento asombroso que tengo, chaval —dijo Vimes, dándose la vuelta, en contra de todo sentido común, para mirar al granujilla—. ¿Qué ha estado pasando?

—Un disturbio enorme en la plaza Sator, sargento. Y dicen por ahí que la gente se ha colado en la Casa de la Guardia de Hermanas Dolly y ha tirado al teniente por la ventana. Y hay saqueos por todos lados, dicen, y la Guardia Diurna ha salido a perseguir a la gente pero ahora la mayoría están escondidos porque...

—Sí, ya me hago la idea —suspiró Vimes. Carcer había estado en lo cierto. Los guardias siempre estaban en inferioridad numérica, así que ser guardia solamente funcionaba cuando la gente lo dejaba funcionar. Si la gente miraba desde otro ángulo y se daba cuenta de que no era más que un idiota del montón con una placa cuyo metal costaba un penique, podías terminar convertido en una mancha sobre el pavimento.

Ahora pudo oír gritos, muy lejos de allí.

Contempló a los vacilantes agentes de la Guardia.

—Por otro lado, caballeros —dijo—, si al final se marchan, ¿adónde van a ir?

Estaba claro que a Colon y a los demás se les había ocurrido la misma idea.

—Vamos a buscar esos carros —dijo Fred, alejándose a toda prisa.

—Y yo quiero mi penique —aportó Nobby, extendiendo una mano mugrienta.

Para asombro del chaval, Vimes le dio un dólar y le dijo:

—Y no pares de contármelo todo, ¿de acuerdo?

Ya estaban sacando las mesas y los bancos de la Casa de la Guardia y al cabo de solo un par de minutos llegó Waddy con un carro lleno de toneles vacíos. En aquellas calles levantar barricadas era fácil; era mantenerlas despejadas lo que siempre había sido un problema.

Los guardias se pusieron a trabajar. Aquello sí era algo que entendían. Lo habían hecho de niños. Y tal vez estuvieran pensando: eh, esta vez llevamos uniforme. No podemos estar haciendo nada malo.

Mientras Vimes estaba forcejeando para encajar un banco en la creciente muralla fue consciente de que había gente detrás de él. Siguió trabajando sin pausa, sin embargo, hasta que alguien carraspeó suavemente. Entonces se dio la vuelta.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarlos?

Se trataba de un grupito de gente, y a Vimes le quedó claro que era un grupo juntado a la fuerza por el terror común, porque a tenor de su aspecto no habrían tenido nunca ninguna relación entre ellos de haber podido evitarlo.

El portavoz, o por lo menos el que iba delante, tenía casi exactamente el aspecto de la persona que había imaginado Vimes al pensar en el Asesinato de la Pelea por el Seto.

—Ejem, agente...

—¿Sí, señor?

—¿Qué, ejem, está usted haciendo exactamente?

—Velar por la paz, señor. La de estas calles, en concreto.

—Ha dicho usted que había, ejem, disturbios y soldados de camino...

—Muy probablemente, señor.

—No se lo tienes que pedir, Rutherford, es su deber protegernos —saltó la mujer que había plantada al lado del hombre con aire de propietaria. Vimes cambió de opinión sobre el hombre. Sí, tenía más bien el semblante del tímido envenenador doméstico, el tipo de hombre que se horrorizaría ante la idea de divorciarse pero tramaría femicidios a ritmo diario. Y no era difícil ver por qué.

Vimes le dedicó a la señora una sonrisa cálida y amable. Ella tenía un jarrón azul en las manos.

—«Puedo ayudarla, señora? —dijo.

—¿Qué tiene usted intención de hacer para que no nos asesinen mientras dormimos? —preguntó en tono imperioso.

—Bueno, todavía no son ni las cuatro, señora, pero si quiere usted avisarme cuando se vaya a retirar...

Vimes quedó impresionado por lo recta que se puso la mujer. Ni siquiera Sybil, en pleno modo duquesa, respaldada por la sangre de veinte generaciones de antepasados arrogantes, podría haberla igualado.

—Rutherford, ¿no piensas hacer nada con este hombre? —preguntó ella.

Rutherford levantó la vista hacia Vimes. Vimes fue consciente de que iba espantosamente mal afeitado, desaliñado y sucio, y de que lo más probable era que empezase a oler mal. Decidió no cargar más problemas a hombros del tipo.

—¿Querrían usted y su señora ayudarnos con esta barricada?—dijo.

—Oh, sí, muchas grac... —empezó a decir Rutherford, pero fue arrollado de nuevo.

—Algunos de esos muebles parecen muy sucios —intervino la señora Rutherford—. ¿Y eso de ahí no son barriles de cerveza?

—Sí, señora, pero están vacíos —dijo Vimes.

—¿Está seguro del todo? ¡Me niego a refugiarme en el alcohol! ¡Nunca he aprobado el alcohol, y Rutherford tampoco!

—Le aseguro, señora, que cualquier barril de cerveza que pase el menor tiempo en presencia de mis hombres estará vacío —afirmó Vimes—. Que no le quepa ninguna duda de eso.

—¿Y sus hombres se mantienen sobrios y decentes? —exigió saber la mujer.

—Siempre que no se les presente alternativa, señora —dijo Vimes. Eso parecía aceptable. La señora Rutherford era como Óxido en aquel sentido. Lo que escuchaba era el tono de la voz, no las palabras.

—Creo que tal vez sería buena idea, querida, que nos diéramos prisa en... —empezó Rutherford.

—¡No sin papá! —exclamó su esposa.

—No hay problema, señora —dijo Vimes—. ¿Dónde está?

—¡En nuestra barricada, por supuesto! Que era, permítame que se lo diga, mucho mejor barricada que esta.

—Perfecto, señora —dijo Vimes—. Si él quiere venirse para aquí, nosotros...

—Ejem, no lo termina usted de entender, señor —murmuró Rutherford—. Es que está, ejem, en la barricada...

Vimes miró la otra barricada y a continuación la miró mejor. Resultaba posible entrever, cerca de lo alto del montón de muebles, una butaca atiborrada. Un examen más concienzudo reveló que estaba ocupada por una figura dormida con zapatillas de andar por casa.

—Se quiere mucho su butaca —suspiró Rutherford.

—Va a ser una reliquia familiar —dijo la mujer—. Tenga la amabilidad de mandar a sus jovencitos a recogernos los muebles, ¿quiere? Y que se lleven cuidado con ellos. Pónganlos en la parte de atrás, donde no les den las flechas.

Vimes les hizo una señal a Sam y a un par de hombres más mientras la señora Rutherford se abría paso por entre el desorden de muebles rumbo a la Casa de la Guardia.

—¿Va a haber combates? —preguntó ansioso el señor Rutherford.

—Posiblemente, señor.

—Me temo que esas cosas no se me dan muy bien.

—No se preocupe por eso, señor. —Vimes aupó al hombre por encima de la barricada y se giró hacia el resto del grupito. Llevaba un rato siendo consciente de unos ojos que lo taladraban y ahora pudo seguir los rayos hasta su origen, un joven vestido con pantalones negros, camisa de volantes y el pelo largo y rizado.

—Esto es una artimaña, ¿verdad, señor? —dijo el hombre—. Nos harán caer en su poder y ya no se volverá a saber de nosotros, ¿eh?

—Pues no vengas, Reg —le contestó Vimes. Hizo bocina con las manos y se orientó hacia la barricada del camino de la Barba de Ballena—. ¡Todo el que se quiera venir con nosotros será mejor que se dé prisa! —gritó.

—¡No sabe usted si me llamo así! —dijo Reg Shoe.

Vimes escrutó el interior de aquellos enormes ojos saltones. La única diferencia entre el Reg de ahora y el Reg que había dejado en el futuro era que el agente Shoe era bastante más gris y se mantenía de una pieza a base de hilo y aguja. La zombitud le llegaría a Red de forma natural. Había nacido para estar muerto. Tenía unas convicciones tan fuertes que una especie de manantial interior le impedía detenerse. Acabaría siendo un buen poli. Pero no era muy buen revolucionario. La gente tan meticulosamente ferviente como Reg preocupaba a los auténticos revolucionarios. Era aquella mirada tan fija suya.

—Eres Reg Shoe —dijo—. Vives en el camino de la Barba de Ballena.

—Ajá, eso es que tiene archivos secretos sobre mí, ¿eh? —dijo Reg, con una felicidad aterradora.

—Pues la verdad es que no. Y ahora, si eres tan amable...

—Apuesto a que tiene un expediente sobre mí de un kilómetro de largo —insistió Reg.

—No llega al kilómetro, Reg, no —dijo Vimes—. Escucha, Reg, estamos...

—¡Exijo verlo!

Vimes suspiró.

—Señor Shoe, no tenemos ningún expediente sobre usted. No tenemos expedientes sobre nadie, ¿entendido? La mitad de nosotros no sabe ni siquiera leer sin usar el dedo. Reg, no estamos interesados en ti.

Los ojos ligeramente preocupantes de Reg Shoe permanecieron un momento fijos en la cara de Vimes, y a continuación su cerebro rechazó aquella información por ser contraria a la fantasía total que estuviera teniendo lugar allí dentro.

—¡Bueno, pues no servirá de nada torturarme, porque no ¡pienso revelar ninguna información sobre mis camaradas de las demás células revolucionarias! —exclamó Reg.

—Muy bien, pues no lo haré. Ahora tal vez...

—Así es como operamos, ¿entiende? ¡Ninguna de las células sabe nada de las demás!

—¿Ah, no? ¿Y ellas saben algo de ti? —dijo Vimes.

A Reg se le nubló un momento la cara.

—¿Cómo dice?

—Bueno, dices que tú no sabes nada de ellas —explicó Vimes—. Así que... ¿saben ellas algo de ti?

Y quiso añadir: tú eres una célula en ti mismo, Reg. Los verdaderos revolucionarios son hombres silenciosos con miradas de jugador de póquer que probablemente no saben que existes ni les preocupa. Llevas la camisa y el peinado y el fajín, y te sabes todas las canciones, pero no eres ningún guerrillero urbano. Eres un soñador urbano. Vuelcas cubos de basura y pintarrajeas las paredes en nombre del Pueblo, que te daría un buen sopapo si te pillara haciéndolo. Pero sí que crees.

—Ah, conque operas en secreto —dijo, para sacar al pobre hombre del atolladero.

Reg se animó.

—¡Exacto! —dijo—. ¡La gente es el mar donde nada el revolucionario!

—¿Cómo los peces espada? —sugirió Vimes.

—¿Disculpe?

Y tú eres un besugo, pensó Vimes. Ned es un revolucionario. Sabe luchar y sabe pensar, aunque esto lo haya entendido mal. Pero tú, Reg, la verdad es que tú deberías estar en cambio dentro de casa...

—Bueno, ya veo que eres un individuo peligroso —dijo—. Será mejor que te tengamos donde te podamos vigilar. Eh, ya lo tengo. Puedes socavar al enemigo desde dentro.

El aliviado Reg levantó un puño a modo de saludo y cargo con una mesa hacia la nueva barricada con velocidad revolucionaria. Se oyeron conversaciones apresuradas detrás de la vieja barricada improvisada, que ya iba siendo despojada del mobiliario de la señora Rutherford. Quedaron interrumpidas por un repiqueteo de cascos de caballo al otro lado de la calle de la Mina de Melaza y por un repentino estallido de decisión instantánea por parte de lo que quedaba de la multitud.

La gente se echó en tromba hacia la nueva barricada oficial, con el guardia interino Vimes cerrando la retaguardia, bastante obstaculizado por la silla de comedor que traía.

—¡Cuidado con esa silla! —gritó una voz femenina desde detrás de él—. ¡Es parte de un juego!

Vimes le puso la mano en el hombro al joven.

—Déjame la ballesta, anda —le dijo.

\* \* \*

Los jinetes se acercaron.

Vimes nunca estaba a gusto entre jinetes. A una parte de él le ofendía que le hablara alguien que estaba a dos metros y medio del suelo. No le gustaba la sensación de ser observado por agujeros de nariz. Tampoco le gustaba que le hablaran por encima del hombro.

Para cuando los jinetes llegaron a la barricada, él ya la había cruzado hasta la parte delantera y estaba plantado en mitad de la calle.

Ellos aminoraron la marcha. Probablemente fue la forma en que Vimes estaba inmóvil, sosteniendo la ballesta a la manera despreocupada de quien la sabe usar pero ha decidido no hacerlo, de momento.

—¡Eh, tú! —dijo un soldado.

—¿Sí? —dijo Vimes.

—¿Tú estás al mando?

—Sí. ¿Qué se les ofrece?

—¿Dónde están tus hombres?

Vimes señaló con el pulgar hacia la barricada que seguía creciendo. En lo alto del apilamiento roncaba plácidamente el padre de la señora Rutherford.

—¡Pero si eso es una barricada! —exclamó el soldado.

—Bien visto.

—¡Hay un hombre haciendo ondear una bandera!

Vimes se dio la vuelta. Para su sorpresa, era Reg. Algunos hombres habían sacado la vieja bandera del despacho de Tilden y la habían clavado en la barricada, y Reg era de los que ondearían cualquier bandera que tuvieran a mano.

—Probablemente se haya emocionado, señor —dijo Vimes—. No se preocupen. Estamos todos bien.

—¡Es una maldita barricada, hombre! ¡Una barricada rebelde! —dijo el segundo soldado.

Ay, ay, ay, pensó Vimes. Llevan unas corazas de lo más relucientes. Y unas caritas maravillosamente limpias y sonrosadas.

—No exactamente. De hecho, es...

—¿Eres tonto, colega? ¿Es que no sabes que el patricio ha dado orden de que se derriben todas las barricadas?

El tercer jinete, que había estado mirando fijamente a Vimes, aguijó a su caballo para que se acercara un poco más.

—¿Qué es esa marca que lleva en el hombro, agente? —preguntó.

—Quiere decir que soy sargento mayor. Un rango especial. ¿Y usted quién es?

—¡No tiene por qué decírtelo! —le gritó el primer soldado.

—¿Ah, no? —dijo Vimes. El hombre le estaba atacando los nervios—. Bueno, pues tú eres soldado raso y yo soy un jodido sargento, y si te atreves a volver a hablarme en ese tono, te bajo del caballo y te llevas un buen guantazo, ¿lo entiendes?

Hasta el caballo dio un paso atrás. El soldado abrió la boca para hablar, pero el tercer jinete levantó una mano enfundada en un guante blanco.

Oh, cielos, pensó Vimes, reparando en la manga de la casaca roja. El hombre era capitán. Y no solo eso, sino de los inteligentes, a juzgar por su actitud. No había abierto el pico antes de poder valorar la situación. A veces aparecía alguno como él. Podían ser peligrosamente listos.

—Veo, sargento mayor —dijo el capitán, vocalizando el rango con cuidado y sin sarcasmo aparente—, que esa bandera que ondea sobre la barricada es la bandera de Ankh-Morpork.

—Es la que tenemos en nuestra Casa de la Guardia —dijo Vimes, y añadió—: señor.

—¿Sabe usted que el patricio ha declarado que el levantamiento de barricadas es un acto de rebelión?

—Síseñor.

—¿Y?

—Bueno, es normal que lo diga él, ¿no?

Un asomo minúsculo de sonrisa le pasó por la cara al capitán.

—No podemos permitir la falta de ley, sargento mayor. Si todos desobedeciéramos la ley, ¿dónde estaríamos?

—Hay más guardias por persona detrás de esa barricada que en ninguna otra parte de la ciudad, señor —dijo Vimes—. Se puede decir que es el sitio donde más se respeta la ley por aquí.

Ahora llegó el sonido de voces que se alzaban detrás de la barricada.

—... tus cascos son nuestros, tus zapatos son nuestros, tus generales son nuestros, tócanos y perderáás... Morporkia, Morporkia, Morpoorooroooroooorrroorrr....

—¡Canciones rebeldes, señor! —dijo el soldado número uno.

El capitán suspiró.

—Si escucha usted bien, Hepplewhite, tal vez se dé cuenta de que es el himno nacional muy mal cantado —replicó.

—¡No podemos permitir que los rebeldes canten eso, señor!

Vimes vio la expresión del capitán. Tenía mucho que decir sobre los idiotas.

—Levantar la bandera y cantar el himno, Hepplewhite, son actividades que, aunque un tanto sospechosas, no constituyen en sí mismas actos de traición —dijo el capitán—. Y se nos necesita con urgencia en otra parte. —Le hizo el saludo reglamentario a Vimes, que se sorprendió a sí mismo devolviéndoselo—. Vamos a dejarles, sargento mayor. Confío en que tendrá un día bien interesante. De hecho, sé que lo va a tener.

—Pero es una barricada, señor —insistió el soldado, fulminando con la mirada a Vimes.

—No es más que un montón de muebles, hombre. La gente estará haciendo su limpieza primaveral, me imagino. No llegará usted nunca a oficial si no ve las cosas claras. Síganme, por favor.

Después de dirigir un último saludo con la cabeza a Vimes, el capitán se llevó a sus hombres al trote.

Vimes se apoyó contra la barricada, dejó la ballesta en el suelo y sacó la cigarrera. Se hurgó en el bolsillo, sacó el maltrecho paquete de puritos y, con cierta delicadeza, los colocó en su sitio.

Hum. A la izquierda estaba la calle Cable. Más adelante, la calle de la Mina de Melaza se extendía hasta llegar a la calle Tranquila.

A ver, si se pudiera levantar barricadas hasta la altura de la calle Tranquila, les quedaría detrás buena parte del Lado Borde Bajo, que así resultaría mucho más fácil de proteger.

Lo vamos a conseguir. Al fin y al cabo, ya lo conseguimos.

Claro que eso significaría dejar el cuartel de los Inmencionables a este lado. Lo cual sería como montar tu tienda de campaña sobre un nido de víboras.

Nos las apañaremos con eso. Ya nos las apañamos.

Una pareja de ancianitos que empujaban una carretilla llena de pertenencias misceláneas se acercaron a la barricada. Dedicaron a Vimes una mirada de muda súplica. Él les señaló la barricada con la cabeza y ellos se escabulleron al otro lado.

Ahora lo único que nos hace falta es...

—¿Sargento? —Fred Colon estaba asomado por encima del montón. Parecía más jadeante de lo normal.

—¿Sí, Fred?

—Está llegando mucha gente por el puente de Pon. Dicen que por todos lados pasan cosas. ¿Los dejamos entrar?

—¿Algún soldado?

—Creo que no, sargento. Son casi todos ancianos y niños. Y mi abuela.

—¿Es de fiar?

—No cuando se ha tomado unas pintas.

—Déjalos entrar, pues.

—Ejem... dijo Colon.

—¿Sí, Fred?

—Algunos son agentes de la Guardia. Unos cuantos chicos de Dimwell y muchos del Camino de los Reyes. A la mayoría los conozco, y a los que no los conocen los que sí, ya me entiende.

—¿Cuántos?

—Unos veinte. Uno de ellos es Dai Dickins, que es sargento en Dimwell. Dice que les han ordenado que dispararan a la gente y que la mayoría han desertado allí mismo.

—Se han despedido, Fred —le corrigió Vimes—. Nosotros no desertamos. Somos civiles. A ver, os quiero al joven Vimes y a ti y a Waddy y tal vez a otra media docena de hombres aquí con todo el equipo dentro de dos minutos, ¿entendido? Y dile a Peluquín que organice cuadrillas listas para mover las barricadas hacia delante cuando yo dé la señal.

—¿Moverlas, sargento? ¡Yo creía que las barricadas se quedaban en su sitio!

—Y dile a Narizotas que tiene dos minutos para encontrarme una botella de coñac —dijo Vimes, haciendo caso omiso—. Que sea grande.

—¿Nos estamos tomando la ley otra vez por la mano, sargento? —preguntó Colon.

Vimes se quedó mirando la boca de la calle Cable y fue consciente del peso de la cigarrera que llevaba en el bolsillo.

—Sí, Fred —dijo—. Pero esta vez la vamos a estrujar bien.

\* \* \*

Los dos guardias del cuartel de los Inmencionables observaron con interés cómo el pequeño contingente de agentes de la Guardia se acercaba desfilando por la calle y se detenía delante del ellos.

—Uau, qué miedo, si es el ejército —rió uno de ellos—. ¿Y qué queréis?

—Nada, señor —dijo el cabo Colon.

—¡Entonces largo de aquí!

—No puedo, señor. Cumplo órdenes.

Los guardias dieron un paso adelante. Fred Colon estaba sudando, y a ellos les gustaba ver aquella clase de cosas. Era un trabajo aburrido, y la mayoría de los Inmencionables estaba cumpliendo misiones más interesantes. No consiguieron oír los pasos suaves que se acercaban por detrás.

—¿Órdenes para hacer qué, amigo? —preguntó uno de ellos, acercándose mucho a Colon.

Se oyó un suspiro y un golpecito sordo detrás de ellos.

—¿Para hacer de señuelo? —dijo Colon con voz trémula.

El guardia restante se dio la vuelta y se encontró con un Negociador n.° 5 de la señora Buencuerpo que venía en sentido contrario.

Mientras el hombre caía al suelo, Vimes hizo una mueca y se masajeó los nudillos.

—Una lección importante, muchachos —dijo—. Siempre duele, da igual lo que hagáis. Vosotros dos, llevad a estos a las sombras para que se echen un sueñecito. Vimes y Nancyball, venid conmigo.

La clave de la victoria, como siempre, era aparentar que tenías todo el derecho, no, la obligación de estar donde estabas. Tampoco iba mal sugerir con cada fibra del cuerpo que nadie más tenía ningún derecho a estar haciendo nada, en ninguna parte, en absoluto. A un viejo guardia le salía casi sin pretenderlo.

Vimes entró el primero al edificio. Dentro había un par de guardias, bien armados, tras un parapeto de piedra que les daba una posición inmejorable para tender una emboscada a cualquier intruso poco prudente. Cuando vieron a Vimes se llevaron las manos a las empuñaduras de las espadas.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó uno.

—Bueno, la gente está muy agitada —dijo Vimes—. La cosa se está poniendo muy fea al otro lado del río, dicen. Por eso venimos a llevarnos a los prisioneros de las celdas.

—¿Ah, sí? ¿Con autorización de quién?

Vimes levantó su ballesta.

—Del señor Burleigh y el señor Fuerteenelbrazo —dijo con una sonrisa malévola.

Los dos guardias se miraron.

—¿Quiénes demonios son esos? —preguntó uno.

Hubo un momento de silencio seguido de Vimes diciendo con la comisura de la boca:

—¿Guardia interino Vimes?

—¿Sí, señor?

—¿De qué marca son estas ballestas?

—Hum... Hermanos Mines, señor. Son del Modelo 3.

—¿No son Burleigh y Fuerteenelbrazo?

—Nunca he oído hablar de esos, señor.

Mierda. Todavía faltan cinco años, pensó Vimes. Con lo bien que había quedado la frase.

—Os lo explicaré de otra manera —les dijo a los guardias—. Como me deis algún problema, os disparo en la cabeza. —Aquella frase no quedaba bien, pero sí transmitía cierta urgencia, con la ventaja añadida de ser lo bastante simple como para que la entendiera incluso un Inmencionable.

—Solamente tienes una flecha —señaló un guardia.

Se oyó un clic al lado de Vimes. También Sam había levantado su ballesta.

—Ahora hay dos, y como este chaval de aquí está en prácticas podría daros en cualquier parte —dijo Vimes—. ¡Tirad las espadas al suelo! ¡Salid por la puerta! ¡Escapaos! ¡Ahora mismo! ¡Y no volváis!

Hubo un momento de vacilación, solo un momento, y luego los hombres corrieron como alma que lleva el diablo.

—Fred nos guardará la espalda —dijo Vimes—. Vamos...

Todas las Casas de la Guardia venían a ser iguales. A los sótanos se llegaba por una escalera de piedra. Vimes la bajó a toda prisa, abrió una puerta muy pesada...

Y se detuvo.

Las celdas nunca olían muy bien ni en el mejor de los casos. En el mejor de los casos, incluso en la calle de la Mina de Melaza, la higiene consistía en un cubazo de agua por celda y vaciar los orinales con la frecuencia que apeteciera a Narizotas. Pero en el peor de los casos, las celdas de debajo de Mina de Melaza nunca olían a sangre.

La bestia se agitó.

En aquella sala había una silla grande de madera. En aquella sala había, junto a la silla, una estantería. La silla estaba atornillada al suelo. Tenía correas anchas de cuero. En los estantes había garrotes y martillos. En aquella sala, ese era el único mobiliario.

El suelo era oscuro y estaba pegajoso. La cruzaba de lado a lado un surco que llevaba hasta un desagüe.

El ventanuco que daba al nivel de la calle estaba cegado con tablones. Aquel no era un lugar donde la luz fuera bienvenida. Y todas las paredes, incluyendo el techo, estaban recubiertas de sacos llenos de paja. Hasta la puerta tenía sacos clavados. Era una celda hecha muy a conciencia. Hasta al sonido se le negaba toda posibilidad de escapatoria.

Las dos antorchas que había no surtían ningún efecto sobre la oscuridad, más allá de ensuciarla.

Detrás de él, Vimes oyó que Nancyball vomitaba.

Sumido en un sueño extraño, cruzó la sala y se inclinó para recoger algo que relucía a la luz de las antorchas. Era un diente.

Se volvió a erguir.

En un extremo del sótano había una puerta cerrada de madera; en el otro, un túnel más amplio llevaba casi con toda seguridad a las celdas. Vimes sacó una antorcha de su soporte, se la dio a Sam y señaló al interior del túnel...

A la puerta se acercaban unos pasos acompañados de un tintineo de llaves y, bajo el dintel vieron una luz que se acrecentaba.

La bestia se tensó...

Vimes sacó de la estantería el mazo más grande y se acerco con presteza a la pared junto a la puerta. Venía alguien, alguien que sabía de aquella sala, alguien que se hacía llamar guardia...

Agarrándolo fuerte con las dos manos, Vimes levantó el mazo...

Y miró al otro lado de la hedionda sala, y vio que el joven Sam lo estaba mirando, el joven Sam con su placa reluciente y su cara llena de... extrañeza.

Vimes bajó el mazo, lo apoyó con delicadeza contra la pared y se sacó del bolsillo la porra de cuero.

Esposada, y sin entender del todo lo que ocurría, la bestia fue arrastrada de vuelta a la noche...

Por la puerta salió un hombre silbando por lo bajo, se adentró unos pasos en la sala, vio al joven Sam, abrió la boca y entonces cayó profundamente dormido. Era un hombre corpulento, y se desplomó pesadamente en los adoquines. Llevaba una capucha de cuero sobre la cabeza y estaba desnudo de cintura para arriba. Del cinturón le colgaba un aro enorme con llaves.

Vimes echó a correr por el pasillo que había al otro lado de la puerta, dobló un recodo a la carrera, entró en tromba en un cuartucho pequeño y muy iluminado y agarró a un hombre que encontró allí.

Este era mucho más pequeño, y reprimió un grito mientras Vimes lo levantaba a la fuerza de su silla.

—¿Y qué hace papi cuando se va a trabajar, amigo? —bramó Vimes.

El hombrecillo se volvió clarividente de golpe. Una sola mirada al ojo de Vimes le reveló cuán corto podía ser su futuro.

—¡Solo soy un secretario! ¡Secretario! ¡No hago más que apuntar cosas! —protestó. Levantó una pluma a modo de demostración desesperada.

Vimes miró su escritorio. Había compases y otros instrumentos de medición geométrica, símbolos de la cordura demente de Swing. Había libros y carpetas repletas de papeleo. Y una regla de acero de un metro de largo. La agarró con la mano libre y descargó un golpe en la superficie del escritorio. El pesado acero emitió un sonido satisfactorio.

—¿Y? —dijo, con la cara a pocos centímetros de la del hombre forcejeante.

—¡Y mido a la gente! ¡Lo pone todo en el libro del capitán! ¡Yo solamente mido a la gente! ¡No hago nada malo! ¡No soy un mal hombre!

La regla volvió a golpear la mesa. Esta vez, sin embargo, Vimes la había girado y el filo de acero se clavó en la madera.

—¿Quieres que te corte a medida, amigo? —preguntó.

Al hombrecillo se le pusieron los ojos en blanco.

—¡Por favor!

—¿Hay otra salida de este sitio? —Vimes soltó la regla en la mesa con estrépito.

Bastó con el leve movimiento de ojos. Vimes vio una puerta en la pared, casi perdida entre los paneles de madera.

—Bien. ¿Adónde da?

—Hum...

Ahora Vimes tenía la nariz pegada a la de aquel hombre que, para usar la jerga policial, le estaba ayudando con sus investigaciones.

—Estás completamente solo aquí —dijo—. No tienes amigos aquí. ¡Te sentabas y tomabas notas para un torturador, para un puto torturador! Y veo un escritorio, y el escritorio tiene un cajón, y si alguna vez, alguna vez, quieres volver a usar una pluma me vas a contar todo lo que quiero saber...

—¡Almacén! —jadeó el hombre—. ¡El edificio de al lado!

—Bien, señor. Gracias, señor. Ha sido usted de gran ayuda —dijo Vimes, bajando el dócil cuerpo hasta el suelo—. Ahora, señor, le voy a esposar a este escritorio un momento, señor, por su protección.

—¿De... de quién?

—De mí. Porque si intenta escaparse lo mataré, señor.

Vimes regresó a toda prisa a la cámara principal. El torturador seguía inconsciente. Vimes cargó con él hasta la silla con gran esfuerzo, le quitó la capucha y reconoció la cara. La cara, sí, pero no a la persona. Es decir, era una clase de cara que abundaba mucho en Ankh-Morpork: grande, magullada y perteneciente a alguien que nunca había aprendido del todo que seguir pegando a la gente mucho después de que perdiese el conocimiento era un acto vil. Se preguntó si en realidad a aquel hombre le gustaba matar a la gente a palos. A menudo ni siquiera se lo planteaban. Era un trabajo, nada más.

Bueno, tampoco se lo iba a preguntar ahora mismo. Le abrochó bien todas y cada una de la correas, incluida la que pasaba por la frente, y estaba apretando la última cuando el hombre recobró el conocimiento. Abrió la boca y Vimes le embutió dentro la capucha.

Luego cogió el aro de las llaves y echó el cerrojo de la puerta principal. Eso les garantizaría un poco más de intimidad.

Cuando puso rumbo a las celdas se encontró con el joven Sam, que venía en dirección contraria. El chico tenía la cara pálida en la penumbra.

—¿Había alguien? —preguntó Vimes.

—Oh, sargento...

—¿Sí?

—Oh, sargento... sargento... —Al guardia interino le estaban cayendo lágrimas por la cara.

Vimes alargó los brazos y se sostuvo a sí mismo. Daba la impresión de que a Sam no le quedaban huesos en el cuerpo. Estaba temblando.

—En la última celda hay una mujer, y está... sargento... oh, sargento...

—Respira hondo —le aconsejó Vimes—. Tampoco es que este aire sea respirable.

—Y hay un cuarto al final de todo, sargento... oh, sargento... Nancyball se ha vuelto a desmayar, sargento...

—Pero tú no —dijo Vimes, dándole unos golpecitos suaves en la espalda.

—Pero es que hay...

—Rescatemos lo que podamos, ¿de acuerdo, muchacho?

—¡Pero nosotros llevábamos el carro de remolones, sargento!

—¿Cómo? —dijo Vimes.

Y entonces cayó en la cuenta. Ah, claro...

—Pero no les entregamos a nadie, muchacho —dijo—. ¿Te acuerdas?

—¡Pero yo lo había llevado antes, sargento! ¡Yo y todos los chicos! ¡Entregábamos a la gente aquí y luego nos volvíamos a la Casa de la Guardia a tomar un chocolate, sargento!

—Bueno, teníais órdenes... —dijo Vimes, aunque no fuera a ayudar.

—¡No lo sabíamos!

Eso no es exacto, pensó Vimes. No lo preguntábamos. Simplemente nos lo quitábamos de la cabeza. La gente entraba por aquella puerta principal y algunos de los pobres diablos salían por la puerta secreta, y no siempre en un solo ataúd.

No habían dado la talla.

Ni nosotros tampoco.

Oyó un sonido grave y visceral procedente del chico. Sam acababa de ver al torturador que estaba en la silla. Se sacudió de encima a Vimes, fue corriendo al estante y agarró una maza.

Vimes estaba listo. Agarró al chico, lo giró a la fuerza y le retorció la mano para arrebatarle el arma antes de que se cometiera un asesinato.

—¡No! ¡Esa no es la manera! ¡No es el momento! ¡Contenla! ¡Refrénala! ¡No la desperdicies! ¡Mándala al fondo! ¡Vendrá cuando la llames!

—¡Sabe que fue él quien hizo esas cosas! —gritó Sam, dándole patadas en las piernas—. ¡Y usted nos dijo que teníamos que tomarnos la ley por la mano!

Ah, pensó Vimes. Este es justo el momento ideal para tener un largo debate acerca de la teoría y la práctica de la justicia. Aquí viene la versión abreviada.

—¡No se le rompe la cabeza a un hombre que está amarrado a una silla!

—¡Él lo ha hecho!

—Pero tú no. ¡Porque tú no eres él!

—Pero ellos...

—¡Póngase firme, guardia interino! —gritó Vimes, y el techo cubierto de paja se bebió el sonido y lo amortiguó.

Sam parpadeó con los ojos enrojecidos.

—Muy bien, sargento, pero...

—¿Te vas a pasar el día lloriqueando? ¡Olvídate de este! Saquemos a los que están vivos, ¿de acuerdo?

—Cuesta saberlo en... —empezó a decir Sam, sorbiéndose la nariz.

—¡Hazlo! ¡Sígueme!

Sabía lo que iba a haber bajo los arcos oscuros de los túneles de las celdas, pero saberlo no se lo puso más fácil. Había gente que todavía podía caminar, o tal vez ir a la pata coja. A un par solo les habían dado palizas, aunque no tan graves como para que no pudieran oír lo que pasaba fuera de su limitado campo visual y darle vueltas y más vueltas. Se encogieron de terror cuando se abrieron los barrotes y gimieron al tocarlos. No era de extrañar que Swing obtuviera sus confesiones.

Y algunos estaban muertos. Otros estaban... bueno, si no estaban muertos, si solamente se habían retraído a algún lugar de sus cabezas, estaba más claro que el agua que ya no tenían nada a lo que volver. La silla los había roto una y otra vez. Ya no había nadie en el mundo que los pudiera ayudar.

Únicamente por si acaso, y sin sentir ninguna culpa, Vimes sacó su cuchillo y... les brindó la ayuda que pudo. No hubo un solo estremecimiento, un solo suspiro.

Se puso de pie, con nubes de tormenta negras y rojas en la cabeza.

Casi se podía comprender a los matones, simples como puños, cobrando una suma respetable por hacer algo que no les importaba hacer. Pero Swing tenía cerebro...

¿Quién sabía realmente qué mal acechaba en el corazón del hombre?

YO.

¿Quién sabía de qué era capaz un hombre cuerdo?

TAMBIÉN YO, ME TEMO.

Vimes echó un vistazo a la puerta de la última celda. No, no iba a volver a entrar allí. No era de extrañar que el interior apestara.

NO ME PUEDE OÍR, ¿VERDAD? VAYA. PENSABA QUE PODRÍA, se lamentó la Muerte, y esperó.

Vimes fue a ayudar al joven Sam a hacer volver en sí a Nancyball. Luego sacaron a los prisioneros, medio haciéndoles andar y medio cargando con ellos, por el pasillo que llevaba al almacén. Los dejaron allí tendidos y regresaron para sacar a rastras al secretario, que se llamaba Nabatiplado. Vimes le explicó las ventajas de testificar contra sus compañeros. No eran grandes ventajas, salvo si se las comparaba con las enormes desventajas que le iban a llegar rápidamente si se negaba a hacerlo.

Y Vimes salió a la luz vespertina. Colon y la brigada todavía estaban esperando; todo el asunto no había durado más que unos veinte minutos.

El cabo saludó y luego arrugó la nariz.

—Sí, apestamos —admitió Vimes. Se desabrochó el cinturón y se quitó la coraza y la cota de malla. El hedor del lugar se había colado por todas partes—. Muy bien —dijo, cuando dejó de tener la sensación de estar en una cloaca—. Quiero a un par de hombres en esa entrada que hay en el almacén, un par en la salida de atrás con porras y el resto listos aquí fuera. Tal como hemos hablado, ¿de acuerdo? Primero les pegáis una tunda y después los arrestáis.

—Sí, señor —asintió Colon. Los hombres se alejaron.

—Y ahora dame ese coñac —añadió Vimes.

Se desató el pañuelo que llevaba al cuello, lo empapó de licor y lo ató al cuello de la botella. Oyó el murmullo enfadado de la brigada. Acababan de ver a Sam y a Nancyball sacar a algunos de los prisioneros.

—Había cosas peores —dijo Vimes—. Creedme. La ventana de arriba del medio, Fred.

—A la orden, sargento —dijo Fred Colon, apartando la mirada de los heridos andantes. Levantó la ballesta y rompió con facilidad dos cristales de la ventana y un travesaño.

Vimes encontró su cigarrera de plata, sacó un puro, lo encendió, aplicó la cerilla al pañuelo empapado de coñac, esperó a que prendiera y lanzó la botella por la ventana.

Hubo un tintineo, un «fuuum» del licor al explotar y una llamarada que creció rápidamente.

—Buen trabajo, sargento —dijo Fred—. Esto, no sé si es el mejor momento, sargento, pero ya que estábamos en ello, hemos traído una botella de más...

—¿Ah, sí, Fred? ¿Y tú que propones?

Fred Colon echó otro vistazo a los prisioneros.

—Propongo que la usemos —dijo.

Entró por una ventana de la planta baja. Ya empezaban a salir volutas de humo de debajo de los alerones del tejado.

—No hemos visto entrar ni salir a nadie aparte de esos guardias —informó Fred, mientras observaban—. No creo que queden muchos dentro.

—Lo importante es que destruyamos el nido —dijo Vimes.

La puerta principal se abrió un poco, aumentando la corriente de aire hacia el fuego. Alguien estaba echando un vistazo.

—Esperarán hasta el último momento y saldrán luchando, Fred —avisó Vimes.

—Bien, sargento. Está oscureciendo —respondió Colon, adusto. Sacó su porra.

Vimes dio la vuelta hasta la parte de atrás del edificio, saludó con la cabeza a los agentes que esperaban allí y cerró la puerta con el aro de llaves que había robado. Era una puerta muy estrecha, en todo caso. Cualquiera que estuviese dentro se dirigiría sin duda a las puertas grandes de delante, desde donde pudieran dispersarse rápidamente y donde no fuese tan fácil que les tendieran una emboscada.

Echó un vistazo al almacén. Pero era una salida poco factible por la misma razón. Además, había cerrado con llave la puerta del sótano, ¿verdad?

El joven Sam le dedicó una sonrisa.

—Por eso ha dejado atado al torturador, ¿eh, sargento? —dijo.

¡Maldición! No había pensado en aquello. Estaba tan furioso con el secretario que se había olvidado por completo del bruto de la silla.

Vimes vaciló. Pero quemarse era una muerte horrible. Buscó su cuchillo, pero se acordó de que lo había dejado en su funda del cinto de la espada. Ya estaba empezando a salir humo por el pasillo que daba al almacén.

—Dame tu cuchillo, Sam —dijo—. Voy un momento a... ver cómo está.

El guardia interino le entregó el cuchillo con cierta reticencia.

—¿Qué va a hacer, sargento?

—Tú ocúpate de tu trabajo, guardia interino, y yo me ocuparé del mío...

Vimes se escabulló por el pasillo. Le cortare una sola correa, pensó. Son complicadas de desatar. Y luego... bueno, tendrá una oportunidad, incluso en medio del humo. Es más de lo que le dio él a nadie.

Cruzó la oficina como pudo y entró en la cámara. Una de las antorchas seguía encendida, pero la llama no era más que una aureola entre la neblina amarilla. El hombre estaba intentando bambolear la pesada silla, pero estaba firmemente afianzada al suelo.

Alguien había dedicado tiempo a diseñar aquella silla. Las correas de las hebillas costaban de alcanzar. Aunque el prisionero consiguiera soltarse una mano, y esa mano todavía no hubiera experimentado la profesionalidad del torturador, las pasaría canutas para salir deprisa de la silla.

Estiró el brazo para cortar una correa y oyó una llave en la cerradura.

Vimes se refugió a toda prisa en las sombras más profundas. La puerta se abrió, dejando entrar los gritos lejanos y el crepitar de la madera en llamas. Daba la impresión de que los Inmencionables habían echado a correr en dirección al aire fresco de la calle.

Tepillo Swing se adentró con sigilo en la sala y cerró la puerta con llave tras de sí. Se detuvo cuando vio a la figura sentada y la examinó con atención. Caminó hasta la puerta de la oficina y miró dentro. Se asomó a las celdas, pero para entonces Vimes ya se había desplazado sin hacer ruido a lo largo de una pared.

Oyó suspirar a Tepillo. Se produjo el familiar sonido del acero al moverse, seguido por un ruidito de tipo orgánico y una tos.

Vimes se llevó la mano a la espada. Pero también la tenía fuera en la calle, claro...

Allí abajo, la canción que le rondaba la cabeza regresó con más fuerza, con aquel tintineo metálico de fondo que siempre formaba parte de ella... mira cómo se levantan, se levantan, se levantan...

Negó con la cabeza, como si eso fuera a disipar el recuerdo. Tenía que concentrarse. Entró corriendo en la sala y dio un salto.

Le dio la impresión de que se quedaba mucho tiempo en el aire. Estaba el torturador, con sangre en la camisa. Estaba Swing, devolviendo la hoja afilada al interior del bastón. Y Vimes, en el aire, sin más arma que un cuchillo.

Voy a salir de esta, pensó. Lo sé porque me acuerdo. Me acuerdo de Keel saliendo y diciendo que todo había terminado.

Pero aquella vez era el Keel auténtico. Esta soy yo. No tiene por qué pasar de la misma manera.

Swing se echó bruscamente a un lado con una velocidad sorprendente, tirando de su estoque para desenvainarlo de nuevo. Vimes chocó contra los sacos de la pared y tuvo el buen juicio de echar a rodar de inmediato. El estoque abrió un tajo justo a su lado, derramando la paja sobre el suelo.

Había esperado que Swing fuera mal espadachín. Aquel palo ridículo era una indicación. Pero era un espadachín de la calle: cero refinamiento, nada de florituras, solo cierto talento para mover el filo deprisa y clavarlo allí donde uno esperaba que no fuera a entrar.

El fuego crepitaba en el rincón del techo. El licor derramado, o bien el mismo calor, había impregnado los gruesos tablones del suelo. Un par de los sacos empezaban a despedir un humo blanco y espeso, que flotaba por encima de los hombres formando una nube en expansión.

Dio la vuelta a la silla, mirando fijamente a Swing.

—Creo que está cometiendo una graveequivocación —dijo Swing. Vimes se concentró en eludir el estoque—. Los tiempos difíciles exigen medidasdifíciles. Lo saben todos los líderes... —continuó Swing. Vimes lo esquivó sin dejar de caminar en círculos, con el cuchillo listo—. La Historia necesita carniceros igual que necesita pastores, sargento.

Swing lanzó una estocada, pero Vimes había estado vigilándole los ojos y se apartó a tiempo. El hombre no se estaba justificando. No consideraba que hubiera hecho nada que lo requiriera. Pero sí que podía ver la cara de Vimes. En ella no había ni la menor emoción.

—Tiene que entender que en momentos de emergencianacional no podemos preocuparnos demasiado delos supuestos derechos de...

Vimes salió disparado a un lado por el pasillo inundado de humo que daba a la oficina. Swing salió dando bandazos detrás de él. La hoja del estoque le abrió un corte a Vimes en la parte trasera de la pierna y le hizo caer sobre la mesa del secretario, mientras el cuchillo se le escapaba de los dedos.

Swing rodeó la mesa para encontrar un punto donde asestar una estocada. Echó atrás el arma...

La mano de Vimes se elevó blandiendo la regla de acero. El impacto del acero plano le arrancó el estoque de la mano al capitán.

Vimes se irguió como si estuviera en un sueño, siguiendo la estela curvada de su golpe.

Mándala al fondo de la oscuridad hasta que la necesites...

Le dio la vuelta a la regla mientras trazaba un ataque de revés y esta cortó el aire con un silbido y el filo por delante, dejando la neblina de humo arremolinada tras de sí. La punta alcanzó a Swing en un lado del cuello.

Detrás de Vimes empezó a salir del pasillo humo blanco a chorros. El techo de la cámara sangrienta se estaba derrumbando.

Pero él se quedó allí, contemplando a Swing con el mismo semblante vacío y concentrado. El hombre se había llevado las manos a la garganta, de donde le salía la sangre a borbotones por entre los dedos. Se bamboleó, intentando tomar un aliento que no podía llegarle, y cayó hacia atrás.

Vimes le tiró la regla encima y se alejó renqueando.

Fuera se oía el retumbar de las barricadas al moverse.

\* \* \*

Swing abrió los ojos. El mundo que lo rodeaba era gris, salvo por la figura vestida de negro que tenía delante.

Intentó, como hacía siempre, averiguar más sobre el recién llegado mediante el examen meticuloso de sus rasgos.

—Ejem, sus ojos son... ejem... su nariz es... su barbilla... —Y se rindió.

SÍ, dijo la Muerte. YO SOY UN POCO COMPLICADILLO. POR AQUÍ, SEÑOR SWING.

\* \* \*

Lord Winder estaba, en opinión de Vetinari, paranoico hasta extremos impresionantes. Hasta había puesto a un guardia en lo alto de la destilería de whisky que dominaba el recinto de palacio. A dos guardias, de hecho.

Uno de ellos era claramente visible cuando uno se aupaba al parapeto, pero el otro estaba oculto en las sombras de las chimeneas.

El difunto honorable John Sangrabién solamente había descubierto al primero.

Vetinari contempló impasible cómo se llevaban a rastras al joven. Para un asesino, que lo mataran en el ejercicio de su arte iba incluido en el trabajo, si bien era lo último que se incluía. No se podía uno quejar. Y además significaba que ahora solamente quedaba un guardia, ya que el otro estaba bajando por la escalera a Sangrabién, que había hecho honor a su apellido.

Sangrabién había ido vestido de negro. Todos los asesinos iban así. El negro era elegante, y además lo dictaban las normas. Pero el negro solo era un color sensato en un sótano oscuro a medianoche. En cualquier otro lugar, Vetinari prefería el verde oscuro o los tonos apagados de gris. Con el color adecuado y la postura adecuada, desaparecías. Los ojos de la gente te ayudaban a desaparecer. Te borraban de su campo visual, te hacían encajar en el segundo plano.

Por supuesto, lo expulsarían del Gremio si lo pescaran vistiendo unos ropajes como aquellos. Pero Havelock había razonado que era un desenlace mucho mejor que ser expulsado de la tierra de los vivos y coleantes. Prefería que le dieran un corte de mangas a uno de garganta.

El guardia, a un metro de distancia, encendió un cigarrillo sin ninguna consideración hacia los demás.

Menudo genio había sido lord Winstanleigh Greville-Pipe. Qué gran observador. A Havelock le habría encantado conocerlo, o por lo menos haber visitado su tumba, pero al parecer esta se encontraba dentro de cierto tigre que, para grato asombro de Greville-Pipe, no había detectado hasta que fue demasiado tarde.

Vetinari le había rendido un honor en privado, sin embargo. Había localizado las planchas de los grabados de Algunas observaciones sobre el arte de la invisibilidad y las había fundido.

También había localizado las otras cuatro copias existentes, pero se había visto incapaz de quemarlas. En lugar de ello, había hecho encuadernar juntos los finos tomos dentro de las cubiertas de Anécdotas de los grandes contables, Volumen 3. Tenía la sensación de que aquello le habría gustado a lord Winstanleigh Greville-Pipe.

Vetinari permaneció cómodamente tumbado en el emplomado del techo, paciente como un gato, y observó los terrenos del recinto de palacio que se extendían por debajo.

\* \* \*

Vimes estaba tumbado boca abajo sobre una mesa de la Casa de la Guardia, haciendo algún que otro gesto de dolor.

—Quédese quieto, por favor —dijo el doctor Jardín—. Casi he terminado. Supongo que se reiría si le dijera que se tomase las cosas con calma.

—Ja. Ja. ¡Au!

—La herida es superficial, pero debería descansar un poco.

—Ja. Ja.

—Le espera una noche ajetreada. Y sospecho que a mí también.

—No deberíamos tener problemas siempre que las barricadas lleguen hasta la calle Tranquila —dijo Vimes, y notó que se hacía un silencio elocuente. Se incorporó hasta sentarse en la mesa que Jardín estaba usando como camilla—. Las tenemos hasta la calle Tranquila, ¿verdad?

—Según lo último que he oído, sí —respondió el médico.

—¿Lo último que ha oído?

—Bueno, técnicamente no —dijo Jardín—. Todo está... creciendo, John. Lo último que he oído de verdad era alguien diciendo: «¿Por qué pararse en la calle Tranquila?».

—Oh, madre mía...

—Sí, eso mismo he pensado yo.

Vimes se subió las calzas, se abrochó el cinturón y llegó cojeando a la calle y también a una discusión.

La integraban Rosie Palma, Sandra, Reg Shoe y media docena más, sentados a otra mesa en medio de la calle. Mientras Vimes salía al aire vespertino, una voz quejumbrosa estaba diciendo:

—No se puede luchar por el «amor a precios razonables».

—Se puede si nos queréis a bordo a las chicas y a mí —dijo Rosie—. «Libre» no es una palabra que queramos ver usada en estas circunstancias.

—Oh, de acuerdo —cedió Reg, haciendo una anotación en un portapapeles—. A todos nos parece bien Verdad, Justicia y Libertad, ¿verdad?

—Y mejores cloacas —aquella era la voz de la señora Rutherford—. Y que se haga algo con el problema de las ratas.

—Creo que deberíamos pensar en cosas más elevadas, camarada señora Rutherford —dijo Reg.

—Yo no soy una camarada, señor Shoe, y tampoco lo es el señor Rutherford. Siempre nos hemos ocupado de nuestros asuntos y no nos hemos metido en los de los demás, ¿a que sí, Sidney?

—Yo tengo una pregunta —dijo alguien entre la multitud de espectadores—. Me llamo Harry Odre. Tengo una zapatería en Nuevos Remendones.

Reg vio aquella interrupción como la oportunidad de evitar hablar con la señora Rutherford. Los revolucionarios no tendrían que conocer a nadie como la señora Rutherford en su primer día.

—¿Sí, camarada Odre? —dijo.

—Y tampoco somos de la fruslería —dijo la señora Rutherford, que no estaba dispuesta a dejarlo estar.

—Ejem, burguesía —corrigió Reg—. Nuestro manifiesto se refiere a la burguesía. Se dice bur-gue-sí-a.

—Burguesía, burguesía —repitió la señora Rutherford, dando vueltas a la palabra para saborearla—. Pues... no suena tan, tan mal. Y... ejem, ¿qué clase de cosas hacen ellos?

—Volviendo al tema, dice en el artículo siete de esta lista de aquí... —insistió el señor Odre.

—En la Declaración Popular del Glorioso 24 de Mayo —aclaró Reg.

—Sí, sí, eso... bueno, pues dice que nos apropiaremos de los medios de producción, o algo parecido, así que lo que quiero saber es: ¿cómo funciona eso en relación con mi zapatería? O sea, yo sigo estando en ella, ¿no? Tampoco es que haya sitio para nadie más que yo y mi hijo Garbut y a lo mejor un cliente.

En la oscuridad, Vimes sonrió. Reg jamás se las veía venir.

—Ah, pero es que después de la revolución toda la propiedad será detentada colectivamente por el pueblo... ejem... o sea, que le pertenecerá a usted pero también a todos los demás, ¿entiende?

El camarada Odre pareció desconcertado.

—Pero ¿los zapatos los haré yo?

—Claro. Pero todo pertenecerá al pueblo.

—Entonces... ¿quién va a pagar por los zapatos? —insistió el señor Odre.

—Todo el mundo pagará un precio razonable por sus zapatos y usted no será culpable de vivir a costa del sudor de los que trabajan —dijo Reg, tajante—. Ahora, si podemos...

—¿Se refiere a las vacas? —dijo Odre.

—¿Cómo?

—Bueno, están solamente las vacas y los tipos de la curtiduría, y francamente lo único que hacen es pacer todo el día en el prado, bueno, los chicos de la curtiduría no, claro, pero...

—Mire —dijo Reg—. Todo pertenecerá al pueblo y así a todo el mundo le irá mejor. ¿Lo entiende?

Al zapatero se le arrugó todavía más el ceño. No estaba seguro de formar parte del pueblo.

—Yo pensaba que solo queríamos que no hubiera soldados en nuestra calle ni turba ni gente así —dijo.

A Reg se lo veía agobiado. Se zambulló en busca de seguridad.

—Bueno, por lo menos estamos de acuerdo en lo de Verdad, Libertad y Justicia, ¿no?

Hubo un coro de asentimientos. Todo el mundo quería aquellas cosas. No costaban nada.

Una cerilla centelleó en la oscuridad y todos se giraron para mirar a Vimes que se encendía un puro.

—A usted le gustaría que hubiera Libertad, Verdad y Justicia, ¿verdad que sí, camarada sargento? —le alentó Reg.

—A mí me gustaría comerme un huevo duro —dijo Vimes, sacudiendo la cerilla.

Se oyeron unas risas nerviosas, pero Reg pareció ofendido.

—Dadas las circunstancias, sargento, creo que tendríamos que elevar un poco más nuestros puntos de mira...

—Bueno, sí, podríamos —le cortó Vimes, bajando los escalones. Echó un vistazo a las hojas de papel que Reg tenía delante. El hombre se lo tomaba en serio. Muy en serio. Y era concienzudo. Mucho—. Pero... bueno, Reg, mañana volverá a salir el sol, y estoy bastante seguro de que pase lo que pase no habremos encontrado la Libertad, y no habrá demasiada Justicia, y maldita sea si no estoy seguro de que no habremos encontrado la Verdad. Pero a lo mejor es posible que yo consiga un huevo duro. ¿De qué va todo esto, Reg?

—¡De la República Popular de la Calle de la Mina de Melaza! —exclamó Reg con orgullo—. ¡Estamos formando un gobierno!

—Ah, muy bien —dijo Vimes—. Otro. Justo lo que necesitamos. A ver, ¿alguno de vosotros sabe adónde se han ido mis malditas barricadas?

—Hey, señor Keel —dijo una voz glutinosa.

Bajó la vista hacia lo que tenía al lado. Allí, todavía vestido con aquel abrigo que le venía enorme pero ahora con el añadido de un casco exageradamente grande para él, estaba Nobby Nobbs.

—¿Cómo has llegado hasta ahí, Nobby?

—Mi madre dice que soy insidioso —dijo Nobby, sonriente. Una manga parecida a un fuelle se elevó hasta las inmediaciones de la cabeza de Nobby, y a Vimes le pareció que dentro del gesto se ocultaba un saludo reglamentario.

—Y tiene razón —dijo Vimes—. Así pues, ¿dónde...?

—Ahora soy agente titular, sargento —declaró Nobby—. Lo ha dicho el señor Colon. Me ha dado un casco que sobraba. Y me estoy tallando una placa de... de... esa cosa, ¿cómo se llama?, parecida a la cera como la de las velas pero no te la puedes comer...

—Jabón, Nobby. Acuérdate de esa palabra.

—Sí, sargento. Luego me voy a tallar una...

—¿Adónde han ido las barricadas, Nobby?

—Eso le costará...

—Soy tu sargento, Nobby. No tenemos ninguna relación financiera. ¡Dime dónde coño están las barricadas!

—Ejem... probablemente cerca de la calle Corta, sargento. Se ha puesto todo un poco... metafísico, sargento.

\* \* \*

El mayor Clive Mountjoy-Standfast miraba sin emoción en los rasgos el mapa que tenía delante, intentando hallar en él algún consuelo. Esta noche él era el oficial de mayor veteranía en el campo. Todos los comandantes se habían ido a palacio para alguna de sus fiestas. Y él se había quedado al mando.

Vimes había admitido que los regimientos de la ciudad tenían unos cuantos oficiales que no eran tontos. Ciertamente menguaban al trepar por la cadena de mando, pero ya fuera por accidente o de forma intencionada todos los ejércitos necesitaban, en puestos clave aunque de poco relumbre, a gente capaz de razonar y hacer listas y ocuparse del avituallamiento y los carros de equipaje y, en general, de tener un intervalo de atención mayor que el de un pato. A ellos les correspondía la gestión en sí, dejando libre al oficial al mando para concentrarse en asuntos más elevados.

Y el mayor no era tonto, de hecho, aunque sí tuviera pinta de serlo. Era idealista, y consideraba a sus hombres «unos muchachotes magníficos», pese a que de vez en cuando le demostraban lo contrario, y a grandes rasgos hacía lo que podía con la moderada inteligencia que tenía a su disposición. De niño había leído libros sobre grandes campañas militares; había visitado los museos para contemplar con orgullo patriótico los cuadros de grandes cargas de caballería, heroicas defensas y victorias gloriosas. Cuando más adelante empezó a participar en alguna de aquellas cosas, le había dejado de piedra descubrir que los pintores se habían olvidado inexplicablemente de los intestinos. Tal vez fuera que no se les daban muy bien.

El mayor odiaba el mapa. Era el mapa de una ciudad. ¡Las ciudades no eran lugar para la caballería, por todos los dioses! Pues claro que habían tenido bajas. Tres de ellas, mortales. Ni siquiera un yelmo de caballería sirve de gran cosa contra un adoquín usado como proyectil. Y a un soldado lo habían derribado de su caballo en Hermanas Dolly y, para no andarse con rodeos, la multitud lo había apaleado hasta la muerte. Y aquello era trágico y terrible y, por desgracia, inevitable, desde el momento en que unos idiotas habían decidido usar a la caballería en una ciudad con tantos callejones como Ankh-Morpork.

El mayor no consideraba a sus superiores idiotas, claro, puesto que de eso se deduciría que todo el que los siguiera era otro idiota. Él usaba el término «desacertado», y aun así le preocupaba usarlo.

En cuanto al resto de las bajas, tres de ellas eran hombres que habían perdido el conocimiento tras chocar al galope contra letreros colgantes de tiendas mientras perseguían... bueno, a gente, hablando claro, porque entre el humo y la oscuridad, ¿quién podía saber dónde estaba el verdadero enemigo? Al parecer los muy imbéciles habían dado por sentado que todo aquel que huyera era el enemigo. Y esos habían sido los idiotas con más suerte, porque los hombres que se habían metido a caballo en los callejones oscuros que serpenteaban a un lado y a otro estrechándose cada vez más, y después se habían dado cuenta de que todo estaba en silencio y de que el caballo no podía dar la vuelta, bueno, eran hombres que averiguaron cómo de rápido se puede correr con botas de montar.

Puso juntos todos los informes. Huesos rotos, hematomas. Un hombre que había sufrido el «tajo amigo» del sable de un camarada...

Miró al otro lado de la mesa improvisada, donde se encontraba el capitán Tom Reyerta de la Infantería Ligera de lord Selachii, que levantó la vista de sus documentos y le dirigió una débil sonrisa. Habían ido juntos a la academia y Reyerta, bien lo sabía el mayor, era mucho más listo que él.

—¿Qué impresión te da a ti, Tom? —le preguntó el mayor.

—Nosotros hemos perdido a casi ochenta hombres —dijo el capitán.

—¿Cómo? ¡Es terrible!

—Bueno, unos sesenta son deserciones, por lo que se puede saber. Siempre pasa en esta clase de líos. Probablemente algunos solo hayan hecho una escapadita para ver a sus queridas madres.

—Ah, bueno, desertores. Nosotros también tenemos a algunos. ¡En la caballería! ¿Cómo llamarías a la gente que abandona a su caballo?

—¿Infantería? En cuanto al resto, bueno, por lo que veo solo seis o siete de ellos han caído ante una clara acción enemiga. A tres hombres los han apuñalado en callejones, por ejemplo.

—A mí eso me parece acción enemiga.

—Sí, Clive. Pero tú naciste en Quirm.

—¡Únicamente porque mi madre estaba visitando a su tía y el carruaje llegó tarde! —dijo el mayor, enrojeciendo—. ¡Si me cortas por la mitad, podrás leer Ankh-Morpork escrito en mi corazón!

—¿En serio? Bueno, esperemos que la cosa no llegue a eso —replicó Tom—. En todo caso, que te asesinen en un callejón es típico en la vida de la gran ciudad.

—¡Pero eran hombres armados! Espada, yelmo...

—Un botín valioso, Clive.

—Pero yo creía que la Guardia de la Ciudad se ocupaba de las bandas...

Tom miró a su amigo por encima de sus papeles.

—¿Estás sugiriendo que pidamos protección policial? En cualquier caso, no la hay, ya no. Algunos agentes de la Guardia están con nosotros, aunque no se de cuánto nos sirven, y el resto han recibido palizas o bien se han escapado...

—¿Más desertores?

—Con franqueza, Clive, todo el mundo está poniendo tierra de por medio tan deprisa que para mañana tú y yo nos estaremos sintiendo bastante solos.

Los hombres hicieron una pausa mientras un cabo les traía más mensajes. Los hojearon con caras sombrías.

—Bueno, por lo menos se ha tranquilizado todo —dijo el mayor.

—Hora de la cena —observó el capitán.

El mayor se llevó las manos a la cabeza.

—¡Esto no es la guerra! ¡Un hombre tira una piedra, dobla la esquina y ya vuelve a ser un ciudadano honrado! ¡No hay reglas!

El capitán asintió. Su instrucción no había cubierto escenarios como aquel. Habían estudiado mapas de campañas, con amplias llanuras y de vez en cuando algún altozano que había que tomar al asalto. Las ciudades eran para asediarlas o bien para defenderlas. No eran para luchar dentro. No había líneas de visión, no era posible establecer formaciones, no se podía maniobrar y el adversario siempre era gente que conocía el terreno como la cocina de su casa. Y ciertamente no convenía batallar contra un enemigo que no llevara uniforme.

—¿Dónde está tu lord? —preguntó el capitán.

—Se ha ido al baile, igual que el tuyo.

—¿Y qué órdenes te ha dado a ti, si no te importa la pregunta?

—Me ha dicho que haga lo que considere necesario para alcanzar nuestros objetivos originales.

—¿Lo ha puesto por escrito?

—No.

—Lástima. El mío tampoco.

Se miraron. Y entonces Reyerta dijo:

—Bueno... ahora mismo no hay disturbios. Propiamente dichos. Mi padre me contaba que todo esto ya había pasado en su época. Me decía que lo mejor era correr un tupido velo. Que la cantidad de adoquines era limitada, decía.

—Son casi las diez —dijo el mayor—. La gente se va a ir pronto a la cama, imagino...

La expresión conjunta de ambos irradiaba la esperanza ferviente de que todo se hubiera tranquilizado. Nadie en su sano juicio quería estar en una posición donde se le pedía hacer lo que creyera conveniente.

—Bueno, Clive, suponiendo que no haya ningún... —empezó a decir el capitán.

Hubo un tumulto fuera de la tienda de campaña y a continuación entró un hombre. Estaba manchado de sangre y ennegrecido por el humo, y tenía líneas rosadas en la cara allí donde le habían brotado gotas de sudor a través de la espantosa mugre. Llevaba una ballesta echada a la espalda y había adquirido una bandolera de cuchillos.

Y estaba loco. El mayor reconoció aquella mirada. Los ojos eran demasiado brillantes, la sonrisa demasiado rígida.

—Vale, muy bien —dijo, y se quitó unas nudilleras de gran tamaño de la mano derecha—. Siento lo de su centinela, caballeros, pero no me quería dejar pasar ni diciéndole la contraseña. ¿Está usted al mando?

—¿Quién demonios es usted? —dijo el mayor, poniéndose de pie.

El hombre no pareció impresionado.

—Carcer. Sargento Carcer —respondió.

—¿Sargento? En ese caso puede usted...

—De la calle Cable —añadió Carcer.

Ahora el mayor vaciló. Los dos soldados habían oído hablar de los Inmencionables, aunque si se les preguntaba lo más probable es que no fueran capaces de explicar con precisión qué era lo que sabían. Los Inmencionables trabajaban en secreto, entre bastidores. Eran mucho más que simples agentes de la Guardia. Informaban directamente al patricio; tenían mucha influencia. No había que meterse con ellos. No convenía hacerlos enfadar. No importaba que aquel hombre fuera un simple sargento. Era un Inmencionable.

Y lo que era peor, el mayor se dio cuenta de que aquella criatura podía ver lo que pensaba y estaba disfrutando con ello.

—Sí —dijo Carcer—. Exacto. Y tiene usted suerte de que esté yo aquí, soldadito.

Soldadito, pensó el mayor. Y había hombres escuchando que se iban a acordar de aquello. Soldadito.

—¿Y eso por qué?

—Mientras usted y sus flamantes soldados estaban haciendo cabriolas por ahí y persiguiendo a lavanderas —dijo Carcer, acercando la única silla libre de la tienda y sentándose—, el problema de verdad ha estado desarrollándose en la calle de la Mina de Melaza. ¿O no lo saben?

—¿De qué está hablando? ¡No hemos recibido ningún informe de disturbios allí, hombre!

—Ya, claro. ¿Y eso no les parece extraño?

El mayor titubeó. En el fondo de su mente se bamboleó un vago recuerdo... y se oyó un gruñido del capitán, que empujó un papel hacia él. El mayor le echó una ojeada y se acordó.

—Uno de mis capitanes ha pasado por ahí esta tarde y ha dicho que todo estaba bajo control —explicó.

—¿En serio? ¿Bajo control de quién? —preguntó Carcer. Reclinó la espalda en su silla y puso las botas sobre el escritorio.

El mayor las miró con rabia, pero las botas no mostraron ninguna señal de avergonzarse.

—Saque los pies de mi mesa —dijo con frialdad.

A Carcer se le estrecharon los ojos.

—¿Lo dice usted y cuántos más? —preguntó.

—Yo y mi ejército...

El mayor miró a Carcer a los ojos y deseó no haberlo hecho. Loco. Había visto miradas como aquella en el campo de batalla.

Muy despacio, con meticulosidad exagerada, Carcer bajó los Pies de la mesa. Luego se sacó un pañuelo que estaba pringado de fluidos ignotos, resopló teatralmente sobre la madera y se puso a sacarle brillo con diligencia.

—Le pido mil disculpas con toda sinceridad —dijo—. Sin embargo, mientras ustedes, caballeros, se dedicaban a mantener su mesa bien limpita, una úlcera, como suele decirse, ja ja, está devorando el mismo corazón de la ciudad. ¿Les ha dicho alguien que la Casa de la Guardia de la calle Cable ha sido quemada hasta los cimientos? Con la pérdida, creemos, de las vidas del pobre capitán Swing y de por lo menos un miembro de nuestro... personal técnico.

—Swing, por todos los dioses —dijo el capitán Reyerta.

—Eso he dicho. Toda la escoria que sus hombres han estado sacando de Hermanas Dolly y de los demás nidos, bueno, ha terminado allí abajo.

El mayor miró el informe.

—Pero nuestra patrulla ha dicho que todo parecía tranquilo, que la Guardia era muy visible en las calles y que la gente estaba ondeando la bandera y cantando el himno nacional —objetó.

—Ahí lo tienen, pues —dijo Carcer—. ¿Alguna vez canta usted el himno nacional por la calle, mayor?

—Bueno, no...

—¿A quién ha mandado su señoría allí? —preguntó Reyerta.

El mayor Mountjoy-Standfast hojeó sus papeles. La cara se le cayó a los pies.

—A Óxido —dijo.

—Cielos. Eso sí que es un golpe.

—Sospecho que ese hombre está muerto —dijo Carcer, y el mayor hizo un esfuerzo por no parecer un poco más alegre—. La persona que está allí al mando ahora mismo se hace llamar sargento Keel. Pero es un impostor. El verdadero Keel está en la morgue.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó el mayor.

—En los Particulares tenemos maneras de enterarnos de las cosas —respondió Carcer.

—Eso he oído —murmuró el capitán.

—La ley marcial, caballeros, significa que el ejército acude a ayudar al poder civil —dijo Carcer—. Que ahora mismo soy yo. Por supuesto, siempre pueden mandar a un par de mensajeros al baile, pero no me parece una buena maniobra de cara a sus carreras. Así que lo que les estoy pidiendo es que sus hombres nos ayuden en un pequeño... ataque quirúrgico.

El mayor se lo quedó mirando. El asco que le daba Carcer no tenía límites. Pero no hacía mucho que había llegado a mayor, y cuando alguien acaba de ascender se esfuerza por permanecer en su puesto el tiempo suficiente para que el galón pierda el lustre.

Se obligó a sonreír.

—Usted y sus hombres han tenido un día muy duro, sargento —dijo—. ¿Por qué no se pasa por la tienda comedor mientras yo consulto esto con los demás oficiales?

Carcer se puso de pie tan de repente que el mayor se apartó instintivamente. A continuación se inclinó hacia delante con los nudillos sobre la mesa.

—Hágalo, mozalbete —dijo, con una sonrisa que parecía el borde de una sierra oxidada. Luego se giró y salió a la noche dando zancadas.

En el silencio que se hizo a continuación, Reyerta dijo:

—Me temo que su nombre está en la lista de oficiales que nos mandó Swing ayer. Y, hum, técnicamente tiene razón en lo de la ley.

—¿Quieres decir que tenemos que obedecer sus órdenes?

—No. Pero él tiene derecho a solicitar tu asistencia.

—¿Y yo tengo derecho a negarme?

—Oh, sí. Claro. Pero...

—¿... le tendría que explicar por qué a su señoría?

—Exacto.

—¡Pero ese hombre es un malvado hijo de puta! Ya conoces a esa calaña. Es de los que se alistan para los saqueos... De esos que tienes que terminar colgando para que sirvan de ejemplo a los hombres.

—Esto...

—¿Y ahora qué?

—Bueno, en una cosa al menos tiene razón. He estado mirando do los informes y, bueno, resulta extraño. La cosa ha estado muy tranquila alrededor de la calle de la Mina de Melaza.

—Eso es bueno, ¿no?

—Es inverosímil, Clive, teniendo en cuenta cómo está todo. Ni siquiera la Casa de la Guardia ha sufrido ataques, dice aquí. Hum... y el capitán Burns, que está a tus órdenes, explica que ha conocido a ese tal Keel, o a alguien que decía ser Keel, y que si ese hombre es un sargento de la Guardia entonces él, Burns, es una monja. Dice que el hombre está acostumbrado al mando de verdad. Me da la impresión de que le ha caído muy bien, para serte sincero.

—¡Por los dioses, Tom, necesito un poco de ayuda con esto! —imploró el mayor.

—Entonces manda a unos jinetes ahora mismo. Una pequeña patrulla informal, tal vez. Obtén información válida. Te puedes permitir esperar media hora.

—Ya. Ya. ¡Buena idea! —dijo el mayor, soltando humaradas de alivio—. Encárgate de ello, ¿quieres?

Después de la batería de órdenes apresuradas, se reclinó en su asiento y volvió a contemplar el mapa. Por lo menos había cosas que sí tenían sentido. Todas aquellas barricadas estaban orientadas hacia dentro. La gente estaba protegiéndose del palacio y del centro de la ciudad. A nadie le preocupaba mucho el mundo exterior. Si de verdad hubiera que tomar una parte periférica de la ciudad bajo aquellas circunstancias, lo mejor sería entrar por alguna puerta de la muralla. Puede que no estuvieran tan protegidas como deberían.

—¿Tom?

—¿Sí, Clive?

—¿Tú has cantado alguna vez el himno nacional?

—Claro, muchas veces, señor.

—No quiero decir oficialmente.

—¿Solo para demostrar que soy un patriota, dices? Por los dioses, no. Eso sería un acto bastante extraño —afirmó el capitán.

—¿Y qué me dices de la bandera?

—Bueno, como es obvio, me cuadro ante ella todos los días, señor.

—¿Pero no la haces ondear nunca? —preguntó el mayor.

—Creo que agité una de papel unas cuantas veces de niño. Por el cumpleaños del patricio o algo parecido. Esperábamos en la calle a que él pasara montado a caballo y gritábamos «¡Hurra!».

—¿Y desde entonces nunca?

—Pues no, Clive —se sofocó el capitán, avergonzado—. Me preocuparía mucho si viera a un hombre cantando el himno nacional y ondeando la bandera. En realidad eso es algo que hacen los extranjeros.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque a nosotros no nos hace falta demostrar que somos patriotas, señor. O sea, esto es Ankh-Morpork. No nos hace falta dar el espectáculo para decir que somos los mejores, señor. Simplemente lo sabemos.

\* \* \*

Era una cautivadora teoría que tal vez hubiera surgido en las mentes de Peluquín y Waddy y, sí, incluso en la mente no demasiado ejercitada de Fred Colon, y por lo que Vimes podía entender iba así:

1. Supongamos que la superficie detrás de las barricadas fuera más grande que la de delante de las barricadas, ¿vale?
2. O sea, así como que tuviera más gente dentro y más trozo de ciudad, no sé si me explico.
3. Entonces, y corríjame si me equivoco, sargento, eso querría decir que por ponerlo de alguna manera ahora estamos delante de las barricadas, ¿me equivoco?
4. Y entonces, por así decirlo, tampoco es que nos estemos rebelando nosotros, ¿verdad? Porque somos más, así que la mayoría no se puede rebelar, es de sentido común.
5. Eso significa que nosotros somos los buenos. Claramente llevamos siendo los buenos desde el principio, pero ahora vendría a ser como oficial, ¿no? Como matemático, o algo así.
6. Así que se nos ha ocurrido que podríamos seguir hasta la altura de la calle Corta y por el otro lado colarnos hasta Dimwell y volver desde la otra orilla del río...
7. ¿Vamos a meternos en líos por esto, sargento?
8. Me está mirando usted raro, sargento.
9. Lo siento, sargento.

Vimes, con un Fred Colon cada vez más preocupado delante y algunos de los demás barricadistas a su alrededor como si los hubieran pillado jugando ilícitamente a Llamar a Las Puertas y Echar a Correr, pensó en aquello. Los hombres lo miraban con cautela, por si explotaba.

Y lo cierto era que la teoría tenía una extraña lógica, si se dejaban fuera de la ecuación factores como «vida real» y «sentido común».

Habían trabajado duro. Obstruir una calle de la ciudad era bastante fácil, los dioses lo sabían. No había más que clavar tablones alrededor de un par de carretas y ponerles encima un montón bien alto de muebles y trastos. Con eso bastaba para las calles principales, y si se empujaba la barricada con suficiente fuerza podía hacerse avanzar.

En cuanto al resto, le verdad era que no había sido tan difícil. Ya para empezar había muchas barricadas pequeñas. Los hombres se habían limitado a juntarlas. Sin que nadie se acabara de dar cuenta para nada, ahora la República Popular de la Calle de la Mina de Melaza ocupaba casi una cuarta parte de la ciudad.

Vimes respiró hondo varias veces.

—¿Fred? —dijo después.

—¿Sí, sargento?

—¿Te he dicho yo que hicieras esto?

—No, sargento.

—Hay demasiados callejones. Hay demasiada gente, Fred.

Colon alegró la cara.

—Ah, bueno, también hay más guardias. Muchos de los chicos se las han apañado para venirse. Y son buena gente. Y el sargento Dickins sabe de estas cosas, se acuerda de la última vez que pasó esto, sargento, así que ha llamado a filas a todo hombre sano que sepa usar un arma, sargento. ¡Y hay muchos, sargento! ¡Tenemos un ejército, sargento!

Así es como se hunde el mundo, pensó Vimes. Yo no era más que un joven atontado y no me daba cuenta. Creía que Keel estaba liderando la revolución. Me pregunto si sería también lo que estaba pensando él.

Pero lo único que yo quería era poner a salvo unas cuantas calles. Solamente quería mantener a un puñado de gente honrada y bobalicona lejos de las estúpidas turbas y de los rebeldes descerebrados y de los soldados idiotas. De verdad, de verdad confiaba en que pudiéramos salimos con la nuestra.

Tal vez los monjes tuvieran razón. Cambiar la historia es como construir una presa en un río. El río la acabará bordeando.

Entre los hombres vio a Sam sonriendo de oreja a oreja. Adoración del héroe, pensó. Esa clase de cosa te puede cegar.

—¿Algún problema? —le preguntó a Colon.

—No creo que nadie tenga claro del todo lo que está pasando aquí, sargento. Han estado pasando muchas cosas cerca de Hermanas Dolly y por allí. Cargas de caballería y qué sé yo... Un momento, aquí llegan más.

Un agente de la Guardia le acababa de hacer una señal desde lo alto de la barricada. Vimes escuchó el alboroto que se estaba formando al otro lado.

—Más gente que viene huyendo de Hermanas Dolly, por lo que parece —dijo Colon—. ¿Qué quiere usted que hagamos, sargento?

Evitar que entren, pensó Vimes. No sabemos quiénes son. No podemos dejar entrar a todo el mundo. Algunos de ellos van a crear problemas.

La cuestión es que yo sí sé lo que está pasando ahí fuera. Ahora mismo la ciudad es una rodajita de infierno, y no se está seguro en ninguna parte.

Y sé lo que voy a decidir, porque me estoy viendo decidirlo.

No me lo puedo creer. Ahí me tienes plantado a mí, un chaval todavía limpio y sonrosado y lleno de ideales, mirándome como si yo fuera una especie de héroe. Y no me atrevo a no serlo. Voy a tomar la decisión más estúpida posible porque no quiero quedar mal delante de mí mismo. Intenta explicarle eso a cualquiera que no se haya tomado un par de copas.

—Muy bien, déjalos entrar —concedió—. Pero sin armas. Haz correr la voz.

—¿Que les quitemos las armas a la gente? —dijo Colon.

—Piénsalo, Fred. No queremos Inmencionables aquí dentro, ¿verdad que no? Ni soldados disfrazados. Para que alguien pueda ir armado, otra persona tendrá que responder de él. No pienso dejar que me apuñalen por detrás y por delante al mismo tiempo. Ah, y Fred... no sé si estoy capacitado para hacer esto, y probablemente no vaya a durar mucho, pero por lo que a mí respecta quedas ascendido a sargento. A cualquiera que tenga un problema con el galón de más, dile que puede venir a tenerlo conmigo.

El torso de Fred Colon, que ya tiraba a gordo, se infló visiblemente.

—A la orden, sargento. Ejem... ¿Eso significa que sigo recibiendo órdenes de usted? Vale. Vale. Vale. Sigo recibiendo órdenes de usted. Vale.

—No mováis ninguna otra barricada. Embozad los callejones. Guardad esta línea. Vimes, tú vienes conmigo, voy a necesitar un corredor para enviar mensajes.

—A mí siempre me dicen que vaya carrera llevo, sargento —se ofreció Nobby, desde detrás de su espalda.

—Entonces lo que quiero que hagas tú, Nobby, es salir ahí fuera y enterarte de qué está pasando ahora.

\* \* \*

El sargento Dickins resultó ser más joven de lo que Vimes recordaba. Pero le seguía faltando poco para jubilarse. Conservaba un florido bigote de sargento, con las puntas enceradas y claramente teñido, y la silueta apropiada para un sargento, obtenida por medio de fajas y apretadores no revelados. Había pasado mucho tiempo en los regimientos, por lo que recordaba Vimes, aunque era originario de Nellofselek. Los hombres se habían enterado porque pertenecía a una religión druídica tan estricta que ni siquiera erigían piedras verticales. Y estaban firmemente en contra de las palabrotas, lo cual es una clara desventaja en un sargento. O lo sería, si a los sargentos no se les diera tan bien improvisar.

En aquel momento se encontraba en Jabón Bienvenido, una continuación de la calle Cable. Y tenía al ejército.

Que en realidad tampoco era tal. No había dos armas que fueran exactamente iguales, y la mayoría no eran armas propiamente dichas. Vimes se estremeció al ver a aquella muchedumbre y tuvo un recuerdo, que tal vez fuera más bien una premonición, de todas las disputas domésticas a las que había acudido con los años. Cuando lo que venía a ti era un arma propiamente dicha, sabías a qué atenerte. Eran las impropiamente dichas las que hacían cagarse de miedo a un recluta novato. Eran las cuchillas de carnicero atadas a palos largos. Eran los clavos de albañil y los garfios para colgar carne.

Al fin y al cabo, aquella era la zona de los pequeños comerciantes, los porteadores, los carniceros y los estibadores. Por tanto, las filas desmañadas que Vimes tenía delante se componían de hombres que, todos los días, pacífica y legalmente, manejaban cosas con bordes afilados y pinchos que dejaban una simple espada a la altura de un imperdible de niña.

También había armas clásicas. Los hombres volvían de las guerras con su espada o su alabarda. ¿Armas? ¡Por los dioses, señor, claro que no! Son recuerdos. Y lo más probable es que la espada se hubiera usado para atizar el fuego, y la alabarda hubiera servido para atar la cuerda de tender, y su uso original hubiera caído en el olvido...

... hasta ahora.

Vimes observó la ferralla. Lo único que tenía que hacer aquel grupo para ganar una batalla era quedarse quietos. Si el enemigo cargaba contra ellos con la bastante fuerza, saldrían por el otro lado convertidos en carne picada.

—Algunos de ellos son guardias jubilados, sior —susurró Dickins—. Muchos han estado en los regimientos en un momento u otro, ¿sabe? Y hay unos cuantos chavales que buscan un poco de acción, ya sabe cómo es eso. ¿Qué le parece?

—No me gustaría enfrentarme a ellos, eso está claro —dijo Vimes. Por lo menos una cuarta parte de los hombres tenían el pelo canoso, y no eran pocos los que estaban usando sus armas para sostenerse—. Ahora que lo pienso, no me gustaría ser responsable de darles ninguna orden. Si le dijera a estos «¡Media vuelta, ar!», lloverían brazos y piernas.

—Son decididos, sior.

—Me parece bien. Pero no quiero una guerra.

—Oh, no llegará la sangre al río, sior —replicó Dickins—. He visto unas cuantas barricadas en mi época. La cosa suele acabar sin bronca. El tipo nuevo toma el poder, la gente se aburre y todo el mundo vuelve a casa, ¿sabe?

—Pero Winder es un chiflado —dijo Vimes.

—Nombre a uno que no lo fuera, sior —dijo Dickins.

Señor, me llama, pensó Vimes. O «sior», al menos. Y es mayor que yo. En fin, habrá que hacerlo bien.

—Sargento —ordenó—, quiero que elija a los veinte mejores, hombres que tengan experiencia de combate. Hombres en los que pueda usted confiar. Y los quiero en la Puerta Trompicón, y alerta.

Dickins pareció perplejo.

—Pero si está atrancada, sior. Y la tenemos justo detrás. A mí se me había ocurrido...

—En la puerta, sargento —insistió Vimes—. Tienen que vigilar que no venga nadie a hurtadillas para desatrancarla. Y quiero que se refuerce la vigilancia que hemos colocado en los puentes. Que pongan abrojos en el suelo, alambradas... Quiero que cualquiera que intente entrarnos por un puente lo pase mal de verdad, ¿me entiende?

—¿Está usted enterado de algo, sior? —preguntó Dickins, con la cabeza inclinada a un lado.

—Dejémoslo en que estoy pensando como el enemigo, ¿de acuerdo? —dijo Vimes. Se acercó un paso y bajó la voz—: Usted sabrá algo de historia, Dai. Nadie que tenga dos dedos de frente se lanza contra una barricada. Lo que se hace es encontrar el punto débil.

—También hay otras puertas, señor —dudó Dickins.

—Sí, pero si cogen la Trompicón llegan enseguida a la calle Olmo y tienen un buen trecho al galope que los deja justo donde no los estamos esperando —dijo Vimes.

—Pero... usted sí los está esperando, sior.

Vimes se limitó a darle una mirada inexpresiva, que los sargentos suelen descifrar bastante bien.

—¡Considérelo hecho, sior! —dijo Dickins con alegría.

—Pero quiero una presencia decente en todas las barricadas —añadió Vimes—. Y un par de patrullas que puedan ir a donde haya problemas. Sargento, usted ya sabe cómo hacerlo.

—Sí, sior. —Dickins saludó con elegancia y sonrió. Se giró hacia la ciudadanía congregada—. ¡Muy bien, panda de individuos! —vociferó—. ¡Algunos de vosotros habéis estado en un regimiento, eso lo sé! ¿Cuántos os sabéis «Todos los angelitos»?

Se levantaron unos cuantos de los souvenirs de guerra más imponentes.

—¡Muy bien! ¡Ya tenemos coro! A ver, es una canción de soldados, ¿sabéis? ¡Pinta de soldado no tenéis, pero por los dioses que voy a hacer que tengáis voz de soldado! ¡Ya la iréis aprendiendo sobre la marcha! ¡Derecha, ar! ¡Marchen! «¡Todos los angelitos se levantan, se levantan, todos los angelitos se levantan bien alto!» ¡Cantad, hijos de madre!

Los hombres que se alejaban desfilando aprendieron la respuesta de los que se la sabían.

—«¿Cómo se levantan, se levantan, se levantan, cómo se levantan, se levantan bien alto?»

—«Se levantan con la cabeza por delante, cabeza por delante, cabeza por delante» —cantó Dickins, mientras doblaban la esquina.

Vimes escuchó mientras se apagaba el estribillo.

—Es una canción bonita —comentó el joven Sam, y Vimes se acordó de que la estaba escuchando por primera vez.

—Es una vieja canción de soldados —dijo.

—¿En serio, sargento? Pero si trata de ángeles.

Sí, pensó Vimes, y es asombroso qué partes de esos ángeles se van levantando a medida que avanza la canción. Es una auténtica canción de soldados: sentimental y con partes sucias.

—Por lo que yo recuerdo, se cantaba después de las batallas —explicó—. He visto a ancianos llorar mientras la cantaban —añadió.

—¿Por qué? Suena bastante alegre.

Porque se acordaban de con quién no la estaban cantando, pensó Vimes. Lo aprenderás. Sé que lo harás.

\* \* \*

Al cabo de un rato regresaron las patrullas. El mayor Mountjoy-Standfast tuvo la precaución de no pedir informes por escrito. Tardaban demasiado y estaban llenos de faltas de ortografía. Uno a uno, los hombres contaron la historia. A veces el capitán Reyerta, que estaba maquinando sobre el mapa, silbaba por lo bajo.

—¡Es enorme, señor! ¡De verdad lo es! ¡Ahí abajo hay casi una cuarta parte de la ciudad detrás de barricadas!

El mayor se frotó la frente y se giró hacia el soldado Gabitass, que había sido el último en llegar y parecía ser el que más se había esforzado por obtener información.

—Están todas formando una especie de línea, señor. Así que he cabalgado hasta la que hay en la calle Héroes, sin el casco y haciendo ver como si estuviera fuera de servicio o algo así, y les he preguntado de qué iba todo aquello. Un hombre me ha gritado que todo estaba bien, muchas gracias, y que de momento ya habían terminado de hacer barricadas. Le he preguntado qué pasaba con la ley y el orden y me ha dicho que de eso iban sobrados, gracias.

—¿Nadie te ha disparado?

—No, señor. Me gustaría poder decir lo mismo de por aquí. La gente se ha puesto a tirarme piedras y una viejecita ha cogido un ori... un utensilio y me lo ha vaciado todo por encima desde su ventana. Ejem... eso es todo, señor. Ejem...

—Suéltalo, hombre.

—Esto, creo que he reconocido a unas cuantas personas. En las barricadas. Ejem... algunos eran de los nuestros, señor...

\* \* \*

Vimes cerró los ojos, con la esperanza de que el mundo se convirtiera en un sitio mejor. Cuando los abrió, sin embargo, seguía lleno de la cara sonrosada del recién ascendido sargento Colon.

—Fred —dijo—. Me pregunto si entiendes del todo la idea básica que tenemos entre manos. Los soldados, es decir, la otra gente, Fred, se quedan fuera de la barricada. Si están en la parte de dentro, Fred, entonces no tenemos, en ningún sentido real, una puta barricada. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor. Pero...

—Te interesa pasar una temporada en algún regimiento, Fred, y una de las cosas con las que supongo que descubrirás que se ponen de lo más serios es saber quién está de tu lado y quién no, Fred.

—Pero señor, son...

—A ver, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos, Fred?

—Dos o tres días, señor.

—Esto... ya. Sí. Claro. Parece más tiempo. Entonces, ¿por qué, Fred, llego aquí y me encuentro con que has dejado entrar lo que parece un pelotón? ¿No habrás estado pensando metafísicamente otra vez, verdad?

—La cosa ha empezado con el hermano de Billy Peluquín, señor —explicó Colon con aire nervioso—. Se ha venido con unos cuantos amigos suyos. Todos chicos de por aquí. Y hay un chaval con el que Nancyball creció y un tipo que es hijo del vecino de Waddy, con quien solía irse de copas, y luego está...

—¿Cuántos, Fred? —preguntó Vimes en tono fatigado.

—Sesenta, señor. Puede que a estas alturas unos cuantos más.

—¿Y no se te ha ocurrido que podrían formar parte de un astuto plan?

—No, sargento, ni me lo he planteado, porque no me imagino a Wally Peluquín formando parte de ningún astuto plan, porque pensar no es precisamente lo suyo, señor. Solo le dejaron alistarse al regimiento si encontraba a alguien que le pintara I y D en las botas. Verá, los conocemos a todos, sargento. Casi todos esos chavales se alistaron una temporadita solo para salir de la ciudad y a lo mejor enseñarle a esos extranjeros quién es el que manda. Nunca esperaron ver a abuelitas escupiéndoles en su propia ciudad, sargento. Esas cosas derrumban a la gente. Y que les tiren adoquines también, claro.

Vimes se rindió. Era todo verdad.

—Muy bien —dijo—. Pero si esto continúa, todo el mundo va a acabar dentro de la barricada, Fred.

Y había maneras peores de terminar con el asunto, pensó.

La gente había encendido fogatas en las calles. Algunos habían sacado cazuelas. La mayoría de la gente, sin embargo, estaba entregada al pasatiempo nacional de Ankh-Morpork, que era pulular por ahí a ver qué pasaba a continuación.

—¿Qué va a pasar a continuación, sargento? —preguntó Sam.

—Creo que van a atacar por dos lugares —dijo Vimes—. La caballería va a salir de la ciudad e intentará entrar por la Puerta Trompicón, porque les parecerá lo fácil. Y los soldados y... el resto de la Guardia que no está de nuestro lado lo más probable es que se cuelen por el Puente Ilegítimo, a escondidas.

—¿Está seguro, señor?

—Convencido —dijo Vimes. Al fin y al cabo, ya había sucedido... o algo parecido...

Se pellizcó el caballete de la nariz. No se acordaba muy bien de la última vez que había dormido. Dormido, no dormitado o perdido el conocimiento. Era consciente de que ahora mismo tenía el pensamiento un poco enmarañado por los bordes. Pero sí sabía que el enemigo había traspasado la barricada de la calle de la Mina de Melaza. No había sido más que una línea en los libros de historia, pero él la recordaba. Los asedios que no acababan mediante una traición se quebraban usando alguna puertecita trasera. Era un hecho histórico.

—Pero no va a ser hasta dentro de un par de horas —dijo en voz alta—. No somos lo bastante importantes. Por aquí todo ha estado tranquilo. Cuando empiecen a preguntarse por qué será cuando nos pondremos de mierda hasta las orejas.

—Está cruzando mucha gente, sargento. Algunos hombres dicen que oyen gritos a lo lejos. La gente se apelotona. Ahí fuera está habiendo robos y qué sé yo...

—¿Guarda interino?

—¿Sí, sargento?

—¿Te acuerdas de cuando querías darle un mazazo a ese cabrón torturador y yo te lo he impedido?

—Sí, sargento.

—Ahí tienes el por qué, muchacho. Si nosotros nos venimos abajo, entonces todo se viene abajo.

—Sí, sargento, pero usted bien que le atiza a la gente en la cabeza.

—Un argumento interesante, guardia interino. Lógico y bien formulado además, en un tono claro de voz que bordea con el puto descaro. Pero hay una gran diferencia.

—¿Y cuál es, sargento?

—Ya la descubrirás —dijo Vimes.

Y en privado pensó: la respuesta es Soy Yo Quien Lo Hace. Admito que no es una buena respuesta, porque la gente como Carcer también la usa, pero al final a eso se reduce la cosa. Por supuesto, también lo hago para evitar acuchillarlos y, seamos sinceros, para evitar que ellos me acuchillen a mí. Eso también es bastante importante.

Sus pasos los habían llevado hasta una gran fogata que había en el centro de la calle. Sobre ella burbujeaba un caldero, y delante había una fila de gente con cuencos en las manos.

—Huele bien —le dijo a la figura que removía suavemente el contenido del caldero con un cucharón—. Oh, es usted, ejem, señor Escurridizo...

—Se llama Estofado de la Victoria, sargento —dijo Escurridizo—. A dos peniques el cuenco o caeré a la ruina, ¿eh?

—Casi, casi —dijo Vimes, y se quedó mirando las extrañas (y lo que era peor, a veces inquietantemente familiares) protuberancias sólidas que bullían entre la espuma—. ¿Qué lleva?

—Es estofado —explicó Escurridizo—. Bastante consistente para ponerle pelos en el pecho a cualquiera.

—Sí, veo que a algunos pedazos de carne ya les han salido cerdas —dijo Vimes.

—¡Eso mismo! ¡Así de bueno es!

—Tiene... muy buen aspecto —dijo Sam con voz débil.

—Tendrá que excusar usted al guardia interino, señor Escurridizo —dijo Vimes—. Al pobre lo educaron para que no comiera estofados que le guiñan el ojo.

Se sentó con su cuenco y la espalda contra la pared y levantó la vista hacia la barricada. La gente había estado atareada. La verdad era que no había mucha cosa más que hacer. La que tenía delante, que abarcaba toda la calle Héroes, tenía cuatro metros de alto y hasta una tosca pasarela. Se veía muy profesional.

Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos.

A su lado se oyó un sorbido vacilante mientras el joven Sam probaba el estofado, y luego su voz:

—¿Vamos a acabar luchando, sargento?

—Sí —dijo Vimes, sin abrir los ojos.

—¿Pero luchar de verdad?

—Sí.

—¿Pero no se hablará nada primero?

—No —respondió Vimes, intentando ponerse cómodo—. Tal vez se hablará algo después.

—¡A mí me parece que eso es al revés!

—Sí, muchacho, pero es un método que está probado y contrastado.

No hubo más comentarios. Lentamente, con los ruidos de la calle en los oídos, Vimes fue cayendo dormido.

\* \* \*

El mayor Mountjoy-Standfast sabía lo que iba a pasar si mandaba un mensaje a palacio. «¿Ahora qué hago, señor?» no era algo que su lord quisiera oír. No era la clase de pregunta que se suponía que haría un mayor, dado que las órdenes originales habían sido muy claras. Las barricadas debían derribarse y los rebeldes debían dispersarse. Agarrar al toro por los cuernos y todo eso. De niño él había agarrado algún novillo por los cuernos y se había llevado más de una coz.

Había desertores al otro lado de la barricada. ¡Desertores! ¿Cómo era posible?

Era una barricada enorme, estaba defendida por hombres armados, había desertores en ella y él tenía sus órdenes. Todo estaba claro.

Si tan solo se decidieran a, bueno, a rebelarse. Había vuelto a mandar allí al soldado de caballería Gabitass y por lo que este explicaba se veía todo muy en paz. Detrás de la barricada parecía estar desarrollándose la vida normal de la ciudad, que era más de lo que se podía decir del caos de delante. Si alguien hubiera disparado a Gabitass, o si le hubieran lanzando cosas, eso habría facilitado muchísimo las cosas. Pero en lugar de eso se estaban comportando... bueno... con decencia. ¡Aquella no era manera de comportarse unos enemigos del estado!

Ahora el mayor tenía delante a un enemigo del estado. Gabitass no había regresado con las manos vacías.

—Lo he pillado siguiéndome a escondidas —dijo, y se dirigió al cautivo—: Hemos estado detrás de las barricadas, ¿verdad que sí, muchacho?

—¿Eso puede hablar? —preguntó el mayor, contemplando a la cosa.

—No hace falta ser así —dijo Nobby Nobbs.

—Es un gamberrete callejero —explicó el soldado.

El mayor escrutó lo único que podía ver del prisionero, que era un casco demasiado grande y una nariz.

—Traiga algo para que se suba encima, ¿quiere, capitán? —dijo, y esperó a que le encontraran un taburete. Que a fin de cuentas no mejoró las cosas. Simplemente hizo crecer la necesidad de más preguntas.

—Eso tiene una placa de la Guardia, soldado. ¿Acaso es alguna clase de mascota?

—Me la he hecho yo solo con jabón —dijo Nobby—, para poder ser poli.

—¿Por qué? —cuestionó el mayor.

Aquella aparición tenía algo que, pese a la urgencia, pedía a gritos una especie de examen aterrador y sin embargo fascinante.

—Pero estoy pensando en pasarme a soldado si crezco —continuó Nobby, dedicándole una sonrisa feliz al mayor—. Más fácil ganarse las castañas, tal como van las cosas.

—Me temo... me temo que no das la altura —se apresuró a decir el mayor.

—Pues no entiendo por qué, si el enemigo llega hasta el suelo —dijo Nobby—. Qué más da, la gente está tumbada cuando les quitas las botas. El viejo Pelusilla dice que el dinero está en los dientes y los pendientes, pero yo digo que no hay nadie que no lleve un par de botas, ¿no? Mientras que hoy día hay mucha gente con todos los dientes malos y los fabricantes de dentaduras postizas siempre te piden un juego en buen...

—¿Estás intentando decirme que te quieres alistar en el ejército solamente para saquear los campos de batalla? —dijo el mayor, completamente horrorizado—. ¿Un joven... cito como tú?

—Una vez que el viejo Pelusilla se pasó dos días seguidos sobrio me fabricó un juego de soldaditos —le contó Nobby—. Y tenían unas botitas que se podían...

—Cállate —dijo el mayor.

—... sacar, y unos dientecitos muy muy muy pequeñitos de madera que se podían...

—¡Que te calles! —levantó la voz el mayor—. ¿Es que no te interesa el honor? ¿La gloria? ¿El amor a la ciudad?

—No lo sé. ¿Se saca mucho con eso? —preguntó Nobby.

—¡No tienen precio!

—Ah, bueno, si es así me quedaré con las botas, si a usted le da igual —dijo Nobby—. Las puedes vender por diez peniques el par si sabes en qué tienda...

—¡Fíjate en el soldado Gabitass! —dijo el mayor, ya bastante enfadado—. ¡Veinte años de servicio, un soldado de flamante figura! No se rebajaría a robarle las botas a un enemigo caído, ¿verdad, soldado?

—¡No, señor! ¡Es una idea de bombero, señor! —dijo el soldado Gabitass.

—Ejem... ya.[[8]](#footnote-8) ¡Sí! —dijo el mayor—. Podrías aprender mucho de hombres como el soldado Gabitass, jovencito. Por lo que parece, el tiempo que has pasado con los rebeldes te ha llenado la cabeza de ideas muy pero muy malas.

—¡Yo no soy un rebelde! —gritó Nobby—. ¡No vaya por ahí llamándome rebelde, que no lo soy, soy un chaval de Ankh-Morpork, yo, y bien orgulloso! ¡Ja, se equivoca usted, nunca he sido un rebelde y es muy cruel que me lo llame! ¡Soy un chico honrado, yo!

Empezaron a caerle lagrimones por las mejillas, llevándose por delante la mugre para revelar estratos más profundos de mugre por debajo.

El mayor no tenía experiencia en situaciones como aquella. Todos los orificios disponibles en la cara del muchacho parecían estar chorreando. Miró a Gabitass en busca de ayuda.

—Tú tienes esposa, ¿verdad, soldado? ¿Ahora qué se supone que hacemos?

—Le podría arrear un sopapo en toda la oreja, señor —dijo el soldado de caballería Gabitass.

—¡Qué insensible, soldado! A ver, llevo encima un pañuelo por algún lado...

—Eh, que tengo mi propio guardamocos, muchas gracias, no me hace falta que me condescendencien —dijo Nobby sorbiéndose la nariz, y se sacó uno del bolsillo. De hecho, se sacó varias docenas, incluyendo uno que tenía bordadas las iniciales C.M.—S. Estaban todos enredados, como las banderas de colores de un prestidigitador, y arrastraron con ellos varios monederos y media docena de cucharas.

Nobby se secó la cara con el primero y se volvió a meter la colección entera en el bolsillo. Llegado a aquel punto se dio cuenta de que todos los hombres lo miraban con los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo, en tono desafiante.

—Háblanos de ese tal Keel —dijo el mayor.

—Yo no sé nada —replicó Nobby automáticamente.

—Ajá, eso quiere decir que sí sabes algo —dijo el mayor, que era ciertamente de los que disfrutan ese tipo de victorias nimias.

Nobby miró con expresión vacía. El capitán se acercó a su oficial superior para susurrarle.

—Ejem, solamente bajo las leyes matemáticas, señor —dijo—. Bajo las leyes de la gramática común, solamente está poniendo énfas...

—¡Háblanos de Keel! —gritó el mayor.

—Le diré qué haremos, mayor: ¿por qué no dejamos esas cosas para los expertos? —surgió una voz.

El mayor levantó la vista. Carcer y sus hombres acababan de entrar en la tienda de campaña. El sargento volvía a estar sonriente.

—Se ha agenciado un pequeño prisionero, ¿eh? —siguió el sargento, dando un paso adelante para examinar a Nobby—. Ajá, no hay duda de que tiene usted a un cabecilla aquí, sí. ¿Le ha contado algo ya? Sospecho que no. Hace falta formación especial para sacarles lo mejor a esta clase de chavales, ja ja. —Se metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó de nuevo, tenía los nudillos enfundados en latón—. Vamos a ver, chavalín —dijo, mientras los soldados miraban horrorizados—. Tú sabes quién soy, ¿verdad? Estoy en los Particulares. Y te veo dos futuros. En uno hay un chaval alegre que va a ayudar a las autoridades competentes con sus asuntos y en el otro hay un cabroncete deslenguado que va a intentar hacerse el listo. Uno de esos dos chavales tiene futuro y todos sus dientes. Bien, yo tengo una pequeña costumbre curiosa, que es que nunca pregunto las cosas dos veces. Así pues... no eres un criminal, ¿verdad?

Nobby, con los ojos muy abiertos y clavados en las nudilleras, negó con la cabeza.

—Simplemente haces lo que haces para sobrevivir, ¿a que sí?

Nobby asintió.

—De hecho, probablemente fueras un buen muchacho antes de acabar con los rebeldes, imagino. Antes cantabas himnos religiosos y esas cosas.

Nobby asintió.

—Ese hombre que se hace llamar sargento Keel es el líder de los rebeldes, ¿verdad?

Hubo un momento de vacilación y entonces Nobby levantó una mano.

—Hum... todo el mundo hace lo que él les dice, ¿eso es lo mismo? —preguntó.

—Sí. ¿Es carismático?

Nobby seguía mirando las nudilleras.

—Hum, hum, hum, no lo sé. No le he oído toser mucho.

—¿Y de qué hablan al otro lado de la barricada, muchachito?

—Hum... bueno, de Justicia y Verdad y Libertad y cosas así-contestó Nobby.

—Ajá. ¡Conversación de rebeldes! —dijo Carcer, poniéndose erguido.

—¿Lo es? —preguntó el mayor.

—Créame, mayor —dijo Carcer—. Cuando hay un puñado de gente usando palabras como esas, nunca se proponen nada bueno. —Bajó la vista hacia Nobby—. A ver, alguna cosa tendré en el bolsillo para un buen muchacho, ¿eh? Ah, sí... la oreja de alguien. Todavía caliente. ¡Aquí la tienes, chaval!

—¡Vaya, gracias, señor!

—Ahora lárgate bien lejos o te saco las tripas.

Nobby huyó.

Carcer le echó un vistazo al mapa que estaba desplegado sobre la mesa.

—Ah, está planeando usted una pequeña salida. Pero qué bonito. No queremos disgustar a los rebeldes, ¿verdad? ¿Por qué coño no está atacando, mayor?

—Bueno, porque ellos no...

—¡Está poniendo tropas en sus manos! ¡Ya han tomado un cuarto de la ciudad! Y usted va a dar un rodeo para colarse a hurtadillas por detrás. Cruzando el puente, veo, y llegando por la calle Olmo. Como para que no les vean venir. ¡Como si tuviera miedo! —La mano de Carcer dio un porrazo en la mesa, sobresaltando al mayor.

—¡Yo no le tengo miedo a nadie! —mintió.

—¡Ahora mismo la ciudad es usted! —dijo Carcer, con una motita de espuma blanca asomando por la comisura de la boca—. Ellos van con sigilo. No usted. Usted cabalga de frente y los manda al infierno, eso es lo que hace. ¡Le están robando las calles! ¡Recupérelas! ¡Se han puesto fuera de la ley! ¡Pues lléveles la ley! —Dio un paso atrás y la rabia maníaca remitió tan deprisa como había llegado—. Ese es mi consejo. Por supuesto, usted conoce mejor su trabajo. Yo y lo que queda de mis pobres muchachos vamos a salir ahí fuera a luchar. Estoy seguro de que los lores de ustedes agradecerán cualquier cosa que crean que pueden hacer.

Salió pisando fuerte, con los Particulares siguiendo sus pasos.

—Esto... ¿te encuentras bien, Clive? —preguntó el capitán.

Al mayor solamente se le veía el blanco de los ojos.

—Qué hombre tan horrible —musitó el mayor.

—Esto... sí, claro. Por otro lado...

—Sí, sí, sí. Lo sé. No nos queda opción. Tenemos órdenes. Ese... mal bicho tiene razón. Si la maldita cosa sigue ahí por la mañana, a mí se me ha acabado la carrera y a ti también. Exhibición de fuerza, un frente osado, sin tomar prisioneros... esas son las órdenes que tenemos. Unas órdenes tontas de remate. —Suspiró.

—Supongo que podemos desobedecer... —dijo el capitán.

—¿Estás loco? ¿Y qué íbamos a hacer entonces? No seas bobo, Tom. Reúne a los hombres, ayunta los bueyes y montemos un poco de espectáculo aunque sea. ¡Acabemos con esto de una vez!

\* \* \*

Alguien zarandeó a Vimes hasta despertarlo. Vimes levantó la vista hacia su propia cara, más joven, menos arrugada y más aterrorizada.

—¿Cu fasa?

—¡Han sacado las armas de asedio, sargento! ¡Ya se acercan por la calle, sargento!

—¿Cómo? ¡Vaya memez! ¡Pero si aquí es donde la barricada es más alta! ¡La podrían defender un par de hombres!

Vimes se puso de pie de un salto. Debía de ser una finta. Y una finta estúpida. Justo aquí Waddy y sus amiguetes habían encajado dos carros grandes de lado a lado de la calle y los habían convertido en el núcleo de una sólida muralla de madera y escombros. Pero había una entrada estrecha y baja para que la gente cruzara, que les abría paso a la República con la cabeza a la altura perfecta para recibir una palmadita si resultaban ser soldados. Y ahora la gente estaba atravesándola a toda prisa, apiñados como ratas.

Vimes se subió a la barricada y miró por encima. Desde la otra punta de la calle se acercaba una pared enorme de metal, rodeada de antorchas llameantes. Eso era lo único que se podía ver, en una ciudad sin luces. Pero él sabía qué era.

Se llamaba Mary la Grande, y estaba montada sobre un carruaje pesado. Vimes la había visto antes. Detrás del carro habría una pareja de bueyes, empujándolo. Las paredes no eran de metal macizo, sino un mero revestimiento para evitar que los defensores lanzaran fuego a los tablones de madera que había debajo. Y todo ello era simplemente para proteger a los hombres que, dentro de aquel refugio tan cómodo, tenían unas largas cadenas que terminaban en unos garfios muy, muy grandes...

Los garfios se enganchaban en la barricada, a continuación se hacía girar sobre sus talones a los bueyes, se añadían tal vez cuatro bestias más y entonces ya no había nada construido de madera que no se viniera abajo.

Entre el carro y la barricada, forcejeando para escapar del aplastamiento, había una masa de gente aterrada.

—¿Tiene usted órdenes, sargento? —preguntó Fred Colon, trepando hasta ponerse al lado de Vimes. Contempló la calle—. Oh, cielos.

—Sí, ahora es cuando vendría bien tener un par de trolls en la fuerza —dijo Vimes—. Imagino que Detr...

—¿Trolls? Ja, yo no trabajaría con ningún troll —dijo Colon—. Son demasiado tontos para seguir órdenes.

Un día te vas a enterar, pensó Vimes, y dijo en voz alta:

—Muy bien. Todos los que no puedan o no deban manejar un arma, que se alejen todo lo posible, ¿de acuerdo? Llévale un mensaje a Dickins, dile que vamos a necesitar a todos los hombres que nos pueda prestar, pero... ¡mierda!

¿Qué había pasado la otra vez? Había habido mucha actividad contra las barricadas, pero había sido un simple amago mientras la caballería se acercaba a hurtadillas desde fuera. No se acordaba de esto.

Echó un vistazo al carro de asedio que se acercaba. En lo alto de la muralla bamboleante, del otro lado, solía haber una estrecha cornisa para que se pusieran los arqueros y dispararan a cualquiera que intentase interferir con el equipo de demolición.

A la traicionera luz de las antorchas, Vimes creyó ver los rasgos de Carcer. Incluso a aquella distancia, había algo espantosamente reconocible en aquella expresión.

Swing había muerto. Y cuando todo el mundo está corriendo presa de la confusión, un hombre firme y decidido puede imponerse a base de puro empuje. Al fin y al cabo, pensó Vimes, yo lo he hecho.

Bajó por la barricada y miró a los hombres.

—Quiero un voluntario no, tú no, Sam. Peluquín, tú me valdrás. Tu padre es carpintero, ¿verdad? Bien, hay una carpintería a la vuelta de la esquina. Corre y tráeme un par de mazos y unas cuñas de madera, o clavos largos... algo puntiagudo. ¡Venga, venga, venga!

Peluquín asintió y se fue corriendo.

—Y... a ver, sí, necesito dos peniques de jengibre fresco. Nancyball, vete al boticario que hay al girar la esquina, por favor.

—¿Y para qué lo queremos, sargento? —preguntó Sam.

—Para darle un poco de sabor a la cosa. Vimes se quitó el casco y la armadura y señaló con la cabeza el hueco por el que entraba un río de gente.

—Fred, vamos a salir por ahí. ¿Crees que nos puedes abrir camino a empujones?

—Lo intentaré, sargento. —Fred cuadró los hombros.

—Vamos a detener ese trasto. No lo pueden mover deprisa, y con tanto ruido y tanta confusión nadie se va a dar cuenta de nada... pero qué rápido, Billy...

—Lo he agarrado todo y ya está, sargento —dijo un jadeante Peluquín, que venía corriendo con un saquito—. Ya sé lo que quiere hacer usted, sargento. Yo lo hacía a veces por travesura cuando era niño.

—Yo también —dijo Vimes—. Y aquí está mi jengibre. Ah, delicioso. Me hace saltar la lagrimita. ¿Vale, Billy? Listo, Fred.

Hizo falta toda la corpulencia de Colon, con Vimes empujando por detrás, para abrir un camino a través de la multitud desesperada que los llevara al exterior de la barricada. En la oscuridad, Vimes se esforzó por pasar entre los cuerpos hasta llegar al lado de la máquina de asedio. Era como un ariete lento y enorme que se acercaba por la calle, pero por culpa de la presión de la gente avanzaba entrecortadamente y a un ritmo más lento que el caminar. Vimes se imaginó que lo más probable era que Carcer estuviera disfrutando del trayecto.

Se agachó debajo del carro, invisible en medio de la multitud, y sacó un mazo y una cuña del saco de Peluquín.

—Tú encárgate de la rueda izquierda de atrás y luego sal pitando, Billy —dijo.

—Pero sargento...

—Es una orden. Sal, vuelve y saca a la gente de la calle lo más deprisa que puedas. ¡Hazlo!

Vimes gateó hasta una de las ruedas delanteras y sostuvo la cuña lista entre la rueda y el eje. El carro se detuvo un momento y entonces él encajó la cuña en el hueco y le dio un buen martillazo. Tuvo tiempo para darle otro antes de que el crujido del carro sugiriera que los bueyes estaban empujando de nuevo. Entonces regresó gateando deprisa y cogió el saco de Billy antes de que el hombrecillo, con una mirada reticente, se escabullera entre el bosque de piernas.

Vimes metió una tercera cuña antes de que unas voces fuertes por detrás de él le indicaran que la falta de avance había llamado la atención. Las ruedas se bambolearon y acabaron atascadas con más fuerza en las cuñas. Para poder sacar aquellas ruedas de allí sería necesario soltarlas del eje.

Aun así, los bueyes eran bestias poderosas. Un número suficiente de ellos no habría tenido ningún problema para arrastrar el carro además de la barricada. Pero lo bonito del asunto, lo bonito, era que la gente consideraba que las barricadas eran para intentar entrar en ellas, no para salir...

Vimes salió a la noche ruidosa y desconcertante. Había soldados, agentes de la Guardia y refugiados, todos soltando palabrotas a diestro y siniestro. Entre el revoloteo de las sombras, Vimes solamente era una silueta más. Se abrió paso con firmeza hasta los esforzados bueyes y su conductor, que los estaba azuzando con un palo. Lo alentó el hecho de que el hombre parecía de los que sacarían seis puntos de diez en respuesta a la pregunta: «¿Cómo te llamas?».

Vimes ni siquiera se detuvo. Lo importante era no darle la oportunidad a la otra persona de decir «Pero...», ya no digamos: «¿Quién demonios te crees que eres?». Apartó al hombre de un empujón y miró con el ceño fruncido a las bestias sudorosas.

—Ah, bien, ya veo cuál es el problema —dijo, con voz de saber todo lo que se puede saber sobre bueyes—. Tienen glaguera. Pero se puede arreglar. Levántale la cola a ese. ¡Date prisa, hombre!

El azuzador de bueyes reaccionó al tono de autoridad. Vimes agarró un pedazo de jengibre. Ahí va, pensó. Por lo menos va a un sitio caliente, con el frío que hace esta noche...

—Muy bien. Ahora el otro... eso es. Muy bien. Ahora voy a acercarme a, hum... me acercaré y... —dijo Vimes, metiéndose otra vez a toda prisa en las sombras.

Se abrió paso a codazos por entre la muchedumbre y se coló por el hueco de la barricada.

—No pasa nada, sargento, lo he visto volver por entre las sillas de comedor de la señora Rutherford —dijo Fred Colon, ayudándolo a incorporarse—. Bueno, sí que lo ha parado, sargento, está claro. De verdad lo... urrrhg...

—Sí, no me des la mano hasta que me la haya lavado —confirmó Vimes, dirigiéndose al grifo.

Mantuvo el oído atento en espera de cualquier ruido extraño al otro lado de la barricada. Durante varios segundos no hubo ninguno. Y luego lo oyó...

Después de su visita a los bueyes había pasado un buen rato sin que sucediera gran cosa, salvo el hecho de que, muy lentamente, se les habían empezado a poner los ojos bizcos y a continuación, muy despacio también, rojos. Para que pase cualquier cosa dentro de la cabeza de un buey hace falta mucho tiempo, pero cuando pasa, no tarda en extenderse.

El mugido empezó por lo bajo y se elevó lentamente. Era un ruido visceral que había viajado por la tundra de la antigüedad y había dicho a los primeros hombres que se les acercaba la cena o la muerte, y en todo caso venía cabreado. Era el ruido de una bestia enorme que aun así era demasiado pequeña para refrenar todas las emociones que se le estaban acumulando dentro. Y era una tonada a dos voces.

Vimes subió a la barricada y vio a gente correr. Luego toda Mary la Grande se estremeció. No resultaba muy impresionante a menos que se supiera que un par de toneladas de madera acababan de saltar de lado. Luego se oyó un crujido de astillas, dos de las ruedas trabadas de Mary la Grande se vinieron abajo y el vehículo volcó de lado convertido en una masa de llamas, astillas, humo y polvo.

Vimes se puso a contar en voz baja y solo había llegado a dos cuando una rueda de carro salió rodando del humo y se alejó por la calle. Esto ocurre siempre.

Pero aún no se había terminado. Los bueyes, enredados en los restos de ejes y arneses, convertidos ahora en una criatura conjunta y enfurecida que solamente podía poner en el suelo seis de sus ocho patas, arrancaron con paso errático pero velocidad sorprendente en la dirección opuesta.

Los otros bueyes, que habían estado esperando para la gran remolcada, los vieron aproximarse. Ya los había asustado el desplome y ahora les llegaba el hedor del terror y la furia, con lo cual iniciaron una lenta estampida para alejarse de allí, con rumbo, resultó, a los arqueros que esperaban más atrás, que a su vez intentaron meterse corriendo por donde estaba la caballería. Los caballos ya de por sí no tenían tendencia a portarse bien con los hombres armados, y ahora además se encontraban en cierto estado de aprensión. Que aliviaron cosiendo a coces a cualquiera que se acercara.

A los observadores de la barricada empezó a costarles ver lo que ocurría después de aquello, pero los sonidos interesantes aún duraron bastante tiempo.

El sargento Colon cerró la boca.

—Joder, sargento —dijo admirado.

A lo lejos se oyeron cristales rotos.

—Volverán —dijo Vimes.

—Sí, pero no todos —matizó Peluquín—. Buen trabajo, sargento.

Vimes se dio la vuelta y vio que Sam lo estaba mirando con los ojos abiertos como platos de quien adora a su héroe.

—He tenido suerte, chaval —le dijo—. Pero va bien acordarse de los pequeños detalles y que no te importe ensuciarte las manos.

—Pero ahora podríamos ganar, sargento —dijo Sam.

—No, no podemos. Pero podemos postergar la derrota hasta que ya no duela demasiado. —Vimes se giró hacia los demás—. Muy bien, chicos, de vuelta al trabajo. Nos hemos divertido un rato pero todavía falta mucho para que amanezca.

La noticia ya se había propagado antes de que él tuviera tiempo de bajar de la barricada. Se oyeron vítores de la multitud y se apreció cierto pavoneo entre los hombres armados. Les hemos dado una lección, ¿eh? ¡No les gusta el sabor del frío acero a esos... ejem... a esa otra gente de Ankh-Morpork! Ya les enseñaremos nosotros, ¿eh?

Y había bastado con unas cuantas cuñas, un poco de jengibre crudo y mucha suerte. No se iba a repetir.

Tal vez no haría falta. Recordaba la noticia del asesinato. Todo había sido muy misterioso. A Winder lo habían matado en una sala llena de gente y nadie había visto nada. Se había sugerido que podía haber magia de por medio, pero los magos lo habían negado acaloradamente. Algunos historiadores lo habían atribuido al hecho de que enviaron a las tropas de palacio a atacar las barricadas, pero aquello no respondía a la pregunta. Estaba claro que para cualquiera capaz de apuñalar a un hombre en una sala bien iluminada y llena de gente no iban a suponer ningún obstáculo unos guardias en la oscuridad...

Por supuesto, con Espasmo de nuevo patricio, ya nadie se había esforzado mucho en averiguar lo sucedido. La gente decía cosas del tipo: «Lo más probable es que nunca sepamos la verdad», lo cual quería decir, traducido al vocabulario personal de Vimes: «Yo sé la verdad, o creo saberla, y espero con todas mis fuerzas que no salga a la luz ahora que las cosas se han tranquilizado».

¿Y si no perdiéramos?

Keel no había matado a Mary la Grande. En el otro presente no la habían usado. Los soldados no habían sido tan tontos como para intentarlo. Aquellas jugadas iban bien para tratar con pequeños asuntos locales manejados por civiles, pero eran un chiste si se enfrentaban a defensas recias montadas por profesionales. Con el arma de asedio hecha trizas, los atacantes iban a tener que darse prisa en ingeniar otro plan, y el tiempo seguía pasando...

¿Y si no perdiéramos?

Lo único que tenían que hacer era aguantar. La gente de arriba tenía muy poca memoria. ¡Winder ha muerto de forma misteriosa, larga vida a lord Espasmo! Y de golpe y porrazo todos los rebeldes se convierten en gloriosos combatientes por la libertad. Y hay siete tumbas sin llenar en el cementerio...

¿Podría él regresar entonces? Suponiendo que Madam tuviera razón y le ofreciesen el puesto de comandante, no a modo de soborno sino porque se lo había ganado... ¡Aquello cambiaría la historia!

Sacó la cigarrera de plata y leyó la inscripción.

Veamos, pensó... si yo no conociera nunca a Sybil, entonces no nos casaríamos y ella no me compraría esto, así que no lo podría estar mirando...

Se quedó mirando fijamente el grabado lleno de florituras, casi instándole a desaparecer. No desapareció.

Por otro lado, aquel viejo monje le había dicho que cualquier cosa que ocurra, ocurrida queda. Y a Vimes le vino una imagen mental de Sybil y Zanahoria y Detritus y de todos los demás, congelados en un momento que nunca iba a tener un momento siguiente.

Quería irse a casa. Tenía tantas ganas que la mera idea le hizo temblar. Pero si el precio de marcharse era vender a hombres buenos a la noche, si el precio era llenar aquellas tumbas, si el precio era no luchar con todos los trucos que conocía... entonces era demasiado elevado.

No era una decisión lo que estaba tomando, eso lo sabía. El proceso tenía lugar muy por debajo de las zonas del cerebro que toman las decisiones. Era algo intrínseco. No existía ningún universo en ninguna parte donde un Sam Vimes cediera a aquello, porque si lo hacía ya no sería Sam Vimes.

La caligrafía seguía visible en la plata pero ahora estaba emborronada a causa de las lágrimas que le llenaban los ojos. Eran lágrimas de rabia, sobre todo dirigida a sí mismo. No podía hacer absolutamente nada. No había comprado billete y no había querido venir, pero ahora ya estaba embarcado y no podía bajarse hasta el final.

¿Qué más había dicho el viejo monje? ¿Que la historia siempre se sale con la suya? Bueno, pues a la historia se le iba a tener que ocurrir algo bueno de verdad, porque ahora se enfrentaba a Sam Vimes.

Levantó la vista y vio que el joven Sam lo observaba.

—¿Se encuentra bien, sargento?

—Bien, bien.

—Es que lleva ahí sentado veinte minutos mirando sus puros.

Vimes carraspeó, se guardó la cigarrera y recobró la compostura.

—La mitad del placer está en la expectativa —dijo.

La noche siguió su curso. Llegaron noticias de las barricadas que había en los puentes y en las puertas de la ciudad. Se habían producido incursiones breves, más para probar la fuerza de voluntad de los defensores que para abrir una brecha importante en las defensas. Y no paraban de producirse más deserciones.

Una razón de la tasa de deserciones era que la gente de mentalidad más práctica estaba resolviendo los sutiles cálculos económicos. La República de la Calle de la Mina de Melaza carecía de todos los edificios grandes e importantes de la ciudad, los que en teoría debían tomar los rebeldes tradicionales. No había oficinas del gobierno, no había bancos y había muy pocos templos. Estaba casi por completo desprovista de arquitectura civil de importancia.

Lo único que tenía eran las cosas poco importantes. Tenía todo el distrito de los mataderos, las mantequerías y el mercado de queso. Tenía los fabricantes de tabaco y de velas, la mayoría de los almacenes de fruta y verdura y los silos de cereales y harina. Esto quería decir que aunque los republicanos estuvieran despojados de cosas importantes como el gobierno, los servicios bancarios y la salvación eterna, eran autosuficientes en términos de cosas aburridas y cotidianas como la comida y la bebida.

A la gente no le importa esperar la salvación durante mucho tiempo, pero prefieren que la cena esté lista en menos de una hora.

—Un regalo de los muchachos de la calle Degolladero, sargento —le llamó Dickins, que llegaba con un carromato—. Me han dicho que se iba a echar a perder si no. ¿Pasa algo si lo dejo todo en las cocinas de campaña?

—¿Qué trae? —preguntó Vimes.

—Filetes, sobre todo —respondió el viejo sargento, sonriendo—. ¡Pero he liberado un saco de cebollas en nombre de la revolución! —Vio que cambiaba la expresión de Vimes—. No, sargento, el hombre me las ha dado, ¿sabe? Me ha dicho que hay que comérselas ya.

—¿Qué les decía yo? ¡En la República Popular cada comida es un festín! —dijo Reg Shoe, acercándose con paso resuelto. No soltaba su portapapeles; la gente como Reg tendía a no hacerlo—. ¿Le importaría llevarlo todo al almacén oficial, sargento?

—¿Qué almacén?

Reg suspiró.

—Toda la comida tiene que ir al almacén comunal y ser distribuida por mis funcionarios de acuerdo con...

—Señor Shoe —dijo Dickins—. Tengo un carro con quinientos pollos viniendo detrás, y otro lleno de huevos. No hay ningún sitio donde mandarlos, ¿sabe? Los carniceros ya han llenado las fresqueras y los ahumaderos y el único sitio donde podemos almacenar esa comida es en nuestras panzas. A mí los funcionarios me traen bastante sin cuidado.

—En el nombre de la República le ordeno... —empezó a decir Reg, y Vimes le puso la mano en el hombro.

—Puede irse, sargento —dijo, haciéndole una señal con la cabeza a Dickins—. ¿Puedo hablar contigo en privado, Reg?

—¿Esto es un golpe militar? —preguntó Reg titubeante, sosteniendo su portapapeles.

—No, solo pasa que estamos en pleno asedio, Reg. No es buen momento. Deja que se encargue el sargento Dickins. Es un hombre justo, simplemente no le gustan los portapapeles.

—¿Pero y si hay gente que se queda sin? —dijo Reg.

—Hay de sobra para que todo el mundo se empache, Reg.

Reg Shoe tenía un aspecto inseguro y decepcionado, como si aquella perspectiva fuera menos agradable que la escasez meticulosamente racionada.

—Pero te diré qué haremos —dijo Vimes—. Si esto continúa, la ciudad hará que los suministros lleguen por las otras puertas. Entonces pasaremos hambre. Ahí será cuando necesitemos tu talento organizativo.

—¿Quiere decir que estaremos en una situación de hambruna? —preguntó Reg, con los ojos iluminados de esperanza.

—Si no lo estamos, Reg, estoy seguro de que tú podrás organizar una —dijo Vimes, y se dio cuenta de que se había pasado un poco de la raya. Reg solamente era tonto en ciertas áreas, y ahora tenía pinta de estar a punto de llorar.

—Simplemente me parece importante que seamos justos... —empezó a decir el hombre.

—Sí, Reg. Lo entiendo. Pero hay un momento y un lugar para todo, ¿sabes? Tal vez la mejor manera de construir un mundo nuevo y prometedor sea pelar unas patatas en este... Ahora ve, anda. Y tú, guardia interino Vimes, ve con él y ayúdalo...

Vimes volvió a subir a la barricada. La ciudad del otro lado volvía a estar a oscuras, sin más luz que algún destello esporádico procedente de alguna ventana entablada. Por comparación, las calles de la República resplandecían.

En unas pocas horas, las tiendas de allí fuera esperarían recibir sus entregas, y no iban a llegarles. El gobierno no podía sentarse a esperar que aquello se solucionara solo. Una ciudad como Ankh-Morpork, aun en el mejor de los casos, solo estaba a dos comidas del caos.

Todos los días moría tal vez un centenar de vacas por Ankh-Morpork. También un rebaño de ovejas y una piara de cerdos y únicamente los dioses sabían cuántos patos, pollos y ocas. ¿La harina? Él había oído que eran ochenta toneladas, y más o menos la misma cantidad de patatas y tal vez unas veinte toneladas de arenque. No es que él tuviera ningún deseo especial de saber aquella clase de cosas, pero cuando uno empezaba a encargarse del eterno problema del tráfico, esos eran los datos que le llegaban.

Todos los días se ponían cuarenta mil huevos para la ciudad. Todos los días convergían en la ciudad centenares, miles de carros, barcas y barcazas trayendo pescado y miel y ostras y aceitunas y anguilas y langostas. Por no hablar de los caballos que remolcaban aquellos vehículos ni de los molinos de viento... ni de la lana que llegaba cada día, la tela, el tabaco, las especias, el mineral, la madera, el queso, el carbón, la grasa, el sebo, el heno... TODOS LOS MALDITOS DÍAS...

Y eso era ahora. De donde él venía, la ciudad era el doble de grande...

Con la pantalla negra de la noche de fondo, Vimes tuvo una visión de Ankh-Morpork. No era una ciudad, era un proceso, un peso sobre el mundo que distorsionaba el terreno en cientos de kilómetros a la redonda. Había gente que no la había visto en la vida y sin embargo pasaba todos sus días trabajando para ella. Formaban parte de ella miles y miles de acres verdes, y también bosques. Ella los atraía hacia sí y los consumía...

... y a cambio devolvía el estiércol de sus corrales y el hollín de sus chimeneas, así como acero y sartenes y todas las herramientas con que se preparaba su comida. Y también ropa, y modas e ideas y vicios interesantes, y canciones y conocimiento y algo que, si se miraba bajo la luz adecuada, se llamaba civilización. Aquello era lo que significaba civilización. Significaba la ciudad.

¿Había alguien más ahí fuera que estuviera pensando en estas cosas?

Muchos de los suministros llegaban por la Puerta de la Cebolla y la Puerta Trompicón, ambas ahora republicanas y firmemente cerradas. Lo más seguro es que ante ellas hubiera un piquete militar. En aquel mismo momento había carros de camino que no podrían cruzar aquellas puertas. Y sin embargo, sea cual sea la situación política, los huevos eclosionan y la leche se agria y los rebaños de animales necesitan corrales y agua, ¿y dónde iba a pasar todo aquello? ¿El ejército se encargaría de ello? ¿De verdad lo harían? ¿Mientras los carros se acercaban traqueteando y se quedaban encajonados por los carros que venían detrás, y los cerdos se escapaban y los rebaños se dispersaban?

¿Había alguien importante que estuviera pensando en estas cosas? De repente la máquina se estaba bamboleando, pero Winder y sus secuaces no pensaban en la máquina, pensaban en el dinero. La carne y la bebida venían de los criados. Eran cosas que ocurrían sin más.

Vimes comprendió que Vetinari nunca perdía de vista aquellas cosas. La Ankh-Morpork de donde él venía era el doble de grande y cuatro veces más vulnerable. Vetinari no habría dejado que pasara una cosa así. Para que la máquina funcione, tienen que girar las ruedecitas pequeñas, habría dicho.

Pero ahora, en la oscuridad, todo giraba sobre Vimes. Si el hombre se rompe, todo se rompe, pensó. La máquina entera se rompe. Y sigue rompiéndose. Y rompe a la gente.

Detrás de él, oyó a un pelotón de relevo que bajaba por la calle Héroes.

—«¿... Cómo se levantan? ¡Se levantan con las rodillas por delante! ¡Rodillas por delante! ¡Rodillas por delante! ¡Se levantan con las rodillas por delante, rodillas por delante bien altas! Todos los angelitos...»

Por un momento Vimes, mirando al otro lado por un hueco entre los muebles, se preguntó si no tendría algo de razón Fred al plantearse seguir haciendo avanzar las barricadas más y más, como una especie de tamiz, calle tras calle. Se podía dejar pasar a la gente honrada y empujar a los cabrones, a los matones ricos, la gente que trapicheaba con los destinos de los demás, las sanguijuelas, los parásitos, los lameculos y los cortesanos y los demonios rechonchos y aduladores vestidos con ropa cara, toda aquella gente que no sabía nada de la máquina ni les importaba pero sí le robaban la grasa; podían ir arrinconándolos en un espacio cada vez más pequeño y por fin dejarlos allí a su suerte. Tal vez se les podía echar un poco de comida cada dos días, o quizá dejarles que hicieran lo que siempre habían hecho, que era vivir a costa de los demás...

De las calles a oscuras no venía mucho ruido. Vimes se preguntó qué estaría pasando. Se preguntó si habría alguien ahí fuera que se estuviera ocupando del negocio.

\* \* \*

El mayor Mountjoy-Standfast paseó la mirada con expresión ausente sobre el maldito, maldito mapa.

—¿Cuántos, pues? —dijo.

—Treinta y dos hombres heridos, señor. Y otros veinte que probablemente han desertado —dijo el capitán Reyerta—. Y Mary la Grande es leña de chimenea, claro.

—Oh, dioses.

—¿Quiere oír el resto, señor?

—¿Hay más?

—Me temo que sí, señor. Antes de que lo que queda de Mary la Grande pudiera salir de la calle Héroes, señor, ha destrozado veinte escaparates de tiendas y varios carros, provocando daños por un valor estimado de...

—Vicisitudes de la guerra, capitán. ¡Esas cosas no las podemos evitar!

—No, señor. —El capitán carraspeó—. ¿Quiere saber qué ha pasado a continuación, señor?

—¿A continuación? ¿Ha habido una continuación? —se sorprendió el mayor, empezando a montar en pánico.

—Hum... sí, señor. Bastante cantidad de continuación, en realidad, señor. Hum. Las tres puertas de la ciudad por las que entran casi todos los productos agrícolas están bloqueadas con piquetes, señor, siguiendo sus órdenes, así que los carreteros y los arrieros están intentando hacer llegar su mercancía por la calle Corta, señor. Por suerte, a esta hora de la noche no hay muchos animales, señor, pero había seis carretas de molineros, una carreta de, esto, frutas secas y especias, cuatro carros de lecheros y tres carros de recoveros. Todos destrozados, señor. Esos bueyes estaban muy revoltosos, señor.

—¿Recoveros? ¿Qué demonios son los recoveros? —preguntó el mayor, perplejo.

—Comerciantes de huevos, señor. Recorren las granjas, recogen los huevos...

—¡Sí, muy bien! ¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros?

—Podríamos hacer un pastel enorme, señor.

—¡Tom!

—Lo siento, señor. Pero la ciudad no se detiene, ¿sabe? No es como un campo de batalla. El mejor lugar para la guerrilla urbana es el campo, señor, donde no hay nada más metiéndose por medio.

—Es una puta barricada enorme, Tom. Demasiado bien defendida. ¡Ni siquiera podemos pegarle fuego, maldita sea, se llevaría la ciudad por delante!

—Sí, señor. Y la cuestión es, señor, que no están haciendo nada, señor. Excepto estar ahí.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta han subido a abuelitas a las barricadas, para que griten a nuestros hombres. Al pobre sargento Franklin, señor, lo ha visto su abuelita y le ha dicho que como no volviera a casa le iba a contar a todo el mundo lo que hacía cuando tenía once años, señor.

—Los hombres están armados, ¿verdad? —dijo el mayor, secándose la frente.

—Sí, sí. Pero les hemos venido a aconsejar que no disparen contra ancianitas desarmadas, señor. No queremos otro Hermanas Dolly, ¿verdad, señor?

El mayor fijó la mirada en el mapa. Intuía que había una solución.

—Y bueno, ¿qué es lo que hacía el sargento Franklin cuando tenía...? —preguntó, distraído.

—La abuelita no lo ha dicho, señor.

Al mayor le sobrevino una repentina sensación de alivio.

—Capitán, ¿sabes en qué se ha convertido esto?

—Estoy seguro de que me lo va a decir usted, señor.

—En efecto, Tom, en efecto. Esto es política, Tom. Nosotros somos soldados. La política va más arriba.

—Tiene toda la razón, señor. ¡Bien pensado, señor!

—Encuéntrame a algún teniente que haya estado un poco vago últimamente y mándalo a que se lo diga a nuestros lores —ordenó el mayor.

—¿Eso no es un poco cruel, señor?

—Claro que sí. Ahora es política.

\* \* \*

A lord Albert Selachii no le gustaban mucho las fiestas. Había demasiada política. Y esta en particular no le gustaba porque comportaba estar en la misma sala que lord Winder, un hombre al que en el fondo no consideraba Trigo Limpio. En su vocabulario personal no había mayor condena que aquella. Y lo peor era que, al mismo tiempo que intentaba esquivarlo a él, también tenía que evitar a lord Venturi. Sus familias se detestaban cordialmente entre ellas. Lord Albert ya no estaba seguro de qué acontecimiento histórico había causado la disputa, pero debía de haber sido importante, obviamente, de otra manera sería muy tonto no dejar correr el asunto. Si los Selachii y los Venturi fueran clanes de las colinas, andarían a la brega armas en mano; como eran dos de las familias dominantes en la ciudad, se comportaban con una educación gélida, venenosa y glacial unos con otros cada vez que el destino social los obligaba a estar juntos. Y ahora mismo su cuidadosa órbita de las zonas menos políticas y peligrosas de la maldita fiesta lo acababa de dejar cara a cara con lord Charles Venturi. Ya era bastante malo tener que ir de campaña con el tipo, pensó, sin verse obligado a hablar con él mientras tomaban algún vino de calidad inferior, pero en el momento actual las corrientes de la fiesta no ofrecían forma alguna de escapar sin ser maleducado. Y curiosamente, la etiqueta de la clase alta de Ankh-Morpork promulgaba que, aunque uno podía desairar a sus amigos siempre que le apeteciera, no había nada tan descortés como ser maleducado con tu peor enemigo.

—Venturi —saludó, levantando su copa solo unos milímetros meticulosamente calculados.

—Selachii —dijo lord Venturi, haciendo lo mismo.

—Esto es una fiesta —dijo Albert.

—Ciertamente. Y veo que estás de pie.

—Ciertamente. Y tú también, por lo que veo.

—Ciertamente. Ciertamente. Y ya que estamos en el terna, veo que otros muchos están igual.

—Lo cual no quiere decir que la postura horizontal no tenga sus ventajas cuando se trata, por ejemplo, de dormir —dijo Albert.

—Ya lo creo. Pero es obvio que este no es el lugar indicado para eso.

—Oh, ciertamente. Ciertamente.

Una dama llena[[9]](#footnote-9) de brío y con un magnífico vestido de color púrpura se acercó cruzando el salón de baile, con su sonrisa viajando por delante de ella.

—¿Lord Selachii? —dijo, ofreciéndole una mano—. ¡Tengo entendido que ha estado usted defendiéndonos maravillosamente de la multitud enardecida!

El lord, movido por el piloto automático social, hizo una reverencia envarada. No estaba acostumbrado a las mujeres atrevidas, y aquella era todo atrevimiento. Sin embargo, ya se habían agotado todos los temas seguros de conversación con un Venturi.

—Me temo que tiene usted ventaja sobre mí, Madam... —murmuró.

—¡Espero que considerable! —exclamó Madam, dedicándole una sonrisa tan radiante que él no analizó las palabras pronunciadas—. ¿Y quién es este caballero militar tan imponente? ¿Un camarada de armas?

Lord Selachii se quedó sin habla. Lo habían educado en el conocimiento de que uno siempre tomaba la iniciativa de presentar los hombres a las mujeres, y aquella mujer sonriente no le había dicho cómo se...

—Lady Roberta Meserole —se presentó ella—. La mayoría de la gente que me conoce me llama Madam. Pero mis amigos me llaman Bobbi.

Lord Venturi hizo entrechocar los tacones. Era más rápido de reflejos que su «camarada de armas», y su esposa le contaba a él más cotilleos.

—Ah, debe de ser usted la dama de Genua —dijo, cogiéndole la mano—. He oído hablar mucho de usted.

—¿Algo bueno? —replicó Madam.

Lord Venturi echó un vistazo al otro lado de la sala. Su mujer parecía estar enfrascada en una conversación. Sabía por la cuenta que le traía que su esposa tenía un radar matrimonial capaz de freír un huevo a un kilómetro de distancia. Pero el champán había sido bueno.

—Sobre todo caro —dijo, aunque no resultó tan ingenioso como pretendía.

Ella se rió de todos modos. Tal vez era una frase ingeniosa, pensó él. Caramba, este champán es excelente de verdad...

—Una mujer tiene que abrirse paso en el mundo tan bien como pueda —respondió ella.

—¿Puedo tener el atrevimiento de preguntar si hay un lord Meserole?

—¿Con lo temprano que es? —dijo Madam, y se volvió a reír.

Lord Venturi se sorprendió riéndose con ella. ¡Caramba, se dijo a sí mismo, esto del ingenio es mucho más fácil de lo que yo pensaba!

—No, por supuesto que me refería...! —empezó a decir.

—No me cabe duda —le interrumpió Madam, dándole unos golpecitos suaves con su abanico—. Escuchen, no quiero acapararlos, pero de verdad tengo que llevarlos a ustedes dos a que hablen con unos amigos míos...

Tomó a lord Venturi del brazo sin que opusiera resistencia y lo condujo por la sala. Selachii los siguió con aire taciturno, convencido de que cuando las mujeres respetables se hacían llamar Bobbi quería decir que el mundo tocaba a su fin, y bien que debería.

—El señor Cárter tiene intereses muy amplios en el cobre y al señor Jones le interesa mucho el caucho —susurró.

Había unos seis hombres en el grupo, hablando en voz baja. Mientras se aproximaban, ambos nobles alcanzaron a oír:

—... y en un momento como este, a uno no le queda más remedio que preguntarse en quién deposita la lealtad... ah, buenas noches, Madam...

En su trayectoria aparentemente aleatoria hacia la mesa del bufet, Madam se encontró por accidente con otros caballeros y, como una buena anfitriona, los guió en dirección a otros grupitos. Lo más probable es que solamente alguien que estuviera tumbado en las enormes vigas altas del techo habría podido ver algún patrón, y aun en ese caso le habría hecho falta conocer el código. Si hubiera estado en posición de ponerles un punto rojo a las cabezas de aquella gente que no era amiga del patricio, y un punto blanco a quienes eran compinches suyos, y un punto rosado a los que eran indecisos perennes, habría tenido ocasión de presenciar una especie de danza.

No había muchos blancos.

Habría visto que existían varios grupos de rojos, y que los puntos blancos estaban siendo introducidos en ellos de uno en uno, o bien de dos en dos si el número de rojos en el grupo era bastante alto. Si un blanco se salía de un grupo, lo recogían sin esfuerzo y lo desviaban a otra conversación que tal vez contuviera a un par de rosados pero que fuera mayoritariamente roja.

Cualquier conversación que estuviera teniendo lugar exclusivamente entre puntos blancos se interrumpía amablemente con una sonrisa y un «oh, pero tiene usted que conocer a...». Los rosados, entretanto, eran pasados con delicadeza de un grupo rojo al siguiente hasta ponerse de color rosado oscuro, y luego se les permitía mezclarse con otros rosados del mismo tono, bajo la supervisión de un rojo.

En pocas palabras, los rosados hablaban con tantos rojos, y con tan pocos blancos, que lo más probable es que se olvidaran por completo de que los blancos existían, mientras que los blancos, constantemente solos o tremendamente sobrepasados en número por los rojos o rosados oscuros, parecían estar poniéndose rojos de vergüenza o de ganas de integrarse.

Lord Winder estaba rodeado de rojos, dejando a los pocos blancos que quedaban abandonados a su suerte. Tenía el mismo aspecto que solían alcanzar todos los patricios al cabo de un tiempo en su cargo: desagradablemente rechonchos, con los carrillos colgantes y rosados de un hombre de complexión normal que ha tomado demasiadas comidas pesadas. Estaba sudando un poco en aquella sala bastante fresca y sus ojos se movían de un lado a otro en busca de errores, indicios y estrategias.

Por fin Madam llegó al bufet, donde el doctor Follett se estaba sirviendo huevos rellenos con salsa picante y la señorita Rosemary Palma estaba debatiendo consigo misma acerca de si el futuro debía de contener extrañas cosas de hojaldre con relleno verde que incluían un toque misterioso de gamba.

—¿Y cómo nos va todo, a su parecer? —preguntó el doctor Follett, dirigiéndose en apariencia a un cisne de hielo tallado.

—Nos va bien —respondió Madam a una cesta de fruta—. Hay cuatro, sin embargo, que se están poniendo difíciles.

—Los conozco —afirmó el doctor—. Entrarán en razón, confíe en mí. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Aquí estamos acostumbrados a este juego. Sabemos que si te quejas demasiado fuerte cuando pierdes, puede que ya no te pidan que juegues más. Pero voy a estacionar a algunos amigos tenaces cerca de ellos, en caso de que su firmeza requiera cierto... refuerzo.

—Sospecha algo —dijo la señorita Palma.

—¿Y cuándo no? —dijo el doctor Follett—. Vaya a hablar con él.

—¿Dónde está nuestro nuevo mejor amigo, doctor? —preguntó Madam.

—El señor Espasmo está cenando de forma discreta pero bien a la vista, en compañía impecable, a cierta distancia de aquí.

Se dieron la vuelta al abrirse las puertas dobles. Lo mismo hicieron varios de los demás invitados, que de inmediato se volvieron a girar a toda prisa. Pero no era más que un sirviente, que se acercó raudo a Madam y le susurró algo. Ella señaló a los dos comandantes militares y el hombre fue a rondar nerviosamente cerca de ellos. Hubo una breve conversación y luego, sin hacerle ni una reverencia a lord Winder, los tres salieron.

—Voy a ocuparme de los preparativos —dijo Madam, y sin seguir para nada a los hombres, se dirigió a las puertas.

Cuando salió al pasillo los dos sirvientes que esperaban junto a la tarta dejaron de holgazanear y se pusieron firmes, y un guardia que estaba patrullando el pasillo le dirigió una fugaz mirada interrogativa.

—¿Ahora, Madam? —preguntó uno de los sirvientes.

—¿Cómo? Ah. ¡No! Esperen. —Se deslizó majestuosamente hasta donde los comandantes estaban manteniendo una conversación agitada con un par de oficiales de rango inferior y cogió del brazo a lord Venturi—. Oh, cielos, Charles, ¿nos va a dejar tan pronto?

A lord Venturi no se le ocurrió preguntarse cómo sabía ella su nombre de pila. El champán había sido abundante y en aquellos momentos no veía razón alguna para que toda mujer atractiva de cierta edad no supiera su nombre.

—Bueno, todavía queda algún reducto de resistencia —dijo él—. Nada de lo que deba usted preocuparse, Madam.

—Un puto reducto enorme —murmuró lord Selachii por debajo de su bigote.

—Han destruido a Mary la Grande —informó el desafortunado mensajero—. Y han...

—¿El mayor Mountjoy-Standfast no sabe ganarles la partida a una panda de guardias cortos de luces, civiles y algún veterano de guerra con una horca de jardín? —dijo lord Venturi, que no tenía ni idea de cuánto daño podía hacer una horca de jardín si se lanzaba hacia abajo desde seis metros de altura.

—Ahí está la cosa, señor, son veteranos y se las saben...

—¿Y los civiles? ¿Civiles desarmados? —dijo Venturi.

El mensajero, que era alférez y estaba muy nervioso, no encontraba las palabras adecuadas para explicar que «civil desarmado» no describía con precisión a un trabajador de matadero de noventa kilos provisto de un garfio largo en una mano y un cuchillo de desollar ballenas en la otra. Los jóvenes que se habían alistado para llevar uniforme y tener una cama para ellos solos no esperaban recibir aquella clase de tratamiento.

—¿Permiso para hablar con libertad, señor? —probó a decir.

—¡Muy bien!

—Los hombres no tienen ánimo para hacer esto, señor. Matarían a un klatchiano sin pestañear, pero... bueno, algunos de esos viejos soldados son del regimiento, señor, y están gritándole de todo a la tropa. Muchos de nuestros hombres se han criado allí mismo, y no les está sentando bien. Y lo que están gritando algunas de las ancianas, señor, vaya, nunca había oído un vocabulario así. Hermanas Dolly ya fue malo, señor, pero esto es un poco demasiado. Lo siento, señor.

Los nobles miraron por la ventana. Había medio regimiento en el recinto de palacio, hombres que llevaban días enteros sin nada más que hacer que montar guardia.

—Hay que echarle agallas y dar un golpe rápido —dijo Selachii—. ¡Eso es lo que hace falta, por Ío! ¡Pinchar el forúnculo! Esto no es una acción para la caballería, Venturi. Y me voy a llevar a esos hombres de ahí. Sangre fresca.

—Selachii, tenemos órdenes...

—Tenemos toda clase de órdenes —se impuso Selachii—. Pero sabemos dónde está el enemigo, ¿verdad? ¿O es que aquí no hay bastantes guardias? ¿Cuántos guardias necesita un solo idiota?

—Pero no podemos... —empezó a decir lord Venturi, pero Madam le interrumpió.

—Estoy segura de que Charles se encargará de que a su señoría no le pase nada. —Lo cogió del brazo—. Al fin y al cabo, tiene su espada...

Unos minutos más tarde, Madam echó un vistazo por la ventana y vio que las tropas estaban saliendo en silencio.

También se dio cuenta, después de mirar durante un rato, de que el guardia que patrullaba en el pasillo parecía haberse esfumado.

\* \* \*

Había normas. Cuando uno tenía un Gremio de Asesinos, hacían falta normas que todo el mundo conociera y que nadie rompiese jamás.

Un asesino, un a[[10]](#footnote-10)sesino de verdad, tenía que parecerlo: ropa negra, capucha, botas y demás. Si pudieran llevar cualquier ropa, cualquier disfraz, entonces ya nadie iba a poder hacer nada más que pasarse el día entero sentado en un cuarto pequeño con una ballesta cargada apuntando a la puerta...

Y estaba prohibido matar a un hombre que no se pudiera defender (aunque se consideraba que cualquier hombre que ganara más de 10.000$AM al año era automáticamente capaz de defenderse, o por lo menos de contratar a otros que lo hicieran por él).

Y había que darle una oportunidad al objetivo.

Pero había gente que no tenía remedio. Resultaba lamentable ver cuántos gobernantes de la ciudad habían sido inhumados por los hombres de negro porque no reconocían una oportunidad al verla, no sabían cuándo se estaban pasando de la raya, no les importaba haber hecho demasiados enemigos, no leían las señales, no sabían que era momento de marcharse tras desfalcar una cantidad moderada y aceptable de dinero. No se daban cuenta de que se había detenido la máquina, de que el mundo estaba listo para cambiar, ni de que había llegado el momento de pasar más tiempo con su familia no fueran a terminar pasándolo con sus antepasados.

Por supuesto, el Gremio no inhumaba a sus gobernantes por iniciativa propia. También había una regla sobre eso. Simplemente estaban disponibles cuando hacían falta.

En un pasado remoto había existido una tradición llamada el Rey de la Alubia. En un día determinado del año se les servía un plato especial a todos los hombres del clan. El plato contenía una diminuta alubia endurecida al horno, y a quien le saliera la alubia se le proclamaba rey, posiblemente después de recibir alguna atención dental. Era un sistema bastante barato y funcionaba bien, tal vez porque los hombrecillos calvos y listos que en realidad dirigían el asunto y se iban fijando en los posibles candidatos eran expertos en el arte de colar la alubia en el plato correcto.

Y mientras las cosechas maduraban y la tribu prosperaba y la tierra era fértil, el rey también prosperaba. Pero cuando, a su debido tiempo, las cosechas fallaban y regresaba el hielo y los animales se quedaban inexplicablemente estériles, los hombrecillos cilios calvos y listos afilaban sus largos cuchillos, que usaban sobre todo para cortar muérdago.

Y en la noche señalada, uno de ellos se metía en su cueva y horneaba cuidadosamente una pequeña alubia.

Por supuesto, eso era antes de que la gente fuera civilizada. En la actualidad no hacía falta comer alubias.

\* \* \*

La gente seguía trabajando en la barricada. Se había convertido en una especie de pasatiempo general, una especie de reforma doméstica colectiva. Habían aparecido baldes para apagar fuegos, algunos llenos de agua y otros de arena. En algunos lugares la barricada era más inexpugnable que las murallas mismas de la ciudad, sobre todo teniendo en cuenta lo a menudo que habían saqueado esta última para obtener piedra.

De vez en cuando se oían tambores procedentes de la ciudad y el ruido de los movimientos de las tropas.

—¿Sargento?

Vimes bajó la vista. Acababa de aparecer una cara en lo alto de la escalera de mano que bajaba hasta la calle.

—Ah, señorita Chaladio... No sabía que estuviera usted con nosotros.

—No tenía intención de estarlo, pero de pronto ha aparecido una muralla enorme...

Subió hasta arriba del todo. Llevaba un cubo pequeño en la mano.

—El doctor Jardín le manda recuerdos y pregunta cómo es que todavía no le ha dado usted ninguna paliza a nadie —dijo ella, dejándolo en el suelo—. Dice que tiene tres mesas fregadas, dos baldes de alquitrán hirviendo y a seis señoras enrollando vendas, y que lo único que ha tenido que tratar de momento es una hemorragia nasal. Lo ha decepcionado usted, dice.

—Dígale que ja, ja, ja —respondió Vimes.

—Le he traído algo para desayunar —dijo Sandra, y Vimes se dio cuenta de que más abajo, haciendo lo poco que podían para ocultarse, estaban algunos de los chicos. Soltando risitas.

—¿Champiñones? —preguntó él.

—No —dijo la chica—. Me han encargado que le diga que como ya es mañana, va a conseguir todo lo que deseaba...

Por un momento Vimes se puso tenso, sin saber a ciencia cierta adonde lo estaba llevando el mundo.

—Un huevo duro —dijo Sandra—. Pero Sam Vimes ha dicho que lo más probable es que le gustara a usted con la yema líquida y pan tostado cortado en picatostes.

—Como le gusta a él —dijo Vimes con voz débil—. Pues lo ha adivinado.

Vimes tiró el huevo al aire para atraparlo cuando cayera de nuevo. En cambio, se oyó un ruido como de tijeras al cerrarse y del aire llovió yema líquida y trocitos de cáscara. Y luego llovieron flechas.

\* \* \*

El nivel de ruido de la conversación había aumentado. Madam se unió al grupo que rodeaba a lord Winder. Como por arte de magia, al cabo de diez segundos ya estaban los dos solos, puesto que todos los demás integrantes del grupo habían visto a otra gente al otro lado de la sala con quienes tenían que hablar urgentemente.

—¿Quién eres tú? —preguntó Winder, examinándola con esa atención que ponen los hombres cuando temen que una mujer lleve armamento escondido.

—Madam Roberta Meserole, milord.

—¿La de Genua? —Winder soltó un gruñido que era su intento de risita—. ¡He oído historias de Genua!

—Probablemente yo le podría contar unas cuantas más, milord —dijo Madam—. Pero ahora mismo es la hora de la tarta.

—Sí —aceptó Winder—. ¿Sabías que esta noche ha venido otro asesino? No paran de intentarlo, ¿sabes? Once años y lo siguen intentando. Pero yo los cazo siempre, por mucho sigilo que le pongan.

—Bien hecho, milord —dijo Madam. El hecho de que fuera una persona tan desagradable, feo hasta la misma médula, ponía las cosas más fáciles. En ciertos sentidos allanaba el camino. Ella se giró y dio una palmada. Sorprendentemente, aquel pequeño ruido causó el cese de las conversaciones.

Se abrieron las puertas dobles que había al final del salón y aparecieron dos hombres con trompetas. Ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta...

—¡Detenedlos! —gritó Winder, y se agachó. Sus dos guardaespaldas echaron a correr por el salón y les arrebataron las trompetas a los hombres asustados. Las sostuvieron con mucho cuidado, como si esperaran que fueran a explotar o a emitir un extraño gas—. Dardos envenenados —dijo Winder con voz satisfecha—. Toda precaución es poca, Madam. En este trabajo se aprende a vigilar hasta la última sombra. Muy bien, que toquen. Pero sin trompetas. Odio los tubos que me apuntan.

Hubo un momento de conversación perpleja al otro lado del salón y a continuación los trompetistas expoliados dieron un paso atrás y silbaron lo mejor que pudieron.

Lord Winder se rió cuando metieron la tarta en la sala. Tenía varios pisos, la altura aproximada de un hombre y abundante glaseado.

—Encantadora —dijo, mientras la multitud aplaudía—. Me gusta que haya un poco de entretenimiento en las fiestas. Y yo soy quien la corta, ¿verdad?

Dio unos cuantos pasos atrás e hizo una señal con la cabeza a los guardaespaldas.

—Adelante, muchachos —dijo.

Las espadas se clavaron varias veces en el piso de arriba de la tarta. Los guardias miraron a Winder y negaron con la cabeza.

—Hay una cosa que se llama enanos, ¿sabéis? —dijo.

Las clavaron en el segundo piso y nuevamente no encontraron más resistencia que la que ofrece la fruta seca y una corteza de mazapán con azúcar glaseado.

—Podría estar de rodillas —dijo Winder.

El público miraba, con las sonrisas congeladas. Cuando quedó claro que el pastel no estaba hueco ni tenía ocupante, mandaron a buscar al catador de comida. La mayoría de los invitados ya lo conocía. Se llamaba Moldespía. Se decía que había tomado tanto veneno de joven que era inmune a todo, y que para mantenerse en forma se comía un sapo todos los días. También se rumoreaba que le bastaba con respirar sobre la plata para ponerla negra.

Eligió un pedazo de tarta y lo masticó con aire pensativo, mirando hacia arriba concentrado mientras lo hacía.

—Hum —dijo, al cabo de un rato.

—¿Y bien? —dijo Winder.

—Lo siento, milord —dijo Moldespía—. Nada. Me parecía que había un toque de cianuro, pero no hay suerte, son solamente las almendras.

—¿Nada de veneno? —preguntó el patricio—. ¿Entonces es comestible?

—Bueno, sí. Estaría mejor con un poco de sapo, claro, pero eso es cuestión de opiniones.

—¿Tal vez ahora los criados la puedan servir, milord? —sugirió Madam.

—No me fío de que los criados sirvan comida —dijo Winder—. Se mueven por todas partes. Podrían meter cualquier cosa.

—¿Le importa que lo haga yo, entonces, milord?

—Sí, muy bien —concedió lord Winder, mirando la tarta con atención—. Me comeré el noveno pedazo que cortes. —Pero de hecho agarró el quinto pedazo, con aire triunfal, como si estuviera rescatando algo precioso de un naufragio.

La tarta se desmontó. La objeción de lord Winder a que los criados manejaran la comida se marchitó en cuanto la comida empezó a dirigirse a los demás, y de esa manera la fiesta se dispersó un poco mientras los invitados se planteaban la eterna pregunta de cómo sostener un plato y una copa y comer al mismo tiempo sin usar esas cositas que aguantan la copa y se sujetan a un lado del plato, y que dan al que las usa pinta de tener cuatro años. La actividad requería mucha concentración, y es posible que esa fuera la razón de que todo el mundo estuviera tan curiosamente absorto.

La puerta se abrió. Una figura se adentró en la sala. Winder levantó la vista por encima de su plato.

Era una figura delgada, con capucha y máscara, vestida toda de negro.

Winder se la quedó mirando. A su alrededor se elevaron las conversaciones, y alguien que mirara desde arriba se daría cuenta de que las corrientes de la fiesta estaban discurriendo de tal manera que dejaban un camino amplio y abierto desde la puerta hasta Winder, cuyas piernas se negaban a moverse.

A medida que se le acercaba a ritmo de paseo, la figura se llevó las dos manos detrás de la espalda, y ambas regresaron sosteniendo una pequeña ballesta de pistola. Se oyeron un par de pequeños «tics» y los guardaespaldas se desplomaron suavemente en el suelo. Luego la figura tiró las ballestas detrás de sí y siguió avanzando. Sus pasos no hacían ningún ruido.

—¿Brw? —dijo Winder, sin apartar la vista. Tenía la boca abierta y llena de tarta. La gente seguía charlando. En algún lugar alguien acababa de contar un chiste. Hubo risas, tal vez una pizca más estridentes de lo que serían normalmente. El nivel de ruido volvió a subir.

Winder parpadeó. Los asesinos no actuaban así. Se colaban en los sitios a hurtadillas. Usaban las sombras. Esto no pasaba en la vida real. Así era como pasaba en los sueños.

Y ahora la criatura estaba delante de él. El patricio soltó la cuchara y se hizo un silencio repentino después de que repicara contra el suelo.

Había otra norma. Siempre que fuera posible, al inhumado había que decirle quién era el asesino y quién le había mandado. Al Gremio esto le parecía justo. Winder no lo sabía, y no era algo que se publicitara mucho, pero aun así, en pleno ataque de terror, con los ojos muy abiertos, acertó a hacer las preguntas correctas.

—¿Quién te manda?

—Vengo de parte de la ciudad —respondió la figura, desenvainando una espada fina y plateada.

—¿Quién eres?

—Considéreme... su futuro.

La figura echó atrás su espada, pero ya era demasiado tarde. El cuchillo más sutil del terror había hecho su trabajo. Winder tenía la cara de color rojo oscuro, sus ojos miraban a la nada, y viniéndole por la garganta, a través de las migas de tarta, le salió un ruido a medio camino entre un graznido y un suspiro.

La figura oscura bajó su espada, miró un momento en medio del silencio lleno de ecos y luego dijo:

—Bu.

Extendió una mano enguantada y le dio un empujón al patricio. Winder se desplomó de espaldas, con el plato cayéndole de la mano y haciéndose añicos sobre las baldosas.

El asesino sostuvo su espada limpia de sangre con el brazo extendido y la dejó caer en el suelo junto al cadáver. Luego se dio la vuelta y caminó lentamente de vuelta por el suelo de mármol. Cerró las puertas dobles detrás de sí y los ecos se apagaron.

Madam contó despacio hasta diez antes de chillar. Le pareció tiempo suficiente.

\* \* \*

Lord Winder se puso de pie y levantó la vista hacia la figura vestida de negro.

—¿Otro? ¿Y por dónde te has colado tú?

YO NO ME CUELO.

Winder notaba la mente todavía más aturdida que en los últimos años, pero de la tarta estaba seguro. Había estado comiendo tarta y ahora no la tenía. La vio a través de la niebla, cercana en apariencia pero, cuando intentó alcanzarla, muy, muy lejos.

Cayó en la cuenta de algo.

—Oh —dijo.

SÍ, dijo la Muerte.

—¿Ni siquiera tengo tiempo de terminarme la tarta?

NO. SE HA ACABADO EL TIEMPO, HASTA PARA LA TARTA. PARA USTED, SE ACABÓ LA TARTA. HA LLEGADO AL FINAL DE LA TARTA,

\* \* \*

Un rezón chocó contra la muralla al lado de Vimes. Se oyeron gritos por la barricada. Más garfios se elevaron serpenteando se clavaron en la madera.

Traqueteó otra lluvia de flechas sobre los tejados de las casas. Los atacantes no estaban dispuestos a correr el riesgo de herir a su propio bando, pero aun así las flechas estaban chasqueando y rebotando en la calle. Vimes oyó gritos y el ruido metálico de las flechas contra las armaduras.

Un ruido le hizo girarse. Una cabeza con casco se elevó hasta el nivel de la suya y la cara que había debajo se puso lívida de terror cuando vio a Vimes.

—¡Ese huevo era mío, hijo de puta! —gritó Vimes, dándole un puñetazo a la nariz—. ¡Con picatostes!

El hombre cayó hacia atrás, y a juzgar por el sonido, lo hizo sobre otros trepadores. Había hombres gritando por todo el parapeto.

Vimes sacó su porra.

—¡A por ellos, chicos! —vociferó—. ¡Porras! ¡Nada de filigranas! ¡Dadles en los dedos y que la gravedad haga el resto! ¡Se van para abajo!

Se agachó, pegándose a la madera, y trató de encontrar una mirilla.

—Están manejando unas catapultas enormes —dijo Sandra, que había encontrado un agujero a un par de metros de allí— Hay un...

Vimes tiró de ella para apartarla.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? —bramó.

—¡Es más seguro que la calle! —le devolvió ella el grito, con la nariz pegada a la de él.

—¡No, si te da un rezón de esos no lo es! —Agarró su cuchillo. Ten, coge esto... ¡si ves alguna cuerda en alguna parte, la cortas!

Se movió a toda prisa al amparo del tambaleante parapeto, pero los defensores lo estaban haciendo muy bien. Tampoco es que hicieran falta dioses y ayuda. La gente que estaba al nivel del suelo se dedicaba a disparar por cualquier apertura que encontraran y, aunque no era fácil apuntar bien, tampoco hacía falta. No hay nada como el zumbido y el claqueteo de las flechas alrededor de alguien para hacer que trabaje nervioso.

Y los soldados que subían estaban demasiado apiñados. Tenían que estarlo. Si trataban de atacar extendiendo el frente se encontrarían con un recibimiento de tres defensores para cada uno de ellos. Así que se estorbaban entre ellos, y cada hombre que caía se llevaba con él a un par más, y la barricada estaba llena de pequeños huecos y resquicios por donde un defensor armado con una lanza podía pinchar de mala manera a los que intentaban subir por la parte de fuera.

Esto es una idiotez, pensó Vimes. Harían falta mil hombres para traspasar la barricada, y solamente lo conseguirían después de que los últimos cincuenta subieran por la rampa que formaran los cuerpos de los demás. Alguien ahí fuera está usando el viejo planteamiento de «dales donde más fuertes son para demostrarles que vamos en serio». Por los dioses, ¿así es como ganábamos nuestras guerras?

Así pues, ¿cómo habría lidiado yo con esto? Bueno, habría dicho: «Detritus, quita esa barricada» y me habría asegurado de que los defensores me oyeran, eso habría hecho. Y fin del problema.

Se oyó un grito procedente de otro punto del parapeto. Un rezón se había enganchado en un agente de la Guardia y había tirado de él contra la madera. Vimes llegó allí a tiempo de ver un garfio hundido en el cuerpo del hombre, atravesando coraza y cota de malla, mientras el atacante se izaba...

Vimes atrapó con una mano el brazo con el que el atacante sostenía la espada y le dio un puñetazo con la otra, para dejar que cayera sobre el tumulto de más abajo.

El agente herido era Nancyball. Tenía la cara de color blanco azulado, la boca se le abría y se le cerraba sin ruido y la sangre le estaba formando un charco alrededor de los pies. Caía goteando por entre los tablones.

—Saquémosle esa jodida cosa... —dijo Peluquín, agarrando el garfio. Vimes lo apartó de un empujón, mientras un par de flechas zumbaban en lo alto.

—Eso le podría hacer más daño. Llama a algunos hombres, bajadlo con mucho cuidado y llevádselo a Jardín. —Vimes le quitó la porra a Nancyball y la usó para pegarle en el casco a otro hombre que subía con dificultades.

—¡Todavía respira, sargento! —exclamó Peluquín.

—Ya, ya —dijo Vimes. Era increíble lo dispuesta que estaba la gente a ver vida en el cadáver de un amigo—. Pues haz algo útil y llévalo al médico.

Y en calidad de persona que había visto a mucha gente herida en su vida, añadió mentalmente: y si Jardín puede curar a este, ya puede montar su propia religión.

Un atacante afortunado, que había llegado a lo alto de la barricada y allí se había encontrado horriblemente solo, lanzó una estocada de desesperación a Vimes. Vimes volvió al trabajo.

\* \* \*

A Ankh-Morpork se le daban bien aquellas cosas, y se le habían llegado a dar bien sin que nadie hablara nunca de ello. Las cosas no ocurrían tanto como fluían; es decir, que a veces había que buscar mucho para distinguir el punto de inflexión entre «todavía no se ha hecho» y «ya nos hemos ocupado de ello, abuelete». Y así era como se hacía. La gente se ocupaba de las cosas.

Pasaron veinte minutos antes de que llegara el señor Espasmo y veinticinco antes de que hiciera el juramento como patricio, se convirtiera por arte de magia en lord Espasmo y se sentara en el Despacho Oblongo; aquello incluía el minuto de silencio por el fallecido lord Winder, de cuyo cadáver ya se habían ocupado.

A varios criados les enseñaron la puerta sin que nadie se pusiera demasiado desagradable, y hasta Moldespía pudo llevarse pacíficamente su granja de sapos. Pero aquellos que alimentaban las chimeneas y quitaban el polvo de los muebles y barrían los suelos se quedaron, como ya se habían quedado en otras ocasiones, porque casi nunca prestaban atención a quién era su amo, o tal vez ni siquiera lo sabían, y en cualquier caso eran demasiado útiles y sabían dónde se guardaban las escobas. Los lores van y vienen, pero el polvo se acumula.

Y había amanecido un nuevo día que, visto desde abajo, se parecía bastante a los de antes.

Al cabo de un rato, alguien sacó a colación la cuestión de los combates, de la que claramente había que ocuparse.

\* \* \*

Ahora había escaramuzas por toda la barricada, pero solamente iban en un sentido. Habían llegado escaleras de asedio y por varios puntos del parapeto los soldados habían conseguido trepar. Pero nunca lograban colocar a bastantes hombres en el mismo sitio. Había muchos más defensores que atacantes, y no todos eran hombres de armas. Una cosa que Vimes estaba descubriendo a marchas forzadas era el rencor natural de las ancianitas, que en materia de luchar contra soldados no tenían ningún sentido del juego limpio; dale a una abuelita una lanza y un agujero por donde meterla y los jóvenes del otro lado iban a estar en tremendos apuros.

Y luego estaba la inspirada idea que había tenido Reg Shoe de usar como arma los filetes para cenar. Los atacantes no venían de hogares donde se pusiera nunca filete a la mesa. La carne solía ser el condimento, no la comida. Pero de vez en cuando, los hombres que llegaban a lo alto de las escaleras, a oscuras, oyendo por detrás los gemidos y gritos de sus desafortunados camaradas, veían cómo les quitaban sus armas de las manos unos antiguos colegas suyos bien alimentados que no eran nada antipáticos y les guiaban por la escalera de dentro hasta una cena de filete con huevos y pollo asado, y la promesa de que todos los días serían así cuando llegara la revolución.

Vimes no quería que circulara aquella noticia, no fuera a producirse una auténtica horda invasora.

Pero las abuelitas, oh, las abuelitas... Los vecindarios de la República eran un terreno natural de reclutamiento para los regimientos. También era una zona de familias numerosas y de matriarcas cuya palabra era ley en la familia. Casi había sido trampa ponerlas en el parapeto con megáfonos durante los momentos de calma.

—¡Sé que estás ahí fuera, pequeño Ron! ¡Soy tu yaya! ¡Como subas aquí una vez más te vas a llevar un buen sopapo! ¡Rita te manda recuerdos y dice que vuelvas pronto a casa! ¡El abuelo se encuentra mucho mejor con el ungüento nuevo! ¡Y ahora deja de hacer tontadas!

Era un truco sucio que le llenaba de orgullo. Aquella clase de mensajes socavaban mejor el espíritu de combate que las flechas.

Y al tiempo Vimes se dio cuenta de que ya no quedaban hombres en las cuerdas y las escaleras de mano. Oía gritos y gemidos más abajo, pero los soldados que todavía se aguantaban de pie se estaban retirando a una distancia segura.

A ver, pensó Vimes, si fuera yo habría bajado a los sótanos de las casas que hay cerca de esta calle. Ankh-Morpork es todo sótanos. Y habría avanzado agujereando las paredes podridas, y ahora en la mitad de sótanos de este lado de las barricadas ya habría hombres, bien cómodos y tranquilos.

Es cierto que anoche hice que los hombres clavaran y atrancaran todas las puertas de sótanos que pudiesen encontrar, pero al fin y al cabo no iba a pelear contra mí mismo, ¿verdad?

Echó un vistazo a través de un resquicio entre los tablones y le asombró ver a un hombre que avanzaba reticente entre los escombros y los hombres gimoteantes. Llevaba una bandera blanca y se detenía de vez en cuando para ondearla, pero no para gritar «¡Hurra!».

Cuando estuvo lo más cerca posible de la barricada, dijo en voz alta:

—¿Disculpen?

Detrás de sus tablones, Vimes cerró los ojos con fuerza. Oh, dioses, pensó.

Levantó la voz:

—¿Sí? ¿Podemos ayudarlo?

—¿Quién es usted?

—Sargento Keel, Guardia Nocturna. ¿Y usted?

—El alférez Harrap. Esto... solicitamos una breve tregua.

—¿Para qué?

—Ejem... para que podamos recoger a nuestros heridos.

Las reglas de la guerra, pensó Vimes. El campo del honor. Madre mía...

—¿Y después? —preguntó.

—¿Perdone?

—¿Qué pasa después? ¿Empezamos a luchar otra vez?

—Hum... ¿es que nadie se lo ha dicho? —preguntó el alférez.

—¿Si nos han dicho qué?

—Nos acabamos de enterar. Lord Winder ha muerto. Hum. Lord Espasmo es el nuevo patricio.

Arrancaron vítores entre los defensores cercanos y enseguida se extendieron a abajo. Vimes notó que se elevaba el alivio. Pero él no sería Vimes si dejara correr el asunto sin más.

Levantó de nuevo la voz:

—Entonces, ¿quieren que nos cambiemos?

—Esto... ¿cómo dice?

—Pregunto si querrían sus hombres probar a defender la barricada y nosotros intentamos atacarla...

Vimes oyó risas entre los defensores.

Hubo una pausa. Luego el joven dijo:

—Hum... ¿por qué?

—Porque, corríjame si me equivoco, pero ahora nosotros somos los leales partidarios del gobierno oficial y ustedes son los despojos rebeldes de una administración desacreditada. ¿Me equivoco?

—Hum... creo que nosotros seguíamos, esto, órdenes legítimas...

—¿Ha oído hablar usted de un hombre llamado capitán Swing?

—Hum... sí...

—Él también creía que seguía órdenes legítimas —dijo Vimes.

—Hum... ¿sí?

—Y menuda sorpresa se llevó. Muy bien, muy bien. Una tregua. Aceptamos. ¿Le gustaría que mis hombres les echaran una mano? Tenemos aquí a un médico. Es muy bueno. Todavía no he oído gritos.

—Hum... gracias, señor. —El joven hizo el saludo reglamentario. Vimes se lo devolvió.

Luego se relajó y habló a los defensores.

—Muy bien, muchachos —dijo—. Bajad las armas. Quien no tenga, que las robe.

Se descolgó por la escalera de mano. Pues bueno, eso era todo. Ya se había acabado. Que repiquen las campanas, que haya baile en las calles...

—Sargento, ¿decía usted en serio lo de ayudar a los otros con sus heridos? —le preguntó Sam, que estaba plantado al pie de la escalera.

—Bueno, tiene tanto sentido como todo lo demás que ha estado pasando —dijo Vimes—. Son chavales de la ciudad igual que nosotros, no es culpa de ellos que les dieran las órdenes equivocadas. —Y además les trastoca la cabeza, pensó, les hace preguntarse por qué está pasando todo esto...

—Pero es que... Nancyball ha muerto, sargento.

Vimes respiró hondo. Ya lo había sabido, allí arriba en el muro que se tambaleaba, pero aun así le conmocionó oírlo en voz alta.

—Yo diría que hay algunos de ellos que no llegarán a la mañana —dijo.

—Sí, pero ellos eran el enemigo, sargento.

—Siempre vale la pena pararse a pensar quién es tu verdadero enemigo —dijo Vimes, dando un tirón a la barricada.

—¿Qué tal el hombre que te intenta clavar una espada? —sugirió Sam.

—Es un buen comienzo —dijo Vimes—. Pero a veces vale la pena ser un poco menos estrecho de miras.

\* \* \*

En el Despacho Oblongo, Espasmo juntó las manos y se dio unos golpecitos en los dientes incisivos con los índices. Delante tenía desplegado un buen montón de papeleo.

—Qué hacer, qué hacer —dijo, pensativo.

—Lo típico es proclamar una amnistía general, milord —dijo el señor Slant. En calidad de líder del Gremio de Abogados, el señor Slant había asesorado a muchos líderes de la ciudad. Además era un zombi, aunque esto no había perjudicado su carrera; más bien lo contrario. El precedente era él mismo. Sabía cómo debían funcionar las cosas.

—Sí, sí, claro —dijo Espasmo—. Borrón y cuenta nueva. Claro. Y sin duda debe de haber un enunciado tradicional; ¿me equivoco?

—De hecho, milord, da la casualidad de que tengo una copia aquí mismo...

—Sí, sí. Pero hábleme de esa barricada, por favor. La que continúa en pie. —Levantó la vista hacia la multitud que había reunida en el despacho.

—¿Está usted enterado de eso, señor? —dijo Follett.

—Tengo mis propios informadores, ¿sabe usted? —replicó Espasmo—. Esa barricada ha causado bastante revuelo, ¿verdad? Un tipo ha montado una fuerza defensiva bastante astuta, nos ha desconectado de los órganos vitales de la ciudad, ha deshecho la organización del capitán Swing y ha resistido los mejores ataques que se le han podido dirigir. Y es un sargento, por lo que tengo entendido.

—¿Puedo sugerirle que convendría un ascenso? —dijo Madam.

—Yo estaba pensando exactamente lo mismo —dijo Espasmo, con los ojillos centelleando—. Y luego está la cuestión de sus hombres. Leales, ¿verdad?

—Eso parece, señor —respondió Madam.

Intercambió una mirada perpleja con el doctor Follett.

Espasmo suspiró.

—Por otro lado, no se puede castigar a un soldado por ser leal a un oficial superior, sobre todo en estos tiempos difíciles. No hay razón para emprender acciones formales contra ellos.

Las miradas volvieron a encontrarse. Todos tuvieron la misma sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies.

—Pero el caso de Keel es distinto —siguió diciendo Espasmo, poniéndose de pie y sacándose una cajita de rapé del bolsillo del chaleco—. Piensen en ello, se lo ruego. ¿Qué gobernante podría tolerar la existencia de un hombre así? ¿Ha hecho todo eso en unos pocos días? Me horroriza pensar lo que se le meterá en la cabeza hacer mañana. Vivimos tiempos delicados. ¿Es que vamos a ser rehenes de los caprichos de un simple sargento? No nos hace falta que alguien como Keel se dedique a hacer las cosas a su manera. Además, ya lo saben ustedes, los Particulares nos podrían haber sido útiles. Adecuadamente reeducados, claro.

—Pensaba que había dicho usted que lo quería ascender —dijo el doctor Follett sin rodeos.

Lord Espasmo cogió un pellizco de rapé y parpadeó un par de veces.

—Sí —dijo—. Ascenderlo, como se suele decir, a la gloria.

La multitud que llenaba la sala guardó silencio. Un par de sus integrantes estaban horrorizados. Otros estaban impresionados. Uno no duraba en lo más alto de Ankh-Morpork sin desarrollar cierto enfoque pragmático de la vida, y Espasmo parecía haberlo dominado con rapidez encomiable.

—¿La barricada se está desmontando? —preguntó el patricio, cerrando la cajita de rapé con un chasquido.

—Sí, milord —dijo el doctor Follett—. Por la amnistía general —añadió, solo para asegurarse de que se repetía la palabra. El Gremio de Asesinos tenía un código del honor, además de reglas; era un código extraño, meticulosamente construido para adecuarse a sus necesidades, pero a pesar de todo era un código. No se mataba a gente indefensa, ni a criados, el trabajo se hacía siempre de cerca y había que mantener la palabra. Esto, en cambio, era atroz.

—Magnífico —dijo Espasmo—. Es el momento ideal. Calles llenas. Mucha confusión. Elementos sin reconstruir, mensaje vital que no llega, la mano izquierda no sabe lo que hace la derecha, dificultades de la situación, lamentable. No, querido doctor, no tengo intención de exigir nada de su Gremio. Por fortuna, hay gente cuya lealtad a la ciudad es un poco menos... condicional. Sí. Y ahora, por favor, tengo mucho que hacer. Estaré encantado de recibirles más tarde.

La multitud fue sacada con cortesía pero con firmeza de la sala, y las puertas se cerraron tras ellos.

—Parece que estemos otra vez en la escuela —dijo entre dientes el doctor Follett mientras les acompañaban por el pasillo.

—¡Ave! Duci novo, similis duci seneci —murmuró el señor Slant, en un tono tan seco que solamente un zombi podría usarlo—. O bien, como decíamos en la facultad, ¡Ave! ¡jefus novo, similis jefus seneci! —Soltó una risita de maestro de escuela. Se sentía comodísimo con las lenguas muertas—. Claro que desde el punto de vista gramatical, es completamente...

—¿Y qué significa? —preguntó Madam.

—«Aquí viene el jefe nuevo, que es igual que el jefe de antes» —dijo entre dientes el doctor Follett.

—Aconsejo que tengamos paciencia —dijo Slant—. Es nuevo en el trabajo. Puede que se adapte. A la ciudad se le da bien rodear los problemas. Denle tiempo.

—Y queremos a alguien que tenga decisión —dijo alguien de la multitud que salía apresuradamente.

—Queríamos a alguien que tomara las decisiones correctas —puntualizó Madam. Se abrió paso a codazos hasta el frente del gentío, bajó a toda prisa la escalinata principal y se metió corriendo en una antesala.

La señorita Palma se puso de pie al entrar ella.

—¿Han...? —empezó a decir.

—¿Dónde está Havelock? —preguntó Madam con urgencia.

—Aquí —dijo Vetinari, desprendiéndose de una sombra que había junto a las cortinas.

—Coge mi carruaje. Encuentra a Keel. Avísalo. ¡Espasmo lo quiere muerto!

—¿Pero dónde está...?

Madam señaló con un dedo amenazador y tembloroso:

—¡Hazlo ya mismo si no quieres recibir una maldición de tía!

\* \* \*

Cuando las puertas estuvieron cerradas, lord Espasmo se las quedó mirando un momento y luego pulsó el timbre que llamaba a su secretario en jefe. El hombre entró sutilmente en la sala por la puerta privada.

—¿Todo el mundo se está instalando? —preguntó Espasmo.

—Sí, milord. Hay una serie de cuestiones que requieren su atención.

—Estoy seguro de que a la gente le gustaría creer que las hay —dijo Espasmo, reclinándose en la silla. Desplazó su peso de un lado a otro—. ¿Esta cosa es giratoria?

—Creo que no, señor, pero en menos de una hora le traeré a un técnico experto en cosas giratorias.

—Bien. A ver, ¿qué era lo otro...? Ah, sí. Dime, ¿hay alguien que sea especialmente prometedor en el Gremio de Asesinos?

—Estoy seguro de que sí, milord. ¿Le gustaría que le preparara expedientes sobre, por ejemplo, tres de ellos?

—Hazlo.

—Sí, milord. Milord, hay varias personas que solicitan urgentemente audiencia con...

—Que se esperen. Ahora que tenemos el patriciato, pensamos disfrutarlo. —Espasmo tamborileó un momento con los dedos en el borde del escritorio, sin dejar de mirar las puertas. Luego dijo—: ¿Está preparado mi discurso inaugural? ¿«Siento mucho enterarme inesperada muerte Winder, mucho trabajo, nueva dirección, etcétera, mantener lo mejor de lo antiguo y al mismo tiempo adoptar lo mejor de lo nuevo, cuidado con elementos peligrosos, hay que hacer sacrificios, etcétera, estar unidos, bien de la ciudad»?

—Exacto, señor.

—Añade que me ha entristecido en especial enterarme de la trágica muerte del sargento Keel, confío que su adecuado memorial sea lo que una a los ciudadanos de todas las posturas en un esfuerzo para etcétera, etcétera.

El secretario tomó unas cuantas notas.

—Muy bien, señor —dijo. Espasmo le sonrió.

—Imagino que te estás preguntando por qué no te he echado a pesar de que trabajaste para mi predecesor, ¿eh? —dijo.

—No, señor —respondió el secretario, sin levantar la vista.

No se lo preguntaba en primer lugar porque tenía bastante claros los motivos, y en segundo porque de todas formas había cosas sobre las que veía más seguro no hacerse preguntas.

—Es porque reconozco el talento allí donde se presenta —dijo Espasmo.

—Eso es muy amable de su parte, señor —dijo el secretario sin perder comba.

—Hay muchas piedras en bruto que se pueden pulir para convertirlas en piedras preciosas.

—Exacto, milord —dijo el secretario, y también estaba pensando «Exacto, milord», porque además había descubierto que había cosas que era mejor no pensar, y entre estas se contaban las frases como «Menudo capullo».

—¿Dónde está mi nuevo capitán de la Guardia?

—Creo que el capitán Carcer está en el patio trasero, milord, exhortando a los hombres en términos muy claros.

—Dile que quiero verlo aquí ahora mismo —ordenó Espasmo.

—Por supuesto, señor.

\* \* \*

La barricada estaba tardando un poco en desmantelarse. Las patas de sillas y los tablones y los somieres y las puertas y las vigas de madera habían formando una masa intrincada. Como cada objeto pertenecía a alguien, y a la gente de Ankh-Morpork le importan esas cosas, estaba siendo desmantelada por discusión colectiva. Esto se debía en gran medida a que la gente que había donado un taburete de tres patas para el bien común estaba intentando llevarse un juego de sillas de comedor, y otros problemas parecidos.

Y luego estaba el tráfico. Los carros que se habían quedado retenidos fuera de la ciudad estaban intentando llegar a sus destinos antes de que los pollitos salieran de los huevos o la leche estuviera tan agria que pudiera salir y hacer el resto del camino a pie. Si Ankh-Morpork hubiera tenido red vial, ahora habría un embotellamiento. Como no la tenía, lo que había era, en palabras del sargento Colon, «un caso de nadie pudiéndose mover por culpa de todos los demás». Había que reconocer que la frase, por precisa que fuera, no sonaba tan bien. Algunos agentes de la Guardia se habían unido al trabajo de desmantelamiento, principalmente para detener las peleas que estaban estallando entre los airados propietarios. Sin embargo, un grupo de ellos se había congregado al final de la calle Héroes, donde Narizotas había instalado un comedor y una cazuela de chocolate a la taza. De hecho, no había gran cosa que hacer. Unas horas atrás había combates. Ahora las calles estaban tan abarrotadas que hasta patrullar era imposible. Todo buen poli sabe que hay veces en que el hombre sabio no se entromete, y la conversación se había desplazado a la clase de preguntas que siguen a la victoria, como: 1) ¿habrá algún dinero adicional? y 2), ¿habrá alguna medalla? Con un 3 opcional que nunca se alejaba mucho de los pensamientos de la guardia: ¿nos vamos a meter en líos por esto?

—La amnistía quiere decir que no —dijo Dickins—. Quiere decir que todo el mundo finge que en realidad no ha pasado nada.

—Muy bien, pues —dijo Peluquín—. ¿Nos van a dar medallas? Lo que quiero decir es: si hemos sido... —se concentró— a-gue-rri-dos defensores de la libertad, a mí me parece que es la hora de las medallas.

—Yo creo que tendríamos que haber embarricado la ciudad entera y listos —dijo Colon.

—Sí, Fred —dijo Narizotas—. Pero entonces los malos, jjja, habrían estado aquí dentro con nosotros.

—Vale, pero nosotros estaríamos al mando.

El sargento Dickins dio una calada a su pipa y dijo:

—Muchachos, estáis hablando por hablar. Ha habido combates y aquí estáis vosotros con todos los brazos y las piernas y caminando tan campantes bajo el sol de los dioses. Eso es ganar, eso mismo. Habéis ganado, ¿sabéis? Lo demás son pamplinas.

Nadie dijo nada durante un momento largo, hasta que el joven Sam contestó:

—Pero Nancyball no ha ganado.

—Hemos perdido a un total de cinco hombres —dijo Dickins—. A dos les han dado flechazos, uno se ha caído de la barricada y otro se ha degollado a sí mismo por accidente. A veces pasa. —Todos se lo quedaron mirando—. Ah, ¿pensabais que no? Coged a un montón de gente preocupada, a otro de armas afiladas y otro de idas y venidas apresuradas, y ponedlo todo junto en el mismo sitio. Os asombraría cuántas bajas puede haber aunque estés a cincuenta kilómetros del enemigo. La gente muere.

—¿Nancyball tenía madre? —preguntó Sam.

—Lo crió su abuela, pero ya murió —dijo Peluquín.

—¿Y no tenía a nadie más?

—No sé. Nunca hablaba de su familia. Nunca hablaba mucho de nada —dijo Peluquín.

—Lo que hay que hacer es una colecta —dijo Dickins con firmeza—. Corona de flores, ataúd, toda la pesca. No dejéis que lo haga nadie más. Y otra cosa...

Vimes se sentó un poco lejos de los hombres, contemplando la calle. Por todas partes había grupos de antiguos defensores y veteranos de guerra y agentes de la Guardia. Vio a un hombre que le compraba un pastel a Escurridizo, negó con la cabeza y sonrió. En un día en que ni se podían regalar los filetes de tantos que había, la gente seguía comprándole pasteles a Escurridizo. Era un triunfo del talento para las ventas y de las famosas papilas gustativas atrofiadas de la ciudad.

La canción empezó. No supo distinguir si era un réquiem o un canto victorioso, pero Dickins la empezó y el resto se fue uniendo, cada hombre cantando como si estuviera solo y no notara la presencia del resto.

—... mira cómo se levantan los angelitos bien alto.... —Otros se estaban uniendo a la tonada.

Reg Shoe también estaba sentado a solas, sobre un trozo de barricada que en aquellos momentos nadie estaba disputándose, sin soltar la bandera y con un aspecto tan triste que a Vimes le dieron ganas de ir a hablar con él.

—¿...se levantan, se levantan, se levantan, cómo se levantan, se levantan bien alto...?

—Podría haber estado bien, sargento —dijo Reg, levantando la vista—. Bien de verdad. Una ciudad donde los hombres pudieran respirar en libertad.

—... se levantan con el CULO por delante, culo por delante, culo por delante, mira cómo se levantan los angelitos bien alto...

—Jadear con libertad, Reg —corrigió Vimes, sentándose a su lado—. Esto es Ankh-Morpork.

Y todos llegaron juntos a aquel verso, pensó la parte de él que escuchaba con el otro oído. Era extraño que lo hicieran, o tal vez no.

—Sí, conviértalo en un chiste. A todo el mundo le parece gracioso —dijo Reg, mirándose los pies.

—No sé si esto te servirá de consuelo, Reg, pero yo ni siquiera he conseguido mi huevo duro —dijo Vimes.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Reg, demasiado hundido en la miseria para simpatizar o, ya puestos, escuchar.

—Todos los angelitos se levantan, se levantan...

—La verdad es que no lo sé. Las cosas mejorarán durante un tiempo, imagino. Pero yo no sé que voy a...

Vimes se detuvo. Al otro lado de la calle, sin hacer caso del tráfico, había un ancianito arrugado barriendo el polvo de un portal.

Vimes se puso de pie y le clavó los ojos. El hombrecillo lo vio y le saludó con la mano. Y en aquel momento pasó retumbando por la calle otro carro cargado hasta los topes de trozos de barricada.

Vimes se tumbó en el suelo y escrutó por entre las piernas y las ruedas. Sí, las piernas ligeramente arqueadas y las sandalias raídas seguían allí, y seguían allí después de que el carro hubiera pasado, y seguían allí cuando Vimes echó a correr por la calle, y tal vez siguieran allí cuando el siguiente carro, que no había visto, a punto estuvo de atropellado, y no seguían allí en absoluto cuando recuperó el equilibrio.

Se quedó en pie en el mismo sitio donde habían estado las piernas, en medio de la ajetreada calle, en plena mañana soleada, y notó que la noche se cernía sobre él. Notó que se le erizaban los pelos del cuello. Las conversaciones que lo rodeaban aumentaron de volumen y se convirtieron en un clamor a sus oídos. Y la luz era demasiado fuerte. No había sombras, y lo que él estaba buscando ahora eran sombras.

Fue esquivando a la gente por la calle hasta alcanzar a los hombres que seguían cantando y Ies hizo señas para que guardaran silencio.

—Preparaos —gruñó—. Va a pasar algo...

—¿Qué, sargento? —dijo Sam.

—Nada bueno, creo. Un ataque, tal vez. —Vimes examinó la calle en busca de... ¿qué? ¿Hombrecillos con escobas? Si acaso, la escena era menos amenazante que antes de los disturbios, porque todo lo que tenía que pasar ya había pasado. La gente ya no estaba pendiente de que fuera a pasar. Había un bullicio generalizado.

—No se lo tome mal, sargento —dijo Dickins—, pero a mí todo me parece bastante en paz. Hay amnistía, sargento. Nadie está peleando contra nadie.

—¡Sargento! ¡Sargento!

Todos se dieron la vuelta. Nobby Nobbs se acercaba pasando como podía entre la gente y dando brincos por la calle. Vieron que sus labios formaban un mensaje, pero quedó completamente ahogado por los chillidos que venían de un carromato lleno de cerdos.

El guardia interino Sam Vimes miró a su sargento a la cara.

—Algo va mal —dijo—. ¡Mirad al sargento!

—¿Pero qué? —dijo Fred Colon—. ¿Se va a caer del cielo un pájaro gigante o algo así?

Se oyó un golpe seco y un grito ahogado procedente de Peluquín. Una flecha lo acababa de alcanzar en el pecho y le asomaba por la espalda.

Otra dio en la pared de encima de la cabeza de Vimes, provocando una lluvia de polvo.

—¡Por aquí! —gritó. La puerta de la tienda que tenían detrás estaba abierta y Vimes se metió a toda prisa por ella. La gente se agolpó detrás de él. Oyó el ruido de las flechas afuera y un grito o dos—. ¿Amnistía, sargento? —dijo.

Fuera, los pesados carros se habían detenido, impidiendo que la luz llegara a los cristales redondos de las ventanas de la tienda y haciendo de escudo momentáneo.

—Entonces debe de ser un puñado de idiotas —dijo Dickins—. Rebeldes, tal vez.

—¿Por qué? ¡Nunca hubo tantos rebeldes, eso lo sabemos!; Y además, han ganado!

Ahora se oían gritos fuera, al otro lado de los carros. No había nada como un carro para obstruir la calle...

—¿Contrarrevolucionarios, pues? —sugirió Dickins.

—¿Cómo, gente que quiere volver a poner a Winder en el cargo? —dijo Vimes—. Vaya, no sé usted, pero yo me apuntaría. —Echó un vistazo a la tienda. Estaba atiborrada de pared a pared—. ¿Quién es toda esta gente?

—Ha dicho usted «por aquí», sargento —dijo un soldado.

—Sí, y no nos hacía falta que lo dijera porque estaban lloviendo flechas —dijo otro soldado.

—Yo no quería venir, pero no he podido nadar contra la corriente —dijo Escurridizo.

—Yo quiero mostrar solidaridad —dijo Reg.

—¡Sargento, sargento, soy yo, sargento! —dijo Nobby, agitando las manos.

Una voz firme y autoritaria, pensó Vimes. Es asombroso en cuántos líos te puede meter. Había unas treinta personas apretujadas en la tienda, y él no conocía ni a la mitad.

—¿Puedo ayudarles a alguno de ustedes? —dijo una voceci11a débil y quejumbrosa detrás de él. Se giró y vio a una ancianita muy pequeña, casi como una muñeca, toda vestida de negro, encogida detrás de su mostrador.

Él miró desesperadamente los estantes que había detrás de ella. Estaban atiborrados de madejas de lana.

—Ejem, creo que no —dijo.

—¿Entonces no les importa que termine de atender a la señora Sópez? Eran cien gramos de lana gris de dos hebras, ¿verdad, señora Sópez?

—¡Sí, por favor, Ethel! —tembló una vocecilla diminuta y asustada desde el interior del grupo de hombres armados.

—Será mejor que salgamos de aquí —murmuró Vimes. Se giró hacia los hombres y agitó frenéticamente las manos para sugerir que, en la medida de lo posible, nadie tenía que molestar a ninguna ancianita—. ¿Tiene usted una salida trasera, por favor?

La mirada anciana e inocente de la tendera se elevó hacia él.

—Es mejor si alguien compra algo, sargento —dijo en tono incisivo.

—Esto, nosotros, ejem... —Vimes miró a su alrededor a la desesperada, y 1e llegó la inspiración—. Ah, sí... Quiero un champiñón. Ya sabe, una cosa de madera que sirve para...

—Sí, sargento, ya lo sé. Son seis peniques, gracias, sargento. Siempre me gusta ver a un caballero dispuesto a hacérselo él mismo, tengo que decirlo. ¿Le interesaría también un...?

—¡Tengo mucha prisa, por favor! —dijo Vimes—. Tengo que zurcir todos mis calcetines. —Les hizo un gesto con la cabeza a los hombres, que respondieron heroicamente.

—Yo también...

—¡Todos agujereados, es un asco!

—¡Tengo que ponerme a remendarlos ya!

—¡Soy yo, sargento! ¡Nobby, sargento!

—¡Los míos se pueden usar como redes de pesca!

La señora descolgó un enorme llavero de una escarpia.

—Creo que es esta, no, miento, creo que es, no... un momento... ah, sí, esta es...

—Eh, sargento, en la calle hay un montón de hombres con ballestas —dijo Fred Colon, desde la ventana—. ¡Debe de haber unos cincuenta!

—... no, esta es, ay madre, esta es de la cerradura que teníamos antes... ¿le parece a usted que esta es la buena? Probemos esta...

Con mucho cuidado, y muy lentamente, la anciana abrió la cerradura y quitó el pestillo de la puerta.

Vimes asomó la cabeza. Había un callejón lleno de basura y de cajas viejas y del horrible olor que despiden todos los callejones del mundo. Parecía desierto.

—Muy bien, todo el mundo afuera —dijo—. Necesitamos un poco de espacio. ¿Quién tiene una ballesta?

—Solamente yo, sargento —dijo Dickins—. Es que no estábamos esperando problemas, ¿sabe?

—Una ballesta contra cincuenta hombres, los números no salen —dijo Vimes—. ¡Vámonos de aquí!

—¿Van a por nosotros, sargento?

—Han disparado a Peluquín, ¿no? ¡Movámonos!

Se escabulleron por el callejón. Mientras cruzaban otro más ancho se oyó el ruido lejano de la puerta de la tienda al abrirse otra vez de una patada, seguido de un grito de euforia.

—¡Ya te tengo, Duque!

Carcer...

Una flecha rebotó ruidosamente contra una pared y salió disparada dando vueltas sobre sí misma por el callejón.

Vimes tenía experiencia en huir. Todos los agentes de la Guardia estaban acostumbrados a huir. Lo llamaban la Carrera de Obstáculos del Patio Trasero. Vimes había tomado aquella ruta muchas veces, agachándose por callejones, saltando con las alas que da el terror por encima de las tapias de un patio infestado de perros tras otro, cayendo en corrales de pollos y resbalando por tejados de letrinas, en busca de la seguridad o de sus colegas o, en su defecto, de algún lugar donde pegar la espalda contra la pared. A veces había que huir.

Y como pasa en los rebaños, el instinto llamaba a permanecer juntos. En medio de un grupo de unos treinta, costaba más que te dieran.

Por fortuna, Dickins se había puesto en cabeza. A los guardias viejos se les da mejor huir, ya que han huido mucho en la vida. Igual que en el campo de batalla, solamente sobrevivían los veloces y los astutos.

Así que no se molestó en detenerse cuando apareció el carro al final del callejón. Era el carro de un recovero, que probablemente intentaba tomar un atajo y escapar de aquel caótico «caso de nadie pudiéndose mover por culpa de todos los demás» que reinaba en las calles principales. El hombre, con montones de cajas de tres metros de altura en la parte de atrás de su carromato, y con el vehículo rozando las paredes, miró horrorizado a la estampida que se le venía encima. Nadie tenía frenos y nadie en absoluto iba a retroceder.

Vimes, que iba de los últimos, vio cómo el grupo discurría por encima y por debajo del carromato, entre las cajas que se astillaban y el chasquido de los huevos al reventar. El caballo bailaba entre sus varas y los hombres se lanzaban entre sus patas o por encima del lomo.

Cuando Vimes llegó al vehículo se subió al pescante en el preciso momento en que una flecha alcanzaba la madera. Le dedicó una sonrisa desesperada al carretero.

—Salte —sugirió, y le dio un golpe al caballo en la ijada con la parte plana de la espada. Los dos hombres fueron arrojados hacia atrás mientras el animal se encabritaba y hacía saltar del carro lo que quedaba de su cargamento roto.

En cuanto los restos dejaron de caer Vimes ayudó al carretero a ponerse de pie. Estaba cubierto de huevo.

—Lo lamento, señor. Asunto de la Guardia. Pregunte por el sargento Keel. ¡Me tengo que ir ya!

Detrás de él el carromato se alejaba traqueteando por el callejón, con las llantas de las ruedas arrancando chispas de las paredes. Había portales y callejones laterales por donde escapar, pero estaba claro que aquello iba a ralentizar el avance de los hombres de Carcer.

El resto de sus hombres se había detenido al oír el ruido, pero Vimes se abalanzó sobre ellos y los obligó a seguir hasta llegar a una calle bloqueada por carros y atestada de gente.

—Vaya, al final ha conseguido sus picatostes mojados de huevo, sargento —dijo Sam, con una sonrisa preocupada—. ¿De qué va todo esto?

—Son algunos de los Inmencionables —dijo Vimes—. Probablemente quieran ajustarnos las cuentas.

Bueno, eso se acercaba bastante.

—Pero yo he visto con ellos a agentes de la Guardia y soldados —aportó Fred Colon.

—¡Sargento, soy yo, sargento! ¡Por favor, sargento! —Nobby se abrió paso a codazos entre los hombres.

—¿Te parece buen momento, Nobby? —preguntó Vimes.

—¡Hay unos hombres que van a por usted, sargento!

—¡Bien visto, Nobby!

—¡Es Carcer, sargento! ¡Espasmo le ha dado trabajo! ¡Capitán de la Guardia de Palacio, sargento! ¡Y van a por usted! ¡Lo ha ordenado Espasmo, sargento! ¡Mi amigo Rascayhuele es sublimpiabotas en palacio y estaba en el patio y los ha oído hablar, sargento!

Lo tendría que haber sabido, pensó Vimes. Espasmo era un demonio retorcido. Y ahora Carcer ha conseguido sentarse a la mesa de otro hijo de puta. Capitán de la Guardia...

—Últimamente no he estado haciendo muchos amigos —dijo Vimes—. Muy bien, caballeros. Yo voy a correr. Si vosotros os mezcláis entre la gente, imagino que no os pasará nada.

—No tenemos miedo, sargento —dijo Sam, y hubo un murmullo general de acuerdo.

—Teníamos una amnistía —dijo Dickins—! ¡No pueden hacer esto!

—Además, estaban disparando a todo el mundo —dijo uno de los soldados—. ¡Cabrones! ¡Se merecen un buen repaso!

—Tienen ballestas —les recordó Vimes.

—Pues les tendemos una emboscada, sargento —dijo Dickins—. Si se elige bien el terreno y se lucha cuerpo a cuerpo, las ballestas no son más que trozos de madera.

—¿Alguno de vosotros me ha oído? —dijo Vimes—. Van a por mí. No a por vosotros. No os conviene para nada cruzaros en el camino de Carcer. Tú, Narizotas, tú no deberías estar haciendo estas cosas con la edad que tienes.

El viejo carcelero lo fulminó con una mirada de ojos llorosos.

—Vergüenza le tendría que dar decirme, jjja, una cosa así, sargento —dijo.

—¿Cómo sabemos que no decidirá ir a por nosotros de todas maneras? —insistió Dickins—. Una amnistía es una amnistía, ¿verdad? ¡No pueden hacernos esto!

Hubo un coro general de respuestas cercanas a «¡Sí, es verdad!».

Está pasando, pensó Vimes. Se están metiendo ellos solitos hasta el fondo. ¿Pero qué puedo hacer? Tenemos que hacerles frente. Yo tengo que hacerles frente. Tengo que hacer frente a Carcer. La idea de dejarlo aquí, con todo lo que sabe...

—¿Y si bajamos por la calle Cable? —sugirió Dickins—. De allí salen muchos callejones pequeños. ¡Irán todos en tromba, creyendo que hemos salido corriendo hacia la Casa de la Guardia, y entonces los cazaremos! No vamos a tolerar esto, sargento.

Vimes suspiró.

—Muy bien —dijo—. Gracias. ¿Estáis todos de acuerdo?

Se oyeron vítores.

—Entonces no pienso dar un discurso —dijo Vimes—. No hay tiempo. Me limitaré a decir esto. Si no ganamos, si no nos encargamos de ellos... bueno, tenemos que hacerlo, eso es todo. Si no, será... muy malo para esta ciudad. Muy malo.

—Eso mismo —lo interrumpió Dickins, insistente—. Había una amnistía.

—Pero oigan —dijo uno de los soldados—. Yo no conozco a la mitad de los que estamos aquí. Si vamos a ir a por ellos de cerca, queremos saber quién está de nuestro lado...

—Es verdad, jjja —dijo Narizotas—. ¡O sea, algunos de los que nos perseguían eran guardias!

Vimes miró hacia arriba. El callejón ancho que tenían delante, conocido como Parsimurgente, llegaba hasta la calle Cable. Estaba flanqueado de jardines, y en sus matas había flores de color púrpura.

El aire matinal olía a lilas.

—Me acuerdo de una batalla —dijo Dickins, levantando la vista hacia un árbol—. Fue en la historia. Había una compañía, ¿sabéis?, que era un batiburrillo de distintos pelotones, y encima iban todos cubiertos de barro, y acabaron escondidos en un campo de zanahorias. Así que a falta de placas desenterraron las zanahorias y se las pusieron en los cascos, para distinguir quiénes eran sus amigos y de paso tener un tentempié nutritivo para más adelante, que es algo a lo que nunca se hace ascos en un campo de batalla.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Escurridizo.

—¿Pues que por qué no una lila? —dijo Dickins, estirando el brazo y agarrando una ramita cargada de flores—. Va de perlas como penacho, aunque no te la puedas comer...

Y ahora, pensó Vimes, todo se acaba.

—¡Creo que esos hombres son muy malos! —dijo una voz en el seno del grupo, aguda, bastante anciana y sin embargo llena de determinación; todos vislumbraron una mano flaca que blandía una aguja de hacer punto.

—Y voy a necesitar un voluntario que acompañe a casa a la señora Sópez —dijo él.

\* \* \*

Carcer examinó Parsimurgente de punta a punta.

—Parece que solo nos hace falta seguir el rastro de huevo —dijo—. ¡Parece que Keel nos lo está poniendo a huevo!

No obtuvo todas las risas que esperaba. Bastantes de los hombres que había conseguido reunir tenían un sentido del humor más físico. Pero Carcer tenía, a su manera, algunas de las cualidades de Vimes, aunque invertidas. No falta quien admira a los que son lo bastante valientes como para ser malvados de verdad.

—¿Nos vamos a meter en líos por esto, capitán?

Y por supuesto, estaban los que se apuntaban por pura conveniencia. Carcer se giró hacia el sargento Knock, que a su vez tenía al cabo Quirke acechando detrás. A él le merecían exactamente la misma opinión que a Vimes, aunque él enfocaba la cuestión, por así decirlo, desde la dirección contraria. No se podía confiar en ninguno de ellos. Pero los dos odiaban a Keel con ese odio corrosivo y enervante del que solamente pueden hacer auténtica gala los mediocres, y eso resultaba útil.

—¿Cómo cree que nos vamos a meter en líos, sargento? —preguntó—. Estamos trabajando para el gobierno.

—¡Es un demonio retorcido, señor! —dijo Knock, como si aquello fuera un defecto de carácter en un guardia.

—Ahora me vais a escuchar bien, ¿vale? —dijo Carcer—. ¡Esta vez no quiero cagadas! Quiero a Keel vivo, ¿de acuerdo? Y a ese chaval, Vimes. Con los demás podéis hacer lo que os dé la real gana.

—¿Por qué lo quiere capturar vivo? —preguntó una voz tranquila detrás de Carcer—. Yo creía que Espasmo lo quería muerto. ¿Y qué ha hecho el chaval que sea tan terrible?

Carcer se giró. Para su leve sorpresa, el agente de la Guardia que tenía detrás no se inmutó.

—¿Cómo te llamas tú, amigo? —dijo.

—Coates.

—Ned es ese del que le he hablado, señor —se apresuró a decir Knock, inclinándose por encima del hombro de Carcer—. Keel lo echó a la calle, señor, después de...

—Cállate —dijo Carcer, sin quitarle ojo a Coates.

Allí no había ni asomo de miedo, ni siquiera un destello de bravuconería. Coates se limitaba a devolverle la mirada.

—¿Te has apuntado a esto para hacer bulto, Coates? —dijo.

—No, capitán. No me cae bien Keel. Pero Vimesito es solo un chaval que se ha dejado llevar. ¿Qué le va a hacer usted?

Carcer se inclinó hacia Coates; Coates no retrocedió.

—Tú eras un rebelde, ¿verdad? —dijo—. No te gusta obedecer lo que te mandan, ¿eh?

—¡Van a ganarse una botella bien grande de cerveza de jengibre! —exclamó una voz embriagada de placer maligno.

Carcer se giró y contempló la figura flaca y vestida de negro de Hurón. Estaba un poco vapuleado, en parte porque se había resistido cuando los guardias intentaban sacarlo de su celda, y en gran medida porque Solitario y Faldero lo estaban esperando afuera. Pero se le había permitido vivir; matar a palos a algo como Hurón era para los otros dos un desperdicio embarazoso y degradante de puños.

El sí que se encogió bajo la mirada de Carcer. Su cuerpo entero fue un encogimiento.

—¿Acaso te he pedido que hables, pequeño tolón de perro? —preguntó Carcer.

—¡Noseñor!

—Bien. Acuérdate de eso. Un día te puede salvar la vida.

—Carcer devolvió su atención a Ned—. Muy bien, cariño, este es el nuevo amanecer que queríais. Vosotros lo pedisteis y aquí está. Solo nos falta barrer algunas sobras del ayer. Por orden de lord Espasmo, vuestro amigo. Y no te corresponde a ti preguntar por qué ni a quién, pero el joven Vimesito... Vaya, pues creo que es un chaval aplicado del que la ciudad se enorgullecerá si lo mantenemos alejado de las malas compañías. Vamos a ver: Knock dice que se te da bien pensar. Dime pues qué crees que va a hacer Keel.

Ned le dedicó una mirada que se prolongó un poco más de la cuenta hasta incomodar a Carcer.

—Es un defensor —dijo por fin—. Volverá a la Casa de la Guardia. Pondrá unas cuantas trampas, pertrechará bien a los hombres y lo esperará a usted.

—¿Ja? —dijo Carcer.

—No le gusta que sus hombres salgan heridos —añadió Ned.

—Pues hoy no va a ser su día —dijo Carcer.

\* \* \*

En mitad de la calle Cable había una barricada. No era gran cosa. Unas cuantas puertas, una mesa o dos... comparada con aquella enorme que aún ahora estaba volviendo a transformarse en muebles de comedor no beligerantes prácticamente no existía.

La patrulla informal de Carcer caminaba despacio, echando vistazos a los edificios y a las entradas de los callejones. La gente de la calle huía ante su avance. Hay gente que camina de una manera que proyecta las malas noticias por delante.

Vimes se agachó detrás de la muralla improvisada y miró por un resquicio. Viniendo de camino les habían quitado unas cuantas ballestas a los soldados que vagabundeaban por ahí, pero a juzgar por lo que se veía, los hombres de Carcer tenían por lo menos quince. Y superaban en número a los chicos de las lilas en proporción de dos a uno.

En última instancia, eliminaría a Carcer ahora mismo. No era lo que debería suceder. Él quería que la gente viera a aquel hombre colgado, quería que lo ejecutara la ciudad. Volver a casa con las manos vacías sería dejar un fleco suelto.

Oyó un ruido de sollozos procedente de otro punto de la barricada. No era el joven Sam, eso lo sabía, y probablemente Nobby Nobbs ya habría derramado tiempo atrás todas las lágrimas de que era capaz un cuerpo humano. Era Reg. Estaba sentado con la espalda apoyada en el parapeto rudimentario, con la bandera raída sobre las rodillas y las lágrimas cayéndole de la barbilla.

—Reg, tendrías que irte —dijo Vimes entre dientes—. Ni siquiera vas armado.

—¿De qué sirve hacer nada, eh? —dijo Reg—. ¡Tenía usted toda la puta razón, sargento! ¡Las cosas vuelven siempre a lo mismo! ¡Usted se deshizo de los jodidos Inmencionables y ya están aquí otra vez! ¿Qué sentido tiene todo, eh? Esta ciudad podría ser un lugar maravilloso, pero no, oh no, ¡siempre terminan los más hijos de puta en lo alto de todo! ¡Nada cambia nunca, joder! ¡Se limitan a llevarse el dinero y a jugar con nosotros!

Carcer se había detenido a veinte metros de la barricada y la estaba mirando con atención.

—Así son las cosas, Reg —murmuró Vimes, contando enemigos por lo bajo.

Y entonces apareció doblando el recodo un enorme carro cubierto, meciéndose bajo el peso de su carga. Rodó hasta detenerse a cierta distancia del pelotón de Carcer, en parte porque el camino estaba obstruido pero principalmente, tal vez, porque uno de los hombres se acababa de acercar al carretero y le había apuntado a la cabeza con una ballesta.

—Y ahora esos jodidos cabrones han ganado —gimió Reg.

—No hay otra que esa, Reg —dijo Vimes en tono distraído, intentando seguir los movimientos de demasiada gente al mismo tiempo.

Los demás hombres se estaban desplegando. Al fin y al cabo, ellos tenían la potencia de fuego.

El hombre que estaba reteniendo al señor Escurridizo, que era quien conducía el carro, no prestaba demasiada atención. Ahora Vimes deseaba haberse colocado en el carromato. En fin, alguien tenía que empezar el jaleo...

—¿Con que sí, eh? ¿Queréis dispararle a algo? ¡Hijos de puta!

Todos se quedaron mirando, Carcer incluido. Reg se acababa de poner de pie y estaba haciendo ondear la bandera a un lado y a otro, mientras trepaba por encima de la barricada...

Blandía la bandera como un símbolo de desafío.

—¡Puede que nos quitéis la vida, pero jamás nos quitaréis la libertad! —gritó.

Los hombres de Carcer se miraron unos a otros, perplejos ante lo que parecía el grito de guerra peor pensado de la historia del universo. Vimes vio cómo movían los labios mientras intentaban encontrarle algo de sentido.

Carcer levantó la ballesta, hizo una señal a sus hombres y dijo:

—¡Falso!

A Reg lo alcanzaron cinco flechas grandes de ballesta, que lo hicieron danzar un poco antes de caer de rodillas. Todo pasó en cuestión de segundos.

Vimes abrió la boca para dar la orden de cargar, pero la cerró de nuevo cuando vio que Reg levantaba la cabeza. En silencio, y usando el palo de la bandera como muleta, Reg se volvió a poner de pie.

Tres flechas más lo alcanzaron. Bajó la vista hacia su pecho flaco, erizado de flechas, y dio un paso adelante. Y otro.

Uno de los ballesteros desenvainó su espada y se abalanzó sobre el herido, pero salió disparado por el aire tras recibir un golpe de Reg que debió de parecerle un mazazo. Y entre las filas del pelotón estalló una pelea. Alguien con uniforme de guardia acababa de desenvainar su propia espada y derribar a dos ballesteros. Y el hombre del carro estaba corriendo de vuelta a la acción...

—¡A por ellos! —gritó Vimes, y saltó por encima de la barricada.

Ya no había ningún plan. Dickins y sus hombres salieron en tromba del carro. Allí fuera seguía habiendo ballestas cargadas, pero de repente la ballesta no es el arma que quieres llevar cuando llegan espadas furiosas por los dos lados.

Vendrá cuando la llames...

Todos los planes, todos los futuros, toda la política... estaba en otra parte. Vimes cogió una espada caída y con un arma en cada mano lanzó un grito inarticulado de desafío y se lanzó contra el enemigo más cercano. El hombre cayó decapitado.

Vio que Narizotas caía en la refriega y saltó en su dirección para atrapar a su atacante en un remolino de filos. Y luego se dio la vuelta para enfrentarse a Knock, que soltó su espada y huyó. Y Vimes siguió corriendo, no luchando sino dando tajos, eludiendo estocadas sin verlas, bloqueando ataques sin girar la cabeza, dejando que los antiguos sentidos hicieran su trabajo. Alguien estaba abriéndose paso con su espada hacia el joven Sam; Vimes descargó su espada sobre el brazo en genuina autodefensa. Siguió avanzando, en el centro de un círculo cada vez más amplio. No era un enemigo, era un castigo divino.

Y tan de repente como había venido, la bestia se retiró, dejando allí a un hombre enfadado con dos espadas.

Carcer se había retirado a un lado de la calle con sus hombres, que ahora eran muchos menos.

Colon estaba de rodillas, vomitando. Dickins había caído, y Vimes sabía que estaba muerto. Nobby también había caído, pero era solamente porque alguien le había dado una patada muy fuerte y lo más probable es que hubiera decidido que lo mejor era no levantarse. Había muchos hombres de Carcer en el suelo, más de la mitad. Algunos más habían huido de un maníaco con dos espadas. Otros habían huido incluso de Reg Shoe, que estaba sentado en la barricada, mirando el cargamento de flechas que tenía clavadas. Mientras miraba, su cerebro al parecer decidió que aquello demostraba que estaba muerto, así que se cayó de espaldas. Pero dentro de unas cuantas horas, a su cerebro le esperaba una sorpresa.

Nadie sabía por qué había gente que se convertía en zombis naturales, sustituyendo la pura voluntad terca por ciega fuerza vital. Pero la actitud tenía un papel importante. Para Reg Shoe, la vida solo era el principio...

El joven Sam estaba de pie. Parecía que hubiera vomitado, pero lo había hecho bien para acabar de sobrevivir a su primera batalla real cuerpo a cuerpo. Le dedicó una sonrisa débil a Vimes.

—¿Y ahora qué va a pasar, sargento? —consiguió decir, quitándose el casco y secándose la frente.

Vimes enfundó una espada y sacó disimuladamente del bolsillo uno de los amiguitos de la señora Buencuerpo.

—Eso depende de lo que pase allí —dijo, señalando al otro lado de la calle. Sam se giró obedientemente para mirar y perdió el conocimiento.

Vimes se guardó la porra en el bolsillo y vio que Coates lo estaba mirando.

—¿De qué lado estás, Ned? —dijo.

—¿Por qué ha pegado al chico? —repuso Ned.

—Para que esté fuera de esto. ¿Tienes algo que decir?

—No mucho, sargento. —Ned sonrió—. Hoy todos estamos aprendiendo mucho, ¿verdad?

—Es verdad —respondió Vimes.

—Que hay hijos de puta mucho más grandes que usted, por ejemplo.

Esta vez fue Vimes quien sonrió.

—Pero me sigo esforzando, Ned.

—¿Conoce a Carcer?

—Es un asesino. Y también todo lo demás que se pueda imaginar. Un asesino a sangre fría. Con cerebro —dijo Vimes.

—¿Esto va a llegar hasta el final?

—Sí. No hay más remedio. Tenemos que detener esto, Ned. Es la única oportunidad. O se detiene aquí o ya no se detiene nunca. ¿Te lo puedes imaginar suelto ahora que es amiguito de Espasmo?

—Sí que puedo —respondió Ned—. Menos mal que no tenía yo planes para esta noche, ¿eh? Pero puede contarme usted una cosa, sargento. ¿Cómo sabe usted tanto?

Vimes vaciló. Pero en un momento así, ¿qué más daba?

—Soy de esta ciudad —dijo Vimes—. Pero bueno, hubo un agujero en el tiempo o algo parecido. ¿Quieres saberlo? Viajé en el tiempo hasta aquí, Ned, y esa es la verdad.

Ned Coates lo miró dé arriba abajo. Vimes tenía la armadura cubierta de sangre, y también las manos, y media cara, y llevaba una espada ensangrentada en la mano.

—¿Desde cuánto atrás?

\* \* \*

El tiempo se detuvo. Coates se quedó paralizado y perdió los colores, sumiéndose en un mundo hecho de tonos del gris.

—Ya casi estamos, excelencia —dijo Barredor, por detrás de Vimes.

—¡Dioses! —gritó Vimes, arrojando su espada al suelo—. No estás haciendo ningún amigo por aquí, ¿lo sabes?

La espada no había llegado al suelo. Se quedó flotando a pocos centímetros de sus manos y se había vuelto gris.

—Hay unas cuantas cosas que tenemos que decirle —dijo Barredor, como si una espada flotando en el aire fuera un detalle secundario.

—¿Qué le ha pasado a la maldita espada? —preguntó Vimes, para quien no lo era.

—El tiempo se ha detenido para todo el mundo salvo usted —explicó Barredor con paciencia—. En realidad esa frase es incorrecta en todos sus aspectos, pero es una mentira bastante útil. Solamente tardaremos un momento en prepararlo todo...

Ahora Vimes tuvo tiempo, o algo parecido, para mirar a su alrededor. La calle entera estaba mucho más oscura, como si la pelea hubiera tenido lugar en la penumbra que precedía al amanecer. El único color estaba en las túnicas y en las caras de Barredor y de Qu, que estaban sacando una carretilla de un callejón. En ella había dos pequeñas columnas de piedra y el cuerpo de John Keel, envuelto en un sudario.

—Tenemos buenas noticias-dijo Barredor.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes débilmente. Caminó hasta el cadáver.

—Ciertamente —dijo Qu, descargando los cilindros de piedra—. Pensábamos que tendríamos que convencerlo para que se quitara toda la armadura, pero creo que no va a hacer falta.

—Es porque se va a quedar aquí —dijo Lu-Tze—. Este es su sitio, ¿entiende?

—No —contestó Vimes—. No sé de qué demonios estáis hablando. —Tocó el cadáver—. Qué frío. Eso es lo que recuerdo. Que estaba muy frío.

—Es lo que tiene estar en la morgue —dijo Barredor, con voz indiferente.

—Ahora por favor preste atención, comandante —solicitó Qu—. Cuando operemos los...

Vimes levantó la vista, con violencia en la mirada. Barredor le puso una mano en el brazo a Qu.

—Tenemos faena para un par de minutos —dijo.

—Sí, pero es de vital importancia que sepa cómo...

—Tenemos faena para un par de minutos —repitió Barredor, haciendo una mueca.

—¿Ah? ¿Cómo? Oh. Sí. Esto... tenemos, hum... faena. Que hacer. Cosas que... ejem, cosas...

Se alejaron un poco. Con el rabillo del ojo, Vimes vio que caminaban de un lado a otro de la calle, como si estuvieran tomando medidas.

Volvió a mirar a John Keel. ¿Pero qué podía decir? ¿Siento que estés muerto? Originalmente Keel había muerto en las barricadas, no en una pelea callejera. Pero seguía exactamente igual de muerto.

Vimes no veía clara la religión. Asistía a los funerales de la Guardia e iba a aquellos acontecimientos religiosos que exigía el debido ejercicio del cargo de comandante, pero en cuanto a lo demás... bueno, a veces uno veía cosas que hacía que fuera imposible creer no solamente en los dioses, sino también en la humanidad corriente y en tus propios ojos. Por lo que él podía recordar, Keel había sido del mismo parecer. Uno iba tirando. Si existían los dioses, uno esperaba que ellos también fueran tirando y no los interrumpía mientras estaban trabajando.

¿Qué se le podía decir a un poli muerto? ¿Qué querría él que le dijeran?

Ah...

Se acercó más.

—Carcer se va a balancear en la puta soga por esto —dijo, y se apartó.

Detrás de él, Barredor carraspeó teatralmente.

—¿Listo, excelencia? —dijo.

—Bastante listo —respondió Vimes.

—Le estábamos hablando de la armadura —dijo Barredor—. Leva...

—La cuestión es, comandante —lo interrumpió Qu—, que usted y ese tal Carcer y toda la ropa y posesiones con que llegaron forman una anomalía transtemporal elongada, que está sometida a una tensión considerable.

Vimes se giró y miró a Barredor.

—Es muy, muy difícil sacar cosas del tiempo al que pertenecen, pero cuesta mucho menos devolverlas adonde estaban —tradujo Barredor. Vimes siguió mirando fijamente—. Todas las cosas desean con todas sus fuerzas quedarse donde tienen que estar —probó a decir.

—En eso tienes razón —dijo Vimes.

—Lo único que hacemos nosotros es... engrasar el camino —dijo Barredor—. Le damos un empujoncito y todo vuelve de golpe a su lugar. Y para allá va usted. ¿Ha comido algo esta mañana?

—¡No!

—Entonces no debería ser demasiado sucio —dijo Barredor. Cuando Vimes puso cara perpleja, continuó—: La comida sin digerir. Se quedará aquí, ¿sabe?

—¿Quiere decir que me va a abrir un agujero al salir...?

—No, no, no —se apresuró a decir Qu—. No se dará usted cuenta. Pero le irá bien una comida nutritiva cuando vuelva.

—¿Y la armadura se queda aquí?

Qu puso una amplia sonrisa.

—Sí, excelencia. Todo. El parche, los calcetines, todo.

—¿Las botas también?

—Sí. Todo.

—¿Y mis calzoncillos?

—Sí, también. Todo.

—¿O sea que voy a llegar en pelotas?

—La única ropa que está de moda en todas partes —replicó Barredor, sonriente.

—¿Entonces cómo es que cuando llegué tenía toda la armadura? —dijo Vimes—. ¡Y el maldito Carcer tenía sus cuchillos, eso seguro!

Qu abrió la boca para hablar, pero Barredor respondió más deprisa.

—Para llegar a lo alto de una montaña hacen falta un millar de pasos, pero para llegar abajo basta con un saltito —dijo—. ¿De acuerdo?

—Bueno, supongo que tiene lóg... —empezó a decir Vimes.

—¡No es así como funciona en absoluto, Lu-Tze! —se quejó Qu.

—No —dijo Barredor—, pero es otra buena mentira. Mire, comandante, no tenemos una maldita tormenta eléctrica grandiosa y tampoco tenemos el bastante tiempo almacenado. Esto es una operación sobre el terreno. Es lo mejor que podemos hacer. Le devolveremos a usted su lugar, y a su prisionero también, aunque es casi seguro que no llegarán al mismo sitio, por culpa de la cuántica. Ya es bastante difícil asegurarnos de que no aparezca usted a cincuenta metros de altura, créame. Empujar también toda su ropa, cuando pertenece aquí, simplemente requiere demasiada potencia. A ver, ¿está listo? Necesita volver adonde estaba hace un momento. Vaya con Carcer lo antes que pueda. Tiene que agarrarlo, de otra manera se quedará atrás.

—¡Vale, pero he cambiado un montón de cosas! —dijo Vimes.

—Eso déjenoslo a nosotros —dijo Barredor.

—¿Qué pasa con Keel? —preguntó Vimes, alejándose a regañadientes.

—No se preocupe. Ya se lo dijimos en el templo. Le pondremos la armadura de usted. Habrá muerto en plena batalla.

—¡Asegúrense de que no le pasa nada al joven Sam! —dijo Vimes, mientras Qu le daba suaves empujoncitos para colocarlo en posición. Las pequeñas columnas de piedra empezaron a girar.

—¡Lo haremos!

—¡Asegúrense de que a Reg Shoe se le da un entierro como es debido!

—¡Lo haremos!

—¡No muy hondo, que dentro de unas horas va a querer salir!

Qu le dio un último empujoncito.

—¡Adiós, comandante!

Y el tiempo regresó.

\* \* \*

Ned estaba mirándolo.

—¿Qué acaba de pasar ahora mismo, sargento? Se ha puesto borroso.

—Solamente tenías una pregunta, Ned —dijo Vimes, combatiendo el momento de náusea—. Venga, enseñémosle a Espasmo dónde tenemos nuestro límite, ¿de acuerdo? Vamos a acabarlo...

Y cargaron, con sus hombres siguiéndolos.

Vimes lo recordaría a cámara lenta. Algunos de los hombres de Carcer huyeron al verlos, otros levantaron las armas recuperadas a toda prisa, y Carcer permaneció plantado y sonriente. Vimes fue hacia él, agachando la cabeza y esquivando golpes a través de la lucha.

La expresión del hombre cambió al acercarse Vimes. Vimes estaba acelerando, cargando con el hombro y lanzando otros cuerpos en todas direcciones. Carcer levantó la espada y se colocó en posición, pero en la refriega no había sitio para finuras y Vimes se le echó encima como un toro, haciendo que la espada saliera disparada hacia arriba y agarrando a Carcer de la garganta.

—Estás detenido, chavalote —dijo.

Y entonces todo se puso negro.

\* \* \*

Más adelante tuvo la sensación de que debería haber habido más. Tendría que haber habido túneles azules vertiginosos, o destellos, o bien el sol tendría que haberse puesto a dar vueltas a toda pastilla por el cielo. Incluso las páginas de un calendario arrancándose y revoloteando hasta perderse de vista habrían sido algo.

Pero no hubo más que la negrura del sueño más profundo seguida del dolor cuando dio contra el suelo.

Vimes sintió unos brazos que lo recogían y lo ayudaban a ponerse de pie. Se los sacudió de encima tan pronto como estuvo erguido y trató de concentrar la mirada, a través de la niebla legañosa, en el capitán Zanahoria.

—Me alegro de verle, señor. Oh, cielos...

—Estoy bien —graznó Vimes, con una garganta que le daba la impresión de estar llena de arena—. ¿Dónde está Carcer?

—Tiene un corte muy feo en...

—¿De verdad? Asombroso —gruñó Vimes—. Y ahora, ¿dónde demonios está Carcer?

—No lo sabemos, señor. Ha aparecido usted en mitad del aire y ha aterrizado en el suelo. ¡En medio de una luz azul muy fuerte, señor!

—Ah —murmuró Vimes—. Bueno, está de vuelta en algún sitio. Cerca, probablemente.

—Sí, señor, les diré a los hombres que...

—No, no lo hagas —dijo Vimes—. Puede esperar. Al fin y al cabo, ¿adónde va a ir?

No estaba demasiado seguro de sus piernas. Le daban la sensación de que pertenecían a alguien con muy mal equilibrio.

—¿Cuánto tiempo he estado... fuera? —preguntó.

Ponder Stibbons se adelantó.

—Una media hora, excelencia. Ejem, hemos, ejem, establecido la hipótesis de que ha habido un trastorno temporal, que, combinado con el relámpago que ha caído y con una resonancia en la onda estacionaria de la biblioteca, ha causado una ruptura del espaciotiempo...

—Sí, esa sensación me ha dado —dijo Vimes a toda prisa—. ¿Media hora, dice?

—¿Le ha parecido más rato? —preguntó Ponder, sacando un cuaderno.

—Un poco —admitió Vimes—. A ver, ¿alguien aquí tiene unos calzoncillos que pueda...?

Desde aquí arriba se ve tu casa...

Así era Carcer. Le gustaba dejar que sufrieras, que usaras la imaginación.

Y Vimes había dicho: ¿adónde va a ir?

—Capitán, quiero que tú y todos los hombres de los que puedas prescindir, hasta el último maldito hombre, vayáis a mi casa ahora mismo, ¿entendido? —dijo—. Hazlo. Hazlo ya. —Se volvió hacia Ridcully—. Archicanciller, ¿puede mandarme allí más deprisa?

—¿La Guardia quiere asistencia mágica? —dijo el archicanciller, desconcertado.

—Por favor —dijo Vimes.

—Por supuesto, pero se dará cuenta de que no lleva nada de ropa...

Vimes se rindió. La gente siempre quería explicaciones. Se puso en marcha, dominando el tembleque de sus piernas, abandonando a la carrera el octángulo y cruzando los jardines hasta llegar al Puente del Tamaño de la universidad, donde pasó corriendo junto a Nobby y Colon, que estaban siendo atraídos por la estela de guardias que corrían para no quedarse atrás.

Al otro lado del puente estaba el jardín conocido como el Placer de Magos. Vimes se abrió paso por él, con las ramitas azotándole las piernas desnudas, a continuación salió y tomó el viejo camino de sirga, con el barro salpicándole por encima de la sangre. Luego fue a derecha e izquierda, pasando por entre los asombrados transeúntes, por fin se encontró con los adoquines de cabeza de gato de la avenida Pastelito bajo los pies y se vio con suficiente aliento para acelerar un poco. No aminoró la marcha hasta llegar al camino de grava, y casi se desplomó en la puerta de entrada, agarrado a la cuerda de la campanilla.

Se oyeron pasos apresurados y la puerta se abrió enérgicamente.

—¡Como no seas Willikins —gruñó Vimes, enfocando la mirada—, aquí va a haber problemas!

—¡Excelencia! ¿Qué le ha pasado? —dijo el mayordomo, ayudándole a entrar en el recibidor.

—¡Nada! Tráeme un uniforme limpio, con discreción, y que no se entere Sybil... —Lo leyó todo en la manera en que cambió la cara del mayordomo—. ¿Qué le ha pasado a Sybil?

Willikins retrocedió. Un oso también habría retrocedido.

—¡No suba ahí, señor! La señora Contento dice que... está siendo todo bastante difícil, señor. Las cosas no, hum, están saliendo del todo bien...

—¿Ha nacido el niño?

—No, señor. A-aparentemente no, señor. Es más bien... La señora Contento dice que lo está probando todo, pero que tal vez... deberíamos mandar buscar a los médicos, señor.

—¿Para un parto?

Willikins bajó la vista. Después de veinte imperturbables años como mayordomo, ahora estaba temblando. Nadie se merecía un enfrentamiento con Sam Vimes en un momento así.

—Lo siento, señor...

—¡No! —exclamó Vimes—. No mandes buscar a un médico. ¡Yo conozco a un médico! ¡Y él lo sabe todo sobre... estas cosas! ¡Más le vale!

Corrió de vuelta afuera a tiempo de ver aterrizar una escoba en el jardín, pilotada por el archicanciller en persona.

—Se me ha ocurrido venir de todos modos —dijo Ridcully—. ¿Hay algo que pueda...?

Vimes se montó en la escoba antes de que el mago pudiera apearse.

—Lléveme a la calle Centella. ¿Puede hacerlo? —pidió—. ¡Es... importante!

—Agárrese, excelencia —dijo Ridcully.

A Vimes se le cayó el estómago a los pies mientras el palo ascendía verticalmente. Tomó una pequeña nota mental para ascender a Buggy Swires y comprarle el águila ratonera que siempre había querido. A alguien que estuviera dispuesto a hacer aquello todos los días por el bien de la ciudad no se le podía pagar demasiado.

—Mire en mi bolsillo izquierdo —dijo el mago cuando ya estaban elevados—. Hay algo dentro que creo que le pertenece a usted.

Nervioso, consciente de lo que podía haber en el bolsillo de un mago, Vimes sacó un ramo de flores de papel, una ristra de banderitas de todos los colores...

... y una cigarrera de plata.

—Ha aterrizado en la cabeza del tesorero —dijo el archicanciller, maniobrando para esquivar a una gaviota—. Confío en que no esté dañada.

—Está... bien-dijo Vimes—. Gracias. Ejem... de momento la devolveré adonde estaba, ¿de acuerdo? Parece que por ahora mismo no tengo bolsillos encima.

Ha encontrado el camino de vuelta, pensó Vimes. Estamos en casa.

—Y una armadura ornamental ha aterrizado sobre el edificio de Magia de Altas Energías —continuó Ridcully— y me alegro de informar de que está...

—¿Muy retorcida y deformada? —dijo Vimes.

Ridcully vaciló. Estaba al corriente de los sentimientos de refulgencia ajena que tenía Vimes.

—En exceso, excelencia. Completamente retorcida y deformada por culpa de las quisicosas cuánticas, sospecho —dijo.

Vimes se estremeció. Seguía desnudo. Hasta el odiado uniforme de gala le habría ayudado en aquellos momentos. Pero ahora ya no importaba en lo más mínimo. Ni el oro ni las plumas ni las placas ni el frío que tenía... había otras cosas que importaban más, y siempre lo harían.

Saltó de la escoba antes de que se detuviera, giró mientras daba tumbos y se abalanzó sobre la puerta del doctor Jardín, aporreándola con los puños.

Al cabo de un rato se abrió un poco y una voz familiar, que la edad solamente había cambiado un poco, dijo:

—¿Sí?

Vimes abrió la puerta del todo.

—Míreme, doctor Jardín —dijo.

Jardín se lo quedó mirando.

—¿Keel? —dijo. En la otra mano sostenía la jeringa más grande del mundo.

—No puede ser. A John Keel lo enterraron. Usted lo sabe —dijo Vimes. Vio el enorme instrumento que el hombre tenía en la mano—. ¿Qué demonios iba a hacer con eso?

—Pues mire, rociar un pavo de salsa. Y entonces, ¿quién es usted? Porque se parece a...

—Agarre todos sus trastos de partería y venga conmigo ahora mismo —ordenó Vimes—. Todos esos instrumentos raros que dijo usted que funcionaban tan bien. Tráigalos todos. Ahora mismo. Y le convertiré en el médico más rico que ha vivido nunca —prometió Vimes, un hombre que no llevaba nada puesto más que barro y sangre.

Jardín hizo un gesto débil hacia la cocina.

—Voy a tener que sacar el pavo de...

—Que le zurzan al pavo...

—Bueno, eso ya lo he...

—¡Vamos!

La escoba no volaba bien con tres pasajeros, pero aun así era más rápida que caminar y llegado a aquel punto Vimes sabía que era incapaz de hacer otra cosa. Se le habían acabado el aliento y las fuerzas para cuando había llegado por primera vez a su casa. Ahora el mero hecho de permanecer erguido era una prueba de resistencia. Le quedaba la escoba o arrastrarse.

Descendió pesadamente del cielo y aterrizó a duras penas en el jardín.

—La señora de arriba, en el dormitorio grande de la izquierda —dijo Vimes, empujando ligeramente al médico—. Hay comadrona, no tiene ni idea. Todo el dinero que quiera. Vaya.

Jardín se alejó corriendo. Vimes, ayudado por Ridcully, lo siguió con más dificultades, pero al llegar a la puerta se encontraron con que el médico salía caminando hacia atrás muy despacio. Mientras salía, se hizo patente que esto se debía a que tenía la ballesta gigantesca de Detritus apoyada contra la nariz. Cuando Vimes habló, la voz le salió ligeramente amortiguada, porque estaba tumbado en el suelo.

—Baja el arma, sargento —consiguió decir.

—Ha entrado entrando en tromba, señor Vimes —dijo Detritus con voz atronadora.

—Es porque es el médico, sargento. Déjale que vaya arriba. Es una orden, gracias.

—Sí, señor Vimes —dijo Detritus, haciéndose a un lado reticentemente y llevándose la ballesta al hombro. Momento en el cual, la ballesta se disparó.

Cuando el retumbar se hubo apagado, Vimes se levantó y miró a su alrededor. La verdad es que el macizo de arbustos no le había gustado mucho. O sea que casi mejor. No quedaba nada más que unos troncos de árboles, con la corteza arrancada por un lado. Había unos cuantos fuegos pequeños.

—Esto, lo siento, señor Vimes —dijo el troll.

—¿Qué te tengo dicho del Señor Seguro del Arma? —dijo Vimes sin mucha fuerza.

—«Cuando el Señor Seguro del Arma no está Puesto, la Señora Ballesta no es tu Amiga» —recitó Detritus, cuadrándose—. Lo siento, señor, pero estamos todos un poco tensos ahora mismo.

—Yo ciertamente lo estoy —dijo Ridcully, levantándose como pudo del suelo y sacándose ramitas de la barba—. Puede que ya no camine bien durante el resto del día. Le sugiero, sargento, que recojamos al médico, le devolvamos el sentido bajo el grifo y lo llevemos al piso de arriba.

Las cosas que sucedieron a continuación fueron un sueño diurno para Vimes. Iba como un fantasma por su propia casa, que estaba llena de agentes de la Guardia. Nadie quería estar en ningún otro lugar.

Se afeitó muy despacio, concentrándose en cada pasada. Era consciente de ruidos lejanos, que le llegaban a través de las nubes de color rosa que tenía en la cabeza.

—¡... dice que las quiere hervidas, esas cosas asquerosas!¿Para qué, para reblandecerlas?

—... trolls y enanos de servicio para esta noche, quiero todas las puertas y ventanas cubiertas, y quiero decir cubiertas...

—¡... se me ha plantado delante y me ha soltado: que las hiervas veinte minutos, joder! Como si fueran repollos...

—... Ahora ha pedido un coñac pequeño...

—... La señora Contento ha salido hecha una furia y él ha dicho que no la dejen entrar más...

—... Igor ha venido a ofrecer su ayuda y Jardín le ha echado un vistazo y ha dicho que solamente si lo hervían a él veinte minutos...

—... un médico de venéreas, a fin de cuentas...

—... el viejo Carapiedra lo va a cubrir de oro si todo acaba bien...

—... Sí, ¿y si acaba mal?

Vimes se puso el uniforme de calle, moviéndose despacio y obligando a cada miembro a ocupar su puesto. Se cepilló el pelo. Salió al vestíbulo. Se sentó en una silla incómoda con el casco sobre las rodillas, mientras le corrían alrededor fantasmas tanto vivos como muertos.

Normalmente —siempre— había una parte de Vimes que vigilaba a las demás partes, porque en el fondo era un policía. Esta vez esa parte no estaba presente. Estaba metido con el resto de él, mirando a la nada, y esperando.

—... que alguien suba más toallas...

—¡... ahora ha pedido un coñac grande...!

—¡... quiere ver al señor Vimes!

A Vimes se le iluminó el cerebro por encima de la lucecita piloto de pensamiento que había estado funcionando al nivel más básico. Subió la escalera, con el casco debajo del brazo, como si fueran a tomarle declaración. Llamó a la puerta.

Jardín la abrió. Tenía una copa de coñac en la otra mano y se apartó con una sonrisa.

Sybil estaba sentada. Él vio, a través de la niebla de la fatiga, que estaba sosteniendo algo envuelto en un chal.

—Se llama Sam, Sam —dijo ella—. Sin discusiones.

El sol salió.

—¡Le enseñaré a caminar! —dijo Vimes con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Se me da bien enseñar a caminar a la gente!

Y ya estaba dormido antes de desplomarse en la alfombra.

\* \* \*

Fue un paseo agradable bajo la brisa de media tarde. Vimes fue dejando un rastro de humo de puro de camino a Pseudópolis Yard, donde aceptó los vítores y las felicitaciones y le dio las gracias a la gente por las preciosas flores.

Su siguiente parada fue la casa del doctor Jardín, donde se sentó y habló un rato sobre cosas como los recuerdos y lo engañosos que son a veces, y el olvido, y lo provechoso que este podía resultar.

Luego, en compañía del médico, fue a su banco. Como era previsible, la institución se mostró dispuesta a abrir fuera de horario para un hombre que era duque, y el hombre más rico de la ciudad, y comandante de la Guardia de la Ciudad y que, sobre todo, estaba perfectamente dispuesto a tirar la puerta abajo a patadas. Allí firmó la entrega de cien mil dólares y la propiedad de un inmueble grande que hacía esquina en la Puerta del Ganso a un tal doctor J. Jardín.

Y luego, ya a solas, fue hasta Dioses Menores. Legítimo Primero, fueran cuales fuesen sus sentimientos privados, sabía que no le convenía cerrar la verja aquella noche, y había cargado las lámparas.

Vimes paseó por la grava cubierta de musgo. Bajo el crepúsculo, los lilos en flor daban la impresión de resplandecer. Su aroma flotaba en el aire como la niebla.

Vadeó por entre la hierba y llegó a la tumba de John Keel, donde se sentó en la lápida, con cuidado de no descolocar las coronas de flores; tenía la sensación de que el sargento entendería que a veces los polis necesitaban aligerar el peso de las piernas. Y se terminó el puro, y contempló el atardecer.

Al cabo de un rato oyó algo que rascaba a su izquierda y alcanzó a ver que la tierra de una de las tumbas se estaba hundiendo. Una mano gris asomó del suelo, agarrando una pala.

Empujó a los lados unos cuantos terrones y, con cierto esfuerzo, Reg Shoe se alzó de la tumba. Ya tenía medio cuerpo fuera cuando vio a Vimes y a punto estuvo de caerse otra vez.

—¡Oh, casi me mata usted del susto, señor Vimes!

—Lo siento, Reg —dijo Vimes.

—Por supuesto, cuando digo que casi me mata del susto... —empezó a decir el zombi en tono lúgubre.

—Sí, Reg, te he entendido. Se estaba muy tranquilo ahí dentro, ¿eh?

—Mucha paz, señor, hay mucha paz. Pero creo que antes de fin de año me tendré que comprar un ataúd nuevo. Es que hoy día no duran nada.

—Supongo que no hay demasiada gente que busque durabilidad, Reg —dijo Vimes.

Reg devolvió lentamente la tierra a su sitio con la pala.

—Ya sé que a todo el mundo le parece raro, pero creo que la verdad es que se lo debo a ellos —explicó—. Solamente es un día al año, pero es como... solidaridad.

—Con las masas pisoteadas, ¿eh? —dijo Vimes.

—¿Cómo, señor?

—No seré yo quien te lo discuta, Reg —dijo Vimes, feliz. Aquel era un momento perfecto. Ni siquiera Reg, enfrascado en alisar la tierra del suelo y devolver terrones a su sitio con el pie, podía desmerecerlo.

Llegará un momento en que todo quedará claro, había dicho Barredor. Un momento perfecto.

Los ocupantes de aquellas tumbas habían muerto por algo. Bajo el resplandor del atardecer, con la luna levantándose, con el sabor del puro en la boca, con la calidez que viene del agotamiento absoluto, Vimes lo vio claro.

La Historia se sale con la suya. La naturaleza de los acontecimientos cambiaba, pero la naturaleza de los muertos era la misma. Había sido un pequeño combate mezquino y vergonzoso el que había acabado con ellos, una insignificante nota a pie de página de la historia, pero ellos no habían sido hombres mezquinos ni vergonzosos. No se habían escapado, y podrían haberse escapado con honor. Se habían quedado, y él se preguntaba si el camino les había parecido tan claro entonces como se lo parecía ahora a él. No se habían quedado porque quisieran ser héroes, sino porque eligieron considerar aquello trabajo suyo, y lo tenían delante...

—Me marcho, pues, señor —dijo Reg, echándose al hombro la pala. Parecía encontrarse muy lejos de allí—. ¿Señor?

—Sí, sí. Bien, Reg. Gracias —balbuceó Vimes, y bajo el resplandor rosado del momento contempló cómo el cabo se alejaba por el sendero cada vez más oscuro, en dirección a la ciudad.

John Keel, Billy Peluquín, Horace Nancyball, Dai Dickins, Cecil «Narizotas» Clapman, Ned Coates y, técnicamente, Reg Shoe. Probablemente ya no quedaran más que veinte personas en toda la ciudad que se supieran todos sus nombres, porque no existían estatuas ni monumentos y no había nada escrito en ninguna parte. Había que haber estado allí.

Él se sentía privilegiado por haber estado allí dos veces.

La noche invadía las cosas a medida que se ponía el sol. Se desplegó desde las sombras donde había estado escondiéndose del día, fluyó y se juntó toda. Él notó que sus sentidos fluían con ella y se extendían como los bigotes de un gato negro y gigante.

Al otro lado de las puertas del cementerio, los ruidos de la ciudad se apagaron un poco, aunque Ankh-Morpork nunca dormía del todo. Lo más seguro es que no se atreviera.

Ahora Vimes tenía la sensación, en aquel extraño y tranquilo estado de ánimo, de que lo podía oír todo, todo, igual que le había pasado en aquel momento terrible en la calle Héroes cuando la historia había venido a reclamar lo que le pertenecía. Oyó los ruiditos que hacía el muro de piedra al enfriarse, el susurro de la tierra del suelo mientras la tumba vacante de Reg se asentaba, el leve movimiento de la hierba entre las tumbas... un millar de ruidos sutiles que componían un silencio localizado y de rica textura. Era la canción de la oscuridad, y dentro de ella, en el límite de lo detectable, había una discordancia.

A ver... había apostado guardias en su casa, y eran gente de primera, de quienes podía confiarse que no se limitaran a pulular aburridos, sino que se mantendrían alerta toda la noche. No le había hecho falta explicarles lo importante que era aquello. Así que la casa estaba a salvo. Y las Casas de la Guardia también tenían doble vigilancia...

A la tumba de Keel le pasaba algo raro. Siempre estaba el huevo, todos los años, un pequeño chiste a costa de la historia. Pero hoy parecía que allí abajo no había nada más que trocitos de cascara...

Cuando se inclinó para mirar, el filo de la espada le pasó por encima de la cabeza.

Pero la bestia había estado a punto. La bestia no pensaba en vigilancias ni en defensas. La bestia no pensaba en absoluto. Pero siempre estaba olisqueando el aire y echando vistazos a las sombras y saboreando la noche, y casi antes de que la espada pasara con un silbido ya había mandado la mano de Vimes directa a su bolsillo.

Agachado, se dio la vuelta y lanzó un puñetazo a Carcer en la rodilla con uno de los mejores productos de la señora Buencuerpo. Oyó cosas que crujían, se lanzó hacia delante y hacia arriba y arrastró a Carcer al suelo.

Para aquello no había ciencia que sirviera. La bestia se había soltado de su cadena y quería matar. No sucedía a menudo que Vimes estuviera seguro de poder convertir el mundo en un sitio mejor, pero ahora lo estaba. Ahora todo estaba muy claro.

Y también muy difícil. La espada había salido dando tumbos sobre la hierba mientras Carcer caía. Pero Carcer siguió peleando, y era duro como la madera de teca. Y es muy difícil matar con las manos a un hombre que no quiere que lo maten.

Vimes se quitó las nudilleras de latón porque lo que necesitaba hacer ahora era estrangular. Pero no había sitio. Carcer le estaba intentando hundir un pulgar en el ojo.

Rodaron sobre las tumbas, arañando y forcejeando para ganar ventaja. Vimes tenía el ojo izquierdo lleno de sangre. Su rabia solamente necesitaba un segundo y aquel segundo le estaba siendo negado.

Volvió a rodar y extendió una mano.

Y allí estaba la espada. Volvió a rodar una vez y otra y se levantó como pudo, con el arma en la mano.

Carcer también había rodado, y se estaba incorporando a una velocidad impresionante para alguien con solo una rodilla buena. Vimes vio que él se estaba levantando con esfuerzo junto a uno de los lilos; las flores y el perfume bajaban flotando en la oscuridad.

Hubo un deslizamiento metálico. Se vio el destello momentáneo de un cuchillo. Y se oyó una risita, la risita de Carcer que decía: oye, qué divertido es esto, ¿eh?

—¿Y quién me va a arrestar, pues? —preguntó mientras los dos tomaban aire con esfuerzo—. ¿El sargento Keel o el comandante Vimes?

—¿Quién ha dicho que te van a arrestar? —replicó Vimes intentando llenar los pulmones—. Estoy luchando contra alguien que me ha atacado, Carcer.

—Bueno, eso es lo que hacía, señor Vimes —dijo la sombra—. Solo que ahora estoy delante de usted. —El metal arrancó un tintineo al camino de grava—. Y ya no estoy armado, ja ja. Acabo de tirar mi última arma. No se puede matar a un hombre desarmado, señor Vimes. Ahora me ha de arrestar. Llevarme a rastras ante Vetinari. Dejarme que haga mi discursito, ja ja. No puede matarme, si solo estoy aquí de pie.

—A nadie le interesa oír nada de lo que tú tengas que decir, Carcer.

—Entonces será mejor que me mate, señor Vimes. Estoy desarmado. No puedo correr.

—Siempre llevas un cuchillo de más, Carcer —dijo Vimes por encima del rugido de la bestia.

—Esta vez no, señor Vimes. Venga, hombre, señor Vimes. No se puede culpar a uno por intentarlo, ¿eh? Hay que hacer las cosas tan bien como se pueda, ¿verdad? ¿Sin rencores?

Y así era Carcer. Sin rencores. Tan bien como se pueda. No se puede culpar a uno por intentarlo.

En su boca las palabras inocentes se ensuciaban.

Vimes se acercó un paso.

—Tiene usted una bonita casa adonde volver, señor Vimes. O sea, ¿qué tengo yo?

Y el hombre era convincente. Engañaba a todo el mundo. Casi se podía olvidar los cadáveres.

Vimes bajó la vista.

—Ups, lo siento —dijo Carcer—. He pisado tu tumba. Sin ánimo de ofender, ¿eh?

Vimes no dijo nada. La bestia estaba aullando. Quería callar aquella boca.

—No me va a matar usted, señor Vimes. Usted no. No mientras lleve placa. Ese no es su estilo, señor Vimes.

Sin mirar, Vimes levantó el brazo y se arrancó la placa.

—Ah, bueno, ya sé que me quiere asustar, señor Vimes, y muchos dirían que está en su derecho. Mire, esto es lo que vamos a hacer. Yo tiro el otro cuchillo que llevo, ja ja, ya sabía usted que llevaba otro, ¿verdad?

Era la voz. Podía hacerte creer que lo que sabías era falso.

—Muy bien, muy bien, ya veo que está usted enfadado, ja ja, no pasa nada, y ya sabe que siempre llevo un tercer cuchillo, bueno, pues lo estoy tirando, mire, ahí va...

Vimes ya solamente estaba a un par de pasos de distancia.

—Eso es todo, señor Vimes. Ya no hay más cuchillos. No puedo correr. Usted gana. Esta vez sin trucos. Me rindo, ¿vale? ¿Me arresta y en paz? ¿Por los viejos tiempos?

La bestia gritó dentro de Vimes. Gritó que nadie lo iba a culpar por quitarle al verdugo sus diez dólares y su desayuno gratis. Sí, y se podía decir que una puñalada rápida ahora era la solución piadosa, porque todos los verdugos saben que se puede hacer que la despedida sea fácil o dura, y no había ni uno en el país entero que habría permitido a algo como Carcer irse de la manera fácil. Los dioses sabían que el hombre se lo merecía...

... pero el joven Sam lo estaba mirando, a través de treinta años.

Cuando nosotros nos rompemos, todo se rompe. Así es como funciona. Se puede doblar el asunto, y si se calienta lo bastante se puede doblar hasta hacer un círculo, pero no se puede romper. Cuando lo rompes, todo se rompe hasta que no queda nada sin romper. Todo empieza aquí y ahora.

Bajó la espada.

Carcer levantó la vista, sonriente, y dijo:

—Nunca sabe bien, ¿verdad?, ja ja, un huevo sin sal...

Vimes notó que su mano se empezaba a mover por voluntad propia...

Y se detuvo. La rabia roja se congeló.

La bestia lo tenía envuelto por completo. Y no era otra cosa que eso. Una bestia. Útil, pero a fin de cuentas una bestia. Se la podía llevar atada con una cadena y hacer que bailara e hiciera malabares con pelotas. No pensaba. Era lela. Lo que tú eras, lo que tú eras, no era la bestia.

No tenías por qué hacer lo que quería. Si lo hacías, Carcer ganaba.

Dejó caer la espada al suelo.

Carcer se lo quedó mirando, y el resplandor de la sonrisa repentina de Vimes le pareció más preocupante que la mueca de su rabia. Luego el metal le relució en la mano. Pero Vimes ya estaba sobre él, agarrándole la mano y golpeándosela una y otra vez contra la lápida de John Keel hasta que el cuarto cuchillo se le cayó de unos dedos ensangrentados. Obligó al hombre a ponerse de pie con los dos brazos doblados detrás de la espalda y le estampó con fuerza contra la piedra.

—¿Ves eso que hay en el cielo, Carcer? —dijo, con la boca junto al oído del hombre—. Es el anochecer, eso es. Son las estrellas. Y mañana por la noche van a brillar mucho mejor para mi chico Sam porque no brillarán sobre ti, Carcer, debido al hecho de que antes de que el rocío se haya ido de las hojas por la mañana te voy a llevar a rastras hasta Vetinari, y allí tendremos testigos, a montones, y tal vez hasta a un abogado para ti si es que hay alguno que te pueda defender sin que se le escape la risa, y luego, Carcer, te llevaremos al Rapapolvo: una horca, sin esperas, y podrás bailar el fandango de la soga. Y después yo me iré a mi casa sintiéndome de puta madre y a lo mejor hasta me como un huevo duro.

—¡Me hace daño!

—¿Sabes? ¡En eso tienes razón, Carcer! —Vimes se las apañó para agarrar las dos muñecas del hombre con una presa de acero y se arrancó la manga de la camisa—. Te hago daño y aun así no me salgo del libro de normas. —Rodeó las dos muñecas con un par de vueltas de la tela y la ató con un nudo firme—. Me aseguraré de que haya agua en tu celda, Carcer. Me aseguraré de que te den desayuno, lo que más te guste. Me aseguraré de que el verdugo no se descuide y te deje morir asfixiado. Hasta me aseguraré de que la trampilla está engrasada. —Aligeró la presión. Carcer dio un traspié y Vimes le barrió las piernas de una patada.

»La máquina no está rota, Carcer. La máquina te está esperando —dijo, arrancando una manga de la camisa del hombre y convirtiéndola en una tosca atadura para sus tobillos—. La ciudad te va a matar. Girarán las ruedas adecuadas. Será justo, yo me aseguraré de eso. Después no podrás decir que no has tenido un juicio justo. No podrás decir nada de nada, ja ja. También me aseguraré de eso...

Se apartó un poco.

—Buenas tardes, excelencia —dijo lord Vetinari.

Vimes se giró de golpe. Hubo un cambio de textura en la oscuridad, que podría haber tenido forma de hombre.

Vimes recogió su espada y escrutó la noche. La forma se adelantó hasta volverse reconocible.

—¿Cuánto tiempo lleva usted ahí? —exigió saber.

—Bueno... un ratito —dijo el patricio—. Al igual que usted, prefiero venir solo y... contemplar.

—¡Ha sido muy silencioso! —le acusó Vimes.

—¿Eso es un crimen, excelencia?

—¿Y ha oído usted...?

—Una detención muy limpia —dijo Vetinari—. Enhorabuena, excelencia.

Vimes miró la espada sin ensangrentar.

—Supongo que sí —dijo, momentáneamente descolocado.

—Por el nacimiento de su hijo, quería decir.

—Ah... sí. Oh. Por supuesto. Sí. Bueno... gracias.

—Un niño muy sano, por lo que me han dado a entender.

—Habríamos estado igual de contentos con una niña —se apresuró a decir Vimes.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, corren tiempos modernos. Vaya, veo que se le ha caído la placa...

Vimes echó un vistazo a la hierba larga.

—Vendré a buscarla por la mañana —dijo—. Pero esto —recogió al quejumbroso Carcer y se lo echó al hombro con un gruñido—, se vuelve ahora mismo a Pseudópolis Yard.

Bajaron despacio por el sendero de grava, dejando tras de sí el aroma a lilas. Por delante estaba el hedor cotidiano del mundo.

—¿Sabe? —dijo lord Vetinari, al cabo de unos momentos—, a menudo me ha pasado por la cabeza la idea de que esos hombres se merecen alguna clase de recuerdo oficial.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes, poniendo voz indiferente. El corazón le seguía latiendo con fuerza—. ¿En una de las plazas más importantes, tal vez?

—Sí, eso sería buena idea.

—¿Tal vez un retablo en bronce? —dijo Vimes con sarcasmo—. ¿Los siete levantando la bandera, tal vez?

—En bronce, sí —dijo Vetinari.

—¿En serio? ¿Y alguna clase de lema inspirador? —dijo Vimes.

—Sí, ciertamente. Tal vez algo del tipo: «Hicieron el trabajo que debían hacer».

—No —dijo Vimes, deteniéndose bajo un fanal que había junto a la entrada de la cripta—. ¿Cómo se atreve? ¡Cómo se atreve! ¡En este día! ¡Y en este lugar! Hicieron el trabajo que no debían hacer, y murieron haciéndolo, y usted no les puede dar nada. ¿Lo entiende? Lucharon por aquellos que habían sido abandonados, lucharon unos por otros, y fueron traicionados. A los hombres como ellos siempre les pasa. ¿De qué iba a servir una estatua? Simplemente inspiraría a tontos nuevos para creer que van a ser héroes. Ellos no querrían eso. Déjelos en paz. Para siempre.

Caminaron en medio de un silencio pesado, y de pronto Vetinari dijo, como si no se hubiera producido ningún estallido de cólera:

—Felizmente, parece que el nuevo diácono del templo ha oído de repente la llamada.

—¿Qué llamada? —preguntó Vimes, con el corazón todavía acelerado.

—Nunca se me han dado muy bien las cuestiones religiosas, pero parece ser que lo ha invadido un deseo ardiente de predicar las buenas nuevas a los paganos ignorantes —dijo Vetinari.

—¿Dónde?

—He sugerido Ting Ling.

—¡Pero si eso está en la otra punta del mundo!

—En fin, las buenas nuevas nunca se pueden llevar demasiado lejos, sargento.

—Bueno, por lo menos eso deja...

Vimes se detuvo en la verja de entrada. Por encima suyo parpadeaba otro fanal. Dejó caer a Carcer al suelo.

—¿Lo sabía usted? Joder, claro que lo sabía, ¿verdad?

—No hasta, oh, hace un segundo —dijo Vetinari—. De hombre a hombre, comandante, le tengo que preguntar: ¿alguna vez se planteó por qué llevaba yo la lila?

—Sí. Me lo planteaba —respondió Vimes.

—Pero nunca preguntó.

—No. Nunca pregunté —dijo Vimes, escueto—. Es una flor. Una flor la puede llevar quien quiera.

—¿En este día? ¿Y en este lugar?

—Dígamelo, pues.

—Entonces rememoraré el día en que me mandaron a una misión urgente —dijo Vetinari—. Tenía que salvarle la vida a un hombre. No es una misión muy habitual para un asesino, aunque de hecho yo ya se la había salvado una vez. —Dirigió a Vimes una mirada socarrona.

—¿Le había disparado a un hombre que estaba apuntando con una ballesta? —preguntó Vimes.

—¡Una suposición inspirada, comandante! Sí. Tengo buen ojo para lo... fuera de lo común. Pero ahora estaba luchando contra el tiempo. Las calles estaban obstruidas. Por todas partes reinaban el caos y la confusión, y tampoco es que yo supiera dónde se podía encontrar a aquel hombre. Al final me subí a los tejados. Y así es como llegué por fin a la calle Cable, donde se estaba produciendo una clase distinta de confusión.

—Cuénteme lo que vio —dijo Vimes.

—Vi a un hombre llamado Carcer... esfumarse. Y vi morir a un hombre llamado John Keel. O por lo menos lo vi muerto.

—¿Ah, sí? —dijo Vimes.

—Me uní al combate. Le quité la flor de lilo a un hombre caído y tengo que admitir que la cogí con la boca. Me gustaría decir que marqué alguna diferencia; es seguro que maté a cuatro hombres, aunque no me enorgullezco particularmente de ello. Eran matones, simples gorilas. Sin ningún talento verdadero. Además, su líder parecía haber huido, y la poca moral que les quedaba se había marchado con él. Los hombres de las lilas, tengo que decirlo, lucharon como tigres. Sin mucha habilidad, eso es cierto, pero cuando ellos vieron que su líder había caído hicieron trizas al otro bando. Asombroso.

»Y luego, a continuación, eché un vistazo a John Keel. Y era John Keel. ¿Cómo se podía poner en duda? Estaba sucio de sangre, claro. Había sangre por todas partes. Sus heridas me parecieron un poco viejas. Y la muerte, como sabemos, cambia a la gente. Y sin embargo recuerdo haberme preguntado: ¿pero tanto? Así que lo consideré medio misterio y hoy... sargento... nos encontramos con la otra mitad. ¿Verdad que es maravilloso cómo pueden parecerse entre sí los hombres? Me imagino que ni siquiera su sargento Colon se daría cuenta de nada. Al fin y al cabo, vio morir a Keel y lo vio a usted crecer...

—¿Adonde quiere ir a parar? —preguntó Vimes con un gruñido.

—A ninguna parte, comandante. ¿Qué podría demostrar yo? ¿Y para qué iba a demostrarlo?

—Entonces no pienso decir nada.

—No me imagino qué podría usted decir —respondió Vetinari—. No. Estoy de acuerdo. Dejemos en paz a los muertos. Pero para usted, comandante, a modo de pequeño obsequio con ocasión del nacimiento de...

—No quiero nada —se apresuró a decir Vimes—. Ya no me puede ascender más. Y no queda nada con que sobornarme. Tengo más de lo que merezco. La Guardia funciona bien. Ni siquiera necesitamos un puto tablero de dardos nuevo...

—En memoria del difunto John Keel... —empezó a decir Vetinari.

—Le he avisado...

—... le puedo devolver la calle de la Mina de Melaza.

Solamente el chillido agudo de los murciélagos, que cazaban entre los álamos, rompía el silencio que se hizo.

Entonces Vimes murmuró:

—La quemó hace años un dragón. Ahora viven unos enanos en los sótanos...

—Sí, comandante. Pero los enanos... en fin, los enanos son refrescantemente abiertos de miras con el dinero. Cuanto más dinero les ofrezca la ciudad, menos enanos habrá. El establo sigue allí, y la vieja torre de minería. Paredes recias de piedra por todos los lados. Todo se podría poner de vuelta en su sitio, comandante. En memoria de John Keel, un hombre que en unos pocos días cambió las vidas de mucha gente y tal vez preservó alguna cordura en un mundo demente. Vaya, dentro de unos meses podría usted encender la lámpara de encima de la puerta...

Nuevamente, lo único que se oyó fueron los murciélagos.

Tal vez hasta podrían devolverle el olor, pensó Vimes. Tal vez pudiera haber una ventana encima de la letrina que abriera al darle un golpe en el sitio adecuado. Tal vez podrían enseñar a nuevos guardias a aprender viejos trucos...

—Nos iría bien tener más espacio, es cierto —admitió, no sin esfuerzo.

—Veo que ya le gusta a usted cómo suena la idea —dijo Vetinari—. Y si le apetece venir a mi despacho mañana podemos arreglar los...

—Mañana hay un juicio —dijo Vimes en tono seco.

—Ah, sí. Claro. Y va a ser justo —afirmó el patricio.

—Mejor que lo sea —dijo Vimes—. Al fin y al cabo, quiero ver colgado a este hijo de puta.

—Bien, pues —dijo Vetinari—, después podemos...

—Después me voy a casa con mi familia por una temporada —le interrumpió Vimes.

—¡Bien! Así se habla —dijo Vetinari, sin perder un ápice de aplomo—. Tiene usted un don, ya me había fijado, para la oratoria impresionante. —Y Vimes oyó el suave matiz de advertencia mientras añadía—: En este día, comandante, y en este lugar.

—Sargento mayor, gracias —dijo Vimes—. Por ahora.

Agarró a Carcer por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la justicia.

\* \* \*

En el camino de vuelta a la avenida Pastelito, en plena noche oscura, Vimes caminó por el callejón paralelo al callejón de la Arcilla y se detuvo cuando calculó que estaba en un punto medio entre la parte de atrás de la casa de empeños y la de la tienda de baratillo, y por tanto detrás del templo.

Tiró la colilla del puro por encima de la cerca. Oyó cómo aterrizaba en la grava, que se movió un poco.

Y luego se fue a casa. Y el mundo giró hacia la mañana.

1. El Igor que trabajaba para la Guardia en calidad de especialista forense y asistente médico era bastante joven (en la medida en que se podía calcular la edad de un Igor, dado que los miembros útiles y demás órganos se pasaban de un Igor al siguiente igual que otra gente legaba a su hijo el reloj de bolsillo) y tenía ideas muy modernas. Llevaba el pelo engominado con extra de tupé, su calzado tenía suelas de crepé y a veces se olvidaba de cecear. [↑](#footnote-ref-1)
2. La Liga de la Templanza de Uberwald, compuesta de antiguos vampiros que ahora llevaban crespones negros para mostrar su renuncia completa bajo juramento al líquido pegajoso, clarro qui sí, y que preferían con diferencia cantar una buena canción a coro y una saludable partida de ping-pong. [↑](#footnote-ref-2)
3. El Viejo Tom, el venerable reloj de la universidad, no repicaba sonidos sino silencios. Y no eran silencios comunes y corrientes, sino intervalos de no-sonido que absorbían el ruido y llenaban el mundo de estruendosos enmudecimientos. [↑](#footnote-ref-3)
4. Que era un orangután, transformado de su antigua forma humana como resultado de un accidente mágico ya olvidado hacía mucho tiempo. Tan olvidado, de hecho, que ahora la gente estaba olvidando que era un orangután. Esto puede parecer bastante difícil, dado que incluso un orangután pequeño es bastante capaz de llenar todo el espacio a su disposición, pero para los magos y para la mayoría de los ciudadanos ya era solamente el Bibliotecario, y nada más. De hecho, si alguien informara alguna vez de un orangután en la biblioteca, lo más probable era que los magos fueran y le preguntaran al Bibliotecario si lo había visto. [↑](#footnote-ref-4)
5. Bautizados así por Wallace Sonki, un hombre sin cuyos experimentos con el caucho fino la problemática con la vivienda en Ankh-Morpork habría sido muchísimo más acuciante. [↑](#footnote-ref-5)
6. De la misma manera que los bosques de la antigüedad se convierten en carbón, las antiguas ringleras de caña de azúcar se pueden convertir, con la presión de los milenios, en lo que en distintas partes del Disco se conoce como mantecado, lingotes de melaza o arrope de roca. Pero se requería mucha ebullición y purificación para crear el espeso sirope dorado que era la miel de los habitantes de la ciudad, y últimamente los suministros de Ankh-Morpork venían de los más accesibles yacimientos de toffee que había cerca de Quirm. [↑](#footnote-ref-6)
7. Que es como hacer papilla, pero durante mucho más tiempo. [↑](#footnote-ref-7)
8. Y era cierto. No pierdas el tiempo con las botas, habría sido el consejo del soldado de caballería Gabitass, de haberse visto inclinado a compartirlo. Hay que sobornar a alguien en los carromatos de equipaje para poder acumular existencias, y a fin de cuentas lo que te sacas son unos pocos dólares. Tú céntrate en las joyas. Se pueden llevar encima. El soldado Gabitass había visto demasiados campos de batalla de cerca como para usar la palabra «gloria» sin estremecerse. [↑](#footnote-ref-8)
9. Los Selachii y los Venturi siempre tenían mucho cuidado, en ocasiones como esta, de hablar solamente de cosas sobre las que no hubiera posibilidad de desacuerdo. Dada la historia de las dos familias, el número de temas de conversación se había reducido muchísimo. [↑](#footnote-ref-9)
10. A veces, es cierto, para un cierto valor de «jamás». [↑](#footnote-ref-10)